



LIBRO-2

GÉNESIS

TAREK

MARICELA
GUTIÉRREZ

TAREK

GÉNESIS
LIBRO-2

MARICELA
GUTIÉRREZ

Título: TAREK

© 2018 Maricela Gutiérrez

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Junio, 2018

Diseño de Portada: China Yanly

Maquetación: China Yanly

chinayanlydesign@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
sin el permiso del autor.*



SINÓPSIS

PRÓLOGO

ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

1

TAREK

2

ÁNGELA

3

TAREK

4

ÁNGELA

5

TAREK

6

ÁNGELA

7

TAREK

8

ÁNGELA

9

TAREK

10

ÁNGELA

11

TAREK

12

ÁNGELA

13

TAREK

14

ÁNGELA

15

TAREK

16

ÁNGELA

17

TAREK

18

ÁNGELA

19

TAREK

20

ÁNGELA

21

GRIGORI

22

TAREK

23

ÁNGELA

24

TAREK

25

ÁNGELA

Epílogo

TAREK

La única religión válida debería ser el amor,
pues es la presencia o ausencia de este en nuestros corazones,
lo que nos induce a los buenos o malos actos.

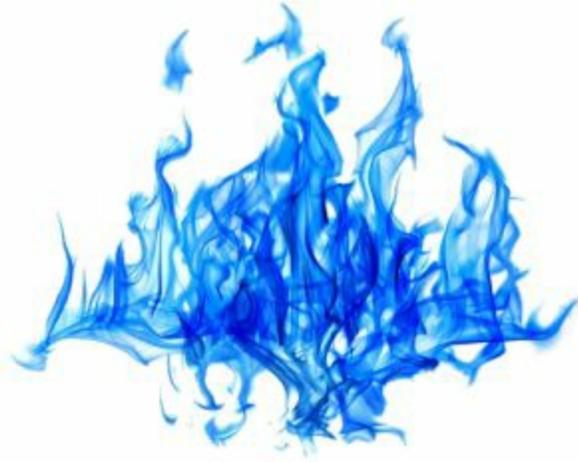
SINÓPSIS

Siglos atrás, Tarek sufrió el más terrible dolor cuando su familia le fue cruelmente arrebatada, ahora pasa sus días en un sórdido club de moteros, en medio de borrachos y prostitutas. Lo que nadie sabe, es que detrás de su apariencia afable se esconde un profundo resentimiento y que, a pesar del tiempo transcurrido, ni un solo día ha olvidado la promesa que hizo en la tumba de su amada esposa e hijos.

Ángela ha vivido toda su vida bajo el yugo de un padre abusivo, que se esconde detrás de una fachada de hombre religioso, sus creencias firmemente inculcadas se verán amenazadas cuando se cruce con un ser que, con solo mirarla, logrará que su corazón se agite. Ella estará dispuesta a desafiarlo todo por alguien a quien su padre considera el mismísimo demonio, sin importarle que de cierta forma su progenitor tenga razón.

PRÓLOGO

ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO



Makhale caminó por el oscuro pasillo de la antigua fortaleza en la que vivían, el mundo exterior no era para ellos, los humanos nunca entenderían su naturaleza, era esta la razón por la que él e Ylahiah se mantenían apartados. Las risas de los niños llenaban el silencio del jardín, llegó hasta la terraza donde su amada se encontraba recostada contra el muro, iluminada solamente por la luz que emitía la luna llena, ella tenía los ojos cerrados y Makhale se detuvo un momento a contemplarla, habían pasado algunos siglos desde que su amor fue castigado privándola de la visión, era por ello que se cuidaba de describirle cada detalle de forma minuciosa, no omitía nada, quería que ella lo viera todo a través de sus ojos, se había convertido en un experto en detallar hasta lo más simple, pocas veces dejaba escapar algo que considerara importante mencionar a su amada Ylahiah. La primera vez que tuvo que poner en práctica esto fue cuando nació su primer

hijo, ella quería saberlo todo, el color de su cabello, de sus ojos, el tamaño de sus pies y hasta el color de sus uñas, aquello logró que su oscuro corazón se rompiera, su esposa nunca vería a su primogénito de la forma que él lo hacía.

—¿Sabes que, aunque no te vea puedo sentir tu presencia verdad? —preguntó ella con los ojos aún cerrados, él sonrió y se acercó para besarla en los labios.

—A veces tengo la esperanza de poder sorprenderte —comentó tomándola en brazos, ella recostó la cabeza en su pecho y dejó salir un suspiro.

—Nos conocemos demasiado bien para que alguno de los dos pueda sorprender al otro.

—Eso no te lo discutiré. —Las risas de los niños se escucharon de nuevo, Makhale enfocó su mirada en los tres pequeños que corrían en la parte externa del castillo.

—¿Cómo son? —preguntó Ylahiah refiriéndose a sus tres hijos, lo hacía a menudo, pero a él no le importaba responder, los estudió durante un momento, cada uno de ellos, tan similares y tan diferentes al mismo tiempo.

—Arael es como tú —hizo una pausa mientras acariciaba el cabello de su esposa—, tiene el cabello rubio y los ojos de un hermoso tono violeta, es impulsivo y no tiene miedo a nada, es él quien induce a sus hermanos a cometer travesuras —Ylahiah sonrió pensando en su pequeño, al tiempo que su amado esposo continuaba describiéndole a sus hijos—. Nithael tiene el cabello negro como yo, pero al igual que su hermano heredó el color de tus ojos, él es tímido y compasivo, a veces creo que solo acompaña a Arael para evitar que se meta en problemas, además de cuidar a su hermanita. Finalmente está la pequeña Haiah, ella solo quiere parecerse a sus hermanos, quiere tener su fortaleza, es por ello que los sigue a todos lados. Tiene el cabello y los ojos tan negros como los míos y un poco de mi personalidad, a veces me pregunto si tiene más de demonio que de ángel, pero realmente eso no es algo que me preocupe.

Ella asintió de acuerdo, tampoco estaba muy preocupada por cómo serían sus hijos, lo que realmente quería era que fueran felices y que algún día encontraran un lugar en aquel complicado mundo, que aún le resultaba desconocido. Permanecieron en silencio, hasta que finalmente ella habló de nuevo.

—¿Y Medhan? —preguntó refiriéndose a su hijo mayor.

Él era un adulto comparado con sus hermanos, había nacido dos siglos antes que los tres más jóvenes, y en cuanto fue un hombre se marchó. Tenía un espíritu aventurero y rebelde, quería explorar el mundo, ese que solo conocía a través de las palabras de su madre, quien desde niño le inculcó su propia fascinación por los humanos. Permanecer encerrado en un castillo no era suficiente, Makhale pensó en su hijo, cuando lo vio nacer no estaba seguro de en que se convertiría, pero entonces a medida que fue creciendo pudo notar su naturaleza, él era una mezcla de sus padres, tenía la oscuridad de Makhale, su sed de sangre, pero también tenía la luz de Ylahiah y su espíritu compasivo. Cuando llegó a la edad adulta lo sorprendió ver que cambiaba de forma, la primera vez que se convirtió con sus cuernos y sus alas extendidas, se quedó sin palabras. Esa misma noche en el lecho, le relató lo sucedido a su esposa, le explicó como el chico de alguna extraña manera era igual a los dos. Ella feliz de saberlo enseguida pensó que su hijo no podía considerarse un ángel, pero tampoco un demonio, entonces en ese momento decidió que lo llamaría Demonials, pues él sería el primero en nacer de dos seres cuya misión era la eterna lucha, una guerra que nunca terminaría. Su hijo sería la prueba viviente de que aun en la guerra, se podía hallar el amor.

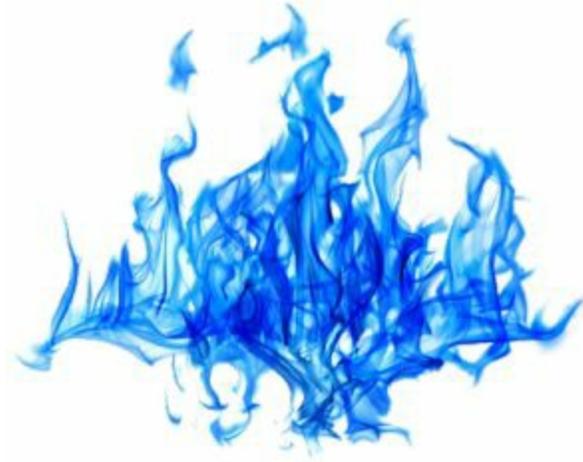
—Medhan es fuerte y decidido, no tiene miedo a fracasar, está dispuesto a enfrentarse a todo.

—¿Sabes? —preguntó ella levantando la cabeza hacia el oscuro cielo—. Mi corazón me dice que él no me castigó del todo, tal vez ahora no pueda ver, pero me dio algo mejor, me permitió estar contigo que eres más que mis ojos, y a mis hijos les concedió mi parte de ángel.

Él besó su cabeza y no respondió, aunque en su interior estaba seguro de que tenía razón, sus hijos eran una prueba de que su castigo traía consigo una bendición.

A lo largo de los siguientes siglos tuvieron muchos más hijos, al igual que Adán y Eva quienes fueron los encargados de poblar la tierra, Makhale e Ylahiah crearon una nueva vida que comenzó a extenderse por el mundo, hallando cada uno su propio lugar. De esta forma, dos enemigos declarados que nunca debieron juntarse, pues ella era un ángel de luz encargada de llevar las almas de los muertos hasta su última morada, y él un demonio de la guerra y la destrucción. Un amor prohibido que dio inicio a una nueva raza conocida

como los Demonials, seres mitad ángel y mitad demonio, que durante milenios han vivido ocultos entre la humanidad, camuflándose en la oscura noche y rigiéndose por sus propias reglas. Pero como no todo siempre es perfecto, muchos se dejaron corromper, la codicia invadió sus corazones y quisieron más, rompiendo la perfecta armonía que existía entre el bien y el mal. Abrazaron la oscuridad renegando de su parte angelical y entonces, una nueva batalla comenzó, entre seres que alguna vez fueron hermanos, pero se convirtieron en enemigos jurados.

TAREK

Nusfjord, Noruega 1562

Estábamos en pleno invierno, un grueso manto blanco lo cubría todo, el cielo estaba totalmente nublado sumergiéndonos en una siniestra oscuridad, era una suerte que la noche fuera mi día, estaba feliz de regresar a casa con mi esposa Agot y nuestros hijos, Unne y Bjarne. Mi familia era lo más importante en mi vida, cuidaba de ellos y los mantenía alejados de los humanos, no quería que terminaran lastimados porque mis hijos, a pesar de no ser humanos, seguían siendo niños. Había pasado varias horas cazando y casi estaba a punto de amanecer, si no quería quedarme perdido en la nieve y enfrentarme a cualquier peligro sin poder ver nada, era mejor que me apresurara. Lo bueno fue que logré conseguir tres liebres, lo que sería suficiente carne para los próximos días. Por fin divisé mi hogar y me emocioné, como si en lugar de horas hubiese estado días fuera, la pequeña cabaña de piedra se encontraba anclada en un claro del bosque y desde la

distancia se apreciaba el humo saliendo de su chimenea. A medida que me acercaba, pude escuchar las voces de mis hijos y la risa de mi esposa, faltaban apenas unos metros para llegar a la puerta cuando esta se abrió y mi hija Unne de cinco años salió corriendo, era una pequeña copia de su madre, con el cabello rubio y ojos verde esmeralda, sus mejillas regordetas estaban sonrojadas.

—¡Papá, viniste! —gritó lanzándose a mis brazos. Su hermano Bjarne, quien era dos años mayor la siguió y se abrazó a mis piernas. Mi pequeño se parecía más a mí, tenía el cabello rubio y los ojos azules, era alto para su edad, pero todos los niños de nuestra raza lo eran, poseía un carácter noble y tranquilo, todo lo contrario de su hermana que era temeraria y aventurera.

—¿Qué trajiste? —preguntó mi pequeño guerrero, siempre quería ir a cazar conmigo y le prometía una y otra vez, que cuando fuera mayor lo llevaría, mientras tanto tenía que encargarse de cuidar a su madre y su hermana, cuando yo no estuviera. Dejé caer la bolsa de piel al piso para que pudiera ver su contenido—. ¡Papá trajo liebres! —gritó a su madre eufórico, después de abrazarlos y besarlos, caminé con mi hija en brazos y mi hijo tomado de la mano, mientras él prácticamente arrastraba la bolsa con los animales muertos. Agot me esperaba de pie en el umbral con una sonrisa, su largo cabello rubio caía por su espalda, me observaba con sus preciosos ojos verdes que brillaban con amor. La primera vez que la vi la confundí con un hada, era el ser más hermoso que alguna vez había contemplado, desde el momento en que posé mi mirada en ella, estuve perdidamente enamorado y seguía estándolo, aunque lleváramos casi un siglo juntos. Su enorme vientre no opacaba su belleza, en pocos meses llegaría un nuevo integrante a la familia, me acerqué y la besé con pasión, mientras nuestros hijos reían por la escena que estábamos dando.

El interior de la cabaña se encontraba cálido y un agradable olor a pan recién horneado inundaba el ambiente. Me despojé de mi grueso abrigo y me dispuse a pelar y limpiar la caza. Los niños muy animados, me ayudaban en la tarea al tiempo que Agot cocinaba unos vegetales. Un ruido llamó nuestra atención y enseguida me alarmé, pocas veces teníamos visitantes, el lugar estaba tan aislado, que no era común que alguien se acercara tanto. Me limpié las manos y abrí un poco la pequeña ventana, un grupo se acercaba

rápidamente, en seguida supe que no se trataba de humanos, aunque desde la distancia no estaba seguro si eran Demonials o algunos demonios perdidos.

—Voy a salir un momento, quédense todos aquí —dije y me encaminé a la puerta.

—¿Está todo bien? —preguntó Agot y asentí queriendo que no se preocupara.

Salí y cerré la puerta detrás de mí, luego me alejé un poco de la casa para esperar a los recién llegados. Cuando estuvieron a unos veinte metros se detuvieron y el que parecía ser el líder, se posicionó al frente, el hombre exudaba arrogancia. Vestía totalmente de negro y una larga capa cubría su cabeza, sin embargo, eso no impidió que pudiera ver claramente sus ojos negros de demonio. Otro se acomodó a su lado, tenían semejanzas físicas, como si fueran hermanos, además de que este parecía ser su mano derecha, debido a la posición de mando que ocupó, detrás de ellos había diez más, asemejaba un pequeño ejército. Me crucé de brazos y esperé para saber qué querían, rogaba por no tener que enfrentarme a todos, eran demasiados para mí solo, aunque de ser necesario lo haría, iba a defender a mi familia con todo lo que pudiera.

—Que tengas un buen día, hermano —Saludó el que tenía la capa, quise decirle que nunca sería *hermano* de un asqueroso demonio, pero decidí no provocarlos, así tal vez simplemente se fueran sin causar problemas.

—Igual para ustedes —respondí de forma escueta, el líder asintió y volvió a hablar.

—Pronto amanecerá y nos preguntábamos si podrías darle refugio a un grupo de viajeros.

—Lamento no ser de ayuda, pero mi cabaña es pequeña y no tengo tanto espacio.

No había ninguna posibilidad de que llevara un grupo de demonios cerca de mi familia, llevaba siglos matando a esas bestias, me dedicaba a limpiar la tierra de sucios gusanos.

—Sin embargo, —continué hablando —aproximadamente a un kilómetro hacia el este podrán encontrar una cueva que les puede servir para pasar el día. El líder me miró durante un momento y luego una mueca apareció en sus

labios.

—Tarek Arngeir. —Por alguna razón no me sorprendió que supiera mi nombre—. He oído hablar mucho de ti, pero nadie me dijo que no eras muy hospitalario —comentó con una sonrisa torcida.

—Si escuchaste hablar de mí, entonces debieron decirte que no soy amigo de los demonios. —El hombre dejó salir una fuerte carcajada, mientras inclinaba su cabeza hacia atrás dejando caer la capucha que la cubría, cuando me miró nuevamente, sus ojos parecían desprender llamas.

—En cada rincón de Noruega y sus países vecinos los Escaldos cuentan tus proezas, se te conoce como el implacable cazador de demonios, todos te admiran y narran tantas historias que hasta me pregunto cuántas de ellas son reales.

—Tal vez todas o ninguna, pero eso es algo que no tengo deseo de discutir, así que es mejor que se vayan.

—Es una lástima, tenía una propuesta muy interesante que hacerte.

—Seguramente no estaré interesado, así que te ahorraré el esfuerzo, la respuesta es no.

—Te la diré de todos modos, puede que al escucharla decidas que después de todo si te interesa, ¿ves a esos hombres? —preguntó señalando el grupo—. Son los mejores guerreros, he ido por cada rincón del mundo donde se menciona a alguno de ellos, los he reclutado para mi propio ejército, todos fueron Demonials, pero descubrieron que estando de mi lado les irá mucho mejor. Piénsalo, cuando yo tenga todo el poder y sea el único que gobierne la tierra, tú podrías formar parte de ello.

Quise reír, el hombre era un demente o un soñador, si pensaba que eso era posible.

—¿De verdad piensas que todos los Demonials de la tierra se unirían a ti en una causa tan vana?

—Por supuesto que no. No soy tan ingenuo, pero aquellos que decidan no unirse tendrán que despedirse de este mundo.

—Mi respuesta sigue siendo no. No me interesa chupar la vida de los humanos, no siento un particular aprecio por ellos, pero tampoco quiero

convertirme en un asesino.

—No sabes cuánto lamento escuchar eso, será una pérdida.

Sus palabras me pusieron en alerta, supe que no podría escapar de la batalla. Cambié de forma rápidamente, desplegué mis alas y me preparé para lo que venía, el líder se apartó como el cobarde que era y dejó el trabajo a los demás. Cinco me atacaron al mismo tiempo, aproveché la ventaja de mis alas y me elevé en el aire, alargando mi brazo corté la cabeza de uno, aterricé al otro lado y me posicioné listo para enfrentarlos, de nuevo estuve rodeado. Vi a dos y al que estaba con el líder dirigiéndose a mi casa, grité y comencé a atacarlos derribando a unos cuantos en el proceso. Sus cabezas caían al piso manchando la blanca nieve de rojo, pero eran demasiados, me había engañado, pues los diez que vi al principio, se duplicaron comenzando a salir del bosque, en un momento todos estaban sobre mí, sentí sus garras cortar mi piel, mi brazo fue casi desprendido mientras chillaba de dolor, pero lo único en lo que podía pensar era en que mi esposa y mis hijos se encontraban en peligro. Luché como pude y logré cortar más cabezas, me sentía débil y no comprendía como aún no acababan conmigo, seguramente era una especie de retorcida diversión, pues ya no era rival para ellos. A lo lejos, escuché los gritos de mi familia y la impotencia se apoderó de mí, maldije cuando mi cuerpo comenzó a perder la batalla, justo antes de cerrar mis ojos, una figura apareció en mi campo de visión.

—Te permitiré vivir para que sepas que soy invencible, nadie que me desafíe se saldrá con la suya —dijo mirándome desde arriba.

—Du er dømt (Estás condenado) —contesté, haciéndole mi propia promesa.

Desperté horas después, me dolía todo el cuerpo y no podía ver nada, mi brazo estaba casi inservible, aunque sabía que comenzaba a sanar, aún tardaría varias horas. Sentí los rayos del sol acariciar mi rostro, pero ante mis ojos solo había nubes blancas, todo estaba en silencio, los demonios se habían marchado, así que como pude me arrastré hasta la casa. La puerta se encontraba abierta, Agot nunca la dejaba así durante el día, sentí el olor a sangre que llenaba el lugar, con un último esfuerzo me puse de rodillas y comencé a palpar el piso en busca de mi esposa y mis hijos. Pronto me

encontré con un pequeño bulto, con ambas manos busqué señales de vida en él, un grito de rabia salió de mi garganta cuando sentí el pequeño cuerpo sin cabeza de Bjarne. Seguí tanteando hasta que hallé los cuerpos de Agot y Unne, que se encontraban juntos, rugí de dolor y lloré por primera vez. Mis lágrimas, se sentían como brasas calientes cayendo por mi rostro, quise morir yo también. Maldije al monstruo que había hecho esto y me permitió seguir viviendo, pero no era el momento de morir, no lo haría hasta que la bestia que acabó con mi familia pagara con su propia sangre.

Arrodillado frente a las tumbas de mi esposa e hijos dejé salir un juramento. Por fin la oscura noche me permitió ver de nuevo, los había sepultado temprano en medio de mi ceguera, pues no quería que sus cuerpos se desintegraran hasta quedar solo un montón de polvo negro. Rodeé las tumbas con piedras al tiempo que estrujaba la fría nieve en mis manos, las lágrimas bañaban mi rostro mientras el viento gélido que soplaba en ese momento las congelaba convirtiéndolas en pequeños trozos de hielo. Un ligero sonido llamó mi atención y me giré con rapidez para encontrarme a un hombre de pie detrás de mí, la furia hizo hervir mi sangre cuando lo vi y en menos de un segundo, había cambiado mi apariencia humana por la de Demonials y me lancé sobre él. Era rápido y se alejó, antes de que mis garras rebanaran su cuello, sin embargo, siguió con su expresión tranquila, estaba a punto de atacarlo de nuevo, cuando sus palabras me hicieron detener.

—Parece que después de todo, sí me parezco en algo al bastardo de Razvan. —Lo observé detenidamente y esta vez más calmado, pude ver las diferencias entre él y el malnacido que había asesinado a mi familia. Tenía el cabello muy largo y su mirada no poseía la frialdad del asesino, además sus ojos no eran los de un demonio, sino uno de mi propia raza, su fuerte acento rumano me dijo de donde venía.

—¿Quién eres? —pregunté sin dejar mi posición de ataque. Me miró como si esperara que lo atacara de nuevo y respondió.

—Mi nombre es Alexy Moldoveanu y parece que llegué un poco tarde.

—¿Tarde para qué? —demandé con desconfianza. Soltó un suspiro y luego de mirar al cielo se enfocó de nuevo en mí.

—Para acabar con el hijo de puta que mató a mi madre. —Eso hizo que

abandonara por completo mi hostilidad.

—Lo siento —dije recordando mis propias pérdidas, sintiendo el dolor que desgarraba mi corazón.

—También lo lamento —aseguró con pesar haciendo un gesto hacia el lugar de las tumbas. Le di un ligero asentimiento y luego regresé a mi apariencia humana.

—No quiero decepcionarte, pero si quieres algo de ese bastardo tendrás que ponerte en la fila, yo obtendré su cabeza.

—Razvan —dijo sorprendiéndome—. Su nombre es Razvan y no solo quiero su cabeza, quiero cada pedazo que pueda obtener de él. —*Razvan*, por fin tenía algo de lo que aferrarme, sabía a quién buscar, pero pensándolo bien el hombre frente a mí, parecía tener más información que yo, así que una idea cruzó mi mente.

—¿Qué te parece unir fuerzas? —propuse, se quedó en silencio sopesando mis palabras y finalmente aceptó.

—De acuerdo, siempre y cuando no lo mates primero que yo, ese será un trabajo que haremos juntos.

Comenzaba a agradarme el tipo, por fin le di lo que quise que fuera una sonrisa, pero estaba seguro de que parecía más una mueca, me llevé la palma de la mano al pecho donde seguía sintiendo mi corazón destrozarse.

San Francisco, Estados Unidos 2016.

Salí de mi habitación y al pasar por el lado de la de Marcus, llamé a su puerta para preguntarle si estaba listo, desde el interior gritó que tenía todavía algo que hacer, así que me dirigí al bar. Casi siempre era el primero en llegar hasta nuestra mesa, escaneé el lugar buscando a Alexy, pero no se le veía por ningún lado, seguramente seguía enterrado en medio de las piernas de su

mujer, debía reconocer que envidiaba al cabrón. La música estruendosa y las personas moviéndose por todos lados me hacía sentir bien, una sensación de satisfacción me recorrió al darme cuenta de que habíamos logrado reconstruir el bar en muy poco tiempo, luego de que los esclavos de Razvan lo destruyeran y asesinaran a uno de nuestros hermanos en el proceso. Caminé hasta nuestro sitio habitual y enseguida vi a Jade viniendo en mi dirección, con su metro noventa de estatura, la mujer era un espectáculo digno de apreciar. Me encantaban las féminas de mi raza, eran fuertes, nada comparado a la fragilidad de las humanas, la vi sonreírme y contonear las caderas, tenía un corto short de cuero y un top cuyo escote hacía resaltar sus voluminosos pechos, tiró su liso cabello negro sobre el hombro, y me di cuenta de que los hombres a su lado suspiraban, sus ojos de color verde me miraban divertidos.

—Hola guapo, ¿cómo estás? —dijo en cuanto estuvo a mi lado inclinándose para darme un húmedo beso, poniendo su trasero en dirección a los hombres que la miraban embobados, dándoles un poco de diversión. Sonreí, porque conocía bien su juego.

—Estoy mejor ahora que te veo —le respondí dando un pequeño mordisco sobre uno de sus pechos, esto la hizo reír, luego se sentó en mi regazo y se movió de forma que hizo que mi amigo debajo de mis pantalones comenzara a despertarse. Sabía lo que estaba haciendo y me miró de forma pícara.

—¿Ves a mi amiga allá? —preguntó señalando a una rubia que no había visto antes.— Su nombre es Dina, es nueva y desde que te vio está caliente por ti. Estoy segura de que sus bragas están empapadas imaginando como la tomarías. —Sus gráficas palabras hicieron que yo mismo me calentara, la otra mujer me miraba de forma sugerente, mientras se pasaba la lengua por sus labios.

—¡Maldición! Tu amiga tiene una boca hecha para el pecado.

—Y sabe utilizarla muy bien —respondió mordiendo el lóbulo de mi oreja y haciéndome saber que ella misma ya había tenido la boca de su amiga en alguna parte—. ¿Qué tal si vamos los tres a tu habitación y jugamos un rato?

—¡Infiernos, mujer! Ya nos estamos tardando —repliqué poniéndome de pie y haciendo que ella se levantara, sonriendo me tomó de la mano y le hizo un gesto a su amiga para que nos siguiera, en cuanto la otra nos alcanzó, la enlacé de la cintura y estampé mis labios en los suyos.

Caminamos por el pasillo y apenas habíamos cruzado la puerta, comenzó la diversión. Dina me besó introduciendo su lengua en mi boca, mientras Jade se arrodillaba para desabrochar mi bragueta, bajó mis pantalones llevándose el bóxer en el proceso, sentí su mano tomar mi miembro y comenzar a acariciarlo. Dejé escapar un gruñido en la boca de Dina y esta introdujo una mano debajo de mi camiseta pasando sus largas uñas por mi pecho, Jade se llevó mi miembro a su boca y chupó con fuerza, lamiendo desde la base hasta la punta.

—Maldición, mujer, ¿dónde aprendiste a hacer eso? —interrogué tomando el cabello de Dina con fuerza. Me gustaba el sexo rudo y Jade lo sabía, esperaba que se lo hubiese advertido a su amiga porque no tenía mucho tiempo para explicárselo.

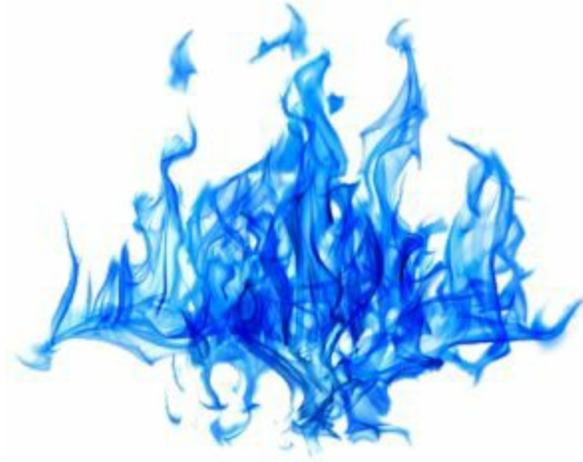
—Tuve algunos siglos de práctica, cariño —respondió sin dejar lo que estaba haciendo. Rasgué la blusa de la rubia y me apoderé de uno de sus pezones, ella jadeó y dejó caer la cabeza hacia atrás, entonces llevé mi mano dentro de su corta falda y la introduje en su ropa interior y en su húmedo canal. Ella se aferró a mi cabello para mantenerme en esa posición, mientras mis dedos trabajaban de forma diestra. La boca caliente de Jade me seguía torturando, estaba a punto de perderlo, así que, con la mano libre, afiancé su cabeza para mantenerla firme y comencé a entrar y salir rápidamente de su boca. Sentí el calor comenzar a recorrer la parte baja de mi cuerpo y luego el líquido tibio salir disparado llenando su garganta, mientras tanto mi dedo encontró un punto sensible de Dina, haciéndola gritar. No pasó mucho tiempo antes de que los tres estuviéramos completamente desnudos y enredados en la cama, tenía a Jade esposada y con los ojos vendados mientras la embestía con fuerza, Dina besaba a su amiga, luego separó sus labios de ella y se acercó para besarme.

—Dale placer —ordené, ella obedeció y estiró una de sus manos en medio de nosotros para llegar al centro de Jade, donde comenzó a acariciar su clítoris haciendo círculos, la otra jadeó mientras se retorció presa de las ataduras.

El sexo era para mí una vía de escape, lo único que me ayudaba a olvidar

mi infierno. Hacía que no pensara durante unas cuantas horas, pero era solo eso, un olvido momentáneo, porque luego los recuerdos y el dolor regresaban con más fuerza.

ÁNGELA



Limpiaba los bancos en silencio, había hecho esto tantas veces que ya era como una automática, no era que me gustara el trabajo, pero me mantenía lejos de mi casa por unas horas y cualquier cosa que me ayudara a escapar de las palizas de mi padre, así fuera por un corto período de tiempo, lo aceptaba encantada.

—¿No les parece que el hermano Garry es demasiado guapo? —preguntó Anna, una de las chicas que tuvo que quedarse conmigo para limpiar la iglesia luego de que terminara la reunión.

Los padres de Anna la obligaban a ir cada domingo junto con sus cinco hermanos, su madre de nuevo estaba embarazada y pensaba que tener muchos hijos, era una especie de bendición, pues para eso estábamos hechas las mujeres, decía. Medité un momento su afirmación sobre el hombre quien de hecho era atractivo, alto, tenía el cabello negro, muy corto y se vestía de forma elegante, cuando llegaba, lo hacía en un lujoso auto conducido por un chofer y

se comportaba como si perteneciera a la realeza. Algunas veces se me ocurrió que no encajaba en nuestra sencilla iglesia, era un hombre que exudaba poder y arrogancia.

—Guapo y muy rico —respondió Martha mientras suspiraba.

Era una chica regordeta, con las mejillas sonrojadas, usaba un peinado y una vestimenta que me recordaba a las damas de los años cincuenta, con vestidos de faldas amplias y cintas en su cabello a juego. A veces me parecía, que iba a la iglesia más por encontrar a un hombre que se fijara en ella que por su fe. Continuamente fantaseaba sobre la casa, el esposo que llegaría en las tardes y se sentaría con ella a ver la televisión luego de un día de trabajo mientras los niños correteaban detrás de un perro.

—¿Y qué tiene que ver que sea rico? ¿Acaso no saben que no deben fijarse en las cosas materiales? El materialismo contamina nuestros corazones y nos impide llegar al paraíso —las reprendió Ruth, como si estuviera repitiendo un monólogo muchas veces interpretado. Ella en cambio era la fanática, que siempre se preocupaba por agradar al pastor y hacer lo correcto. Sus padres alardeaban de las cualidades de su hija, no era muy bonita, su cuerpo era demasiado delgado y la nariz larga, eso sin contar que tampoco era muy amable. Anna y Martha, bajaron la cabeza avergonzadas y continuaron con sus labores de limpieza, mi prima Skye que estaba un poco más alejada, me miro alzando las cejas, siempre decía que esas chicas eran tontas y muy a mi pesar, comenzaba a pensar que tenía razón. Se encogió de hombros y siguió con la limpieza del altar, yo me limité a permanecer en silencio todo el tiempo, era cierto que el hermano Garry Gibson era un hombre atractivo, pero también había algo siniestro en él que me ponía la piel de gallina cada vez que estaba cerca, por esta razón trataba de permanecer lo más alejada posible, sin embargo, no siempre tenía suerte ya que cuando iba a la iglesia se sentaba en el banco a mi lado y me sonreía, mientras mi padre daba su sermón.

—El hermano Garry hizo una importante donación para la iglesia — comentó mi padre esa noche mientras nos encontrábamos sentados en la mesa. Tuve ganas de preguntar cuándo esa donación iría realmente para la iglesia,

pero me mordí la lengua para evitar pronunciar las palabras que seguramente me harían merecedora de una paliza.

—Esa es una muy buena noticia —respondió mi madre en una voz tan baja, que casi parecía un susurro. Tenía tanto miedo de mi padre, que a veces me hacía pensar que incluso evitaba respirar más de la cuenta para no molestarlo, levanté un poco la cabeza y la vi revolver su comida.

—Vaya, el hermano ese sí que tiene dinero —dijo Skye, llevándose el tenedor a la boca.

Ella no tenía mucho miedo de mi padre, aunque realmente tampoco había vivido tanto tiempo con él ni había experimentado aún sus ataques de furia. Mi prima llegó a vivir con nosotros un año atrás. Nuestros padres eran hermanos, así que cuando se quedó huérfana como el testamento de mi tío indicaba que mi padre sería su albacea hasta que Skye cumpliera veintiuno, ella vino a vivir a mi casa. Me gustaba tenerla cerca, era dos años más joven que yo, pero nos llevábamos muy bien. Cuando lográbamos escapar de la férrea vigilancia de mi padre, nos sentábamos en el jardín y ella me contaba cosas sobre su vida, tan diferente de la mía. Había vivido lejos de todo lo que me rodeaba, fue a la escuela, se vistió como quería, tuvo amigos e incluso un auto. Su padre y el mío, a pesar de ser hermanos no estaban muy unidos, mi tío no era partícipe de las creencias religiosas de su hermano, alguna vez los escuché discutir y este lo llamó fanático demente.

En ocasiones sentía un poco de envidia de mi prima, nunca había conocido ese tipo de libertad, ni siquiera se me permitió ir a la escuela como a todos los niños, sino que mi madre me enseñó todo lo que se supone que debía saber, pues según las creencias que siempre me inculcaron, las mujeres no estábamos destinadas a tener muchos conocimientos, pues luego queríamos compararnos con los hombres, quienes eran muy superiores.

—Por supuesto que tiene mucho dinero, es un empresario exitoso —respondió mi padre con tanto orgullo, que parecía que hablara de sí mismo.

—Pensé que los ricos no entraban en el reino de los cielos, ya que las riquezas nos hacen vanos —comenté sin pensarlo.

—No digas tonterías, tú no sabes nada. ¿Cuántas veces tengo que recordarte que las mujeres no entienden? Es una suerte que los hombres

estemos dispuestos a guiarlas —bufó mi padre.

—Sí, alabados sean los hombres por su sacrosanta virtud de la inteligencia y el don de la sabiduría —contestó Skye con sarcasmo, ganándose una mirada reprobatoria de su tío.

—Tal vez si mi hermano no se hubiera apartado del buen camino por culpa de esa mala mujer, tú habrías sido educada de una forma correcta. —Mi prima apretó los puños y su cara se puso roja. Mi padre siempre hablaba mal de su madre, decía que era su culpa que mi tío se alejara de la iglesia, en cambio yo la recordaba como una mujer agradable, que siempre era cariñosa con su esposo e hija.

—¿Podemos retirarnos? —pedí antes de que mi prima explotara, no quería que lo hiciera enojar, hasta ese momento nunca la había golpeado, pero eso no quería decir que no fuera a hacerlo si ella lo enfurecía.

—Salgan de mi vista las dos, y tú —dijo señalando a Skye— a partir de mañana solo comerás pan y agua durante una semana, a ver si así aprendes a refrenar tu lengua. —Ella abrió la boca para responderle, pero la tomé de la mano y la saqué del comedor antes de que fuera demasiado tarde, la llevé hasta su habitación y luego cerré la puerta.

—El tío George es un hijo de puta —soltó en cuanto estuvimos encerradas. Solía usar ese tipo de palabras, al principio me resultaban escandalosas, pero con el tiempo, se convirtieron en algo común y hasta divertido.

—Lo siento —dije avergonzada retorciendo mis manos.

—Deja de disculparte —me reprendió— él es un tirano demente, y no es tu culpa que lo sea.

—Es mi padre —contesté, como si esa fuera una buena explicación. Ella hizo una mueca de disgusto.

—Para tu mala suerte, ojalá se pareciera más al mío —comentó mientras se dejaba caer de espaldas en la cama, con la mirada puesta en la lámpara del techo, yo hice lo mismo acomodándome a su lado.

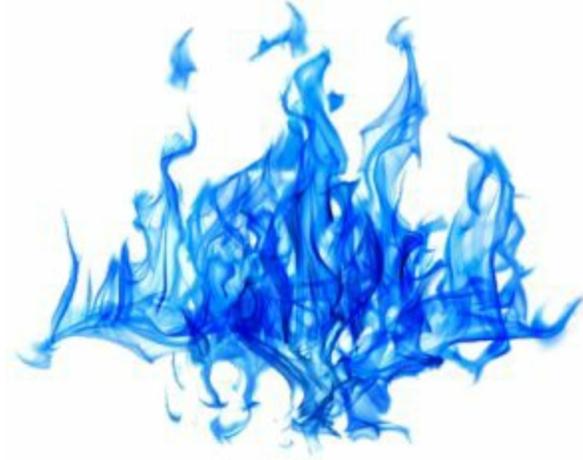
—Lamento mucho que se hayan ido —aseguré tomándola de la mano.

—Yo también lo lamento, cada día —respondió dándome un fuerte apretón.

Nos quedamos así durante mucho tiempo, sin decir nada más, a veces solo guardar silencio era una buena forma de escapar, eso me daba un respiro de mi detestable vida.

3

TAREK



La estruendosa música sonaba a todo volumen silenciando mis oscuros pensamientos, esa era una de las razones por las que vivía en el bar, necesitaba del ruido para no pensar, odiaba hacerlo y perderme en los recuerdos. Tomé mi cerveza y bebí casi la mitad, Alexy y Marcus estaban enfrascados en alguna conversación, pero no prestaba mucha atención a lo que decían, ese día mi cabeza estaba en otro lado, exactamente cuatrocientos cincuenta y siete años atrás, el día que nació mi hija Unne. Recordé cuando la vi por primera vez y mi corazón se quiso salir de mi pecho, nunca imaginé que se pudiera ser tan feliz, pero entonces tampoco supe que se llegara a ser tan desdichado, eso me hizo pensar en Razvan, el hijo de puta seguía con vida y eso era algo que me pesaba cada día. Me sentía inútil porque el asesino de mi familia siguiera vivo después de tantos siglos, les había prometido que no descansaría hasta sostener su cabeza en mis manos y aún no podía cumplir dicha promesa.

—Oigan, tenemos problemas —dijo Cameron llegando hasta la mesa y de

paso apartándome de mis recuerdos.

—Aquí siempre hay alguno, demasiados borrachos ocupando el lugar —respondió Alexy restándole importancia.

—Bueno, pero esta vez es diferente —se quedó en silencio haciendo más dramático lo que sea que fuera a decir.

—¿Y cuál es la diferencia? Dilo de una vez —le urgí. Cameron solía tomarse las cosas con demasiada parsimonia para mi gusto y aunque me agradaba bastante el chico y lo veía como un hermano pequeño, algunas veces quería patear su culo.

—Afuera hay un grupo de manifestantes, ¿recuerdan esa iglesia que está a unas calles de aquí? Pues parece que al predicador no le gustamos, está con un grupo de feligreses gritando que somos una secta de impíos, realmente no entiendo muy bien qué significa eso, debí prestar más atención a las clases de literatura o ¿era de religión?

—Tú no tomaste clases de religión —afirmé, lo conocía desde que era un niño. Marcus y yo estábamos con Alexy cuando este lo encontró, no tendría más de cuatro o cinco años entonces, aunque estaba tan desnutrido y delgado que pudo haber tenido incluso más. Lo ayudamos a cuidarlo, le educamos y le enseñamos todo lo que sabíamos.

—Mierda, ahora entiendo, es por eso que toda su palabrería religiosa me resulta incomprensible.

—Cameron —le advertí. Uno de sus problemas era que algunas veces hablaba demasiado, sin embargo, era bueno. Últimamente solo lográbamos ver esa parte de él muy pocas veces, ya que seguía lidiando con la muerte de Raven y solo en pocas ocasiones dejaba salir su ingenio, el resto del tiempo se la pasaba encerrado en sí mismo, para todos había sido un duro golpe perder a uno de nuestros hermanos en una batalla contra los demonios, pero era aun peor para Cam, ya que Raven no solo era su mejor amigo, sino que murió protegiéndolo, esto hacía que lidiara con la culpa cada día.

—Bueno eso, el tipo dice que tenemos que irnos porque somos unos pecadores indecentes y que este es un antro de perdición.

—Vaya, el sujeto sí que es observador —dije de forma sarcástica, en ese momento apareció Alana la pequeña mujer de Alexy, en cuanto la vio su

semblante cambió totalmente, no es que sonriera como tonto enamorado, simplemente lo conocía demasiado tiempo para notar que su mirada enseguida se encendía cuando la veía aparecer. Caminó hasta sentarse en sus piernas y él le dio un beso profundo, en algún momento yo tuve esa clase de amor, aun después de varios siglos, seguía sintiendo un amargo dolor en mi pecho cada vez que pensaba en Agot, en su sonrisa y en la forma como me abrazaba.

—Escuché que Cameron dijo que algo está pasando —comentó Alana.

—Sí, pero tú no tienes que preocuparte de nada, ángel, nosotros nos vamos a encargar —aseguró Alexy besando su frente y poniéndose de pie—. Quédate aquí, no salgas por nada del mundo, si me desobedeces tendrás serios problemas. —La vi sonreírle y supe que la chica no tenía ni un gramo de miedo de su marido.

Nos dirigimos a la entrada y cuando salimos, un grupo de personas con carteles gritaban consignas religiosas.

—Parece que no somos bienvenidos por aquí —comenté cruzándome de brazos.

—¡Ustedes! ¡Hijos del demonio! —gritó un hombre apartándose del grupo, era de estatura media y vestía de traje, su cabello canoso estaba bien peinado, sin duda el típico pastor de iglesia. Lo miré enarcando una ceja, si tan solo supiera—. Impíos, abandonen ese antro de perdición donde arrastran a los hermanos más desvalidos y los empujan a pecar. —Miré a Alexy a la espera de lo que haría, él simplemente lo observaba sin ninguna expresión, a mi lado Marcus parecía aburrido, aunque eso no era nada anormal en él.

Di un repaso a todas las personas que se encontraban ahí, entonces mi mirada se detuvo en una chica, a simple vista no era nada del otro mundo, pero me llamó la atención que tuviera la cabeza gacha y permaneciera en silencio, como si estuviera avergonzada de estar ahí. Su largo cabello de color marrón caía suelto por su espalda, vestía una falda azul marino que llegaba hasta sus tobillos y un suéter blanco de manga larga y cuello alto, eso era demasiada ropa para mi gusto. Estaba acostumbrado a las mujeres del bar que iban medio vestidas, sin contar las que bailaban en la barra que generalmente, usaban un pequeño tanga y dejaban el resto de su cuerpo a la vista. A punto de girar la cabeza, levantó la suya y sus ojos conectaron con los míos, de pronto sentí como si me hubiesen golpeado. ¡Maldición! Esa chica debería llevar un

letrero que dijera peligro en alguna parte, tenía unos enormes y llamativos ojos marrones, que parecían dos espejos donde podías vislumbrar tu alma, pero sin duda lo que más llamaba la atención era su boca, jodido infierno, podía poner duro a cualquiera, sus labios eran gruesos y de un color rojo natural, me pregunté cómo se sentiría tenerla rodeando mi miembro, que ya comenzaba a ponerse ansioso.

Sacudí la cabeza apartando los pensamientos pecaminosos, seguramente era de esas puritanas que se santiguaban a cada paso y pensaba que para tener sexo debía apagar la luz y hacerlo vestida y si a eso le añadía que era humana, definitivamente estaba fuera de mi lista de mujeres deseables. El pastor seguía gritando y ya comenzaba a aburrirme, abrí la boca dispuesto a decirle que se fuera al infierno, cuando una voz me detuvo.

—¿Ángela? —gritó la mujer de Alexy dirigiéndose a alguien de la multitud, escaneé a todos los presentes y me encontré a la chica que miraba a Alana con un gesto de reconocimiento. Una sonrisa se dibujó en su rostro haciéndola aún más bonita.

—¡Alana, demonios! Te dije que te quedaras adentro —la reprendió Alexy.

—¡Fuera pecadores! —gritó alguien lanzando una piedra y luego más comenzaron a llover sobre nosotros, Alexy enseguida cubrió a su mujer como si fuera un escudo y la llevó al interior del bar, para protegerla del ataque.

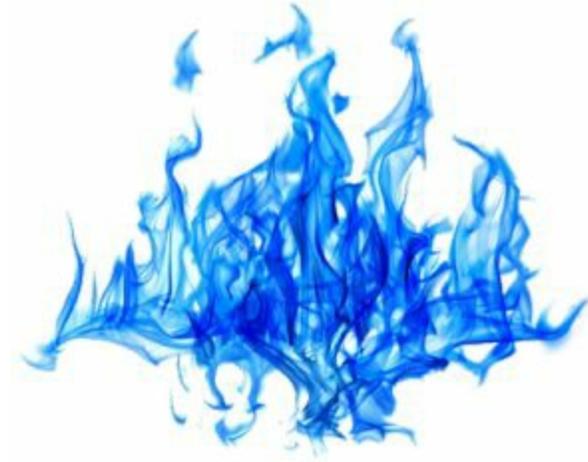
—Putos locos —gruñó Marcus, y se giró para seguir a los demás, yo di un último vistazo y la chica no estaba por ningún lado, algunas piedras más cayeron golpeándome en el hombro y la cabeza.

—Estúpidos humanos —refunfuñé para mí mismo y me alejé.

Adentro los clientes ni siquiera se dieron cuenta del incidente, Alexy había desaparecido, seguramente se llevó a su mujer a su habitación. Marcus estaba sentado en la barra.

—Parece que la cosa se puso fea allí —comentó Cameron al tiempo que depositaba una cerveza frente a mí—. Estás sangrando —señaló mi frente, me llevé la mano al lugar y en efecto vi la mancha de sangre, me limpié en mi pantalón sin darle mucha importancia y comencé a beber.

ÁNGELA



Skye y yo corrimos lo más rápido que pudimos, cuando por fin llegamos a la puerta de nuestra casa nos detuvimos con la respiración agitada.

—No puedo creer que hicieran eso —comentó inclinándose para apoyar las manos en sus rodillas—. Están todos locos, pudieron lastimar a alguien — mi estómago se encogió, recordé una de las piedras golpear el pecho y la cabeza del hombre rubio, seguramente estaba herido.

—Creo que voy a vomitar, eso fue horrible —me quejé apoyándome en la pared.

—Fue más que horrible, nunca pensé que comenzarían a lanzar piedras, parecían salidos de alguna de esas películas religiosas que dan en la televisión. Creo que el tío George necesita un tratamiento psiquiátrico urgente.

—Tienes razón, mi padre está mal de la cabeza, esas personas no le han hecho nada. —Skye asintió en acuerdo.

—Por cierto ¿quién era la chica que te llamó? —Pensé en Alana, era increíble que después de todo ella aún me hubiese sonreído de forma amable.

La conocí en unos de los hogares de acogida en los que hacía labor social, hace unos meses fui y la familia se había mudado, asumí que se había marchado con ellos, nunca esperé verla en ese lugar.

—Y, sobre todo, tan bien acompañada —dijo mi prima con un suspiro—. ¿Viste a esos hombres? Santo cielo, nunca había visto a nadie como ellos, tan terriblemente guapos.

—Yo creo que son intimidantes —confesé.

—A mí no me importaría que alguno de ellos me ponga las manos encima —se burló.

En ese momento pensé en el hombre que había sido alcanzado por las piedras, en efecto era muy guapo, tanto que parecía irreal. Me había tomado un momento para estudiarlo, era muy alto, más que la mayoría de los que había visto, en realidad solo recordaba a alguien con esa estatura, el hermano Garry. Sin embargo, él no me resultaba ni de lejos tan agradable, olvidé enseguida al protegido de mi padre y regresé de nuevo al hombre del bar, tenía el cabello de un rubio tan claro que casi era blanco y sus ojos, esos ojos que parecían del color del hielo, poseía un aire arrogante y seguro de sí mismo. Vestido de forma sencilla, con jeans desgastados y una simple camiseta negra, que se ajustaba perfectamente a su cuerpo como si se tratara de una segunda piel, aun así, se veía imponente, el aspecto de un sujeto que sería peligroso. Skye me instó a entrar en casa, nos cambiamos de ropa y nos fuimos a la cama, esperando que mi padre no notara que habíamos huido de su protesta.

Al día siguiente nadie mencionó el asunto de las piedras, mi padre comía como si no hubiese pasado nada, se veía tan tranquilo y yo me preguntaba cómo era que nada le afectaba, a veces pensaba si era cierto que la religión y las creencias que teníamos eran lo correcto, no lograba comprender que el hecho de atacar a personas de la forma que lo habíamos hecho la noche anterior, ayudaba a que se limpiaran nuestras almas y nos guiara por el camino

que conducía a la vida eterna, esa que tanto pregonaba mi padre en sus prédicas dominicales.

El resto del día estuve encerrada en mi habitación, en la tarde Skye se me unió y nos quedamos conversando.

—¿Cómo crees que sería nuestra vida si estuviéramos lejos de la iglesia?
—pregunté de pronto, últimamente era un interrogante que se manifestaba con frecuencia en mi cabeza.

—Seríamos libres de pensar —respondió mi prima simplemente—. Mi madre era una mujer muy religiosa ¿sabes? Pero no del tipo que se la pasa metida en una iglesia y hablando sobre la salvación de su alma mientras ataca a inocentes, ella era del tipo que amaba a sus semejantes, siempre me dijo que el amor por los demás era la única religión que importaba, que ser compasiva era la única obra de caridad que necesitaba hacer. Ella sabía que tu padre la odiaba y la culpaba de que mi padre abandonara sus creencias religiosas, aunque en el fondo pensaba que lo que hizo fue salvarlo. —Suspiré y cerré los ojos queriendo imaginar otro tipo de vida.

Pasadas varias horas, escuché el estómago de mi prima gruñir, ambas reímos, estábamos tan abstraídas en nuestra idea del mundo que nos olvidamos de comer.

—Vamos a buscar algo —propuso.

Nos levantamos y salimos de la habitación, cuando nos acercábamos a la sala escuchamos voces, así que nos pegamos a la pared para no ser vistas y nos quedamos en silencio escuchando.

—Necesitamos acabar con ese antro definitivamente —decía mi padre, Skye me miró y negó con una mueca de desagrado.

—Por supuesto que tenemos que hacerlo pastor. —Esa era la voz del hermano Garry, la conocía bien—, ese sitio no es bueno para los jóvenes de nuestra comunidad.

—Ellos no son buenos ni para los jóvenes ni para los viejos —susurró Skye— y nadie está afuera de la iglesia gritando y queriéndolos echar.

—Creo que la idea que propuso el hermano Theodore es estupenda —comentó mi padre con entusiasmo—. No lo tome a mal hermano, pero es bueno que usted haya sido un pecador antes, ahora nos ayudará a deshacernos de

todos esos engendros del demonio.

—Así es pastor White, me siento muy avergonzado de mi antigua vida, pero si eso sirve para ayudar bienvenido sea.

El hermano Theodore era un hombre gordo con un vientre pronunciado, que siempre usaba camisas de manga larga y anudada hasta el cuello, pero a veces se podían ver algunos tatuajes sobresaliendo. Algunos en la iglesia, comentaban que antes había sido parte de una banda de delincuentes.

—Entonces repasemos el plan —intervino el hermano Garry—, usted se vestirá como ellos, luego llegará al tugurio ese y se hará pasar por un cliente más, no creo que tengan mucho control de las personas que ingresan, por lo tanto no tendrá problemas en llevar consigo la mercancía, pondrá los paquetes de la droga en lugares estratégicos, para que cuando llamemos a la policía y registren el lugar, la encuentren fácilmente —escuché las risas y palabras de aprobación de mi padre y del otro hombre y me sentí asqueada.

—También podríamos agregar algo más —propuso Theodore de forma inocente.

—¿Algo como qué? —la pregunta vino de mi padre y era obvio que estaba interesado.

—Tengo una sobrina de quince años, estoy seguro de que ella podría ayudarnos. Imaginen drogas y prostitución infantil.

—¿Cómo haríamos para hacerla pasar por prostituta? —preguntó Garry.

—Solo que se vista como las putas de ese sitio. Que ingrese, y se una con cualquiera de los hombres, incluso podría tratar de llevárselo a la cama. La chica no es que sea una santa precisamente, ya saben a lo que me refiero. —Skye me miró con los ojos muy abiertos y mi corazón latía apresurado, esos hombres eran unos monstruos, mi padre era un engendro al que no le importaba involucrar una niña, solo para conseguir sus propósitos.

—Son unos asquerosos —les grité saliendo de mi escondite sin poder detenerme. Mi padre me lanzó una mirada furiosa, sabía lo que pensaba, las mujeres no teníamos derecho a participar de las conversaciones de los hombres.

—¿Qué hacen ustedes dos ahí? Lárguense ahora mismo, y tú —me señaló—, cuando termine aquí con los hermanos arreglaremos cuentas. —Mientras

hablaba botaba saliva. Sus ojos echaban chispas y su cara se puso roja, sabía que el castigo sería fuerte, pero no me importaba, no me iba a quedar callada.

—Están locos. —Antes de que pudiera decirles algo más, Skye me tomó del brazo arrastrándome, al principio me resistí, pero luego dejé que me llevara hasta mi habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—No puedo creer que hicieras eso. No tengo claro si eres una heroína o una desquiciada, ¿sabes lo que te costará verdad? —Asentí, lo sabía, pero no me importaba, estaba harta de quedarme callada, eso sería como ser cómplice de las injusticias. Apenas habían pasado unos minutos, cuando ya mi padre aporreaba la puerta, gritando que la abriera, comencé a temblar, pero me obligué a permanecer firme.

—Apártate —le pedí a mi prima y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te va a matar.

—No creo que el honorable pastor White, se arriesgue a convertirse en asesino —dije dándole una sonrisa tranquilizadora.

—Tal vez no te mate, pero si te dará una paliza. —Su voz estaba llena de preocupación, Skye era la única que me demostraba afecto, ni siquiera mi madre se arriesgó nunca a defenderme, ella siempre se hacía a un lado, era solo una sombra espectadora.

—No será la primera vez. —Afuera los gritos y los golpes en la puerta continuaban. —Estaré bien, por favor apártate, no quiero que también se desquite contigo. —La abracé y la tomé de las manos para quitarla de la puerta, luego la abrí, ni siquiera tuve tiempo de abrirla de par en par cuando mi padre la empujó derribándome en el proceso. Luego me tomó del cabello y levantándome me lanzó sobre la cama, escuché a mi prima gritar y me giré, para ver cómo la sacaba a empujones. Me quedé ahí sin hacer nada, no tenía sentido, se acercó para engancharme de un brazo y hacer que me arrodillara en el piso, bajé la cabeza y esperé lo que sabía que vendría, el primer golpe de la fusta no se hizo esperar, jadeé en busca de aire, la vara de madera golpeo de nuevo en mi espalda, luego siguió una sucesión de golpes, uno tras otro. Sentía la piel en carne viva y el dolor era tan fuerte que creía que iba a desmayarme.

—Nunca te atrevas a desafiarme —decía mientras me golpeaba una y otra vez—. Así tenga que matarte a golpes sacaré el demonio que habita en ti.

Cuando por fin se detuvo, sentía el cuerpo laxo, intenté levantarme, pero no tenía fuerzas para hacerlo, así que me quedé ahí. Escuché la voz de Skye que parecía venir de muy lejos, me ayudó a levantarme y llegar hasta la cama, me recosté bocabajo y suspiré aliviada, cuando por fin lo logré.

—Es un desalmado, mira como te dejó. —Levanté la cabeza y vi las lágrimas que caían por sus mejillas, intenté hablar, pero hasta eso me costaba trabajo.

—Estoy bien —dije en un susurro tratando de tranquilizarla. La escuché revolotear por la habitación y luego regresó con unas tijeras, gasas y algún ungüento.

—Voy a cortar tu suéter, de todos modos, está arruinado, tu espalda está sangrando y tengo que curarla. —Mientras hablaba se limpió las lágrimas con la mano.

—Gracias —le dije dando un suave apretón en su mano, me sonrió y comenzó a curarme. Cuando terminó, me entregó una pastilla y un vaso con agua, se sentó en el piso con la espalda apoyada en la cama y su cabeza cerca de la mía.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó jugueteando con el borde de mi sábana. Lo pensé un momento, entonces una idea se me ocurrió.

—Creo que iré a ver a Alana.

—¿Te refieres a la chica que estaba ese día en el bar?

—Sí, ella. —La pastilla comenzaba a hacer efecto y mis ojos se estaban cerrando.

—Espero que esa no sea otra mala idea, no creo que aguantes otra paliza tan pronto. —Reí, o al menos pienso que lo hice, antes de que mis ojos se cerraran.

Me abracé a mí misma mientras aceleraba el paso, comenzaba a arrepentirme de haber venido, pero no iba a dar marcha atrás, Skye se arriesgó

mucho ayudándome a escapar como para que yo lo arruinara, mi espalda escocía recordándome la paliza que había recibido la noche anterior.

—Hey ricura, ¿qué haces tan solita? Ven, enséñame qué hay debajo de esa ropa, mira, aquí tengo un regalito para ti —me gritó un sujeto llevándose la mano a su entrepierna. Comencé a temblar, pero lo ignoré y casi corrí a la entrada del bar, mientras lo escuchaba a él y otros más riendo, no comprendía que hacía Alana en un sitio como este, la conocía poco, pero no me parecía del tipo de chica que le gustaran estos lugares.

El sonido de la música era ensordecedor y me pareció infernal, lo único que se me permitió escuchar toda mi vida eran los coros de la iglesia, así que esto me parecía más ruido que otra cosa.

—Disculpen. Lo siento. ¿Me permiten pasar? —le dije a un grupo de personas que me ignoraron por completo como si hubiese hablado a una pared. ¿Cómo se suponía que encontraría a Alana en medio de este caos? Conseguí abrirme paso en el mar de gente que me empujaban y aprisionaban unos con otros, sentí un codazo en la espalda que me hizo gemir de dolor, comenzaba a tener claustrofobia. Cuando por fin me vi libre de la masa, me quedé sin saber qué hacer. ¿Dónde la buscaba? Estaba en medio de mi debate interno cuando una figura se paró frente a mí.

—Me parece que te equivocaste de convento monjita —me dijo una mujer en tono de burla, sabía que lo decía por mi atuendo, levanté la cabeza para mirarla. Era bastante alta para ser una chica, su cabello negro le llegaba hasta los hombros y vestía unos shorts de cuero y un top. Sus labios estaban pintados de un color rojo intenso.

—Yo... estoy buscando a alguien —le dije con voz temblorosa.

—Cariño, me parece que estás perdida, a juzgar por tu ropa seguramente estarás buscando algún monje y como podrás darte cuenta aquí solo hay pecadores —habló riendo mientras apoyaba las manos en las caderas, dejándome ver sus largas uñas del mismo color rojo de sus labios.

—Estoy buscando a Alana. —Esperaba que dejara de burlarse de mi ropa y me ayudara, si no, me habría arriesgado para nada.

—Así que eres amiga de la mujer de Alexy. ¡Vaya! Pues si la necesitas,

pregúntale a Cameron el de la barra, él puede ayudarte. —Por fin un poco de amabilidad.

—Muchas gracias —le dije y me encaminé hasta el lugar que me indicó, cuando la alcancé el chico me sonrió, al menos uno que no me resultaba intimidante.

—Hola linda, ¿puedo ayudarte? —Nunca nadie me había dicho linda, realmente no sabía si lo hacía porque lo pensaba o por ser amable, seguramente era por la segunda, pero no me importaba mucho, me había visto suficientes veces al espejo para saber que no era muy atractiva, sin contar las ocasiones en las que mi padre me recordó lo agradecida que debería estar por mi falta de belleza, pues esta solo servía para tentar a los hombres y empujarlos a los brazos del pecado.

—Me dijeron que tú me podrías decir dónde puedo encontrar a Alana. — Él me miró enarcando una ceja.

—¿Eres amiga suya? —Me sorprendió la duda, parecía como si la protegiera.

—Solo somos conocidas, pero estoy segura de que me recuerda, nos conocimos en el hogar de acogida.

—¿Estuviste en el hogar con ella? —preguntó mirándome de arriba abajo.

—No, en realidad yo iba como parte de la iglesia para hacer obras de caridad, llevaba ropa para los chicos del hogar. Un gesto de comprensión se dibujó en su rostro.

—Entiendo. —De nuevo la sonrisa amable apareció—. Ven acompáñame, te llevaré hasta donde está. ¡Oye Corine! Ayúdame aquí un rato —gritó por encima de mí, me giré para ver que se refería a la mujer que me había hablado antes, ella asintió y el chico saltó por encima de la barra y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Caminamos en silencio por un pasillo, miraba a cada lado preguntándome qué clase de lugar era ese, entonces escuché risas que provenían del fondo y un murmullo de voces que se acercaban, me hice a un lado esperando que quienes vinieran pasaran por mi lado.

—Hermano, tú sí que te diviertes —le dijo el chico que me acompañaba a alguien, su interlocutor soltó una risa y la curiosidad hizo que levantara la mirada para ver de quien se trataba, estuve a punto de caer de espaldas, lo reconocí de inmediato. Lo había visto la noche en que mi padre armó el escándalo afuera del bar, el hombre frente a mí era hermoso, si es que a alguien como él se le pudiera dar ese adjetivo, abrazaba a dos chicas a cada lado que lo tocaban de forma íntima. Una se inclinó y besó su cuello, mientras la otra acariciaba su pecho, esto me hizo preguntar si estaba relacionado con las dos y cómo era que ellas estaban bien con eso. También me pregunté por los golpes que debió recibir cuando le lanzaron las piedras, a simple vista no parecía que estuviera herido, tal vez me había equivocado y las piedras no le alcanzaron.

—Por supuesto que me divierto, cómo no hacerlo con estas dos bellezas —respondió sin percatarse de mi presencia. Me pegué más a la pared esperando que pasaran sin notarme, pero por alguna razón bajó la cabeza y sus ojos se enfocaron en mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una voz fría y un marcado acento, sabía que me había visto la noche del escándalo, pero me sorprendió que me reconociera, no era el tipo de persona que dejara una imagen digna de recordar.

—Yo...yo... —comencé a balbucear, esto me pasaba cuando me ponía nerviosa, mi padre decía que era tonta y corta de entendederas.

—Deja de asustar a la chica, Tarek, solo vino a ver a Alana —le recriminó Cameron.

—¿Te envió el loco? —demandó de nuevo ignorando las palabras de su amigo.

—¿De qué estás hablando? Ya te dije que vino a ver a Alana. —Era bueno que alguien hablara por mí, ya que mis palabras se negaban a salir.

—Ella estaba con el loco religioso que está empeñado en cerrarnos el bar —respondió sin apartar su mirada de mí, estaba molesto por pensar que yo hacía parte del grupo. ¿Qué haría si supiera que el loco religioso era mi padre?

—Lo... lo siento no... no debí venir. —Odié la forma en la que salió la frase. Sí, seguramente mi padre tenía razón y además de fea era tonta. Me giré

para irme cuando la voz de Alana me detuvo.

—¡Ángela! —gritó corriendo para llegar hasta mí—. ¿Qué haces aquí? —preguntó tomándome la mano que temblaba y estaba fría, me dio una sonrisa amable, haciéndome saber que comprendía mi nerviosismo, realmente no habíamos sido grandes amigas, solo la vi unas pocas veces cuando estuve en el hogar donde ella se encontraba, pero en esas ocasiones fue amigable.

—Vine porque quería hablar contigo —respondí contenta de que esta vez mi voz saliera más clara.

—Entonces vamos, tienes mucho que contarme, me alegra que vinieras. —Comenzó a arrastrarme de regreso por el pasillo mientras hablaba, sentía la mirada que me taladraba y traté de caminar lo más serena posible, rezando para que mis pies no tropezaran y terminara quedando en ridículo, pues mis rodillas temblaban tanto que parecía que en cualquier momento iban a colapsar. Me llevó a una oficina y en cuanto cerró la puerta dejé salir un suspiro de alivio.

—Gracias —le dije sin explicar por qué, pero ella lo atendió de todas formas.

—No dejes que Tarek te intimide, en realidad no es mal tipo. —Tarek, escuchar de nuevo ese nombre hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Era la primera vez que lo escuchaba, no era un nombre común y por su acento y sus rasgos supuse que era de algún país europeo.

—Creo que no le agrado —comenté—. No era mi intención molestar, vine porque necesito hablar contigo.

—Claro que sí, siéntate por favor —pidió señalando el sofá, ella se acomodó a mi lado—. Hace mucho que no te veía, pero me alegra encontrarte, tal vez tú puedas ayudarme. Tiempo atrás fui a buscar a Abby al hogar de acogida, pero ya no viven allí y no he podido encontrarla, dime ¿por casualidad sabes algo? Estoy muy preocupada por ella y Kevin. —Sabía que ella y la chica por la que me preguntaba eran muy unidas, siempre que iba las veía juntas.

—Lo siento, a mí me pasó lo mismo, cuando fui descubrí que la familia se mudó, incluso llegué a pensar que te habías ido con ellos. La otra noche me sorprendió verte aquí. —Vi la preocupación dibujarse en su rostro, así que decidí tranquilizarla—. No te preocupes, intentaré hablar con la encargada de

la oficina de servicios sociales, le diré que quiero continuar con mi labor, así tal vez logre que me den la nueva dirección. —Su cara se iluminó y una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—No sabes cuánto te lo agradezco, tengo que encontrar a Abby y sacarla de ahí.

—Haré lo que pueda para ayudarte. —Ella me abrazó y tuve que disimular para no dejar escapar un grito de dolor, cuando se alejó me preparé para hablarle sobre los motivos que me llevaron ahí—. Alana, en realidad vine porque tengo algo importante que decirte.

—¿Es sobre las personas de la iglesia? Te vi con ellos. —Me sentí avergonzada por formar parte de eso, bajé la cabeza y miré mis manos.

—Así es, el hombre que los dirige, el pastor White, es mi padre —solté sin atreverme a mirarla.

—Comprendo. —fue lo único que dijo, la miré queriendo que supiera que yo no pensaba que ellos fueran malas personas, de hecho, ella me parecía una buena chica.

—Te juro que yo no quería estar ahí, mi padre prácticamente me obligó. — Se inclinó y tomó mis manos con las suyas antes de hablar.

—Yo sé que no eras parte de eso, siempre fuiste amable, seguramente tu padre se aburrirá y nos dejará tranquilos.

—Ojalá fuera tan simple —ella me miró confusa—. Están planeando tenderles una trampa. Uno de los hombres de la iglesia fingirá ser un cliente y entrará a poner drogas, también quiere traer a su sobrina de quince años para acusarlos de prostitución.

—Ángela, eso es grave, tengo que decírselo a mi esposo.

—¿Tu esposo? ¿Estás casada? —pregunté sin poder esconder mi desconcierto, ella sonrió de una forma que sus ojos se iluminaron.

—Sí, lo estoy, con el hombre más maravilloso. —Entonces recordé al hombre que vi a su lado esa noche, él la abrazó y la protegió cuando comenzó la lluvia de piedras—. Espérame aquí, tienes que decirle todo esto a Alexy — comencé a negarme, pero ella ya había salido corriendo. Me quedé ahí sentada, sin saber qué hacer y unos minutos después regresó acompañada del

hombre. Nunca había visto a nadie como él, me quedé mirándolo con la boca abierta, estaba vestido completamente de negro, con un pantalón de cuero y una camiseta sin mangas que dejaba sus brazos cubiertos de tatuajes a la vista, su cabello negro era tan largo que llegaba hasta su cintura. Me miró sin ninguna expresión—. Ángela, te presento a mi esposo, cariño, ella es mi amiga Ángela. —Él me estudió un momento y luego me tendió la mano.

—Un gusto Ángela.

—I...igualmente, señor —dije balbuceando.

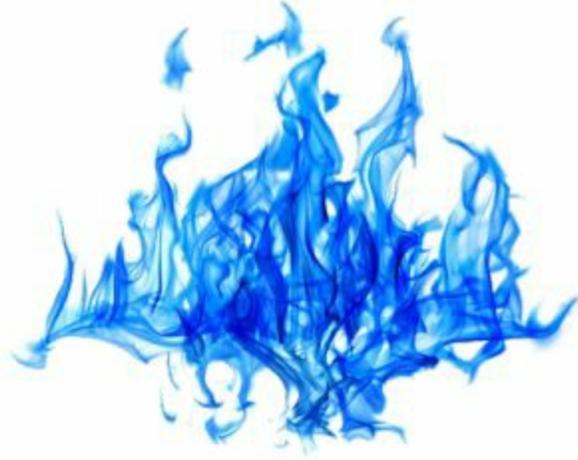
—Mi Ángel dice que tienes algo importante que decirme —habló atrayendo a Alana a sus brazos, ella se veía pequeñita y casi se perdía en su abrazo protector.

—Yo... bueno yo... —Odié que me pusiera en esta situación, habría sido más sencillo si le hubiese repetido ella misma mis palabras—. Como le dije a Alana —hice una pausa y tragué—, soy la hija del hombre que estaba gritando todas esas cosas la otra noche y escuché a mi padre y a otros dos miembros de la iglesia, trazando un plan para hacer que les cierren el bar.

De nuevo relaté todo ante su atenta mirada, él solo asentía sin decir nada más, cuando por fin terminé me sentí liberada.

—Agradezco mucho que te tomaras el trabajo de venir hasta aquí, porque estoy seguro de que no lo hiciste con el conocimiento de tu padre ¿verdad? —Negué sin querer dar mucha información sobre la forma como escapé y menos de la paliza que recibí.

Me despedí de ellos sintiendo que me había quitado un peso de encima, el esposo de Alana se ofreció a acompañarme, pero le dije que no. No iba a arriesgarme a que descubrieran que salí a escondidas y menos las razones que me llevaron a hacerlo.

TAREK

Me quedé de pie en las sombras hasta que la vi salir, los borrachos que se encontraban en las afueras del bar le gritaron obscenidades, hice una nota mental para acabar con cada uno de ellos, no comprendía por qué me sentía tan protector con la chica, no era más que una simple humana y estos no me importaban una mierda. Ella ignoró las palabras de los sujetos y agachando la cabeza caminó con rapidez, comencé a seguirla sin que lo notara, no confiaba del todo en su aparición en el bar, así que quería saber cuáles eran sus intenciones. A esas horas las calles estaban solitarias y silenciosas, «muchacha tonta» pensé. ¿Acaso no comprendía el peligro al que se exponía andando por ahí sola?

La vi doblar en una esquina y me quedé escondido para ver que tan lejos llegaba, pero se detuvo apenas dos casas más allá.

—Ángela —llamó una voz de mujer, luego una figura se materializó por un

costado de la casa.

—Skye, me asustaste —le reclamó ella llevándose una mano al pecho, la otra chica era más o menos de su edad.

—Asustada estaba yo, si el tío se entera que saliste te dará otra paliza como la de anoche y no creo que puedas soportarla. —Apreté los puños ante sus palabras, ese bastardo estaba muy cerca de recibir su merecido también.

—Bueno ya estoy de regreso, no tienes que preocuparte más.

—¿Pudiste hablar con tu amiga? —preguntó la otra chica.

—Lo hice, espero haber sido de ayuda.

Escuché sus palabras y me pregunté a qué clase de ayuda se refería.

—Yo también o te habrías arriesgado a la ira del tío en vano. —Se quedaron en silencio un momento y luego la chica preguntó de nuevo—: ¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Ese lugar, me habría gustado ir, nunca he ido a un bar, no sé cómo es la gente que lo frecuenta, la otra noche apenas si logré ver algo con la prisa que teníamos por huir de ahí. —La escuché suspirar antes de responder.

—Es demasiado intimidante, tú y yo no encajaríamos en un lugar como ese.

Era totalmente cierto, un ser como ella no debía estar en un hueco como el que yo habitaba, era demasiado dulce para ser contaminada. Esperé un momento hasta que las vi colarse por una ventana, así que era cierto que huyó para hablar con Alana, ¿pero de qué? Regresé al bar en busca de respuestas, me abrí paso entre la multitud, era bueno que me tuvieran temor, un pequeño gruñido y solucionado. Alexy y Marcus no estaban por ningún lado, así que supuse que se encontraban en la oficina. Cuando entré Alexy me lanzó una mirada de molestia, seguramente imaginaba que seguía en mi habitación con Jade y Dina.

—Necesito que te centres más en los asuntos que nos importan y menos en tus mujeres —me recriminó, pensé mandarlo a la mierda, pero entonces comprendí que hasta cierto punto tenía razón, si bien hacía solo unos minutos me encontraba en la calle siguiendo a la chica que me inquietaba, horas atrás

estuve en los brazos de dos mujeres.

—No me jodas, hermano, ahora que eres todo un hombre de familia no hay quien te aguante, permíteme recordarte que antes de que la chica rubia apareciera, eras igual que yo.

Sus ojos rojos brillaron y reí, no era cierto, Alexy nunca sería como yo. Desde que lo conocí había sido todo calma y seriedad, entre la amargura de Marcus y mi locura, siempre era el punto intermedio, nunca hacía nada a medias y no daba nada por sentado, tal vez fue porque a diferencia de Marcus o mía, él tuvo que crecer solo y aprender a defenderse. No hubo nadie que lo respaldara, sin embargo, no conocía hombre más leal y dispuesto a dar la cara por sus hermanos, a veces pensaba que no habríamos logrado permanecer tanto tiempo juntos, si no hubiera sido porque se encargaba de regresarnos a la realidad cada vez que el caos nos golpeaba y amenazaba con hacernos perder el equilibrio.

—Está bien, lo lamento —dije dándome por vencido—. ¿A qué vino la amiga de Alana?

—Vino a advertirnos. Su padre está planeando algo para hacer que cierren el bar. —Fruncí el ceño ante el nuevo descubrimiento.

—¿Su padre? ¿Me estás diciendo que la monja es hija del demente ese?

—Su nombre es Ángela —me respondió dándome una mirada severa, sus ojos negros brillaron y arrugó la frente, odiaba cuando hacía eso, me sentía como un adolescente rebelde a quien su padre reprende por haberse portado mal—. Y sí, es hija del loco.

—Maldición, espero que no sea tan psicótica como su progenitor —comenté negando.

—Si lo fuera no habría venido hasta aquí para tratar de ayudarnos, además, Alana confía en ella, así que yo también lo hago. —Olvidé que mi hermano iría a ciegas por cualquier camino que su mujer quisiera llevarlo, así que decidí dejar el tema de la monja y pasar al que realmente me interesaba.

—¿Y eso te preocupa? Por favor, es solo un miserable humano. ¿Qué podría hacer contra nosotros? —interrogué recostándome en la silla y poniendo los brazos detrás de la cabeza, me miró enarcando una ceja, le devolví la mirada retándolo.

—¿Desde cuándo subestimas un enemigo? —demandó apoyando los brazos en su escritorio. Me levanté empujando la silla y puse las palmas de las manos sobre la mesa, me incliné para que mis ojos quedaran a su altura.

—No lo subestimo, no olvides nunca que llevo más siglos que tú luchando, pero tampoco voy a comenzar a preocuparme por él, mi única prioridad es encontrar a Razvan y pensé que también era la tuya —lo desafié a contradecirme.

—A todos nos interesa lo mismo —intervino Marcus—, pero tenemos que preocuparnos por esto ahora. El sujeto es una verdadera molestia y si su hija se tomó el trabajo de venir hasta aquí a advertirnos creo que lo menos que podemos hacer es tomarlo en cuenta. —Vaya, viniendo de él, eso era todo un discurso, la mayoría del tiempo solo hablaba en monosílabos.

—Que hablador estás hoy —me burlé irguiéndome para girar mi cabeza en su dirección, tenía el ceño fruncido y la cabeza inclinada pero sus ojos fríos se enfocaron en mí.

—Vete a la mierda —respondió gruñendo.

—No vamos a dejar pasar nada que pueda resultarnos un problema —habló Alexy cortando la discusión.

—Está bien, entonces ¿cual es el plan? —pregunté poniéndome serio.

—Por ahora, solo mantenernos alerta por si viene el hombre que mencionó Ángela.

Saboreé ese nombre, pensando que quedaba perfecto en ella, mejor que el apodo de monja.

—Yo sigo pensando que no debemos confiar tanto en la chica, después de todo ella hacía parte de la manifestación. —Alexy me miró impacible—. Me largo, voy a cazar algunos demonios, no pienso gastar todo mi tiempo en estúpidos humanos, ¿vienes? —pregunté dirigiéndome a Marcus, este asintió y me siguió.

Salimos al callejón donde se encontraban nuestras motocicletas, me subí en la mía y aceleré por las calles oscuras de la ciudad. Mis hermanos y yo llegamos a los Estados Unidos cien años atrás, recorrimos el país de lado a

lado hasta que nos asentamos en la ciudad de San Francisco, nos sentimos atraídos por su belleza. Ubicada en una península rodeada por el océano Pacífico y la bahía de San Francisco, era una ciudad llamativa, con sus tranvías y sus coloridas casas de estilo victoriano. Esquivé los autos y conduje en medio de las luces, había vivido tantos siglos y visto el mundo cambiar tanto, sin embargo, me seguían impresionando las comodidades de los inventos modernos.

—Dirijámonos a Tenderloin —gritó Marcus por encima del ruido de las bocinas de los vehículos. Asentí y lo seguí, era una de las zonas más peligrosas de la ciudad, estaba llena de bares. Era un centro de prostitución y distribución de drogas, por lo que los demonios lo preferían, ya que era el lugar perfecto para encontrar sus víctimas.

Al llegar condujimos despacio por las calles, algunas prostitutas nos ofrecían sus servicios y en las esquinas se podía ver cómo los traficantes de drogas se dedicaban a su negocio, ignoramos aquello, después de todo, no era lo que nos interesaba, solo buscábamos demonios, tal vez alguno de ellos nos llevara a Razvan. Cada vez que recordaba que el maldito seguía vivo mi sangre hervía, pero me prometí a mí mismo que no sería por mucho tiempo. Por fin localizamos a un grupo de cuatro demonios en un callejón oscuro rodeando algo, estaba seguro de que era algún humano a quien absorbían su alma, hice un gesto a Marcus quien asintió dejándome saber que también los había visto. Detuvimos las motocicletas y nos bajamos, no me molesté en quitarme la camiseta, simplemente me dirigí lo más rápido que pude hacia ellos, en cuanto escucharon nuestros pasos se giraron enseñando sus dientes, cambié de forma, sentí mis alas desplegarse y mis cuernos se alargaron. Levanté la mano y aparté los jirones de mi camiseta arrojándolos al piso.

—A divertirse, hermano —dije y me lancé hacia ellos, se separaron, dos fueron por Marcus y los otros dos por mí. Me elevé por encima de y uno trató de alcanzarme, aproveché que levantó sus brazos y giré una de mis garras haciendo un movimiento de abanico cortando uno de ellos desde el codo, dio un grito de dolor. Caí al piso y atacé de nuevo, lanzándome con rapidez por su compañero, lo despaché cortando su cabeza, el otro comenzó a huir mientras sostenía lo que quedaba de su brazo, dejando un rastro de sangre en el asfalto, de nuevo me levanté en el aire para aterrizar justo frente a él.

—¿Vas a algún lugar, sanguijuela? —Me gruñó enseñándome los dientes y atacó, esquivé su garra y la tomé con las mías, en un rápido movimiento corté el otro brazo, cayó de rodillas al piso, levanté el mío y pasé mis garras por su espalda desde el cuello hasta la cintura de su pantalón, rugió de dolor dejando caer su cabeza hacia atrás y aproveché para cortarla.

—Solo con cortar su cabeza es suficiente ¿sabías? —preguntó Marcus apareciendo a mi lado—. No es necesario desmembrarlos.

—¿Dónde estaría la diversión en eso? —Mi respuesta burlona le hizo soltar un bufido. Caminó hasta su motocicleta y me fijé en que no tenía ni un rasguño, Marcus y yo formábamos un buen equipo a la hora de cazar demonios, siempre sabía que estando con él tenía mi espalda segura.

Recorrimos algunos sectores más de la ciudad, enfrentándonos a otros siete demonios, esta vez no salimos tan bien librados, habíamos logrado acabar con todos, pero Marcus tenía una herida en el costado y mi pierna izquierda tenía un gran tajo.

—¡Maldito demonio! Arruinó mis jeans favoritos. —Me quejé, las garras habían rasgado mi piel llegando casi hasta el hueso, en el proceso quedaron destruidos.

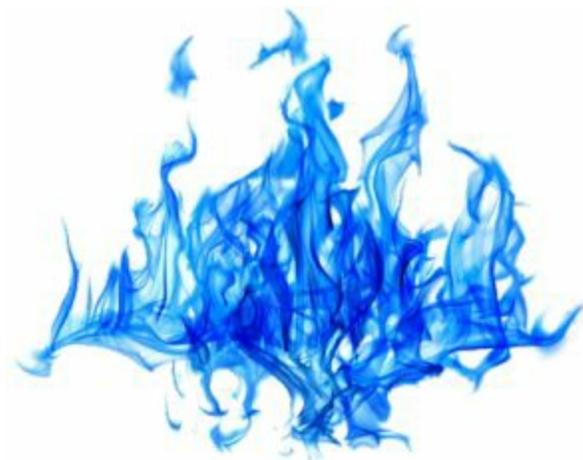
—Deberías estar agradecido que fue tu pantalón y no tu mejor amigo —comentó Marcus señalando lo cerca que se encontraba la herida de mi ingle.

—¡Diablos! Tienes razón. Habría sido toda una tragedia, las chicas lo extrañarían montones —respondí riendo mientras nos subíamos a las motocicletas, mi hermano me lanzó algo y cuando lo tomé, me di cuenta de que se trataba de una camiseta limpia, la que siempre tenía de repuesto en caso de no tener tiempo para quitarse la que tuviera puesta, en lugar de ponérmela, me limpié la cara y el torso que estaban cubiertos de sangre.

—Tenemos que hablar con Alexy, tantos demonios en la ciudad solo significa que Razvan está de regreso —comentó Marcus cuando llegamos al bar.

—O que nunca se ha ido, estoy seguro de que la rata esa se esconde en alguna alcantarilla y solo hay una persona que nos puede decir dónde buscarlo. —Mi hermano asintió en acuerdo, era hora de buscar a McKenna.

ÁNGELA



Me pasé mucho tiempo despierta, estaba convencida de haber hecho lo correcto, no podía permitir que mi padre lastimara a Alana y a los hombres que estaban con ella, solo por sus prejuicios religiosos. Esperaba sinceramente que ellos hicieran algo para impedir los siniestros planes de mi progenitor. Cerré los ojos un momento y una mirada azul hielo apareció en mi mente, solo con recordarlo mi corazón se aceleraba, nunca me había interesado de forma romántica por ningún hombre, a diferencia de las chicas de la iglesia que soñaban con encontrar al ideal para casarse, yo no me preocupaba por eso, vivir al lado de mis padres y ver la forma como este la trataba, me hacía desear no encontrarlo nunca, ya que para muchas, él era el prototipo perfecto, buen hombre, buen esposo y buen padre. A menudo me preguntaba qué pensarían si supieran cómo era realmente, sin contar que siempre me inculcaron que la atracción física te empujaba a cometer actos impuros. Tarek, su nombre acudió a mí cuando pensé en los llamados actos pecaminosos, lo vi con dos mujeres y aunque vivía metida en una iglesia, no

era tan tonta como para no saber lo que había estado haciendo con ellas, tal vez de cierta forma mi padre tuviera razón al decir que la belleza física era el medio que utilizaba el demonio para despertar nuestras bajas pasiones, porque cada vez que una imagen suya acudía a mi cabeza, la parte baja de mi estómago se retorció y un ligero aleteo hacía acto de presencia. Era el hombre más hermoso que alguna vez vi, tenía un tipo de belleza casi inhumana, nadie podía ser tan perfecto, aunque tampoco lograba convencerme de que era alguna especie de creación demoniaca, lo tuve suficientemente cerca para saber que era muy real.

Me levanté muy temprano, esa era otra de las cosas que teníamos que hacer en nuestra casa, dormir más de la hora indicada que era sinónimo de pereza, uno de los siete pecados capitales o eso decía mi padre, así que a las cinco ya estábamos en pie y haciendo nuestras oraciones, era divertido ver a Skye bostezando mientras cerraba los ojos y fingía orar.

Desayunábamos en silencio, pocas veces alguien además de mi padre tenía algo que decir, solo él hablaba sobre las ovejas descarriadas, los que se irían al infierno y por supuesto, los que tenían el cielo asegurado como él mismo, en mi corazón sabía que eso no era del todo cierto.

—¿Puedo salir hoy? —me arriesgué a preguntar sin levantar la cabeza.

—¿A dónde se supone que irías? ¿Tienes que limpiar la iglesia? —La voz autoritaria me hizo estremecer, el dolor en mi espalda aún seguía recordándome lo que se conseguía cuando desafiabas al pastor White.

—No señor, solo quiero volver a mi trabajo en la labor social, hace tiempo que no visito los hogares, me gustaría ir a llevar algunas donaciones. —Apreté los puños esperando su respuesta, esta era mi oportunidad de ayudar a Alana a saber de su amiga Abby, se lo había prometido. Escuché el sonido que hacían los cubiertos y esperé conteniendo el aliento, lo que pareció una eternidad después por fin respondió.

—Está bien, puedes ir, asegúrate que sepan que las donaciones van de parte de la iglesia del pastor White. —Lo miré mientras hablaba.

—Claro que sí. —Estuve de acuerdo, al tiempo que apretaba los dientes con fuerza para no gritarle lo desagradable que me resultaba que siempre quisiera aprovechar cada oportunidad, para verse como el hombre bueno que

no era.

—¿Puedo ir con ella? —preguntó Skye entusiasmada, mi padre la miró un momento con los labios apretados y luego asintió.

—No regresen muy tarde, y cuidado con hacer algo indebido —advirtió, en aquella casa el único que hacía cosas indebidas era él, lástima que no podía recordárselo.

Prácticamente huimos en cuanto nos dio la autorización, afortunadamente mi madre nos prestó su auto, yo no sabía conducir, pero mi prima sí.

—Entonces, ¿es cierto que vamos a hacer labor social? —preguntó cuando por fin estábamos lejos de la casa, mientras se estiraba y ponía música en la radio, no eran los coros de la iglesia, pero era bastante agradable, comenzó a cantar mientras movía la cabeza, su cabello de un tono rubio oscuro se movía al compás de la música, se giró para mirarme y vi el brillo de satisfacción en sus ojos de un color marrón igual a los míos.

—En realidad solo iremos a la oficina de servicios sociales, quiero averiguar por una persona. —Su cara se iluminó y una enorme sonrisa se extendió por sus labios.

—Mintiéndole al tío, esto me gusta —dijo soltando el volante y aplaudiendo—. ¿Podemos cometer alguna otra desobediencia y llevar a algún chico guapo en el auto con nosotras? Por favor di que sí —suplicó pestañeando y haciendo un puchero, reí pensando en la cara que pondría mi padre si supiera que hicimos algo como eso.

Por fin llegamos a nuestro destino, subimos por una escalinata e ingresamos en un largo pasillo hasta la oficina que ya conocía, Skye me siguió en silencio, la mujer encargada era bastante amable, esperaba que pudiera ayudarme. Al final del pasillo se encontraba su oficina, llamé a la puerta y un momento después se abrió. Allí estaba Molly Foster, la trabajadora social era una mujer de mediana edad, con un poco de sobrepeso, tenía el cabello rubio muy corto, vestía unos sencillos jeans y una camisa negra con estampado de flores de colores.

—Ángela, que gusto verte —saludó con una sonrisa.

—¿Qué tal, Molly? A mí también me da gusto verte —respondí el saludo y

me acerqué para darle un corto abrazo—. Ella es mi prima Skye —dije y mi compañera se acercó para darle la mano.

—Siéntense por favor. —Invitó de forma amable— ¿Qué las trae por aquí?

—Quería pedirte un favor, ¿recuerdas a la familia Norton, Logan y Marga? —pregunté ansiosa retorciéndome las manos.

—No estoy muy segura, aquí trabajamos con muchas personas, déjame echar un vistazo en el sistema. —Esperamos en silencio mientras tecleaba en su computador—. Sí, aquí están —suspiré aliviada.

—¿Puedes darme su nueva dirección? Hace algunos meses fui a dejar algunas donaciones, pero se habían mudado de casa y tengo algunas cosas que prometí llevarles a los chicos. —Ella volvió a mirar la pantalla un momento.

—Lamento no poder ayudarte, pero si dices que no viven allí, aquí no registra su nueva dirección. Hace más de cinco años que no se actualiza ningún dato sobre ellos. Puede ser que ya no estén en el sistema o que la oficina se haya olvidado de ingresar los nuevos datos. Una sensación de angustia se apoderó de mí, si eso era cierto entonces ¿dónde estaban Abby y su hermano?

—¿Hay algo que se pueda hacer? De verdad es muy importante que pueda contactarlos. —Ella me dio una mirada de simpatía—. ¿O tal vez puedes averiguar algo sobre dos chicos que vivían con ellos? Abigail y Kevin, son hermanos, pero no sé su apellido.

—Lo lamento mucho, Ángela, pero en este momento no hay mucho más que yo pueda hacer, sin los apellidos no es posible tener ninguna información, debemos tener cientos de niños que se llamen igual. —Mi frustración debió reflejarse en mi rostro pues ella observó un momento y luego rebuscó en un cajón sacando una libreta—. Déjame tu número de teléfono y te llamaré en cuanto consiga algo —dudé, si llamaba a casa y era mi padre quien respondía se daría cuenta que le mentí.

—Creo que mejor yo regresaré en unos días para saber si hay algo nuevo, ¿te parece? —propuse mientras me ponía de pie, a mi lado Skye hizo lo mismo.

—Perfecto. —Molly también se levantó y nos acompañó a la puerta.

Nos despedimos y regresamos al auto, Skye comenzó a conducir, pero no

se dirigió a casa.

—¿Podemos dar un paseo? —preguntó mirando por la ventanilla—. No iremos a ninguna parte, solo conducir. —Por su tono sabía que se sentía atrapada, esto era como un respiro, asentí con una sonrisa, al igual que ella yo también me sentía presa. Éramos como dos condenados que pagan una pena sin saber cuál había sido su crimen. Esta vez fui yo quien me incliné y puse la música a todo volumen, Skye sonrió y comenzó a cantar en voz alta mientras movía la cabeza, yo no sabía la letra así que no pude seguirla, pero era divertido hacer eso.

—¿Dónde está mi libro de oraciones? —demandó mi padre esa noche en la iglesia, siempre olvidaba donde lo ponía, cualquiera pensaría que un devoto lo traería consigo en todo momento.

—Tal vez lo dejaste en tu oficina —comentó mi madre con su acostumbrado susurro. Odiaba escucharla, a veces prefería que no hablara en absoluto, él la miró como si fuera algún bicho desagradable y se giró en mi dirección.

—Ángela ve a traerlo —me ordenó mientras continuaba organizando el púlpito.

Me dirigí a su oficina y cuando llegué, encontré la puerta entreabierta, mi padre solía mantenerla cerrada, era bastante desconfiado. Suponía que así era toda la gente que actuaba mal, pensaba que los demás harían lo mismo. Escuché lo que parecían jadeos, me acerqué despacio tratando de no hacer ruido y miré hacia el interior, me tapé la boca para evitar que se me escapara un grito. La imagen que me recibió era abrumadora, Anna se encontraba apoyada en el escritorio con la blusa abierta y la falda levantada hasta la cintura, mientras que el hermano Garry la tomaba desde atrás, embistiendo con fuerza sosteniéndola del cabello al tiempo que ella gemía. Abrí mucho los ojos y estaba a punto de salir corriendo cuando él giró la cabeza y enfocó su mirada en la mía, una sonrisa torcida se dibujó en su rostro y apartó las manos del cabello de Anna para dirigirlas a sus pechos y estrujarlos con fuerza. Ella

lloriqueó y se arqueó hacia él, lo vi pasarse la lengua por sus labios en un gesto que me causó asco, me aparté y salí corriendo.

—¿Qué pasó? —preguntó Skye cuando pasé por su lado, negué incapaz de poner en palabras lo que acababa de ver, mi corazón latía acelerado.

—¿Dónde está el libro? —gritó mi padre desde el púlpito, había olvidado totalmente el motivo por el que fui a su oficina.

—El libro... este yo... —Miré a todos lados luchando porque las palabras salieran—. No lo encontré —respondí al fin, me dio una mirada severa, esa que sabía que infundía temor.

—Muchacha tonta, tanto balbuceo para decir eso —refunfuñó y siguió con su tarea.

Los feligreses comenzaron a llegar y esto me salvó de recibir una regañina peor, ya que puso cara de buen hombre y una sonrisa falsa. Todos ocupamos nuestros lugares, me ubiqué en la esquina de la primera banca como nos obligaba a hacer, teníamos que dar ejemplo según él, yo hubiese preferido sentarme en un rincón para no sentirme avergonzada de escucharlo hablar del amor al prójimo y la salvación eterna, mientras en su casa se comportaba como un ogro, Skye se sentó junto a mí. Minutos después, vi aparecer a Anna caminando tranquila y se acomodó al lado de sus padres sonriente, el hermano Garry apareció justo detrás, ubicándose en nuestra fila, a su lado se encontraba mi madre quien le sonrió con amabilidad, desde su posición me lanzó una sonrisa cínica, que respondí con una mirada fría, quería que comprendiera cuanto me desagradaba.

—Ese hombre no me gusta —comentó Skye susurrando en mi oído.

—A mí tampoco —contesté apartando la mirada de él y enfocándola en mi regazo donde descansaba mi libro de oraciones—, pero parece que a Anna sí y mucho.

—¿A qué te refieres? —indagó fingiendo leer el suyo, yo abrí el mío e hice lo mismo, pasando las hojas despacio sin ver nada en realidad.

—Los acabo de ver —Hice una pausa cuando la desagradable imagen de él sonriéndome mientras empujaba dentro de Anna, apareció de nuevo en mi mente—. Estaban teniendo sexo en la oficina de mi padre.

—¡Diablos! —exclamó Skye demasiado fuerte y los que estaban cerca se

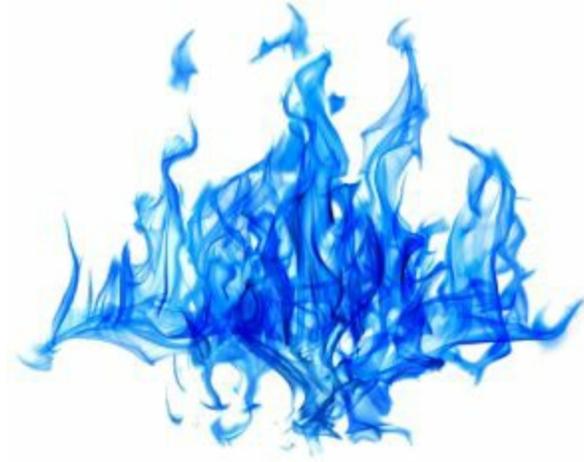
giraron para mirarla, enseguida bajó la cabeza y cerró los ojos—. Y purifica tu alma para que el diablo no te tienta —terminó simulando orar, estuve a punto de reír, me mordí el labio e incliné la cabeza—. Ya me gustaría ver la cara del tío si lo supiera, él que se la pasa hablando maravillas del sujeto ese —susurró—. Amén —Terminó más fuerte para que la escucharan.

—Tal vez no le importe —hablé cambiando de página, ambas sabíamos que mi padre no era el hombre correcto que quería aparentar ser.

—Tu libro está al revés —comentó señalándolo, miré a todos lados esperando que nadie más lo hubiese notado y lo puse en la posición correcta, ella dejó escapar una risita y yo fingí una tos cuando no pude evitar reír también.

Permanecimos en silencio el resto del sermón y todo el tiempo sentí los ojos del hermano Garry sobre mí, me incomodaba, pero me negué a darle el gusto de demostrárselo, así que no miré en su dirección.

TAREK



Entramos al lujoso edificio, cada espacio gritaba dinero, era el tipo de lugar donde nosotros nunca íbamos, pero esta vez era necesario, necesitábamos ayuda. Tomamos el ascensor que nos llevó al piso veintisiete, este tenía una vista panorámica de la ciudad, así que me quedé viendo mientras subíamos, por fin se detuvo, las puertas se abrieron dando acceso a un pasillo. Miré a Alexy para tratar de saber qué estaba pensando, pero no mostraba ninguna señal, su mirada fría no me decía nada, Marcus por su parte tenía el ceño fruncido, odiaba estar aquí, eso era fácil de ver. La puerta se abrió sin que tuviéramos que llamar, nuestro anfitrión nos estaba esperando. El apartamento era bastante lujoso, con grandes ventanales desde donde se podían apreciar las luces de la ciudad, me pregunté para qué las querría si durante el día no podía disfrutar del paisaje. Me sorprendió ver que quien nos abrió la puerta fuera un humano, sin decir nada este se hizo a un lado para dejarnos pasar.

—Así que me encontraron —declaró McKenna con su habitual arrogancia,

sentado en un gran sofá de cuero, vestido como de costumbre, con traje de diseño y zapatos costosos, uno de sus brazos descansaba sobre el respaldo.

—Fue bastante difícil dar contigo, te concederé eso —le dije cruzándome de brazos y mirándole con el ceño fruncido. Una sonrisa de suficiencia apareció en sus labios, el tipo no me agradaba, pero ahora lo necesitábamos.

—¿Donde está Razvan? —pregunté yendo directo al grano, McKenna pareció aburrido.

—¿Qué te hace pensar que lo sé? —interrogó tomando un cigarro, lo encendió con parsimonia y luego le dio una larga calada, dejando salir una nube de humo.

—Bueno, pues el hecho de que eras su mandadero —respondí comenzando a cabrearme, el hombre me miró con semblante aburrido.

—Parece que en todos estos siglos ustedes no han aprendido nada sobre Razvan y dudo que de esa forma puedan encontrarlo. —habló como si fuéramos una especie de tontos, le enseñé los dientes y me lancé por él dispuesto a cortar su cabeza cuando Alexy me detuvo, mis ojos se pusieron rojos y sentí la furia bullendo dentro de mí.

—Última vez que pregunto antes de permitir que Tarek rebane tu pescuezo —le amenazó mi hermano dándole una mirada amenazadora—. ¿Dónde está Razvan? —demandó. Sabía que estaba tratando de controlar su ira, era bueno que no fuera tan explosivo como yo, McKenna nos miró un momento y luego negó.

—No lo sé —respondió simplemente.

—¿Cómo es que no lo sabes? Estuviste mucho tiempo con él, fuiste su perra —le recordé, una mirada furiosa apareció en su rostro.

—Escúchame bien, vikingo —comentó poniéndose de pie para enfrentarse a mí, acercándose de forma amenazadora—, cuida tus palabras no sea yo quien corte alguna parte de tu cuerpo que tal vez vas a necesitar luego —advirtió—. Ya les dije que no sé donde está.

—Últimamente hemos estado encontrándonos con demonios cada vez que salimos, la ciudad está llena, estamos seguros de que son siervos de Razvan —Le explicó Alexy.

—De nuevo te equivocas Moldoveanu, no es Razvan quien los lidera —dijo dándole otra calada a su cigarro.

—¿De qué mierda estás hablando? No puede haber nadie más —hablé furioso, si quería jugar con nosotros se iba a arrepentir.

—Lo dicho, ustedes no saben nada. —Caminó hasta un bar y se sirvió un trago— ¿Desean beber algo? —preguntó levantando la botella de Whisky.

—No vinimos a socializar, Highlander, así que habla de una puta vez —le advertí, comenzaba a perder la paciencia, negó despreocupado y luego se llevó la copa a los labios como si no tuviese ninguna prisa.

—No es Razvan, es su hermano Grigore —dijo finalmente, sus palabras encendieron todas mis alarmas.

—¿Hermano? ¿Acaso nos estás tomando el pelo? —preguntó Marcus interviniendo por primera vez, McKenna lo miró como si acabara de darse cuenta de que estaba ahí, no lo culpaba, a pesar de ser una mole de dos metros de estatura y más de cien kilogramos de puro músculo era malditamente bueno pareciendo invisible.

—¿Acaso me ves cara de broma? —le contestó McKenna levantando un dedo para señalar su propio rostro.

—Nunca supe que Razvan tuviera un hermano —comentó Alexy.

—Vaya Moldoveanu, parece que no conoces a la familia de tu papi. —Los ojos de mi hermano se pusieron rojos con la furia brillando en ellos, el escocés había tocado una fibra sensible, no había nada que odiara más, que el hecho de que le recordaran quién lo había engendrado. A mi cabeza acudieron varias imágenes, la primera vez que vi a Razvan y al hombre que lo acompañaba en aquel momento me resultaron muy similares, ahora comprendía por qué.

—Hijo de puta —solté dando un fuerte golpe sobre una mesa que se astilló.

—Esa mesa me costó diez mil —se quejó McKenna, giré mi rostro en su dirección diciéndole con la mirada, cuanto me importada su puta mesa y se encogió de hombros—. ¿Qué? Me gustan las antigüedades.

—Entonces seguramente debes amarte mucho a ti mismo —comentó

Marcus haciendo que todos fijáramos nuestra atención en él—. ¿Qué? — Gruñó cuando se dio cuenta que estaba siendo el centro de nuestro escrutinio.

—Parece que después de todo sí hace bromas —se burló McKenna, decidí ignorarlo, por experiencia sabía que Marcus no bromearía, ni, aunque su vida dependiera de ello, así que regresé al tema que nos interesaba.

—Sé de quien hablas —dije con rabia, odiando el recuerdo de ese maldito rostro.

—¿Estás diciendo que lo conoces? —preguntó Alexy con asombro, asentí y cerré los ojos.

—Estaba con Razvan cuando asesinaron a mi familia, él hacia parte de su ejército.

—Hijo de puta —maldijo Alexy—. ¿Así que el tal Grigore es compinche de Razvan? —demandó dirigiéndose a McKenna, este negó.

—Eso fue antes, luego parece que el amor fraternal se terminó —respondió mientras encendía otro cigarrillo, dio una calada y expulsó el humo—. Resulta que Grigore no estaba contento con ser el número dos, así que terminaron enemistados, trató de acabar con Razvan para ocupar su lugar, pero el muy imbécil falló en el intento. —Sus palabras estaban llenas de odio, no comprendía cómo era que estuvo con Razvan si lo odiaba tanto.

—¿Entonces? —demandé queriendo saber el final de la historia.

—Grigore huyó y Razvan no se molestó en buscarlo, demasiado confiado en su poder, pensó que su hermanito no le molestaría más, pero parece que el hermanito se enteró que Razvan está desaparecido y pensó que era su oportunidad para ocupar el lugar que tanto anhela.

—¿Cómo es que sabes todo eso? —cuestioné, él me miro como si fuera tonto.

—Viví siglos con Razvan, ¿Como sino iba a saberlo?

—¿Cómo sabes que es él quien está en la ciudad dirigiendo los demonios? —interrogué tratando de atar uno de los muchos cabos sueltos.

—Razvan se escondió durante siglos de ustedes tres, ¿alguna vez se han preguntado por qué? Él tenía el poder y un ejército para enfrentarlos, pero prefirió ocultarse. —Todos negamos, realmente no nos lo habíamos planteado

mucho—. Son tontos de verdad, es sencillo, porque su culo se congela de miedo solo de pensar que vayan los tres juntos por él. ¿Acaso no se les ocurrió nunca, que quiso tenerlos de su lado porque sabía que, si eran sus enemigos, él no tendría ninguna oportunidad? Se llevó a tu mujer porque pensaba que así te tendría a ti solo —señaló a Alexy—, él quería acabar con ustedes uno por uno y de esa forma terminar su amenaza, pero los tres juntos eran demasiado, por eso huyó y prefirió esconderse de nuevo, hasta tener un nuevo plan para acabarlos.

—Toda esa mierda que estás diciendo, no explica por qué crees que es Grigore quien está en la ciudad —dije paseándome por el lugar.

—Porque es lo suficientemente arrogante para creerse invencible. Si está aquí es porque cree que él sí puede lograr lo que su hermano no. Vino por ustedes, seguramente ya tiene un plan para liquidarlos y sentirse libre de hacer lo que quiera.

—Si lo que busca es poder, eso podría conseguirlo en cualquier lado —rebatí—. Si está aquí es porque tiene otro motivo además de querer acabarnos. —Nada de lo que decía el escocés tenía sentido.

—Así es, lo tiene, hay que descubrir cuál es ese motivo. —Estuvo de acuerdo.

—Estamos como al principio —se quejó Marcus.

—Ya les dije todo lo que sé, no tengo más información.

—¡Maldición! —Di un pequeño golpe en la pared.

—Deja de golpear cosas —me reclamó el escocés.

—Y tú deja de lloriquear —le respondí, abrió la boca como si fuera a decir algo más pero luego la cerró de nuevo.

—Todavía tengo acceso a mucha información de Razvan, comenzaré a investigar, tal vez el supiera más de los motivos de su hermano, no creo que fuera tan imbécil de dejarlo vagar libre por el mundo conociendo sus intenciones. —En eso tenía razón.

—Parece que no eres tan cabrón después de todo —comenté ganándome un bufido.

—Que te jodan, vikingo.

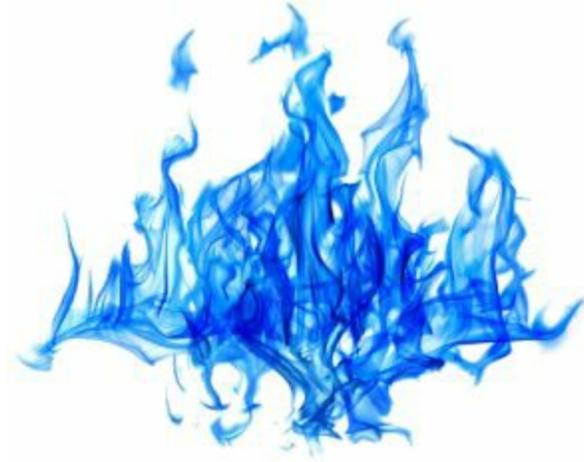
—Seguro, pero no serás tú quien lo haga —le dije dirigiéndome a la puerta.

Salimos del edificio y caminamos hasta el estacionamiento donde habíamos dejado las motocicletas, Alexy permanecía en silencio, Marcus en cambio tenía un gesto hosco en su rostro.

—Tenemos que saber todo sobre el tal Grigore —comentó Alexy subiéndose a su motocicleta.

—Yo sé que será hombre muerto en cuanto ponga mis manos sobre él, es lo único que me interesa saber —respondí con la ira bullendo dentro de mí. El hijo de puta estaba aquí y esta vez no se escaparía, Razvan tendría que esperar, ahora mismo iría por la cabeza de su hermano.

ÁNGELA



Mi madre, Skye y yo estábamos sentadas en la sala en silencio, mi padre nos reunió diciendo que tenía algo importante que comunicarnos, se paseaba de un lado a otro como si la noticia que iba a darnos fuera de vital importancia, me recordó a una vez que acompañé a mi madre a comprar telas y en una televisión vi un artista que caminaba de una esquina a otra en un escenario contando alguna cosa graciosa para hacer reír a un público, el problema es que en este caso sabía que cualquier cosa que saliera de boca del pastor White me causaría todo, menos gracia.

—Como les dije, tengo algo muy importante que comunicarles. —Hizo una pausa y juntó las manos de forma teatral, casi esperé que inclinara la cabeza para hacer algún tipo de reverencia, pero lo conocía lo suficiente para saber que eso era algo imposible—. Todas saben que el hermano Garry es nuestro mayor benefactor, cosa que agradezco, ya que la iglesia necesita de mucho dinero para mantenerse. —No pude evitar la mueca de desagrado, mi estómago se revolvía cada vez que se mencionaba a ese hombre—. Hace unos

días él habló conmigo, me comentó que está construyendo una iglesia en las afueras de Carmel y muy amablemente me la ofreció —habló con una sonrisa satisfecha.

—Cualquiera pensaría que se sacó la lotería —susurró Skye.

—¿Decías algo? —le preguntó mi padre de forma severa.

—Que eres muy afortunado, tío —respondió ella con una sonrisa inocente.

—Ya lo sé, no es necesario que lo digas, guarda silencio y no me interrumpas. —Las tres nos quedamos como estatuas a la espera de que continuara su discurso—. Como les decía, él quiere entregarme la iglesia para que yo la dirija, obviamente acepté encantado, creo que tendremos que mudarnos ahí, no me gustaría nada tener que viajar dos horas de ida y dos de vuelta todos los días.

Mi prima y yo nos miramos, ella hizo una mueca, sabía que no le agradaba nada la idea de tener que irse, cada vez que podía se lamentaba de que faltara tanto tiempo para su cumpleaños, cumplir veintiuno sería su boleto a la libertad, nunca le decía nada, pero no estaba tan convencida de eso, no quería imaginar qué pasaría si mi padre se negaba a entregarle su herencia y algo me decía que era eso precisamente lo que haría.

Mi padre siguió hablando y hablando, como si estuviera en una especie de monólogo, yo como hacía siempre que esto pasaba dejé que mi mente volara, centré la mirada en un punto fijo de la pared y fingí que estaba en otro sitio, logré apagar su voz y dejé de escucharlo. Imaginé un prado verde donde el viento soplaba removiendo mi cabello, levanté la cabeza y cerré los ojos, disfrutando de la brisa que acariciaba mi rostro, de pronto un sonido llamó mi atención, abrí los ojos y una figura se encontraba frente a mí. Una mirada azul me observaba, con una sonrisa dibujada en su rostro y yo se la devolví, él me tendió la mano y estaba a punto de alcanzarla cuando sentí un fuerte codazo, sacudí la cabeza y miré hacia los lados, Skye me hizo un gesto hacia mi padre, este tenía el rostro severo.

—¿Qué? Lo siento ¿Me decías algo? —pregunté azorada.

—A veces creo que el cielo me castigó enviándome a una tonta como hija, es una suerte que el hermano Garry esté interesado en ti.

—¿Cómo? —exclamé poniéndome de pie.

—¿Es que además de tonta, eres sorda o qué? Te dije que el hermano Garry quiere casarse contigo. —Retrocedí como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago, sentí a Skye detrás de mí y luego sus manos se posaron en mis hombros. Las imágenes de él tomando a Anna sobre el escritorio acudieron a mí mente, su sonrisa malvada y su gesto lascivo.

—No me casaré con ese hombre y tú no puedes obligarme, no estamos en el Medioevo donde los padres decidían con quien se casaban sus hijas. —Lo vi levantar su mano y antes de que tuviera tiempo de reaccionar me abofeteó con fuerza, de no haber sido por mi prima que me sostuvo seguramente habría caído al piso.

—Yo no te estoy preguntando, estúpida, agradece que él se tomó la molestia, una mujer tan poco agraciada como tú, sin encanto y sobre todo corta de entendederas, terminaría quedándose soltera, pero él te está haciendo un favor.

—No. —Seguí negando mientras lágrimas caían por mi rostro—, no voy a casarme con ese sujeto despreciable. —Tomó la vara con la que me golpeaba, siempre se aseguraba de tenerla cerca y me preparé para recibir los golpes que sabía que llegarían.

—Arrodíllate —ordenó señalando el piso, su cara estaba roja y un músculo de su mejilla temblaba, obedecí sin protestar, de todos modos, no tenía caso, de una u otra forma él iba a golpearme.

—Tío, por favor —pidió Skye en lo que parecía mas una súplica, mi madre como siempre simplemente guardó silencio y bajó la cabeza como si no fuera su asunto. Me preguntaba cómo tenía la fuerza de mantenerse impasible ante aquella situación.

—¡Aléjate, Skye! —Mi prima se negó a moverse y él la abofeteo con tanta fuerza, que la lanzó sobre el sofá.

Por un momento pensé que había desistido de la paliza cuando lo vi alejarse, pero entonces levantó la vara en dirección a mi prima, me puse de pie lo más rápido que pude y me lancé sobre ella para cubrirla con mi cuerpo. El primer azote se sintió como una quemadura en mi piel que aún no terminaba de sanar, cerré los ojos y me abracé más fuerte a Skye quien se retorció tratando de alejarme.

—Por favor, solo quédate quieta —supliqué susurrando. Sentí el líquido

cálido de mis lágrimas bajando por mis mejillas, pero apreté los labios tratando de no gritar.

—Lo mataré. —Lloriqueó ella, no respondí porque el dolor era tan intenso que ni siquiera podía articular palabra, sentí la vara golpear una y otra vez. Mordí mi labio con fuerza hasta probar el sabor de la sangre, estaba a punto de suplicar que se detuviera, cuando la paliza cesó.

—Creo que esta es la prueba que tengo que superar —comentó mi padre como si hablara de una gran carga—, tener una hija descarriada que quiere alejarse del buen camino, una esposa inútil y la carga que me dejó mi hermano, pero lo haré bien. Ese es mi camino al cielo. —Escuché sus pasos alejarse y suspiré aliviada, me moví alejándome de mi prima, esta se puso de pie y me dio la mano para ayudarme a sentar en el sofá, me incliné hacia adelante pues el dolor era tan fuerte, que ni siquiera podía sentarme recta.

—¿Estás demente? —gritó Skye y pensé que me lo decía a mí, pero supe que era con mi madre cuando continuó hablando —. Te quedaste ahí parada como una momia sin hacer nada. ¿Qué clase de madre eres? —le reprochó.

—No te atrevas a cuestionarme, Skye, te recibí en mi casa y te he tratado como a una hija, yo respeto las decisiones de mi esposo, prometí obediencia cuando me casé y si ustedes fueran igualmente obedientes y siguieran los preceptos, no tendrían que sufrir. —Era increíble la fuerza que usaba para hablarnos a nosotras y como parecía un cachorro asustado cuando tenía que comunicarse con mi padre.

—Son unos putos fanáticos, tú no me has tratado como una madre, nunca lograrías siquiera parecerle a ella —escupió mi prima con rabia.

—Skye. —La tomé de la mano tratando de que se callara, no quería que mi padre regresara y la golpeará. No tenía fuerzas para defenderla de nuevo, levanté la cabeza para enfocar la mirada en mi madre, su rostro permanecía inexpresivo, era como un maniquí, sin vida—. Prima por favor, ayúdame a llegar a mi habitación. —Ella le dio una última mirada de odio a su tía política y luego se inclinó para ayudarme.

—Lo apuñalaré mientras duerme —prometió en cuanto estuvo acostada boca abajo en la cama.

—Si haces eso no irás al cielo —respondí en broma con los ojos cerrados.

—Posiblemente es lo mejor, el tío se la pasa pregonando que él irá, no sea la mala suerte y me lo encuentre. —Sus palabras lograron arrancarme una sonrisa, me quejé de dolor y se apresuró a ayudarme, se había convertido en mi mejor amiga, mi compañera y también en mi médico personal.

—Ángela, despierta —gemí ante la fuerte sacudida, sentía el cuerpo adolorido y apenas si tenía ánimos para abrir los ojos—. ¡Que te despiertes te digo! Tu padre te quiere ya mismo en el salón. —Parpadeé tratando de enfocar la mirada, mi madre se encontraba a mi lado, como siempre vestida y peinada de forma correcta, era lo que indicaba que tenía que hacer la esposa de un pastor.

—¿Por qué tengo que levantarme a esta hora? —pregunté mirando el reloj, eran apenas las cinco de la mañana.

—Tenemos que ir a preparar la iglesia, hoy habrá una boda y tu padre quiere que todo esté perfecto. —Tragué saliva y me pasé la lengua por los labios resecos.

—No me siento bien, por favor deja que me quede. —Ella me miró de forma reprobatoria.

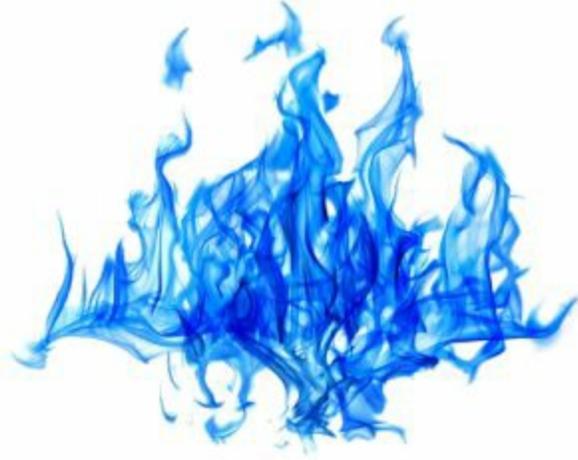
—La pereza es un pecado, así que es mejor que te pongas de pie y te des un baño antes de que tu padre se moleste. —«Y con lo difícil que resultaba molestarlo», pensé con ironía.

Salió de la habitación y me quedé ahí un rato, lamentando mi vida, me apoyé en el codo y comencé a levantarme, busqué en el armario mi ropa, toda era igual de fea y aburrida, así que no me preocupaba mucho, tomé una falda de color marrón y un suéter negro de manga larga. Me metí a la ducha y estuve a punto de llorar cuando el agua cayó sobre las heridas de mi espalda, provocándome un fuerte ardor. Me sequé y vestí con cuidado de no lastimarme, en varias ocasiones estuve a punto de darme por vencida, simplemente negarme a salir y esperar que mi padre me matara a golpes. Traté de peinarme, pero solo levantar los brazos significaba una tortura, así que me

di por vencida y decidí dejar mi cabello suelto, cuando por fin estuve lista me dirigí al salón.

—¡Por fin apareces! —Me reprendió él, busqué a Skye, pero no estaba por ningún lado—. No te molestes en buscar a la descarriada de tu prima, esta vez se va a quedar aquí castigada, ahora ustedes dos vayan a hacer lo que les corresponde como mi hija y mi esposa, tienen que dejar todo impecable, que vean que nos esforzamos.

Asentí y luego seguí a mi madre a la salida, nos subimos en el auto y ella condujo hasta la iglesia, no nos dirigimos la palabra, realmente no recordaba nunca haber hablado mucho con ella. No éramos amigas y no teníamos nada en común.

TAREK

Perseguí al demonio que intentaba escapar de mí, había logrado acabar con otros tres, pero mientras tanto este tuvo tiempo de irse, tenía una herida en el pecho que dolía bastante. ¡Putos demonios! Me tenían hartos, lo vi saltar una barda y me elevé por el aire para aterrizar justo frente a él.

—¿Crees que puedes huir de mí, hijo de puta? —Le gruñí enseñándole mis colmillos. Él siseó en mi dirección, me quedé quieto esperando que me atacara y cuando por fin lo hizo, me elevé y con mi bota pateé su cabeza haciendo que cayera sobre el césped, esta vez decidí hacerlo de manera rápida, comenzaba a amanecer y mis ojos ya se estaban nublando, puse mi bota sobre su cuello ejerciendo presión—. Algún día lograré limpiar el mundo de ustedes malditas sanguijuelas —dije y corté su cabeza.

En ese momento los primeros rayos de sol iluminaron el día y mi vista se nubló completamente, maldije mi descuido, me pasé tanto tiempo persiguiendo a ese grupo, que me olvidé de mirar el reloj y ahora era demasiado tarde, no

había forma de regresar al bar. La noche anterior había salido a hacer una ronda con Alexy y Marcus, nos encontramos un grupo de demonios y nos separamos, me pasé toda la noche siguiéndolos, al menos logré acabar con los cabrones. Comencé a caminar estirando los brazos hasta que mis dedos chocaron con una pared, tanteando la superficie fui girando hasta que sentí la suavidad de un cristal, lo rompí y me colé por una ventana, esperaba que si era una casa de familia fuera lo suficiente temprano para que no me escucharan allanando su morada. Caminé a tientas hasta que mi bota chocó con algo y estuve a punto de caer al piso, alargué el brazo para palpar la superficie, toqué lo que parecía ser una banca de una iglesia, solo esperaba que no fuera la del fanático loco, eso sería lo único que faltaba para terminar de empeorar mi día. Tantee durante un rato hasta dar con una puerta, cuando la abrí me encontré con un pequeño armario donde guardaban escobas y elementos de aseo, me metí ahí y respiré aliviado cuando la oscuridad me devolvió la vista, encendí una pequeña lámpara e inspeccioné el lugar, odiaba pensar que tendría que quedarme ahí encerrado todo el día, tomé mi camiseta que había anudado en mi cintura y me la puse, ni siquiera sabía qué hora era ni cuánto tiempo faltaba para que anocheciera, no tenía más opción que esperar, en la lucha perdí mi teléfono y no había forma de avisar a mis hermanos. No pasó mucho rato cuando escuché voces afuera y enseguida me puse alerta, el ruido de las puertas de la iglesia abriéndose y pasos que recorrían el pasillo.

—Mientras tú vas a buscar las escobas, yo buscaré los jarrones —dijo una voz de mujer. Gruñí por mi mala suerte, bueno, no tenía más opción, el humano quien quiera que fuera que se atreviera a abrir el armario moriría, no podía permitir que me descubrieran y alertaran a alguien de mi presencia. Esperé atento, los pasos eran suaves, casi como si la persona que se acercara no tuviera prisa, me preparé y cuando la puerta se abrió atrapé a mi presa tapándole la boca y la arrastré dentro antes de que gritara, iba a torcer su cuello, pero entonces me fijé bien en la figura presa en mis brazos y me aparté, ella me miraba con sus enormes ojos asustados y de nuevo sentí ese ramalazo de deseo que me poseyó la primera vez que la vi.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —preguntó tartamudeando, me fijé en el movimiento de sus labios, no respondí enseguida y me quedé alerta por si hacia el intento de huir o de pedir ayuda. La miré de arriba abajo y entonces hice una mueca.

—¿Por qué demonios te vistes con la ropa que te heredó tu abuela muerta?

—La pregunta escapó de mis labios, ella frunció el ceño y luego bajó la cabeza para repasar su vestimenta, la levantó de nuevo arrugando su frente.

—Esta no es la ropa de mi abuela y en todo caso no es tu problema como me visto, además sigues sin responder mi pregunta. ¿Qué haces aquí? —interrogó poniendo sus manos en las caderas. La estudié preguntándome como era que estaba excitado por una chica así.

—Pues lo que todos, vine a orar por la salvación de mi alma perdida —respondí juntando las palmas de las manos.

—Si así es, no creo que en el armario de los utensilios de aseo logres mucho perdón. —Me encogí de hombros restando importancia a sus palabras.

—Está dentro de la iglesia, así que eso tiene que contar. —Me miraba de forma sospechosa, por eso me sorprendió que aún no hubiese comenzado a gritar.

—No te creo nada y si no me dices que haces aquí voy a llamar a la policía —amenazó, lo pensé durante un momento y una idea se me ocurrió, ella era amiga de Alana y en ese instante podría ser mi única opción.

—Estoy herido, me escondí aquí porque estaba buscando refugio. —Ante mis palabras su mirada hostil desapareció y un gesto de preocupación se formó en su bonito rostro, me dio un repaso y por fin notó la mancha de sangre, que disimulaba mi camiseta negra.

—¿Herido? ¿Necesitas ir a un hospital? —preguntó preocupada y levantando las manos para tratar de tocar mi herida, me alejé y ella enseguida las bajó juntándolas.

—No, solo necesito que me ayudes a llegar al bar, no puedo hacerlo por mí mismo.

—Por supuesto, podemos ir en un taxi. —Negué, esa no era una opción aceptable, pareció confusa ante mi negativa.

—¿No tienes auto? —pregunté y negó con una sonrisa de disculpa.

—Vine con mi madre en el suyo.

—Perfecto, ese nos sirve, pero ella no debe verme, así que tenemos que salir a escondidas. —Asintió en acuerdo y de nuevo me sorprendió que no me interrogara sobre mi negativa a ser visto por su madre, comenzaba a gustarme

en serio la chica. Se acercó a la puerta, la abrió despacio y miró hacia afuera, luego me hizo señas con la mano para que la siguiera.

—¿Necesitas ayuda para caminar? —preguntó, pensé decirle que no, ella era muy pequeña y seguramente si me caía no podría soportar mi peso, pero en cuanto pusiera un pie fuera del armario, la luz que entraba por las ventanas iluminando el lugar, me dejaría ciego.

—Solo dame la mano y guíame, me golpee la cabeza y estoy un poco mareado —mentí con facilidad. Deslizó su suave mano en la mía, y una corriente eléctrica recorrió mi brazo, se veía tan pequeña y frágil. Salimos del armario, ella iba adelante guiándome, mi vista se nubló completamente, caminé alargando mi brazo para no tropezar, afortunadamente me llevó por un espacio vacío donde no encontré ningún obstáculo, en cuanto estuvimos en la calle sentí los rayos del sol tocar mi rostro, levanté la cara para sentir el calor. Habían pasado varios siglos, desde la última vez que sentí la calidez del sol acariciar mi piel.

—Ahí está el auto de mi madre. —Supuse que me estaba señalando el lugar, así que asentí moviendo la cabeza, comenzó a caminar de nuevo llevándome de la mano—. ¿Vas a conducir? —preguntó—. «Si claro, si quería morir hoy seguramente era bueno que yo condujera», pensé con sarcasmo.

—Ya te dije que estoy mareado, no creo que sea buena idea, mejor simplemente me recostaré en el asiento trasero y tú conduces. —Permaneció en silencio como dudando y luego me ayudó a acomodarse. El auto era demasiado pequeño y mis rodillas quedaron aprisionadas contra la puerta, sabía que no estábamos muy lejos del bar, en apenas unos minutos llegaríamos allá.

—¿Listo? —preguntó la chica, respondí algún monosílabo, solo quería que se pusiera en marcha. El auto dio una fuerte sacudida antes de arrancar, luego frenó con fuerza, era bueno que yo apenas si cupiera en el reducido espacio sino seguramente habría salido volando por la ventana.

—Pero ¿qué diablos? ¿Dónde aprendiste a conducir, mujer? —la reprendí.

—En realidad no aprendí, de hecho, no sé conducir. —Tuve ganas de dar cabezazos en el vidrio.

—Creo que debí permitir que me cortaran la cabeza, de todos modos, iba a morir —refunfuñé.

—¿A qué te refieres con que te cortaran la cabeza? —la escuché preguntar.

—A nada, tú solo conduce y trata de que lleguemos vivos al bar.

—Deberías ser más amable ¿sabes? —Me reprochó—. Te estoy ayudando, al menos agradécelo.

—Te lo agradeceré si llegó ileso —respondí.

—Grosero —susurró en voz baja, tuve ganas de reír, ella era realmente dulce, no se me ocurría ninguna otra palabra para definirla.

Iba tan lento que comenzaba a tener sueño, a nuestro alrededor escuchaba las bocinas de los autos y los insultos que le lanzaban los conductores. Me sentí molesto cuando escuché a uno en particular gritarle “*apresúrate, perra*”, tuve ganas de levantarme y matarlo, pero me obligué a permanecer quieto y en silencio. Lo que pareció una eternidad después sentí un fuerte golpe y el auto frenar haciendo sonar los neumáticos.

—Llegamos. Lo lamento mucho, pero acabo de atropellar su bote de basura —se disculpó. Estuve atento a cada sonido que hacía, salió y cerró la puerta, luego escuché sus pasos rodeando el auto y la puerta de mi lado abrirse. —Dame la mano, te ayudaré a salir. ¿Sigues mareado? —Asentí y estiré el brazo, cuando mis dedos hicieron contacto con los suyos una sensación tranquilizadora me invadió, no comprendí por qué y lo adjudiqué al hecho de por fin estar seguro en mi hogar, de nuevo me llevó de la mano guiándome hasta la entrada del bar. Tanteé con la palma de mi mano hasta que encontré la puerta y la golpeé con fuerza, unos minutos después escuché la voz de Alana.

—¡Tarek, estás bien! —dijo abrazándome—. Estábamos muy preocupados por ti.

Cuando por fin estuve en el interior y la puerta se cerró, mi visión regresó. Suspiré aliviado y le sonreí a la pequeña rubia que me miraba con preocupación.

—Estoy bien, chica rubia —respondí acariciando su mejilla, las voces de mis hermanos se escucharon por el pasillo y un segundo después los vi aparecer a los tres. Cada uno me saludó como si no me hubiesen visto en mucho tiempo, entonces comprendí que realmente les preocupaba que estuviese muerto. Era bueno tener una familia.

—¿Qué pasó? ¿Cómo fue que lograste llegar? —preguntó Alexy, en ese momento me di cuenta de que aún seguía sosteniendo la mano de Ángela.

—Fue gracias a la ayuda de Dulce, ella me trajo. —Él levantó una ceja ante el uso del apodo.

—Ángela, no sabes cuánto te agradezco que lo trajeras a casa —le dijo Alana dándole un abrazo, la vi hacer una mueca y entonces noté algo que se me había pasado por alto en mi preocupación por regresar.

—¿Estás herida? —pregunté acercándome, ella abrió mucho los ojos y se alejó casi pegándose a la pared detrás suyo.

—No... no se a qué te refieres. —Miré a mis hermanos y ellos asintieron, todos podíamos percibir el ligero olor a sangre.

—A menos que estés en tu período, estoy seguro de que estás sangrando. —Su rostro enrojeció, se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja en un gesto nervioso, su mirada se enfocó en el piso.

—Es grosero que menciones los días de las chicas —comentó negándose a mirarme a la cara.

—Mierda Dulce, hablas como una mujer salida del siglo pasado. —Su frente se arrugó cuando su mirada se encontró con la mía—. Responde dónde estás herida, o lo averiguaré por mí mismo, así tenga que desnudarte en este instante —Abrió la boca y la cerró de nuevo mientras cruzaba los brazos sobre su pecho, parecía un pequeño conejo asustado.

—La estás asustando —me reclamó Alana tomándome del brazo para tratar de alejarme.

—Ángel, vamos, dejemos que Tarek se arregle con la chica. —Intervino Alexy asiendo su mano para llevársela.

—Pero...—Antes de que pudiera protestar él la tomó en brazos y comenzó a caminar alejándose, Marcus hizo un ligero asentimiento y también desapareció.

—Suerte desvistiéndola, por la cantidad de ropa que trae yo diría que eso te llevará un buen tiempo —dijo Cameron con una sonrisa, me dio una palmada en el hombro y luego le guiñó el ojo a Ángela.

—¿Qué les pasa a todos con mi ropa? —preguntó ella mirando su falda y

arrugando la nariz.

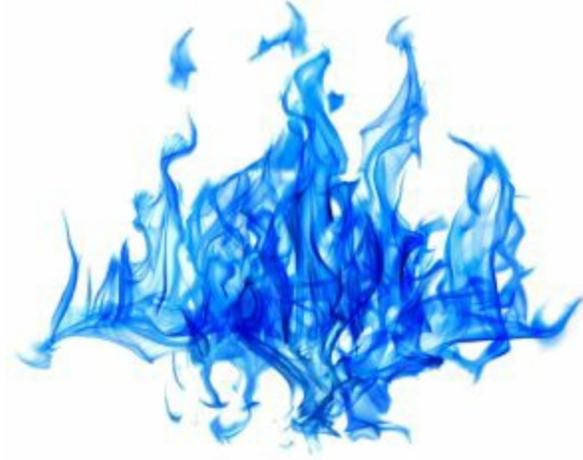
—¿De verdad quieres que responda a eso? —Demandé levantando las cejas.

—No, yo solo quiero irme. Mi madre se dará cuenta que me fui y que su auto no está, tengo que regresar. —Parecía desesperada por escapar de mi presencia, eso me enfadó, pero decidí dejarla que se fuera, así que me aparté para que pudiera abrir la puerta. En cuanto me dio la espalda el olor a sangre me golpeó de nuevo, una idea se formó en mi cabeza y con rapidez estiré la mano y levanté su suéter, dio un pequeño grito ahogado y yo maldije, una serie de cardenales y líneas rojas cubría gran parte de su espalda, parecía que había sido golpeada en repetidas ocasiones por alguna fusta o vara.

—¿Quién mierda te hizo eso? —Gruñí sintiéndome furioso, abrió la puerta y la luz del sol me cegó, levanté las manos para cubrirme los ojos y esto le dio tiempo de escapar.

Iba a matar al puto demente ese, estaba seguro de que él la había golpeado. ¿Cómo podía alguien predicar del amor al prójimo y no amar a su propia hija? Nunca comprendería el funcionamiento de la mente humana, eran seres capaces de cualquier maldad, a veces me preguntaba si no tenían algún gen demoníaco, de otra forma no me explicaba cómo podrían causar dolor a los de su propia especie.

ÁNGELA



Corrí con el corazón agitado, abrí la puerta del auto con las manos temblorosas, estaba avergonzada de que él hubiera visto lo que me hizo mi padre, introduje la llave y este dio una fuerte sacudida cuando logré encenderlo. Tenía que pedirle a Skye que me enseñara a conducir, maniobré el volante despacio tratando de no causar un accidente, los vehículos a mi lado hacían sonar sus bocinas y me gritaban insultos cuando lograban rebasarme, llegué a la iglesia sin ningún incidente, me bajé rápidamente y me precipité al interior.

—¡Santo cielo, Ángela! ¿Dónde te habías metido? —preguntó mi madre acercándose por el pasillo.

—Lo siento, madre, fui a sacar la basura, pero el basurero estaba lleno, así que tuve que ir al que está en la esquina. —La mentira salió con facilidad, nunca había mentido, pero no podía delatar a Tarek.

—Necesito que dejes de perder el tiempo y te pongas manos a la obra,

esto tiene que quedar listo temprano. —Se apartó de mí y la vi regresar por el pasillo, caminaba con la cabeza alta como si se tratara de una reina. Si tan solo pudiera conservar su altivez todo el tiempo...

Busqué la escoba y comencé a barrer, me pregunté quién querría casarse un martes, no era habitual que se casaran ese día, además, no escuché que alguien se hubiese comprometido en los últimos meses en la iglesia, seguramente era una boda planeada a última hora. Pasamos varias horas más limpiando y cuando quise buscar las flores que decorarían el lugar, no las hallé por ningún lado.

—Madre, no encuentro las flores —comenté mirando alrededor, pensando que tal vez estaban en otro lugar.

—Eso es porque no las hay —dijo ella depositando una caja en el piso—. La persona que nos encargó esto, es muy especial y quiere algo diferente. — Cuando la abrió pude darme cuenta de que en su interior había varias cintas negras y lo que parecía un mantel negro con grabados extraños de color dorado, me pregunté si no se habría equivocado de evento y en lugar de boda se iba a celebrar un funeral. Ella lo tomó y lo extendió sobre el púlpito, luego a cada lado colocó dos jarrones que parecían de oro, yo tomé las cintas y comencé a hacer moños para adornar las bancas.

—¿Quién querría adornos negros en su boda? —pregunté a nadie en particular levantando una de ellas para mirarla, esto parecía más bien una ceremonia funeraria, ese pensamiento me dio escalofríos.

Cuando por fin terminamos y nos aseguramos de que no se nos había pasado nada, recogimos las escobas, trapeadores y baldes para guardarlos en el armario, recordé como horas atrás había encontrado a Tarek escondido ahí mismo.

—¿Madre quién va a casarse? —pregunté terminando de guardar la última escoba, ella guardó silencio un momento y pensé que se trataba de alguna boda secreta.

—Te casaras tú, Ángela. —Su tono solemne parecía que anunciara mi muerte, un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—¿Qué? —dije con un grito ahogado— ¿Cómo que yo? ¿De qué estás hablando? ¿Acaso enloqueciste? —Sentí mi corazón apretarse con temor, miré a todos lados pensando que me encontraba en algún mal sueño.

—Por supuesto que no, tú sabías que tu padre dispuso que te casaras con el hermano Garry, no sé qué es lo que tanto te sorprende. —hablaba con tanta calma, pero su mirada era fría, en ese momento mi madre me pareció un cascarón vacío, sin alma, comencé a negar.

—No voy a casarme con ese hombre —hablé en voz baja aferrándome a la pared, sentía que las rodillas me temblaban y pensé que en cualquier momento colapsaría.

—¡Basta Ángela! Él te tendrá quieras o no. —Esas palabras hicieron que una sensación desagradable se apoderara de mí—. Agradece que al menos quiere casarse contigo, no como la ramera de Anna.

—¿Cómo? ¿Tú sabías lo que pasaba con él y Anna? —pregunté incrédula, algo parecido a una sonrisa se pintó en sus labios, aunque pudo haber sido una mueca.

—Por supuesto que lo sé, no soy tonta —respondió mientras guardaba en el armario la caja donde habían estado las cintas de la decoración.

—¿Y aun así quieres que me case con ese sujeto? —grité recuperando la compostura, mi corazón latía fuerte, con una mezcla de temor y enojo.

—Él es hombre, Ángela, simplemente se dejó llevar por los placeres de la carne, después de todo será Anna quien arda en el infierno por sus pecados. —Habló haciendo un gesto con la mano como restándole importancia, luego retomó su trabajo.

—Ustedes están locos, no puedo creer que pienses eso. —Esa mujer que me estaba hablando no podía ser mi madre, un ser tan ruin no pudo haberme dado a luz, se giró en mi dirección con la mirada desorbitada, confirmándome que, de hecho, sí había algo de locura en su actitud.

—No te atrevas a cuestionarme —dijo tomándome por el brazo y clavándome sus uñas hasta causarme dolor—. Sé lo que es mejor para ti —afirmó apretando los dientes, forcejeé para zafarme de su agarre y cuando lo logré sus uñas dejaron marcas en mi piel.

—Mientes, están haciendo lo que es mejor para ustedes. Mi padre solo quiere el dinero que ese hombre le proporciona y tú eres un ente sin voz y sin voto —acusé señalándola con el dedo.

—¡Silencio! —gritó dándome una fuerte bofetada, me llevé la palma de la

mano a mi rostro que ardía y la miré furiosa, en sus ojos de nuevo apareció el vacío que había visto antes, estos perdieron el brillo—. Ya no hay vuelta atrás, tu destino está escrito —sentenció.

Era mi madre quien hablaba, pero las palabras parecían no provenir de ella, como si estuviese escuchando alguna especie de predicción.

—No —dije dando un paso atrás—, mi destino lo escribiré yo misma.

No lo pensé, simplemente actué, la empujé con fuerza dentro del armario y luego cerré la puerta desde afuera. Corrí mientras la escuchaba golpear y gritar mi nombre, cuando llegué al centro de la iglesia me detuve y de nuevo vi la lúgubre decoración, era casi como una revelación de lo que sería mi vida, tenía que escapar, pero no sabía a dónde ir, y no contaba con dinero. Fue como si una luz se encendiera, corrí hacia la oficina de mi padre y rebusqué en todos los cajones de su escritorio, por fin di con la caja donde tantas veces lo había visto guardar las limosnas que daban los feligreses, la abrí y saqué una cantidad. Salí con rapidez, desesperada por estar fuera y temiendo que mi madre hubiese escapado de su encierro, afortunadamente sus gritos me dijeron que aún seguía ahí. Una vez en la calle miré a todos lados sin saber qué dirección tomar, entonces no me importó, simplemente corrí sin rumbo fijo, en pocos minutos me vi de pie frente a la entrada del bar. Era curioso cómo había llegado más rápido que cuando fui a dejar a Tarek en el auto, empecé a golpear la puerta y dar puños llamando a Alana.

Por fin se abrió y mi amiga apareció, prácticamente la empuje dentro queriendo estar resguardada antes de que alguien me viera, cerré con fuerza detrás de mí, sentía mi cuerpo tembloroso y mi corazón latir desbocado.

—¿Ángela, estás bien? —preguntó ella viéndose preocupada, negué al tiempo que las lágrimas corrían por mi rostro. Me fijé que su esposo, estaba detrás de ella en silencio, siempre parecía una sombra que la protegía de todo, eso mismo quería yo, no un monstruo que usaba a las mujeres a su antojo como el hermano Garry.

—Po... por favor ayúdame —balbuceé sin poder decir nada más, mis manos temblaban.

—Tranquila, todo está bien —me dijo de forma tranquilizadora tomándome por los hombros, asintió hacia su esposo y este se alejó dejándonos solas, luego me llevó por un pasillo hasta una habitación—. Ven,

siéntate y tranquilízate. ¿Quieres que te traiga un vaso con agua? —Me ayudó a sentar y me abracé a mí misma.

—Estoy bien gracias, lamento haber venido así, pero no conozco a nadie y no sabía a dónde más podía ir. —La miré sin poder contener las lágrimas que seguían cayendo por mi rostro.

—Aquí eres bienvenida —me dijo con una sonrisa mientras que, con su mano, acariciaba mi espalda en un gesto tranquilizador.

—Huí de mi casa, no tengo donde quedarme —confesé, ella me abrazó y apoyé la cabeza en su hombro, era reconfortante tener a alguien en quien confiar.

—Bueno pues ahora ya tienes, esta habitación está vacía y puedes ocuparla el tiempo que quieras.

—Y tu esposo y sus amigos, ¿crees que estén de acuerdo? —Si ellos no me permitían quedarme ahí, no sabía que más podría hacer.

—Alexy, nunca me dice que no a nada y los demás tampoco lo hacen, si no quieren que Alexy corte sus cabezas. —Sonreí ante sus palabras y me aparté para mirarla a la cara.

—Te lo agradezco mucho, prometo que solo serán unos pocos días, es mientras encuentro otro lugar.

—Ya te dije que puedes quedarte todo lo que quieras, además, me hace feliz tenerte aquí, así tengo otra chica para conversar, no es muy divertido convivir sola con cuatro hombres. —Asentí sintiéndome más tranquila, su gesto cambió—. Si no es mucha indiscreción, ¿por qué huiste de tu casa?

No alcancé a responder cuando la puerta se abrió de golpe, Tarek se encontraba de pie en el marco con una mirada asesina, me encogí pensando que estaba molesto por mi presencia. Se acercó a grandes zancadas y esperé que me tomara para sacarme a rastras de ahí, en cambio se puso en cuclillas a mi lado y enfocó sus ojos en los míos, el azul hielo parecía aún más frío cuando estaba molesto.

—¿Te golpeó de nuevo ese hijo de puta? Si es así te juro que lo buscaré para arrancarle las entrañas. —Debí alarmarme por su amenaza contra mi padre, pero en cambio me alivió saber que le importaba, aunque fuera un poco.

—No me golpeó, creo que huí a tiempo. —Una sombra de confusión se dibujó en su hermoso rostro.

—No comprendo, ¿cómo que huiste a tiempo? —Su voz hacía que me dieran escalofríos, miré a todos lados y me encontré con la mirada expectante de Alana, por un momento me olvidé de su presencia.

—Él... él quería —Hice una pausa, ¿cómo decir aquello? Me sentía avergonzada de confesarlo.

—¿Qué quería, Dulce? Dilo de una vez —Me urgió.

—Él quería obligarme a casarme con un hombre de la iglesia, pero ese sujeto no me gusta —lo dije rápido y sin pausa, era más sencillo, dejó salir lo que parecía un gruñido.

—Nadie te obligará a hacer nada que tú no quieras, a menos que desee morir —lo dijo con tanta vehemencia, que estaba segura de que su promesa era cierta.

—Aquí estarás a salvo. —Intervino Alana—. Voy a traerte algo de tomar.

Luego salió de la habitación dejándome a solas con Tarek, mi corazón se aceleró de nuevo y el ambiente pareció caldearse, ese hombre lograba inquietarme de una manera que nunca había experimentado. Comencé a retorcer mis manos nerviosa, parecía que él llenaba todo el espacio y no tuviera ningún lugar a dónde moverme.

—Quítate el suéter y déjame ver tus heridas —dijo de pronto sorprendiéndome, lo miré esperando que sonriera y me dijera que se trataba de alguna broma, pero permaneció serio.

—¿Qué? —pregunté horrorizada, pegándome a la cabecera de la cama.

—Calma, Dulce, no es la primera vez que veo a una mujer sin ropa. —Levantó la cabeza al techo y negó.

—Sí, eso no lo dudo —comenté de forma irónica, esto lo hizo reír, cuando reía era incluso más guapo si eso era posible, sus ojos se iluminaban y perdían la frialdad.

—Pero a ti no te ha visto desnuda ningún hombre ¿verdad? —preguntó levantando una ceja, lo miré de forma reprobatoria, sin saber que responder a eso.

—No hablaré contigo de mi vida privada. —Su carcajada resonó en la habitación.

—Eso es porque no tienes ninguna vida privada de la cual hablar —se burló, abrí la boca y la cerré de nuevo, él lograba que me quedara sin palabras —Ya, no seas remilgosa, solo quiero ver tus heridas, no me obligues a usar la fuerza. —Sabía que su amenaza iba en serio, Tarek no parecía un hombre que se diera por vencido y la palabra no, tampoco era algo que lo detuviera.

Sin saber que más hacer, me giré dándole la espalda y comencé a sacarme el suéter, mis manos temblaban mientras lo hacía, cuando por fin lo logré lo apreté contra mi pecho. Lo escuché soltar un juramento en un idioma que no reconocí, me encogí enterrando la cabeza en mis piernas. De pronto unos dedos acariciaron mi hombro mientras apartaba mi cabello, pensé que simplemente quería quitarlo de su camino, pero entonces hizo la cosa más asombrosa, comenzó a trenzarlo. Me quedé totalmente inmóvil sin saber cómo reaccionar ante aquel gesto tan íntimo, cuando terminó su trabajo soltó la trenza por encima de mi hombro.

—Recuéstate —ordenó y luego se alejó, obedecí poniéndome bocabajo, con la mirada justo en la dirección contraria, me avergonzaba mirarlo de frente, un minuto después regresó y de nuevo sentí la suave caricia de sus dedos—. Juro que mataré a cualquiera que vuelva a lastimarte —aseguró mientras limpiaba las heridas, sentí un pequeño escozor, pero no me quejé, eso no era nada comparado con el dolor que experimenté mientras mi padre me golpeaba.

Hacía el trabajo con tanta delicadeza que comencé a adormilarme, mi cuerpo se relajó, cerré los ojos un momento, pero su voz hizo que los abriera de nuevo.

—Ya está, tienes que quedarte así, si te giras vas a lastimarte. —Su tono era suave, giré la cabeza para mirarlo y lo vi de pie, a una corta distancia de la cama.

—Gracias —dije comenzando a verlo con otros ojos, hasta ahora solo me había enseñado una apariencia ruda, era la primera vez que realmente me mostraba otra faceta suya.

—No lo hagas —pidió negando con la cabeza y con un gesto de pesar.

—¿Qué no haga qué? —pregunté confundida.

—No me mires como si fuera bueno, no lo soy, Dulce, no olvides eso nunca.

Después de estas palabras salió dejándome sola, me quedé ahí recostada sin saber qué pensar al respecto, algo en mi corazón me decía que no era el hombre malo que me quería mostrar. Alana regresó trayendo té, me ayudó a levantarme y me pasó la taza humeante.

—Gracias por tu ayuda —dije mientras daba pequeños sorbos.

—No hay nada que agradecer —dijo con esa voz suave que la caracterizaba—. Por cierto, Tarek hizo un buen trabajo curándote.

—¿Qué pasa con él? —pregunté apretando la taza para calentar mis manos que estaban frías. Ella dio un suspiro y alejó su mirada de la mía.

—Es complicado, solo puedo decirte que no es un mal tipo, no dejes que te engañe. —Asentí, era justo lo mismo que yo estaba pensando antes de que ella llegara—. Tenemos que conseguirte algo de ropa.

—Es cierto, estaba pensando llamar a mi prima para que me ayude a sacar algo a escondidas de mi casa.

—Esa es una buena idea, toma llámala —dijo tendiéndome su teléfono celular, me quedé mirándolo sin saber muy bien qué hacer. En mi casa estaban prohibidos los artículos electrónicos, eso incluía teléfonos celulares y televisores, el fijo estaba porque mi padre recibía llamadas constantemente, pero a nosotras no nos permitía usarlo. Alana pareció entender mi inquietud— Deja que te ayude —habló mientras lo tomaba de mi mano, le dicté el número de mi casa y recé para que fuera Skye quien respondiera, eso solo sucedería si estaba sola—. Toma, está sonando —lo recibí y lo puse en mi oreja, con el corazón acelerado.

—¿Hola? —solté el suspiro que estaba conteniendo y di gracias al cielo, cuando escuché la voz de mi prima.

—Skye.

—¿Ángela? Rayos ¿dónde estás? Tus padres están como locos buscándote —comenzó a hablar rápidamente.

—¿Estás sola? —pregunté queriendo asegurarme.

—Claro, ¿si no por qué crees que respondí al teléfono? El tío me cortaría

la mano si lo toco mientras él esté aquí. —Reí al escuchar sus palabras, siempre era reconfortante hablar con ella.

—Escucha, necesito que me ayudes, ¿por favor podrías conseguir algo de ropa por mí?

—Claro que sí, dime donde nos vemos y te la llevo... —se quedó en silencio un momento y comencé a preocuparme—. Escucha, acaban de llegar los tíos, tengo que colgar, nos vemos a las ocho de la noche en la fuente del parque —colgó antes de que pudiera decirle nada más.

—¿Está todo bien? —preguntó Alana mientras recibía el teléfono que le tendí.

—No estoy muy segura, espero que sí, quedamos de vernos esta noche —dije preocupada por mi prima.

—Todo saldrá bien, no te preocupes —habló tomando mi mano y dándole un suave apretón.

—No entiendo por qué no dejas que te acompañe —me reprochó Alana cuando me negué a que saliera conmigo del bar, tenía las manos apoyadas en las caderas.

—No quiero que te metas en problemas, si mi padre por alguna razón me descubre, la tomará con ustedes y ya bastantes problemas les ha causado. —La sujeté por los hombros mientras hablaba, tratando de que comprendiera mis razones.

—Es peligroso que vayas sola —me dijo con gesto preocupado.

—Estaré bien, aún es temprano, solo voy a encontrarme con mi prima y regresaré pronto. Te lo prometo. —Me miró un momento dudando, luego levantó los brazos en una señal de rendición.

—Si a las nueve de la noche no estás aquí, mandaré a buscarte y créeme, a tu padre no le va a gustar que se aparezcan tres tipos rudos en su casa. —Amenazó señalándome con el dedo.

Sonreí y la abracé, agradecía su preocupación, solo Skye lo había hecho por mí, ahora también lo hacía mi amiga.

—Es mejor que salgas por la puerta trasera, no queremos a los borrachos del bar causándote problemas. —Me acompañó hasta la puerta y antes de despedirse me dio la última advertencia—. Recuerda, tienes una hora antes de que mande por ti.

—Si, mamá —me burlé mientras salía, Alana era al menos cuatro años más joven que yo, aún así, se estaba comportando como si fuera mi madre.

Comencé a caminar alejándome del bar, pero antes de lograr salir del callejón una figura se materializó frente a mí haciéndome dar un grito, me llevé la mano al corazón que latía agitado.

—¿Se puede saber qué mierda haces saliendo sola a esta hora? —me reprendió.

—Tarek, ¿planeas matarme del susto? —Me sorprendí a mí misma, pues era la primera vez que lo llamaba por su nombre.

—Tal vez no te mate, pero sí te daré unos buenos azotes si no regresas ahora mismo. —Fruncí el ceño, no comprendía por qué me hablaba como si tuviese alguna autoridad sobre mí.

—No me des órdenes, no necesito tu permiso para salir —dije intentando pasar por su lado, pero me lo impidió tomándome del brazo.

—Dulce, no me cabrees, regresa al bar ahora. —Su tono era fuerte y dominante, pero no iba a permitir que me amedrentara.

—Te dije que no necesito tu permiso, apártate que mi prima me está esperando. —Levanté la cabeza retándolo a que me impidiera irme.

—¿Cómo que te está esperando? ¿Dónde? —preguntó sin soltarme.

—Ese no es tu problema, pero ya que estas tan interesado, quedamos de vernos en el parque, ahora ¿podrías por favor soltarme y apartarte de mi camino que tengo prisa? —Su frente se arrugó y pensé que de nuevo se negaría a soltarme.

—Entonces vamos —dijo comenzando a caminar y llevándome con él.

—¿Cómo que vamos? ¿A dónde? —interrogué confundida dándome cuenta

de que me estaba llevando en la dirección contraria. Pensé que me obligaría a entrar al bar, pero entonces me condujo hasta una motocicleta, empecé a negar con la cabeza aterrada, nunca me había subido en algo como eso.

—Yo te llevo —dijo sin más.

—No, tú no me llevas, no me voy a subir en esa cosa. —Traté de zafarme de su agarre, una tarea imposible.

—Vamos, Dulce, no seas una pequeña cobarde, no te va a pasar nada. —Seguí negándome a subir, pero él encontró la forma de convencerme—. Solo tienes dos opciones, te subes y permites que te acompañe o te llevo cargada y te encierro en tu habitación con llave, para que no puedas salir. Escoge.

—Estás loco —acusé mirando detrás de mí para ver si aparecía alguien que pudiera ayudarme, pero el callejón estaba vacío, excepto por nosotros dos.

—Digamos que esa es una buena definición. ¿Entonces? —Dudé un momento, pero no podía dejar a Skye esperando, pues estaba segura de que se iba a preocupar, así que finalmente me di por vencida, asentí y ese fue el secreto para liberarme. Por fin me soltó y se subió, luego me tendió la mano, me quedé ahí sin saber muy bien qué hacer—. Maldición, estás mirando como si te estuviera pidiendo que me des tu alma, solo quiero llevarte, no es complicado, dame la mano y te ayudo a subir. —Acepté con renuencia y tras varios segundos intentando, por fin estuve acomodada en la parte trasera. —Rodea mi cintura con tus brazos —dijo y por primera vez obedecí sin chistar, me abracé a él tan fuerte, que me extrañó que no se estuviera quejando —¿Lista? —preguntó apretando mis brazos.

—No —dije y lo escuché reír.

Luego la motocicleta comenzó a moverse, al principio aplasté mi cara en su espalda y cerré los ojos con fuerza, entonces sentí el fresco viento golpeando mi rostro, me aparté y los abrí de nuevo. Las luces pasaban volando frente a mí, una rara sensación de libertad me invadió y entonces me relajé e incluso reí. Antes de lo que hubiese querido, llegamos a nuestro destino.

—¿Dónde te espera tu prima? —preguntó mientras me ayudaba a bajar.

—En la fuente. —Lo vi mirar a su alrededor como si buscara algún peligro.

—Entonces es mejor que nos pongamos en marcha. —Comenzó a caminar llevándome de la mano, su palma se sentía cálida contra la mía, me gustó la sensación de seguridad que me transmitía.

Buscamos el camino menos transitado para llegar al lugar donde me quedé de encontrar con ella, afortunadamente era martes y había pocas personas, por fin la divisé sentada en el borde de la fuente, mientras balanceaba los pies.

—Skye —grité, me liberé de la mano de Tarek y corrí a su encuentro, en cuanto me vio bajó de un salto y me abrazó cuando la alcancé.

—¿Estás bien? —preguntó repasándome por todos lados—. No puedo creer que hayas escapado, el tío está como loco y el hermano Garry...—se detuvo y su mirada se enfocó en algo detrás de mí. Tarek estaba a mi espalda, su fuerte presencia era difícil de ignorar, mi prima lo miraba con fascinación.

—Skye —llamé tratando de captar su atención, pero ella seguía bajo el hechizo— ¡Skye! —hablé más fuerte chasqueando los dedos en su cara.

—¿Ah? ¿Qué? —dijo confundida apartando la mirada de él, como si acabara de salir de un trance.

—¿Qué decías del hermano Garry? —interrogué tratando de mantener su atención en mí.

—¿Cuál hermano Garry? —preguntó mirando de nuevo en dirección a Tarek.

—Skye concéntrate —la reprendí.

—Si querías que me concentrara no debiste traerlo a él —dijo señalándolo con la barbilla. A veces me preguntaba si el hecho de que mi prima se hubiese criado en otro ambiente y fuera algo más atrevida, era bueno o malo. Escuché a Tarek reír y me giré para darle una mirada severa.

—No aumentes su ego, él lo tiene bastante grande por si solo —la regañé.

—¿Qué tiene grande? —preguntó mi prima con una sonrisa.

—El ego Skye, el ego. —Comenzaba a molestarme.

—Ohhh —dijo ella riendo y guiñándole un ojo, él rio más fuerte.

—Creo que me gusta tu prima, Dulce —comentó usando el apodo—. Es muy simpática —le guiñó de vuelta con una sonrisa coqueta.

—Sí, ya lo creo —acepté de forma sarcástica.

—En fin, regresemos al tema —Skye pareció recobrar la compostura, cosa que me alivió, no estaba muy segura de querer verla suspirando por Tarek—. No tengo mucho tiempo antes de que tu padre vuelva a casa, lleva toda la tarde buscándote. Quería llamar a la policía, pero el hermano Garry lo convenció de esperar, dijo que él mismo te iba a encontrar, ya sabes, ese tipo es muy extraño.

—Y eso que tú no viste la decoración para la boda —dije recordando los adornos de color negro y sintiendo de nuevo la desazón que me causó saber que era yo el sacrificio.

—Supongo que lo imagino —respondió ella—. Pero fue divertido ver al tío blasfemando, te habrías reído un montón. Dijo que estabas poseída por algún demonio, que solo así explicaba tu comportamiento —comentó tratando de imitar la voz de mi padre.

—Creo que me poseyó el demonio de la cordura, que viéndolo de otra forma no es malo.

—Me habría encantado ver a tu madre encerrada en ese armario gritando, lástima que solo me enteré cuando el tío se lo contó al hermano Garry por teléfono, mientras ella lloraba como Magdalena por su hija descarriada. —Sin poder evitarlo, reí de la imagen que mi prima me estaba dibujando.

—Te agradezco que hayas venido —dije poniéndome serio de nuevo—. Seguro corriste un riesgo saliendo de la casa.

—No te preocupes, tu padre salió desde temprano y tu madre estaba encerrada en su cuarto, tomó algunas pastillas para dormir, así que no tuve problema en escapar, solo pude traerte esto sin levantar muchas sospechas —replicó pasándome una maleta pequeña.

—Gracias, Skye, eres la mejor. —La abracé queriendo transmitirle el agradecimiento por todas las veces que se puso en riesgo por mí.

—Sí, todos me lo dicen —comentó y luego se acercó más para susurrar en mi oído—. Creo que le gustas —habló refiriéndose a Tarek que permanecía en silencio detrás de mí—. Así que no dejes pasar la oportunidad, además es muy guapo.

—No le gusto —susurré de vuelta—, creo que ni siquiera le agrado

mucho.

—Tonterías, no te estaría mirando como si fueras el pastel de chocolate que muere por probar. —Me alejé ignorando su comentario, nadie mejor que yo para saber que eso no era cierto, sabía que no le agradaba, aunque no sabía bien por qué.

—¿Piensas quedarte en casa de mis padres? —pregunté cambiando de tema—. Me gustaría que tú también te fueras, ven conmigo, podemos pedirles que te dejen quedar, será solo mientras conseguimos otro lugar. —Me negaba a dejar que Skye se quedara sola.

—No puedo —Negó con la cabeza—; Debo quedarme un poco más, no quería decírtelo para no preocuparte, pero hace poco a escondidas de los tíos me comuniqué con el abogado de mi padre. Quería saber por qué dispuso que fuera su hermano quien administrara mis bienes si yo ya era mayor de edad.

—¿Y? —pregunté cuando dejó de hablar y no muy segura de que me gustara la respuesta.

—El abogado me aseguró que mi padre nunca dispuso tal cosa, que el testamento decía claramente que yo sería su heredera, no había ninguna cláusula que me impidiera recibir la herencia. Me dijo que luego del entierro el tío George habló con él y le pidió el documento, asegurándole que él se encargaría de que yo recibiera mis bienes.

—¿Estás diciendo que mi padre te ha estado robando todo este tiempo y además se niega a entregarte tu dinero con la excusa de que debes esperar a cumplir veintiún años? —interrogué horrorizada y dándome cuenta de que no estaba desencaminada, cuando sospeché que no quería entregarle el dinero a mi prima.

—No pongas esa cara, si hasta parece que no conocieras a tu padre. —Era cierto, yo lo conocía y sabía bien que era capaz de cualquier cosa.

—Lo lamento mucho —me disculpé apenada de que Tarek estuviera escuchando lo que acababa de decirme, y supiera qué clase de hombre me había engendrado.

—Cuantas veces tengo que decirte que dejes de disculparte por el tío George —me reprendió, pero eso no logró que me sintiera mejor—. Y hablando del demonio, tengo que irme, no sea que regrese y descubra que no

estoy.

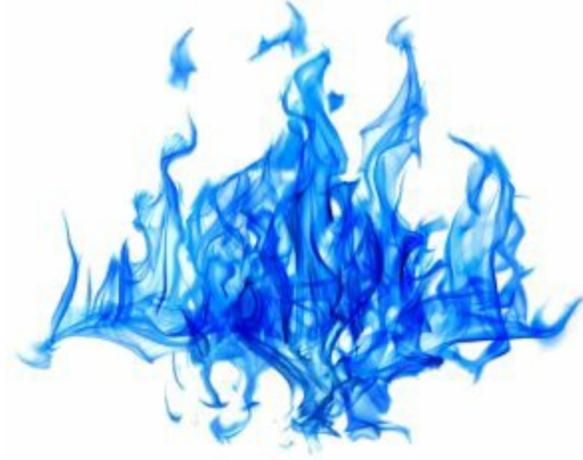
—Por favor cuídate —pedí preocupada por su futuro.

—No te preocupes, voy a estar bien, no olvides lo que te dije del hombre guapo que está detrás de ti, no dejes pasar la oportunidad —habló bajo tratando de que solo yo la escuchara, luego de un abrazo y de decirle adiós a Tarek con la mano, la vi irse. Me quedé ahí de pie, pensando qué pasaría a partir de ese momento.

—Es hora de que nosotros también regresemos al bar. —Asentí, pero seguí con la vista fija en el camino que había tomado mi prima.

Esta vez no opuse resistencia a subirme en la motocicleta y el viaje no fue tan emocionante, durante todo el camino la idea de que realmente mi padre era un ser malvado y calculador, seguía dando vueltas en mi cabeza. En cuanto llegamos al bar, agradecí a Tarek por la compañía y luego me refugié en mi habitación.

TAREK



La vi alejarse, todo el tiempo caminó con la cabeza baja, como si tuviese el peso del mundo sobre sus hombros, quise detenerla y estrecharla en mis brazos para darle consuelo. Había escuchado cada palabra de lo que habló con su prima, incluso aquello que se dijeron en susurros, realmente no quería que Dulce pensara que me desagradaba, nada más lejos de la verdad, pero tampoco podía darle la impresión de que me gustaba, aunque realmente esa no era la palabra correcta, más bien debía decir que estaba fascinando con ella. Me obligué a alejarme, apreté los puños y casi corrí lejos de la tentación, entré a la habitación de Marcus sin llamar, él golpeaba un saco de boxeo y pareció que ni siquiera notó mi presencia. Me quité la camiseta y la lancé sobre el sofá, luego tomé una silla y me senté a horcajadas con los brazos apoyados en el respaldo.

—Necesito que pongas algo de tinta en mi espalda —dije, dio unos cuantos golpes más al saco y finalmente me miró.

—¿Algo en particular? —Esa era mi parte favorita de Marcus, no hacía preguntas, no te interrogaba cuando no querías hablar.

—Quiero llamas —respondí pensando que era justo como me sentía, como si me estuviese quemando en las llamas del infierno.

Tomó una toalla y comenzó a limpiarse la cara, luego fue al baño y se lavó las manos, cuando regresó rebuscó en sus cosas por los elementos que necesitaría para mi nuevo tatuaje. Mi hermano se sentó detrás de mí y en pocos minutos escuché el sonido que hacía la máquina, luego sentí la aguja comenzar a perforar mi piel, permanecí inmóvil, mientras las horas pasaron. El reloj de la pared parecía correr lentamente, la noche dio paso a la mañana y finalmente se detuvo.

—Está listo —dijo y se puso de pie, hice lo mismo y me acerqué al espejo.

—¿Qué demonios? —Gruñí cuando vi lo que había tatuado, mi espalda estaba totalmente cubierta, pero no solo de llamas como se lo pedí, estudié el diseño con atención.

En la parte baja en efecto había una serie de llamas, lo que me confundió, fue ver que de estas sobresalía una mano que parecía que pedía ayuda y en la parte superior se fundían con lo que parecía ser un cielo y de este sobresalía otra, que intentaba alcanzar la que estaba siendo consumida por las llamas.

—¿Qué mierda es esto? —pregunté comenzando a cabrearme.

—No diste muchos detalles, así que decidí agregar algunos por mi cuenta —respondió restándole importancia mientras comenzaba a recoger lo que había usado para hacer mi tatuaje.

—Eres un cabrón —dije caminando hasta el sofá para tomar mi camiseta.

—Tal vez cuando dejes de gruñir como un animal herido, te darás cuenta de que el diseño te representa.

—¿Qué se supone que significa eso? —interrogué deteniéndome.

—La chica, la amiga de Alana, no huyas de ella, es tarde y lo sabes —habló sin mirarme, concentrado en limpiarlo todo.

—Aquí el que no sabe una mierda eres tú, deberías dejar el bar y poner algún jodido consultorio sentimental, hablas como un puto oráculo.

Salí de su habitación cabreado y mucho más confuso de lo que entré, pasé por el lado de Cam quien intentó hablarme y lo ignoré, luego me encerré en mi habitación, lancé la camiseta con furia y me desnudé para darme una ducha. Abrí el grifo y apoyé las palmas de las manos en la pared mientras sentía el agua correr por mi cuerpo, escuché la puerta ser abierta y enseguida me puse en guardia, me relajé de nuevo cuando vi que se trataba de Jade.

—Te estaba buscando —dijo con voz seductora, apoyada en el marco de la puerta.

—Pues parece que ya me encontraste —respondí con una sonrisa, me quedé mirándola mientras se despojaba de su ropa y luego entró a la ducha conmigo. Jade era hermosa, con un cuerpo hecho para el pecado, cualquier hombre estaría loco por ella, cualquiera menos yo.

—¿No es muy temprano para que estés aquí? —pregunté dejando salir un gemido cuando tomó mi miembro con su mano.

—En realidad no me fui, anoche te vi irte con la humana y ya no supe nada más de ti. Dije que había un problema en mi apartamento, para que Alexy no me pidiera que me fuera a la hora del cierre.

—Mmmm —no dije nada más, ella comenzó a descender lentamente hasta quedar de rodillas, luego me tomó en su boca, cerré los ojos y disfruté del placer, su lengua lamía mi erección, tomé su cabeza y comencé a moverme entrando y saliendo, se aferró a mis piernas dejándome hacerlo a mi antojo. Jade me conocía lo suficiente para saber que el sexo era para mí un desahogo, estaba a punto de terminar, así que me aparte y la puse de pie, la giré para que apoyara las manos en la pared de la misma forma que yo hice antes y la penetré desde atrás, ella gimió y dejó caer la cabeza hacia un lado, me incliné un poco y mordisqueé su cuello, mis embestidas se hicieron más rápidas y más violentas, hasta que sentí el remolino de placer formarse en la parte baja, entonces me dejé ir explotando con un gruñido. Me aparté y me lavé, ella se acercó pasando las manos por mi espalda, pero me alejé, el sexo había terminado, no había caricias ni nada mas después de ello, Jade lo sabía bien.

Salí de la ducha dejándola sola, busqué una toalla y comencé a secarme, cuando ella salió me estaba poniendo un pantalón de chándal.

—No sabía que tenías un nuevo tatuaje, parece reciente —comentó desde la puerta del baño, aún desnuda con una toalla envuelta en su cabello.

—Así es. —Fue mi escueta respuesta, ignorándola me recosté en la cama y encendí la televisión.

—¿Quieres que veamos algo juntos? —propuso sacándose la toalla de la cabeza y lanzándola a la canasta de la ropa sucia, aparté la mirada de la pantalla para enfocarla en ella.

—¿Cuántas veces hemos hecho esto? —pregunté y por su gesto confuso supe que no comprendía mi pregunta, así que decidí ser más claro—. ¿Cuántas veces hemos tenido sexo? —Lo pensó un momento.

—Tal vez cinco o seis veces —respondió.

—Exacto, ¿y cuántas de esas veces nos acostamos después a ver la televisión o a hacer cualquier cosa juntos? —En su rostro se dibujó un gesto de desconcierto, arrugó los labios, era obvio que no le gustó escuchar mis palabras.

—Ninguna —dijo bajando los hombros pareciendo derrotada.

—Jade, no te hagas ideas que no son, nosotros tenemos un trato que nos conviene a ambos, cuando queremos jugar, es así de simple. —Afirmé y regresé mi atención a la pantalla.

—Lo sé, tú eres mi amigo, pero sabes que me gustaría que fuéramos algo más. No la miré de nuevo, nunca quise que se hiciera ideas de que podríamos tener algo serio, ella sabía bien que no planeaba unirme a nadie. Jamás le hablé sobre mi familia, ni de lo que les pasó, pero me aseguré de que supiera que no buscaba un compromiso.

—Eso no es posible —zanjé de forma rotunda, apoyando un brazo detrás de mi cabeza.

—Es por la chica humana ¿verdad? Conmigo tienes sexo y nada más, pero a ella la llevas en tu motocicleta, eso es algo que nunca me has permitido hacer. —A pesar de todo, en su voz no había reclamo.

—No pienso hablar contigo sobre Dulce. —Me miró enarcando una ceja sorprendida.

—¿Así que Dulce? Le tienes un apodo y todo. —Me negué a responderle, ni siquiera sabía porque usé el apodo y no su nombre—. Creo que esa mujer te perturba más de lo que quieres reconocer y yo, ya no quiero ser solo tu

desahogo. —Me quedé mirándola, era momento de tomar decisiones, me erguí sentándome y apoyando los pies en el piso.

—Tienes razón, Jade, creo que esto deberíamos verlo como nuestra despedida. —Asintió y luego regresó al baño, un momento después salió con su ropa puesta, se acercó a la cama y me dio un suave beso en los labios.

—A pesar de lo que quieras pensar eres un buen hombre, Tarek, deja de castigarte a ti mismo.

Había pasado un rato desde su salida de mi habitación y aún seguía meditando en sus palabras.

Esa noche salí por fin de mi encierro autoimpuesto, pasé por la habitación de Dulce y no pude evitar detenerme, me quedé de pie junto a la puerta y la escuché en el interior cantando alguna canción religiosa.

—¿Vas a entrar o qué? —preguntó Marcus detrás de mi sorprendiéndome, estaba tan perdido en la voz de Dulce que me tomó por sorpresa.

—No estaba pensando entrar —respondí a la defensiva.

—Entonces camina y deja de estar ahí de pie como perro sin dueño, esperando que la señorita abra la puerta y le tire algunas migajas.

—Que te jodan. —Gruñí comenzando a alejarme, lo escuché seguirme, pero no cruzamos palabra alguna el resto del camino hasta el bar.

Cuando pasamos por la barra pedí una cerveza a Cameron, la tomé y me dirigí a nuestra mesa, en el camino un tipo descuidado chocó conmigo, cuando se giró su cara quedó justo a la altura de mi pecho. El hombre comenzó a subir la cabeza lentamente y cuando su mirada se topó con la mía, me vio con horror, exclamó alguna especie de balbuceo inteligible y luego huyó despavorido.

—Es una suerte que yo sea el más simpático —comenté con burla, Marcus gruñó y reí pensando que, si él hombre hubiese tenido la desgracia de chocar con él y no conmigo, además de correr también se habría orinado en los pantalones.

Me sorprendió ver a un hombre sentado en ella, ya que todos en el bar sabían que no podían ocuparla, me quedé mirándolo y él me devolvió la

mirada de forma tranquila.

—Buenas noches, hermanos —saludó, su piel oscura brillaba con las luces de neón, lo estudié midiéndolo como hacía siempre que me cruzaba con un desconocido.

—¿Estás perdido? —pregunté llevándome la cerveza a los labios sin responder el saludo, el sujeto me miró de arriba abajo antes de contestar.

—De hecho, no, en cuanto supe que había otros Demonials aquí decidí echar un vistazo, es difícil encontrar gente de nuestra raza. Lo que me sorprende es que haya tantos de ustedes juntos, cuatro machos y varias hembras —comentó dando un repaso por el lugar hacia las chicas que iban y venían sirviendo mesas y bailando. En ese momento se nos unió Alexy, vi al sujeto mirar a mi hermano con interés.

—¿Tu eres el líder? —le preguntó, antes de que este respondiera, lo hice yo por él.

—¿Acaso nos ves cara de manada para que tengamos un líder? —Por alguna razón el tipo no me agradaba.

—No, claro que no, es solo que pensé qué... —Alexy no dejó que terminara la frase.

—No soy el líder, nadie aquí lo es, solo somos un grupo de hermanos que vivimos en *paz* —dijo remarcando la palabra, dándole un mensaje claro al nuevo. Si jodes, perderás tu cabeza.

—Comprendo, por cierto, mi nombre es Morgan —ninguno de nosotros se presentó, él se removió incomodo y luego se puso de pie—. Creó que iré a ver si alguna de las chicas está interesada en pasar un rato agradable en mi compañía.

Permanecí con la vista fija en él mientras se alejaba, lo vi acercarse a Jade quien negó, entonces fue por Corine, esta lo recibió con una sonrisa.

—Ese sujeto no me agrada —hablé tomando asiento y depositando la botella vacía sobre la mesa.

—Ya sabes que por regla general nunca negamos refugio a uno de nuestra raza —dijo Alexy sentándose frente a mí—. Sin embargo, lo tendremos vigilado, si busca problemas nos encargaremos de él. —Asentí sin estar muy

seguro de que fuera buena idea tener al tal Morgan paseándose a sus anchas por el bar.

Los siguientes días traté de no cruzarme mucho con Dulce, aunque eso era una tarea complicada teniendo en cuenta que vivíamos en el mismo lugar, en las noches era fácil escapar, pues salía con Marcus y Alexy a cazar demonios y a continuar con nuestra búsqueda de Razvan. McKenna aún no tenía noticias de Grigore y comenzaba a pensar que su teoría de que el hombre intentaba ocupar el lugar de su hermano estaba equivocada. Aquella mañana llegamos casi a la madrugada, la noche había estado tranquila, solo dos demonios se cruzaron en nuestro camino y rápidamente nos encargamos de ellos, nos pasamos el resto del tiempo recorriendo la ciudad.

—Me voy a dormir, mi mujer me debe de estar esperando —dijo Alexy marchándose a su habitación.

Marcus también se despidió dejándome solo en el pasillo, pensé en ir a dormir yo también pero no me sentía cansado, así que decidí ir a la cocina en busca de algo para comer, terrible error. En cuanto abrí la puerta estuve a punto de marcharme de nuevo, Dulce se encontraba sentada en la mesa sosteniendo una taza humeante. Cuando escuchó abrirse la puerta levantó el rostro y su mirada se encontró con la mía, me quedé paralizado perdido en sus ojos, se pasó la lengua por los labios y un cosquilleo de placer se instaló en mi ingle, me imaginé acercándome para apoderarme de ellos.

—¿Quieres tomar café? —preguntó depositando la taza sobre la mesa y poniéndose de pie para dirigirse a la encimera donde descansaba la cafetera, quise decirle que en realidad la quería a ella de rodillas mientras me introducía en su tentadora boca, sacudí la cabeza para alejar los pensamientos lujuriosos que me embargaban.

—No —dije más fuerte de lo que debería ser para una simple negación a tomar café, mi respuesta hosca la sobresaltó y alejó la mano de la cafetera.

—Comprendo. —Se quedó de pie, parecía que ante mi negativa no tenía nada más que decir, bajó la cabeza y se quedó con la mirada fija en el piso, me

sentí un hijo de puta por tratarla así.

—Es mejor que me vaya —hablé mientras me giraba para irme, pero sus siguientes palabras me detuvieron.

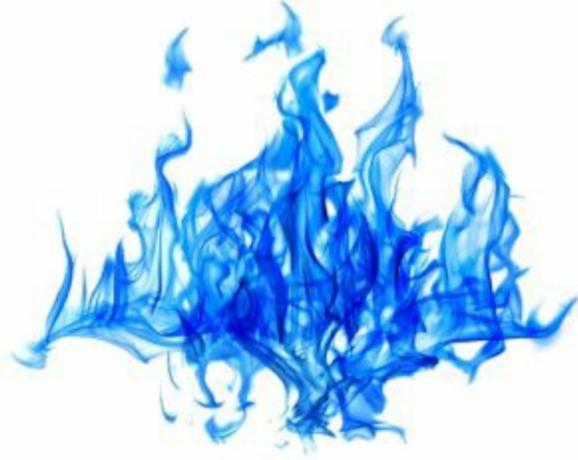
—¿Por qué no te agrado? —preguntó sonando herida, tragué el nudo que se formó en mi garganta antes de mirarla de nuevo, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Nunca dije que no me agradas. —Suavicé el tono tratando de no hierla más.

—Es cierto, no lo hiciste, pero tu comportamiento me lo dice, desde que estoy aquí me evitas como a la peste. —Me hubiese gustado decirle que lo que en realidad evitaba, era la tentación de encerrarla en mi habitación y poseerla de todas las formas posibles, estaba seguro que, si le describía todas las imágenes que tenía de ella desnuda, se escandalizaría y sería ella quien huiría de mí. Entonces decidí usar mi mejor arma, el ataque.

—Yo no huyo de ti, Dulce —dije cruzándome de brazos y apoyándome en el marco de la puerta, pinté una sonrisa en mi boca y le di un descarado repaso —. Tampoco sabía que me extrañarás tanto, si querías mis atenciones lo único que tenías que hacer era llamar a mi puerta, en cualquier momento que desearas, siempre estoy listo. Duermo desnudo. —Esto último lo dije bajando la voz, como si le estuviese contando algún secreto. Giró la cabeza avergonzada y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, en un gesto que le había visto hacer varias veces cuando se ponía nerviosa, sus mejillas se tiñeron de un bonito tono rosa, me removí incómodo cuando mi amigo comenzó a despertar apretando mis pantalones, era el momento de huir.

Salí pensando que había logrado mi propósito de acallarla, pero la chica era más dura de lo que pensaba, así que me siguió.

ÁNGELA

—Si te molesta mi presencia todo lo que tienes que hacer es pedirme que me vaya —dije alcanzándolo justo en la puerta de su habitación, se quedó quieto con la espalda rígida.

—No te creas tan importante, Dulce, ni siquiera noto que estás. —Sus palabras me enfurecieron, iba a lograr que me dijera cuál era su problema, así tuviera que obligarlo. Caminé hasta ponerme justo frente a él, bueno, desde ese punto lo de obligarlo no parecía tarea fácil, era casi medio metro más alto que yo, mis ojos quedaban a la altura de su pecho, pero no me amilané, levanté la cabeza y le di lo que esperaba fuera una mirada severa.

—Ahora mismo me vas a decir qué te pasa conmigo —exigí, me evaluó un momento y luego se acercó, estaba tan cerca que mis pechos quedaban aplastados en su torso. Debí apartarme, pero era como si un imán me mantuviera pegada a él.

—Escúchame bien —dijo acercando su boca a mi oreja, mi respiración se agitó y un cosquilleo me recorrió cuando sentí su aliento—. Tienes que

mantenerte malditamente lejos de mí, ¿comprendes? —Tragué saliva intentando calmarme.

—Hablas como si te persiguiera —dije molesta, aunque técnicamente sí lo había hecho.

—Solo no te cruces en mi camino. —Sus palabras debieron alejarme, pero en cambio hice algo bastante estúpido.

—¿Y qué si no me alejo? —pregunté apoyando mis manos en su pecho, lo sentí tensarse y pensé que se movería, su corazón estaba tan agitado como el mío.

—Maldición, mujer, tienes la capacidad de tentar a un santo —dijo tomando mis manos.

—Y suponiendo que, ya que tú no lo eres, puede ser más sencillo tentarte a ti. —No sabía qué se había apoderado de mí para estar teniendo esta charla, seguramente cuando se me pasara el efecto, iba a morir de vergüenza. Pero en ese momento nada importaba.

—Ángela, estás jugando con fuego y terminarás quemada. —De pronto me giró dejando mi espalda pegada a su pecho, uno de sus brazos me rodeó, mi corazón latía tan fuerte que sentía que en cualquier momento iba a explotar—. Tú lo pediste, Dulce, te advertí que no jugaras con fuego. —Mi respiración se aceleró, con el brazo que tenía libre comenzó a levantar mi falda, en el proceso acarició mi pierna haciendo que se me pusiera la piel de gallina—. Eres tan suave —susurró en mi oído, me dio un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja y luego pasó su lengua por mi cuello, incliné la cabeza cuando sentí la caricia húmeda. Su mano siguió su ascenso, cada parte del sendero que recorrían sus dedos se sentía como una brasa caliente, nunca imaginé que un simple toque se podría sentir así, por fin llegó a la cúspide que era el lugar entre mis piernas y frotó mi centro por encima de mi ropa interior, mis rodillas casi se doblaron, pero él me sostuvo—. Separa tus piernas. —Se separaron enseguida como si tuvieran vida propia, la palma de su mano completa cubrió mi sexo y noté el calor que esta desprendía—. Me pregunto si serás tan dulce como pareces. —Lo sentí tomar un costado de mis bragas y luego el ruido que hicieron al romperse, ni siquiera tuve tiempo a reaccionar cuando sus dedos comenzaron a masajear mi clítoris, gemí y recosté la cabeza en su pecho, aferrándome al brazo con el que me estaba sosteniendo, este lentamente

comenzó a colarse debajo de mi suéter y luego a subir hasta mis pechos, alejé los míos para darle mayor acceso. Abrió el broche de mi sostén dejándolos libres y luego su mano los acarició, tomó uno de mis pezones en sus dedos y comenzó a retorcerlo, giré mi cabeza buscando su boca y él no me la negó, acercó sus labios a los míos y me dio un beso intenso, su lengua entró en mi boca y de forma tímida la acaricié con la mía. Lo escuché gruñir y supe que eso le gustaba, así que decidí ser más atrevida, enredé mi lengua con la suya, sus dedos se introdujeron en mi interior sin previo aviso, una sensación desconocida se apoderó de mí, quería más. Comencé a moverme contra estos sin estar segura de lo que buscaba, la mano con la que acariciaba mi pecho lo apretó con fuerza y esto, en lugar de provocarme dolor se sintió aun más placentero.

—Tarek —dije su nombre con mi boca aún pegada a la suya.

—Déjate ir, Dulce, estás tan mojada, estoy a punto de llevarte a mi habitación y olvidarme de todo, solo para enterrarme profundamente en tu interior una y otra vez. —No supe por qué, pero sus palabras me enviaron a una espiral sin retorno, sentí una fuerza comenzar a crecer en la parte baja de mi vientre hasta que exploté. Hubiese gritado, si su boca que aún me devoraba no me lo hubiese impedido, me quedé pegada a él respirando agitadamente, sus dedos seguían en mi interior haciendo pequeños círculos, luego, lentamente comenzó a sacarlos y vi asombrada como se los llevaba a la boca para chuparlos—. No estaba equivocado, sabes tan dulce como pareces. —No pude evitar sonreír, me gustaba lo que me dijo, pero me gustaba todavía más lo que me había hecho.

Ni siquiera había logrado recuperarme de la explosión que había sentido, mi cuerpo aún temblaba cuando se separó de mí, como si mi contacto lo quemara.

—Ya puedes irte —me despachó sin más, lo miré con los ojos muy abiertos sin poder creer lo que me estaba diciendo, mis pechos estaban adoloridos, él acababa de tener sus dedos entre mis piernas y ahora solo me echaba, como si no hubiese significado nada—. Así es como funciona conmigo, te lo advertí, yo no me quedo con las chicas con las que me acuesto. ¿Lo entiendes ahora? —Sentí como si me hubiese dando una bofetada, su mirada era fría—. Ve y busca un hombre decente que de verdad te merezca.

—Eres un maldito imbécil, vete a la mierda. —Yo misma me sorprendí del

uso de malas palabras, nunca en mi vida se me permitió decir nada que fuera incorrecto, eso incluía las que no se consideraran adecuadas, pero aquí estaba yo desahogándome por primera vez, agradecí interiormente a Skye el habérmelas enseñado—. Y no necesito tus consejos sobre hombres, puedo buscar el que me dé la gana sin tu ayuda.

Prácticamente corrí huyendo de él, entonces caí en cuenta de algo, estábamos en el pasillo, donde cualquiera pudo habernos visto, estaba tan perdida que olvidé completamente el lugar en el que nos encontrábamos. Sentí la humedad en mis mejillas y levanté la mano para limpiar mis lágrimas, era una tonta. Toda mi vida las personas me habían usado, mi padre lo hizo para parecer el correcto hombre religioso, sin importar que al cerrar la puerta de casa mi madre y yo recibiéramos una gran cantidad de golpes y castigos, cuando no hacíamos lo que él consideraba correcto, y yo lo hice, siempre intenté hacerlo. Oraba cada día, no hablaba si no se me permitía hacerlo, iba a la iglesia, participaba en cada actividad que mi padre consideraba que lo hacía ver un hombre pegado a sus creencias religiosas, pero ya me había cansado de eso, de fingir ser perfecta, de parecer un títere a quien los demás manejan a su antojo. Regresé a mi habitación y me lavé la cara, luego busqué entre mis cosas unas bragas, ya que las otras se habían quedado en algún lugar del pasillo, mi rostro ardió de vergüenza pensando en que alguien las encontrara. En el fondo de mi maleta se encontraba mi tesoro, saqué la pequeña bolsa que contenía el dinero que le había robado a mi padre, se suponía que no debía robar, pero no es como si fuera su dinero, en realidad él lo tomaba de las ofrendas de la iglesia. Volví a guardarlo esperando que fuera el momento indicado para usarlo, mi idea era huir muy lejos, pero nunca había ido a ninguna parte y me daba mucho miedo, por eso seguía en el bar, al menos era lo que me decía todo el tiempo que era por eso y no porque quería ver a Tarek cada día.

Me recosté en mi cama y de nuevo le permití a mis lágrimas salir, me sentía humillada, finalmente me dormí y soñé con él, en mi sueño se preocupaba por mí, venía a verme.

«No soy bueno para ti, Dulce» escuché que susurraba en mi oído, luego me dio un suave beso en la mejilla, sabía que era producto de mi imaginación, pero me sentí feliz.

Pasaron tres días en los que apenas salí de mi habitación, evitaba a toda costa encontrarme con Tarek, curiosamente cada noche soñaba con él, siempre lo mismo. Entraba a mi habitación, susurraba en mi oído que no era bueno para mí y luego de darme un beso se marchaba, comenzaba a pensar que estaba obsesionada, tenía que hacer algo para entretenerme y así, aunque fuera por un rato sacarlo de mi cabeza, después de mucho pensarlo tomé una decisión, rebusqué en mi maleta y saqué mi tesoro. Salí de mi habitación y fui en busca de Alana, llamé a su puerta rogando porque no me encontrara con su marido, el hombre me asustaba mucho. Unos minutos después abrió y en cuanto me vio, una expresión de alegría llenó su rostro.

—Me alegra que hayas venido, justo iba a ir a buscarte, estoy muriendo del aburrimiento. —Me arrastró dentro de su habitación e hizo que me sentara —. ¿Quieres tomar algo? —preguntó dirigiéndose a una pequeña nevera que había en un rincón.

—No, gracias, en realidad venía a pedirte un favor. —Se había convertido en mi mejor amiga, era la única en quien podía confiar.

—Lo que quieras —dijo sentándose a mi lado.

—Yo... Quiero que me ayudes a comprar ropa. —La vi mirar mi atuendo, una blusa de manga larga con botones en la parte delantera y una falda azul marino, que casi llegaba hasta el piso.

—Bueno, no lo tomes a mal, pero creo que sí te vendría bien un cambio, podría prestarte algo, pero eres más alta que yo así que no creo que te quede bien. —Sonreí, yo misma sabía que mi ropa era espantosa, recordé la ocasión en que Tarek me preguntó si la había heredado de mi abuela, hice una mueca, hasta mi ropa me hacía pensar en él.

—No te preocupes no es necesario, tengo algo de dinero —dije abriendo la mano donde tenía empuñado el fajo de billetes que robé al honorable pastor White, levanté la mirada al cielo y pedí perdón por haber incumplido uno de los mandamientos. Su cara se iluminó ante la idea, ella parecía un ángel, y la verdad es que desde que llegué ahí en eso se había convertido para mí, uno

que me salvó cuando más lo necesitaba.

—Entonces creo que tenemos un plan, voy a decirle a Alexy que vamos a salir, espero que no se ponga histérico, es de día, así que no creo que haya problema. —No comprendí bien eso que quiso decir, supuse que su marido consideraba que no era seguro salir en la noche, por la cantidad de delincuentes que hay en las calles.

Unos minutos después regresó diciendo que luego de una pequeña batalla ganó su libertad por tres horas, así que ese era el tiempo que teníamos. Salí muy asustada de que mi padre descubriera que me encontraba oculta en el bar, fui ahí precisamente porque pensaba que nunca sospecharía que estaba tan cerca.

Paseamos por algunas tiendas, nunca había ido de compras, toda mi ropa la confeccionaba mi madre al igual que la suya, Alana me ayudó a escoger algunas prendas, debía reconocer que estaba eufórica, aunque al final no pude desprenderme mucho de mi costumbre y terminé por comprar solo un par de jeans, no estaba segura de cómo me vería con ellos. También compré un largo vestido con estampado de flores, me encantaba el color, solo se me había permitido usar colores oscuros o neutros como el blanco y el negro, nunca nada que se considerara llamativo.

Cuando por fin tuvimos todo lo que necesitábamos decidimos regresar, pero entonces pasamos por una peluquería, una idea cruzó por mi mente, un último acto de rebeldía.

—Entremos aquí —pedí tomándola de la mano y arrastrándola al interior.

—Buenos días, señoritas —nos saludó un chico con el cabello pintado de rubio y brillo en los labios, vestía una camisa rosa y un pantalón blanco muy ajustado.

—Quiero cortar mi cabello —respondí sin más.

—¿Estás segura? —preguntó Alana un poco preocupada, por primera vez era libre y podía hacer lo que quisiera, así que sonreí y asentí, su expresión cambió y se animó nuevamente.

—Tu cabello es hermoso —comentó el chico—, aunque un poco simple. Tal vez con algunas capas y un poco más cortó adelante, de forma que tu

bonito rostro quede enmarcado y resalten más tus ojos. —Nunca se me habría ocurrido que cortar mi cabello resaltaría algo de mí, pero entonces tampoco nunca lo había hecho—. ¿Y tú, belleza, no quieres cortar el tuyo también? —preguntó dirigiéndose a Alana quien retrocedió y se sentó en un sofá alejado.

—No lo creo, me gusta como está —respondió llevándose la mano a una de sus trenzas.

Cuando comenzó a cortar, sentía como cada parte de cabello que caía, era un cambio que hacía en mi vida, era tonto pensarlo, pero para alguien que vivió reprimido siempre, este simple gesto significaba un nuevo comienzo.

—Te queda muy bien el cambio —me dijo mi amiga unas horas después de terminar nuestra aventura, yo ya no estaba tan segura, me sentía un poco incómoda, si bien no cambié mucho mi vestuario si lo hice con mi cabello, este caía en capas hasta la mitad de mi espalda.

Alana parloteaba alegremente, parecía totalmente cómoda en ese lugar, a mí me seguía incomodando, frente a una de las puertas que se encontraban en el pasillo una pareja se besaba como si quisiera devorarse, un rubor cubrió mis mejillas cuando vi al hombre levantar el top de su compañera y estrujar sus pechos.

—¿Podrían dejar de hacer eso? —Les reclamó Alana poniendo las manos en sus caderas—. Corine, lo único que tienes que hacer es alargar el brazo y abrir la puerta, no es necesario que te exhibas delante de todos los clientes del club. —La mujer que reconocí como la misma que me recibió la primera noche que estuve ahí, miró a mi amiga con una mueca.

—No me fastidies, humana —le respondió haciéndole un gesto desdeñoso con la mano, me sorprendió el uso de la palabra de forma despectiva, a su lado el hombre que la acompañaba rió, entonces me fijé en él por primera vez. Era tan alto como Tarek y sus amigos, vestía ropa de cuero negro, tenía la piel oscura propia de los afroamericanos y la cabeza totalmente rapada, lo que más

llamaba la atención eran sus ojos que parecían del color de whisky.

—No me fastidies tú —le respondió Alana a la tal Corine—. No busques que Alexy te eche de aquí. —Mi amiga era al menos treinta centímetros más baja que su oponente, aun así, no se amilanó.

—Vamos, gatita —intervino el hombre cortando la discusión—, busquemos un lugar más privado donde no molestemos a los castos ojos de estas señoritas —comentó de forma burlona, luego nos guiñó un ojo, abrió la puerta y empujando a su amante dentro, la cerró de nuevo.

—¿Qué fue todo eso? —pregunté finalmente saliendo de mi estupor.

—Eso fue Corine dando un espectáculo —respondió de forma tranquila.

—Vaya, nunca me imaginé que pudieras enfrentarte a alguien de esa forma. —Ella me miró con una sonrisa y luego se encogió de hombros.

—Después de pasar tanto tiempo aquí he aprendido que si dejas que te intimiden una vez lo seguirán haciendo. Ayuda que mi Alexy los amenace de muerte cada vez que alguien me mira de mala forma, hace que me sienta segura para enfrentarme a todo. —La forma como hablaba de su esposo, con tanto amor, me hizo sentir un poco de envidia sana y preguntarme si alguna vez, encontraría esa clase de sentimiento.

—Sí, tu esposo puede ser algo intimidante —Estuve de acuerdo—. Aún tiemblo cuando se acerca y balbuceo cuando se dirige a mí. —Ella dejó salir una risa que me contagió, ambas terminamos riendo y así fue hasta que llegamos a la barra y ocupamos dos sillas que se encontraban libres.

—Hermosas señoritas, ¿qué desean beber? —preguntó Cameron con su habitual sonrisa coqueta, estaba convencida que la mitad de la clientela femenina solo iba al bar para verlo a él.

—No sé por qué me sigues preguntando —se quejó Alana a mi lado—. Sabes que tu hermano solo me permite beber refrescos.

—También te permite beber leche, por eso te pregunté —se burló él—. Chica lista y obediente —bromeó mientras se alejaba.

—Idiota —gritó mi amiga para que la escuchara por encima del ruido.

Luego de unos minutos regresó y depositó dos refrescos de cola frente a nosotras.

—Supongo que también querías un refresco. —Pareció un poco avergonzado por haber decidido lo que quería beber sin preguntarme.

—Exactamente, es justo lo que quería, gracias —Me guiñó un ojo y se alejó—. Es muy simpático —comenté mientras abría la lata.

—Así es, a veces me preocupa cuando su ánimo decae, Cam es como mi hermano y quiero que sea feliz.

—Supongo que le debió pasar algo muy malo ¿verdad? —pregunté tratando de no parecer entrometida.

—Así es, hace poco tiempo perdió a su mejor amigo, desde entonces no es el mismo.

—Lo lamento —dije mirando al chico que siempre se mostraba amable, pero no escondía la sombra de tristeza que había en su mirada.

Seguimos bebiendo en silencio, porque de todos modos el estruendo de la música no permitía tener una charla muy fluida, así que me dediqué a escanear el bar, traté de convencerme de que lo hacía por simple curiosidad, pero en el fondo sabía que lo estaba buscando, odiaba ser tan débil y permitir que me afectara después de cómo me trató, pero era más fuerte que yo. Divisé a Alexy en una de las mesas conversando con Marcus, pero con los ojos fijos en Alana, estos parecían desprender fuego cada vez que la miraba, de nuevo la pequeña punzada de envidia me tocó, ellos se amaban profundamente, eso era demasiado obvio para cualquiera que los viera juntos. Aparté la mirada y seguí con mi búsqueda, hasta que por fin lo vi, pero no estaba solo, tenía a dos mujeres sentadas en cada una de sus piernas, recordé a una de ellas como la que lo acompañaba la primera vez que fui al bar, estas vestían pequeñas prendas de cuero, parecía que esa era la moda en el lugar. Miré mi vestido largo de color blanco, con estampado de pequeñas flores de colores, seguramente yo era el bicho raro, bueno, me consolaba saber que Alana también vestía de forma más o menos normal, con jeans y una camiseta sin mangas de color rojo, además de estar peinada con sus habituales trenzas. Seguí con la mirada fija en la escena, alguna vena masoquista me obligaba a observarlo atentamente. Una de las mujeres lo besó en los labios y mi corazón se estrujó, seguía diciéndome que no tenía que afectarme, que si quería ser un promiscuo fornicador era su problema.

—Espero que algún día encuentre a alguien que lo haga cambiar —habló

Alana a mi lado sacándome por fin de mi estado hipnótico, aparté la mirada y la enfoqué en mi amiga, quien también observaba la escena con una mezcla de molestia y pena.

—¿Qué te hace pensar que quiere cambiar? —pregunté dando un sorbo a mi refresco.

—El hecho de que no es feliz —respondió—. En los meses que llevo aquí he aprendido a conocer a cada uno de ellos, después de todo son mi familia. ¿Sabes que aprendí de Tarek? —Negué haciendo girar la lata sobre el mostrador—. Que busca llenar un vacío, no soy la indicada para contarte su historia, pero tal vez algún día puedas saberla, solo puedo decirte que detrás de esa fachada de «no me importa nada», se esconde un hombre vulnerable. Uno que necesita a alguien que lo ame de verdad y le muestre que es posible comenzar de nuevo. —Estuve tentada a interrogarla sobre la historia oculta de Tarek, pero sabía que no debía hacerlo, así que decidí cambiar de tema.

—Espero que tenga suerte en su búsqueda del amor —dije con algo de resentimiento.

—Tal vez ya lo encontró, pero es un poco terco para verlo —comentó ella de forma pícaro.

—¿Se les ofrece algo más, chicas? —Me sentí aliviada por la interrupción de Cameron, no quería seguir hablando más sobre Tarek.

—Se me ofrece que me digas quien es el hombre que estaba con Corine, él es como ustedes —le respondió ella, no entendía bien eso de que era como ellos. A veces hablaban en una especie de clave y me perdía gran parte de lo que decían.

—Se llama Morgan, lleva viniendo unos días —le contó Cam mientras limpiaba el mostrador—. No parece un mal tipo y como no ha causado problemas, Alexy no vio motivo para no dejarlo entrar. —Mi amiga asintió en acuerdo y continuó bebiendo, estaba tentada a mirar detrás de mí, y aunque intenté con todas mis fuerzas no hacerlo, mi debilidad ganó, giré la cabeza y la decepción me invadió cuando me di cuenta de que se habían ido, seguramente Tarek había llevado a sus amigas a alguna de las habitaciones. Apreté la lata con fuerza y respiré tratando de no llorar, me vería como ridícula si lo hacía, era una completa tonta y eso quedó comprobado, cuando sin pensarlo me puse de pie.

—Ya regreso —dije a unos asombrados Cam y Alana, quienes no comprendían mi arrebató.

Caminé sin saber que estaba haciendo hasta que vi una mesa donde había tres sujetos y sin pensarlo me senté en una silla vacía, los tres me miraron como si estuviera demente, y en alguna parte sabía que lo estaba.

—¿Les molesta si los acompaño? —pregunté tratando de parecer despreocupada, pero en mi interior ya sentía ganas de levantarme y correr buscando un lugar donde esconderme. Sus expresiones de incredulidad desaparecieron transformándose en puro interés, lo que hizo que mis nervios se acrecentaran.

—Por supuesto, ricura, pocas veces nos ofrecen tan grata compañía —dijo uno de ellos causando que me diera escalofríos, al tiempo que sus amigos asentían en acuerdo, estiró la mano y tomó la mía, enseguida supe que había sido un error, una desagradable sensación se apoderó de mí. Odiaba que me estuviera tocando, comencé a tratar de zafarme para poder huir.

—Es una lástima que la compañía vaya a durarles tan poco —dijo una profunda voz detrás de mí. Enseguida el sujeto me soltó y retrocedió, ¿era miedo eso que veía en sus ojos? Me giré despacio tratando de calmar mis nervios y me encontré a Tarek de pie, con los brazos cruzados en una pose despreocupada, pero que desmentía la mirada asesina que lanzaba al hombre que me había estado sujetando, era tan alto que mi cabeza quedaba completamente doblada para poder mirarlo.

—¿Se te ofrece algo? —pregunté sin acobardarme, aunque mi corazón latía desbocado— Estoy aquí charlando con mis amigos —dije haciendo un gesto con la mano hacia los hombres, me sentí orgullosa de mis palabras, quería demostrarle que no me importaba si estaba con otras mujeres, pero solo me duró hasta que él abrió la boca.

—Dulce, estoy seguro de que ellos quieren hacer algo más que hablar —respondió sin apartar la mirada del hombre—. Apuesto a que a estas alturas ya estaban pensando cómo era que se turnarían para meterse entre tus piernas —dejé salir un jadeo ante sus crudas palabras.

—Mira, amigo, de verdad lo siento, fue ella la que vino a buscarnos —se defendió uno de ellos.

—Sí —respondió el que me había sujetado la mano—. No puedes

culparnos por darle lo que ella quería, si nos pedía que nos la cogiéramos los tres al mismo tiempo. —Estuve a punto de caer de la silla, nunca se me ocurrió que daría esa impresión, abrí la boca y la cerré como un pez sin poder pronunciar palabra, estaba totalmente avergonzada. No tuve tiempo de recuperarme de la impresión cuando con una rapidez y una fuerza que me sorprendió, Tarek tomó al hombre por el cuello y lo levantó dejando sus pies suspendidos en el aire, este no era para nada pequeño, aun así, pataleó sin poder soltarse de su agarre.

Sus amigos huyeron entre balbuceos de disculpas, comencé a asustarme, a nuestro alrededor había un montón de gente y nadie parecía interesarse por lo que estaba pasando.

—¿Tarek? —Lo llamé, pero él no apartó la mirada de su presa que ya comenzaba a adquirir un tono azul por la falta de oxígeno—. Tarek por favor, vas a matarlo.

—Que observadora eres —habló con toda la calma, como si tener a un hombre de tamaño considerable colgando del cuello igual que si se tratara de una marioneta, fuera lo más normal del mundo.

—¡Ya basta! —grité aferrándome a su brazo libre, por fin se dignó a mirarme.

—Nunca más vuelvas a acercarte a ninguno de estos bastardos, ¿está claro? —Asentí mientras tragaba el nudo en mi garganta, su voz sonaba amenazadora, entonces vi como lanzaba el hombre por el aire como si no pesara nada, cayó al piso inconsciente.

—¿Está muerto? —pregunté horrorizada, lo escuché soltar un bufido y luego respondió.

—No, desde aquí puedo escuchar los latidos de su corazón —respondió con desdén.

—¿Puedes? —Aparté la mirada del hombre desmayado y lo miré a él, en espera de su respuesta.

—Claro que no, obviamente era una broma —dijo dándome una mirada burlona.

—Por supuesto, debí saberlo, solo tú podrías bromear en un momento como este —le reproché—. ¿No deberíamos ir a ver si está bien? —pregunté

haciendo un gesto con la barbilla hacia el sujeto que seguía sin moverse.

—Lo que debería es ir a terminar el trabajo, que agradezca que aún respira —respondió—. ¿En qué estabas pensando cuando te sentaste en la mesa de tres borrachos? —Retrocedí ante la furia de sus palabras.

—No sabía que estaban ebrios —me defendí.

—¿En serio eres tan ingenua, Dulce? —preguntó enarcando una ceja.

—Deja de decirme así, mi nombre es Ángela, y a ti no te importa lo que yo haga, ¿por qué no vuelves a buscar a tus amigas? —Me miró sorprendido y luego una mueca de diversión se dibujó en su bello rostro.

—¿Estás celosa? —Su sonrisa burlona me enfureció.

—Ya quisieras, por supuesto que no estoy celosa. A mí no me importa lo que hagas, allá tú si consigues alguna enfermedad de transmisión sexual por ser un promiscuo. —Manoteé mientras hablaba haciendo más dramático mi discurso, me miró un momento con asombro y luego comenzó a reír a carcajadas.

—Eres muy simpática, nosotros no nos contagiamos de eso —habló como si se dirigiera a un niño pequeño, a quien le tienen que explicar que los bebés no los trae la cigüeña.

—¿Ah no? ¿Acaso eres una especie de cuerpo glorioso o algo así? —pregunté con sarcasmo.

—Algo así —respondió con cara de suficiencia.

—Eres... eres... —¿Por qué me costaba tanto encontrar palabras ofensivas? — ¡Un patán! —dije al fin.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —se burló.

—No, también pienso que eres un idiota desconsiderado. —Asentí satisfecha, me estaba convirtiendo en una experta en insultos. De nuevo comenzó a reír, haciendo que mi satisfacción se esfumara.

—Creo que vamos a tener que trabajar en tu repertorio, Dulce, apestas insultando.

—Me voy, no seguiré discutiendo contigo. —Hice amago de girarme cuando me tomó del brazo.

—Regresa a tu habitación —ordenó serio, todo rastro de sonrisa se había esfumado.

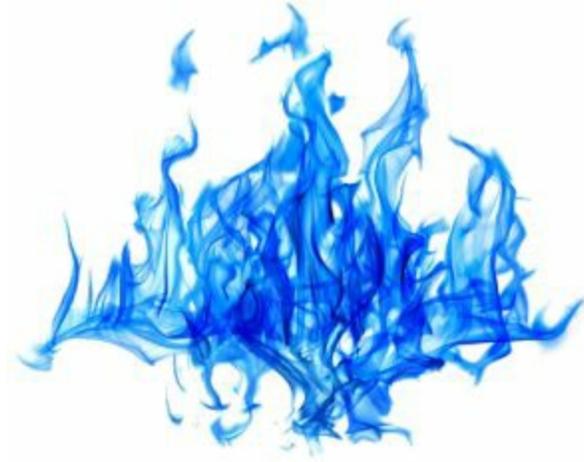
—Tú no me das órdenes, iré a donde quiera —lo reté.

—Deja de desafiarme, mujer, no busques que te dé una lección que nunca olvidarás.

—Tus amenazas no me dan miedo. —De nuevo la sonrisa despreocupada regresó, era completamente asombroso como podía cambiar su estado de ánimo de un segundo al otro.

—Es bueno saber eso —apenas terminó de decir aquello cuando me tomó y me puso sobre su hombro, comenzó a caminar mientras yo pataleaba y gritaba pidiendo ayuda. Nadie se molestó en prestarme auxilio, en cambio se hacían a un lado para dejarnos pasar, seguramente intimidados por el tamaño de Tarek, cuando pasamos por el lado de la barra busqué a Alana por ayuda, ella se encontraba en brazos de su esposo y todo lo que hizo fue guiñarme un ojo de manera cómplice.

—¿Están todos dementes en este lugar? —grité más furiosa de lo que alguna vez estuve.

TAREK

Cerré la puerta y caminé hasta sentarme en el borde de la cama, luego la acomodé bocabajo sobre mis piernas.

—Déjame ir, eres un patán —gritó retorciéndose, tratando de liberarse de mi agarre.

—Creí que habíamos quedado en que tienes que mejorar en tus insultos, Dulce. —De nuevo usé el apodo que sabía que le molestaba, pero que no podía evitar. Desde el primer momento en que la vi fue en lo único que pensé, que era demasiado dulce, y lo confirmé cuando la probé, aún recordaba su sabor en mi lengua, desde entonces me encontraba duro.

—Jódete —me dijo, dándome un fuerte mordisco en la pierna.

—Estamos mejorando, y por ese mordisco te ganaste un azote más.

—¿Qué? ¿Cómo que azote? ¿De qué estás hablando? —Su corazón estaba agitado, podía escucharlo claramente.

—Haces demasiadas preguntas —Mientras hablaba levanté su falda, esta cayó cubriendo su cabeza, usaba unas sencillas bragas de color rosa, nada sexy, pero para mí fue como si su trasero hubiese estado completamente desnudo, pues mi miembro se apretó más en mis pantalones—. Bonitas bragas —dije acariciando su trasero.

—Suéltame, deja de manosearme —se quejó.

—Mi Dulce, haré más que manosearte, estas bragas tan... —Pensé en las palabras correctas, pero no se me ocurrió ninguna— sensuales —dije finalmente—, se tienen que ir. —Las rompí sin ningún esfuerzo y las lancé sobre la mesa de noche, ya las guardaría luego con la otra que le había roto antes y que tenía como un tesoro. Llevaba tres noches masturbándome con ellas pegadas a mi nariz para impregnarme de su olor, luego como un demente me colaba en su habitación mientras dormía y la observaba, me repetía una y otra vez que no era bueno para ella y quería que así lo comprendiera, por eso iba y lo susurraba en su oído, tal vez de esta forma su subconsciente lograra grabarlo, pero luego como el débil que era le robaba un beso.

Acaricié su trasero y luego levanté la mano sin usar mucha fuerza, pues ella era frágil, la descargué. Dejó salir un grito ahogado que ignoré y di una segunda palmada.

—Suéltame.

—Quédate quieta o te aumentaré la dosis —dije golpeándola una vez más—. Esta es por estar en el bar sola. —Mi mano cayó sobre sus nalgas que comenzaban a tomar un color rosa—. Esta por ser una irresponsable y sentarte con esos borrachos; —Una más y mi miembro estaba tan duro que comenzaba a doler— y esta última por morderme.

Mientras mi palma golpeaba una y otra vez no me perdí ninguna de sus reacciones, con la primera gritó y se removió, luego su respiración comenzó a agitarse, separé sus piernas y acaricié su centro, estaba completamente húmeda.

—Maldición, estás tan mojada, parece que mi chica es un poco mala y le gusta que la azoten. —Aparté la mirada de su trasero y me di cuenta de que aferraba las sábanas con los puños, mientras mis dedos seguían jugando con su clítoris, introduje uno de ellos en su cálido interior.

—Tarek. —Mi nombre salió de sus labios en un jadeo y esto logró

derribar mis defensas, por fin me di por vencido, la levanté y acosté en la cama, luego estiré mi mano hasta la mesa de noche y saqué unas esposas. Ella me miró con asombro, sin embargo, no se resistió cuando até sus manos a la cabecera, entonces busqué un pañuelo negro y cubrí sus ojos.

Su respiración agitada y sus rápidos latidos lograron excitarme más, aún así hice mi último intento de ser honorable, me incliné para hablarle al oído.

—Pídeme que te suelte y te deje ir, Dulce, solo dilo y lo haré. — Mordisqueé el lóbulo de su oreja y la escuché tragar saliva.

—No... no quiero irme —dijo en un ligero tartamudeo. Esta fue la luz verde que esperaba, tomé sus labios en un desenfrenado beso y sin perder tiempo, rompí la parte delantera de su vestido dejando su sostén a la vista—. Puedes dejar de romper mi ropa —me reprendió cuando me aparté para admirar sus pechos cubiertos por la tela rosa.

—Tengo demasiada prisa para detenerme a desvestirte de la forma tradicional. —Agradecí que el broche estuviera al frente, rápidamente lo abrí dejando al descubierto sus hermosos pechos, sus pezones se alzaban igual que pequeñas cumbres rosadas frente a mí, como un hombre hambriento tomé uno de ellos en mi boca, succioné fuerte y ella arqueó su espalda para acercarse más a mí. Con mi lengua hice pequeños círculos, mientras mi mano subía lentamente por el interior de sus piernas hasta su centro, cambié mi atención al otro pezón, prodigándole las mismas caricias, sus gemidos llenaban la habitación y estaba tan duro que sentía que iba a romper mis pantalones. Mis dedos que ya habían alcanzado su objetivo comenzaron a moverse en círculos y jugaron con su clítoris, tenía que probarla, era en lo único que había pensado los últimos días, con renuencia dejé ir su pezón para trasladar mi cabeza al lugar que me pedía a gritos ser probado, separé sus labios y pasé mi lengua por su centro.

Esta vez fui yo quien gimió al sentir el dulce sabor, lamí y chupé su suave botón, ella se lamentaba y se retorció presa de sus ataduras, levanté sus caderas para tener un mejor acceso y mi lengua siguió saboreándola, llevé dos dedos a su interior entrando y saliendo de ella imaginando que era mi erección quien la penetraba. Succioné su botón con fuerza y levantó su trasero pegándose más a mí, supe que estaba cerca, así que aceleré mis movimientos hasta tenerla gritando mi nombre, mientras era presa de un orgasmo.

Me aparté para mirarla a la cara, desaté la venda que cubría su rostro, su frente estaba perlada con pequeñas gotas de sudor, me acerqué para besar su cuello y luego sus labios, mientras liberaba sus manos. Las esposas habían dejado marcas rojas en sus muñecas, así que tomé una por una y las besé, con delicadeza hice que se sentara y quité su vestido arruinado y el sostén dejándola completamente desnuda, me puse de pie y comencé a quitarme la ropa. Lancé la camiseta a un rincón y luego procedí a desprenderme de mis jeans, llevándome también el bóxer en el proceso, cuando por fin estuve tan desnudo como ella, acaricié mi dura erección.

Su mirada, una mezcla entre asombro y fascinación hicieron que me sintiera afortunado, me acerqué a la cama y la recosté de nuevo poniéndome encima, se mordió el labio inferior mientras sus ojos estaban enfocados en los míos. La besé de nuevo al tiempo que mi mano acariciaba sus pechos.

—Muerdo por estar dentro de ti Dulce —dije más como una súplica de alguien que necesita el aire para poder vivir.

—Entonces no esperes más —respondió alargando su mano y tomando mi erección en ella, estuve a punto de terminar ahí mismo. Me acosté bocarriba llevándola conmigo para sentarla a horcajadas sobre mí.

—Tómame mi Dulce, llévame a tu interior. —De forma insegura tomó mi miembro y muy despacio comenzó a introducirlo en su apretado canal—. Maldición, si no estoy enterrado profundamente en ti ahora mismo, voy a explotar. —Por fin sentí la barrera de su virginidad y la detuve queriendo evitar que se hiciera daño.

—¿Va a doler? —preguntó de forma inocente, había olvidado que se pasó su vida en medio de religiones e iglesias, seguramente era poco lo que le habían enseñado sobre el sexo.

—Dolerá, pero te prometo que pasará pronto, voy a cuidar de ti, amor, no te preocupes. —Caí en cuenta de la palabra amorosa que dejé escapar, pero no tuve tiempo de meditar en ella cuando Dulce se levantó un poco y luego se dejó caer con fuerza sobre mí, la fina barrera se rompió y dejó salir un grito de dolor, sus ojos se llenaron de lágrimas, me senté y la abracé queriendo consolarla. Tomé su rostro en mis manos y la besé, mi lengua entró en su boca llenándola de la misma forma, que mi miembro su sexo.

Sus brazos rodearon mi cuello y poco a poco comenzó a moverse,

subiendo y bajando sobre mi erección, llevé mis palmas hasta sus nalgas para ayudarla con la tarea, apartó sus manos de mi cuello para apoyarlas detrás de ella sobre mis piernas, de esta forma me dio acceso a sus pechos, no desaproveché la oportunidad y tomé su pezón en mi boca succionando con fuerza. Gimió dejando caer la cabeza hacia atrás, estaba tan cerca, introduje una mano por en medio de nosotros hasta alcanzar su suave botón, lo acaricié de forma circular y esto fue todo lo que necesité para hacerla estallar, su cuerpo se convulsionó llevándome con ella, di una última embestida derramándome en su interior.

Apoyó la cabeza en mi hombro mientras yo acariciaba su espalda, poco a poco nuestras respiraciones fueron regresando a la normalidad.

—Eso fue maravilloso —dijo apartándose y mirándome a los ojos con una sonrisa, sus mejillas estaban sonrojadas y sus labios hinchados.

Se veía tan hermosa y yo estaba corriendo el riesgo de perder mi corazón, o las migajas que aún quedaban de él. Sin decirle nada la aparté y la recosté en la cama, me fijé en la macha roja en medio de sus piernas y sobre mí, me levanté y fui al baño para buscar una toalla, la humedecí y regresé a su lado.

—Abre las piernas. —Al principio pareció avergonzada de hacerlo, pero luego lentamente obedeció, por un momento me quedé solo mirándola, y sonando algo estúpido no pude evitar sentirme orgulloso y posesivo por haber sido su primer amante. La limpié con cuidado y luego me incliné para depositar un suave beso en su sexo, me deshice de la toalla. Entonces llegó el momento en el cual no quería pensar, quedarme y aceptar lo que Dulce tenía para ofrecerme o huir como me gritaba mi cabeza que hiciera, pero la cobardía ganó, busqué mi ropa que estaba esparcida por el piso.

—¿Está todo bien? —preguntó sentándose y cubriéndose con la sábana.

—Lo está, simplemente hemos terminado. —Me senté en el borde de la cama para atar mis botas y luego salí sin atreverme a mirarla, sabía que si lo hacía no iba a poder escapar, me quedaría y la haría mía de forma definitiva.

Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella, quería regresar, algo me empujaba a volver a sus brazos, estaba a punto de abrirla nuevamente cuando Dina apareció frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, los empleados pocas veces iban a esta zona, y no lo hacían a menos que alguno de nosotros los invitara. Dina había

estado ahí un par de veces cuando ella, Jade y yo nos divertimos juntos. Esta vez no la había invitado.

—Te estaba buscando. —Abrí la boca a punto de echarla, cuando escuché a Ángela en el interior de la habitación, supe que en cualquier momento saldría, así que aproveche la oportunidad, era el momento que necesitaba para convencerla de que yo era una mala idea a la hora de escoger un amante.

Me alejé de la puerta acercándome más a Dina, quien sonrió pensando que había captado mi interés.

—¿Qué te parece si vamos a divertirnos un rato? —preguntó apoyando la palma de la mano en mi pecho, luego se inclinó y puso un beso en mi cuello, me obligué a sonreír, era más que consciente de los ojos puestos en nosotros. Escuché el jadeo de sorpresa y giré la cabeza para ver a Ángela de pie con los ojos llenos de lágrimas, el gesto de dolor en su rostro estuvo a punto de romperme y hacer que cambiara de idea.

Sostenía su vestido roto con una mano, mientras que con la otra se tapaba la boca, se dio la vuelta y corrió por el pasillo.

—Tonta humana —comentó Dina con voz cargada de veneno—. Se comportó como un pájaro herido. ¿Qué mierda le pasa?

—Lo que le pase no es tu problema —respondí furioso apartándola de mí, me miró con sorpresa ante mi evidente cambio de ánimo—. Vete, no estoy interesado en ti —me hizo una mueca de fastidio.

—¿En quién sí estás interesado entonces? —preguntó molesta.

—De nuevo, no es tu problema —respondí dejando que mis ojos cambiaran a rojos y supiera que no estaba de humor para aguantarla, luego de darme una mirada de fastidio se alejó—. Por cierto —dije antes de perderla de vista, ella se detuvo y se giró con una sonrisa, tal vez pensando que había cambiado de opinión—, no se te ocurra volver por aquí, los empleados no están autorizados a pasar. —Sus ojos se pusieron tan rojos como los míos y luego de un gruñido, se fue haciendo sonar sus tacones en el piso.

Me pasé las manos por el cabello y luego dejé salir una maldición, la había jodido, nunca debí hacerle el amor a Dulce, no debí tomar su inocencia.

—Recuerdo que un amigo me dijo una vez que debía sacar la cabeza de mi culo. —Gruñí ante las palabras de Alexy, aquellas que yo mismo le dije

cuando él se negaba a tomar a Alana.

—Bueno, ese amigo olvidó decirte que te metas en sus asuntos y que dejes de aparecer como una puta sombra —dije a la defensiva.

—Te comportas como un cabrón imbécil —me reclamó.

Sin detenerme a pensar lo que hacía, lo tomé por el cuello y lo estampé con fuerza en la pared, pedazos de concreto cayeron al piso, y una pequeña nube de polvo se levantó a nuestro alrededor. Mis ojos seguían rojos y acerqué mi cara a la suya.

—No me jodas —dije a modo de advertencia, enseñándole los filosos dientes, él me miró sin ninguna expresión, ni siquiera hizo amago de defenderse.

Llevaba demasiados siglos luchando y había aprendido a medir bien a mis contrincantes, lo suficiente para estar seguro de que, en una lucha con mi hermano, seguramente sería yo quien terminaría muerto. Aparté la mano de su cuello y me alejé, continuó observándome sin moverse, esa calma aparente podría confundir a cualquiera, el hombre era letal y yo mejor que nadie sabía eso. Por el rabillo del ojo pude ver a Marcus, quien estaba de pie atento a la escena con los brazos cruzados.

—Es una suerte que el puto loco sea yo —comentó de manera despreocupada.

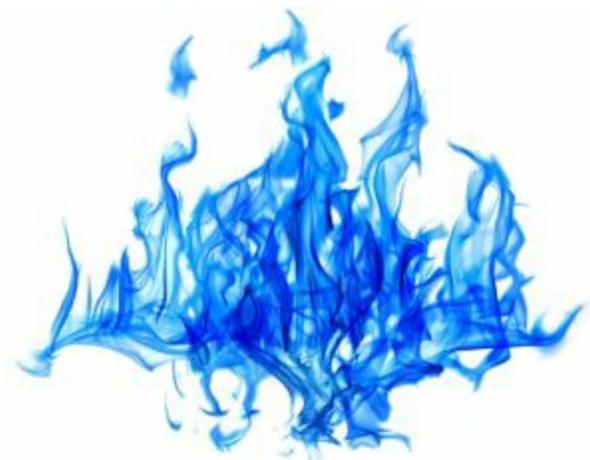
—Jódanse los dos, no necesito su mierda ahora. —Les escupí y me alejé.

Salí del bar estrellando la puerta trasera, esta hizo tanto ruido que me sorprendió que no se desprendiera de las bisagras, me subí en mi motocicleta y conduje por las calles de la ciudad, mi furia hervía. Tenía que encontrar algo para desahogarme, necesitaba sangre, iba tan rápido que las luces apenas eran simples borrones cuando pasaba cerca de ellas. Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando pareció que mi súplica fue escuchada, divisé dos demonios que acechaban un grupo de incautos humanos, detuve la motocicleta y sin molestarme en mirar si alguien podía verme, cambié de forma. Mi camiseta se rompió cuando mis alas se desplegaron, mis dedos crecieron hasta convertirse en garras, mis cuernos hicieron su aparición con un leve pinchazo, me lancé sobre ellos tomándolos por sorpresa. Los humanos se alejaron inocentes del

peligro que acababan de correr, no tuvieron tiempo de defenderse, mi furia era una ventaja a mi favor, los atacé sin piedad, mis garras iban en todas las direcciones desprendiendo partes de sus cuerpos, no paré hasta que a mis pies solo quedaba una carnicería, sus cuerpos desmembrados estaban esparcidos por la acera, me detuve con la respiración agitada y maldije cuando me di cuenta de que esto no me hacía sentir mejor. Retomé mi camino sin rumbo fijo, apenas me fijé que seguía en mi apariencia de Demonials, poco podía importarme si un estúpido humano veía una criatura alada y con cuernos, conduciendo una motocicleta a toda velocidad por las calles de la ciudad.

No supe cuanto tiempo pasó hasta que por fin me detuve en un mirador, desde allí se podían apreciar las luces que adornaban la gran metrópoli, parecían pequeñas luciérnagas esparcidas en el aire, me quedé sentado en la motocicleta con los codos apoyados en la dirección. Miré mis manos aún convertidas en garras y cubiertas de sangre, al igual que mi torso desnudo. Cerré los ojos y dejé salir un sollozo, a mi mente acudieron tantos recuerdos que parecía que había abierto la caja de pandora, Agot y yo juntos la primera vez que nos vimos cuando ella recogía agua de un estanque. Evoqué aquel momento, la luna llena iluminaba su reflejo y me sentí atrapado por la belleza de la que parecía una ninfa, recordé nuestra unión, aquella que hicimos en ese mismo sitio y abrazados por la misma luna. El momento mágico cuando le hice el amor por primera vez, el tiempo transcurrido hasta que llegó nuestro pequeño Bjarne y la felicidad subsiguiente cuando una vez más, fuimos bendecidos con nuestra niña Unne. Mis hijos creciendo, jugando a perseguir alguna liebre mientras sus risas resonaban en el bosque, y aquella criatura a quien nunca pude darle rostro porque no tuvo la oportunidad de vivir, mi cara estaba completamente cubierta de lágrimas. ¿Cómo podría seguir viviendo, si ellos no lo hicieron? ¿Cómo esperaban que continuara, si a quienes había amado más que a mi vida, se les truncaron sus caminos? Me sentía casi un traidor de solo pensarlo. Abrí los ojos y una imagen de Ángela apareció de pronto, no podía pensar en ella, la dulce Ángela estaba viva y merecía seguir así, yo en cambio había muerto varios siglos atrás con mi familia. No tenía nada que ofrecer, lo único que me mantenía cuerdo era mi deseo de venganza, buscaría a Razvan, no descansaría hasta acabar con él, luego de eso no me quedaba nada más.

ÁNGELA



Caminé hasta la puerta de la habitación de Alana y deslicé una nota por debajo de esta, era el momento de decir adiós, por un corto período de tiempo me había sentido bien estando en ese lugar, pero este tampoco era mi hogar. Nunca había logrado encajar en ninguna parte, con mi familia siempre me sentí una extraña y en el bar no era más que una invitada, pero esto se había acabado, tenía claro que para Tarek no era nada importante, un hombre como él nunca se conformaría con una chica simple como yo. Limpié las lágrimas de mi rostro y me negué a sentir lástima por mí misma.

Salí por la puerta trasera tratando de que nadie me viera, me sentía mal por irme así como una ladrona sin avisarles, pero tampoco tenía el valor para enfrentarme a él y ver en sus ojos el rechazo, anduve sosteniendo la maleta en una de mis manos, mientras repasaba la calle por si veía un taxi.

—¿Te vas sin despedirte? —preguntó una voz. Me paralicé cuando vi una figura apareciendo por un lado del callejón, me giré despacio y me enfrenté a

unos ojos que brillaban a la luz de la luna.

—No pensé que fuera necesario hacerlo —respondí a Jade, quien estaba cruzada de brazos. La observé con atención y comprendí porqué él prefería estar con ella, era una mujer hermosa y llamativa, como pocas había visto.

—Tal vez quisieras decir adiós a Tarek, hace un rato parecías muy triste porque él no te prestaba atención, lo vi con Dina. ¿Sabes una cosa? Ella no significa nada.

—Eso no es lo que me preció, en realidad lo vi muy cómodo con ella. — Me estudió durante un momento.

—Creo que sí, es mejor que te vayas —dijo negando con la cabeza en un gesto que parecía de decepción, cosa que me extrañó un poco—. Tú no tienes la fuerza que se necesita para mantener a tu lado a un hombre como él. —Sus palabras dolieron, pero no podía negar que eran ciertas.

—Bueno, igual no creo que note que me fui y si lo hace, de todos modos, estás tú para consolarlo —respondí.

—Claro que sí, yo estaré ahí siempre que él lo necesite.

—Entonces como ya quedó claro que a mí no me necesita y tú estás muy dispuesta, no creo que tengamos nada más que decir.

Comencé a caminar de nuevo alejándome de ella, tomé el primer taxi que encontré y le pedí que me llevara a la estación de autobuses, el trayecto pareció muy largo, en todo momento me preguntaba qué iba a hacer ahora. El precio de la libertad era muy alto cuando terminabas enfrentándote a un mundo desconocido que te atemorizaba, ni tan siquiera así, me planteé en ningún momento regresar con mis padres, esa nunca sería una opción. Al llegar allí, no tenía idea de a dónde iría, solo sabía que quería que fuera muy lejos, lejos de mi vida, de mi padre y, sobre todo, lejos de Tarek y mi corazón roto. Me quedé viendo las personas que iban y venían, mientras caminaba sin rumbo fijo.

Me senté en una cafetería y pedí un café, lo bebí despacio al tiempo que meditaba sobre mis posibilidades, con cada sorbo que daba me convencía más

de haber hecho lo correcto, era hora de encontrar mi propia vida, una donde realmente encajara. Decidí llamar a Skye para despedirme, así que luego de pagar me fui en busca de un teléfono público, marqué el número de casa y esperé rogando porque mi prima respondiera, mis esperanzas decayeron cuando fue la ruda voz de mi padre la que se escuchó al otro lado, corté la llamada y me quedé ahí con el teléfono en la mano, luego lo deposité de nuevo en su lugar y tomé mi maleta para dirigirme a una de las casillas, necesitaba comprar un boleto, la pregunta era ¿a dónde? Estaba tan abstraída pensando en ello, que me sobresalté cuando alguien me habló.

—¿A dónde vas, querida? —la pregunta vino de una señora mayor que caminaba a mi lado, tenía una sonrisa amable pintada en sus labios y traía un llamativo vestido de colores vivos. Su cabello canoso estaba recogido en un moño y en su mano, sostenía un enorme bolso de color naranja. Mi mente se quedó en blanco sin saber que responder. —Yo voy a Brookings, en Oregón —comentó, esto me dio una buena idea.

—Yo también voy ahí —dije devolviéndole la sonrisa.

—¡Qué bueno! Así nos hacemos compañía durante el viaje, no está bien que una chica joven y bonita como tú ande sola, ya ves que hay cada aprovechado por ahí. —La mujer siguió hablando mientras comprábamos los boletos y luego cuando estuvimos acomodadas en el autobús. Me gustaba, porque su charla incesante hacía que me distrajera y dejara de pensar en mis problemas, miré por la ventana una última vez cuando el autobús se puso en marcha y mentalmente me despedí de todo, con la certeza de que comenzaría de nuevo. —¿Tienes familia en Brookings, cariño? —interrogó un rato después tendiéndome una galleta—. Por cierto, mi nombre es Gertrude —dijo dándole una mordida a la suya y limpiándose las migajas que cayeron en su ropa.

—Muchas gracias, señora Gertrude, mi nombre es Ángela y no, no tengo familia ahí. —Mantuve la mía en la mano, no tenía mucha hambre.

—Solo Gertrude, cariño, eso de señora me hace sentir vieja y apenas tengo sesenta y cinco —comentó con un gesto cariñoso. Me recordaba un poco a las abuelas que veía abrazando a sus nietos en la calle cuando salía de la iglesia, nunca tuve buena relación con la mía, era demasiado parecida a mi madre, siempre sumisa ante las órdenes de mi abuelo. Cuando murieron en un accidente, ni siquiera lo lamenté mucho—. Si no tienes familia, ¿a qué vas? Si

se puede saber claro, lamento ser imprudente, a veces no mido lo que digo. — Me agradaba la mujer, pocas veces había conocido gente amable en mi vida.

—A comenzar de nuevo —respondí sin más.

—Entiendo. Pues si se te ofrece tengo una cafetería, me hace falta una chica para que me ayude, por si necesitas empleo. —Pensé, ese era el primer paso para comenzar.

—Se lo agradecería muchísimo —dije más feliz de lo que había estado en algún tiempo.

—Entonces tenemos un trato, también puedo alquilarte una habitación en mi casa, vivo sola. Mi hija reside en San Francisco, precisamente estaba visitándola, así que no tengo a nadie que me haga compañía. —Gertrude se presentó como mi primera oportunidad, era la salida que necesitaba, le di una sonrisa que ella me devolvió y por fin pensé que todo estaría bien.

Casi ocho horas después llegamos a nuestro destino, caía la tarde y el sol brillaba, cerré los ojos y levanté la cabeza sintiendo la calidez en mi rostro, respiré profundo el olor de la libertad.

Me llevó a su casa, era un lugar acogedor, con un pequeño porche adornado con sillas mecedoras, la sala era pequeña y unos muebles blancos ocupaban casi todo el espacio, luego me enseñó la cocina y por fin mi habitación. Me gustó enseguida en cuanto la vi, me senté en la cama y el colchón se hundió bajo mi peso, miré a mí alrededor, me percaté de varias fotografías y dibujos pegados en la pared.

—Esta era la habitación de mi hija —comentó cuando se dio cuenta de mi inspección.

—La extrañas mucho —dije, no era una pregunta, la sombra de tristeza en sus ojos me lo decía.

—Así es —respondió acercándose a la cómoda y tomando un marco con una fotografía de una Gertrude más joven, con un hombre que supuse era su esposo y una bonita chica que sonreía feliz—. Cuando mi amado Jacob se fue, solo me quedó mi hija Elizabeth, éramos nosotras dos, pero entonces un día mi pequeña también se fue.

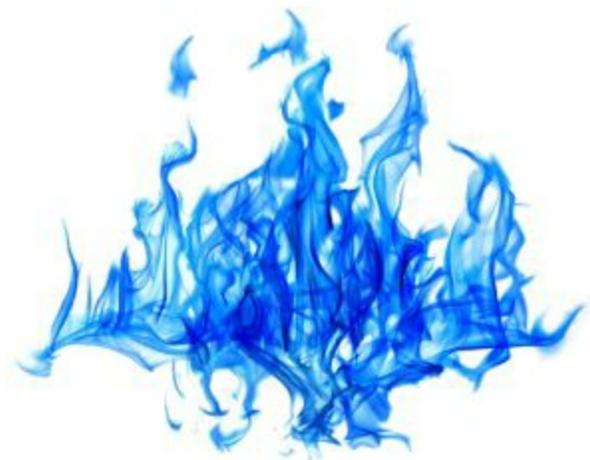
—¿Nunca has pensando en ir a vivir con ella? —pregunté acercándome para poner mi mano en su hombro, negó depositando el marco en su lugar.

—No podría abandonar mi casa —dijo mirando a nuestro alrededor—, aquí tengo los recuerdos de toda mi vida, Jacob y yo estuvimos casados durante cuarenta años, aquí nació nuestra hija, compartimos todo. Irme sería como decirle adiós totalmente a su recuerdo y eso es algo que no puedo hacer.

—Entiendo, debe ser difícil desprenderse de los recuerdos —comenté contagiándome de su nostalgia.

—Así es cariño, pero no nos pongamos sentimentales, vamos a preparar un poco de té, de paso me cuentas tu historia, que no creas que no me he dado cuenta de esos ojos tristes. Una chica tan bonita como tú, no debería tener tanta tristeza reflejada en su mirada.

Sonreí y la seguí de regreso a la cocina, donde luego de preparar el té, nos sentamos a beberlo, le conté una parte de mi vida, aunque guardé lo peor para mí misma, ella era una buena persona y a veces pensaba que las personas buenas no deberían escuchar malas cosas, y en mi pasado había muchas, incluso sentía vergüenza de hablar de mi aparentemente perfecta pero disfuncional familia. A Tarek tampoco lo mencioné, era difícil hacerlo sin sentir que mi corazón se rompía nuevamente.

TAREK

Esa mañana había regresado casi al amanecer, al pasar por la habitación de Dulce estuve tentado de entrar, tomarla y mandar al diablo las consecuencias, pero me obligué a retirarme, desde entonces permanecía tendido en mi cama sin hacer nada más que revolcarme en mi maldito dolor, apenas me había bañado y puesto un pantalón de chándal negro. No supe cuantas horas pasaron, el tiempo dejó de importarme, me giré y tomé las sábanas para acercarlas a mi nariz, estas todavía conservaban el olor de mi Dulce, a mi mente acudieron imágenes de la forma como se entregó a mí, comencé a ponerme duro y estaba a punto de llevarme la mano a mi erección para darme un poco de alivio, cuando la puerta de mi habitación se abrió de pronto y Alana apareció en el marco, sus ojos parecían echar chispas, de no haber estado seguro que era humana, habría pensando que en cualquier momento le saldrían alas y cuernos. Me senté sorprendido por su inesperada interrupción, caminó a zancadas hasta el borde de mi cama y me lanzó una pequeña bola de papel, la atrapé en el aire sin comprender la razón de su

enojo.

—No sé qué le hiciste, pero estoy segura de que es tu culpa que se haya ido. —Mi corazón se agitó cuando el significado de sus palabras penetró en mi mente, me levanté y pasé por su lado corriendo, entré de forma precipitada en el cuarto de Ángela, la busqué en el baño como si pudiera esconderse allí, abrí los cajones de la cómoda, pero sus cosas no estaban.

—¿Dónde está? —demandé cuando Alana y Alexy aparecieron detrás de mí.

—¿Qué parte de se fue por tu culpa no entendiste? —preguntó la pequeña rubia. Negué llevándome las manos a la cabeza, para luego estrellarlas con el mueble que se hizo un sonido sordo y terminó rompiéndose.

Comencé a dar vueltas por la habitación como león enjaulado, Dulce se había ido, seguramente había regresado a la casa del demente de su padre.

—Su prima, tengo que hablar con ella —dije desesperado.

—No podemos, Ángela me contó que su padre no permite que nadie responda las llamadas, o sea que a menos que el hombre no esté en su casa, la chica no va a responder —comentó Alana haciendo que mi frustración aumentara.

—¿No tiene un maldito teléfono celular? —Mi cabreo aumentaba a cada segundo.

—¿Te olvidas de que estamos hablando de un fanático religioso? Esas cosas están prohibidas, ni siquiera les permitía ver la televisión o escuchar música.

—Mierda, esto no puede estar pasando. —Por fin recordé la pequeña nota que aún apretaba en mi puño y entonces la abrí, estiré el papel arrugado y comencé a leer con el corazón acelerado.

Querida Alana

Sé que irme sin decir adiós o dar las gracias no es la mejor forma de hacerlo, pero sabía que, si me despedía, no me permitirás marcharme y creo que llegó el momento de buscar mi propio

camino, nunca olvidaré lo que hiciste por mí, no lo habría logrado sin tu apoyo. No sé a dónde iré, pero te prometo que en cuanto tenga un sitio te llamaré. Por favor no te preocupes, voy a estar bien.

Con cariño,

Ángela

Tragué el nudo que se había formado en mi garganta cuando comprendí lo que había hecho.

—Ella nunca ha ido más lejos que esa maldita iglesia, no puede estar por ahí sola —dije apretando el papel con fuerza.

—Eso debiste pensarlo antes de comportarte como un imbécil —me gritó y salió de la habitación, Alexy se quedó en silencio, con la mirada impassible, en ella no había reproche, más bien vi un poco de compasión.

—Yo solo quería alejarla de mí, no que se fuera —dije sentándome en la cama.

—Cuando intentaste alejarla no mediste las consecuencias, lograste tu objetivo, ahora hermano, tendrás que vivir con el resultado.

Él también se fue dejándome solo, me dejé caer hacia atrás y entonces pude captar su olor, este aún permanecía impregnado en las sábanas. Tomé su almohada y me abracé a ella, sintiendo que mi corazón se desgarraba. ¿Por qué dolía tanto si yo llevaba siglos muerto? O eso era lo que siempre pensé.

Me quedé ahí el resto del día y de la noche, cuando Marcus fue a buscarme para salir me negué, como siempre el más huraño de mis hermanos no me reclamó ni me dijo nada, a diferencia de Alexy que sabía qué palabras decir y en qué momento, Marcus siempre guardaba silencio, aunque en ocasiones eso parecía aún peor que si me diera alguna reprimenda. Pasé los siguientes días encerrado en la habitación de mi Dulce, aferrándome a su almohada y a su recuerdo, una y otra vez recordé la noche en que le hice el amor, todavía podía saborear su dulce sabor, mi miembro se ponía duro cada vez que recordaba haber estado en su cálido interior.

—Si no te levantas y te bañas ahora mismo, te arrastraré yo mismo hasta la

ducha —me advirtió Marcus apareciendo en la puerta, lo ignoré y seguí ahí sin moverme—. Deja de comportarte como un imbécil, si tanto la quieres ve a buscarla. —Lo pensé un momento, pero la respuesta era siempre la misma.

—Ese es el problema, no puedo hacerlo, yo no soy bueno para ella.

—Lo que pienso es que estas muerto de miedo de reconocer que aún puedes amar a alguien sin que eso signifique perderlo.

—¿Por qué no te largas y me dejas tranquilo? —grité lanzándole la almohada— Deja de comportarte como la puta doctora corazón.

—Y tú deja de actuar como un cabrón de mierda, si no estás de pie y bañado en quince minutos, vendré a buscarte y patearé tu lamentable culo fuera de la cama. Cada minuto que pierdes ahí revolcándote en tu miseria, es un maldito minuto que perdemos para encontrar al hijo de puta de Razvan. —Esas palabras fueron más eficaces que cualquiera de las que pudo decir antes, la lucidez regresó cuando comprendí que me estaba alejando de mi verdadero propósito. Estaba olvidando la promesa hecha a mis hijos.

—Me gustas más cuando no hablas —le dije y lo vi salir de nuevo. Tenía razón, no podía seguir regodeándome en mi mierda, tenía que hacer algo, seguro de que cumpliría su promesa de regresar y patear mi culo, me levanté dispuesto a continuar con mi vida, o lo que fuera que tuviera, luego de bañarme y vestirme tomé mi chaqueta de cuero de la percha y salí.

A medida que me acercaba a la cocina el agradable olor inundaba mis fosas nasales, desde que la mujer de Alexy vivía con nosotros nuestras comidas habían mejorado totalmente. Agradecía a Cam que intentara alimentarnos, pero su comida era una basura. Cuando abrí la puerta los demás ya estaban en sus sitios, Marcus devoraba unas costillas que provocaron que mi boca se hiciera agua y mi estómago gruñera de hambre, había pasado varios días sin probar bocado, desde que Dulce se fue todo se había convertido en un infierno. Me pasaba cada día y cada noche luchando con el impulso de ir a buscarla y luego convenciéndome a mí mismo, que lo mejor era que estuviera lejos, mi batalla interna comenzaba a agotarme.

—Quiero lo mismo que tiene él —dije a la pequeña rubia mientras me sentaba, ella no respondió, pero un momento después depositó frente a mí un plato de lo que parecía ser una especie de sopa con verduras, miré en

dirección de Cam y luego de Alexy y me di cuenta de que estaban comiendo lo mismo que Marcus, fruncí el ceño—. ¿Por qué no tengo lo que comen ellos? —pregunté mirando el plato con fastidio, la comida no se veía muy agradable.

—Porque no hicieron que Ángela se fuera —respondió Alana lanzándome dagas con la mirada, me seguía reprochando que por mi culpa su amiga se hubiese ido. Preferí guardar silencio, tomé la cuchara para comer, en cuanto el viscoso líquido entró en mi boca, lo escupí por todos lados—. Demonios, mujer, ¿Cuánta sal pusiste en esto? —le reclamé tomando el vaso con agua que estaba a mi lado para dar un sorbo, que también estuve a punto de escupir. Los miré a todos con sospecha, Cameron apenas si podía ocultar la risa—. Es una suerte que no pueda sufrir de un coma diabético —dije depositando el vaso con el agua demasiado dulce en la mesa.

—Agradece que el veneno no tiene ningún efecto en ti, porque pensé seriamente en usar uno para ratas —comentó la chica apuntándome con un cuchillo, Cameron estalló en carcajadas, Alexy tenía una sonrisa de suficiencia e incluso Marcus, que rara vez tenía una expresión en su rostro, lucía lo que parecía una mueca divertida.

—¿Sabes qué? —Comencé dirigiéndome a Alexy quien comía despreocupado— Deberías cambiar el apodo de tu mujer, ese de ángel no le queda, la pequeña es un demonio, es malvada. —Cameron siguió riendo, lo que hizo que se ganara un puñetazo en el hombro por mi parte, lamentablemente eso no consiguió que se callara, me puse de pie y comencé a salir cuando escuché a Alana gritarme.

—Quiero a Ángela de regreso, o mañana tendrás pan y agua.

Mi corazón se apretó, nadie más que yo quería a mi Dulce de regreso, pero era demasiado cobarde para hacer que eso sucediera.

Me dirigí al bar y me senté en la barra, Corine quien se estaba encargando de servir las bebidas mientras Cam no estaba, se acercó a mí con una sonrisa coqueta. Nos habíamos divertido un par de veces, pero la mujer era demasiado intensa para mi gusto, por ello decidí mantenerme alejado.

—Vaya, que bueno tenerte aquí y no en la mesa como siempre. —Asentí sin querer entablar una conversación, mi ánimo no estaba para charlas banales.

—Pásame una botella de whisky —ordené de manera cortante.

—Parece que no estás muy conversador hoy —comentó apoyando los brazos sobre la superficie y acercándose a mí para dejarme ver una buena porción de sus pechos.

—No Corine, no estoy de ánimo ni para conversar ni para ver tus tetas, así que tráeme lo que pedí y ve a atender los clientes. —Se enderezó con una mueca de enojo y se fue a cumplir con mi orden.

—¿Qué tan loco tiene que estar un hombre, para rechazar una mujer como esa? —Morgan apareció justo a mi lado y se sentó en el asiento que estaba vacío.

—Supongo que tú debes estar bastante cuerdo, así que toda tuya. —Hice un gesto con la mano hacia Corine, quien en ese momento regresaba trayendo la botella que le pedí. Morgan le sonrió y le pidió una cerveza.

—¿Acaso prefieres las humanas, hermano? —preguntó el tipo que comenzaba a molestarme.

—Mira, *hermano* —dije la palabra de forma sarcástica—, quiero dejar algo muy claro. Estás aquí porque no podemos echarte sin ninguna justificación, pero quiero que entiendas que no somos amigos y no vamos a serlo, no me gustas, no confío en ti, voy a estar vigilando cada movimiento tuyo y en cuanto des un paso en falso iré por tu cabeza. —Él hombre me miró sin inmutarse.

—Mensaje captado —respondió y se levantó para irse.

Decidí que era hora de salir del bar, el ambiente comenzaba a asfixiarme, olvidé la botella y me encaminé a la parte trasera para buscar mi motocicleta, cuando me estaba subiendo Marcus apareció, sin decir nada tomó la suya y ambos nos marchamos. Durante dos horas transitamos por las calles sin conseguir nada, estábamos a punto de darnos por vencidos y regresar al bar, cuando por fin hallamos algo. Pasábamos cerca de un callejón cuando vimos dos cadáveres, nos acercamos y nos dimos cuenta de que se trataba de dos mendigos, sus ojos estaban vidriosos, sus cuerpos no eran más que cascarones vacíos de alma. No lo lamenté por ellos, después de todo no eran más que despojos humanos, sabíamos que los demonios estaban cerca, así que continuamos con la búsqueda.

A unas cuantas calles más encontramos otro cuerpo, y así seguimos un rastro, cuando por fin los localizamos, detrás de nosotros habían quedado siete cuerpos en total.

—Parece que hoy están hambrientas las malditas sanguijuelas —comenté bajándome de mi motocicleta, me quité la chaqueta y la camiseta y las dejé sobre la dirección, enseguida cambié de forma y no esperé a que Marcus me siguiera. Me lancé sobre ellos con toda la furia que tenía, sin importar que me superaran en número, pues ellos eran cinco. Me elevé sobre sus cabezas que levantaron en cuanto sintieron mi presencia, se pusieron en guardia, quedé frente a ellos y todos sisearon en mi dirección, sonreí, si había algo en lo que era malditamente bueno, era matando demonios. Me rodearon y uno fue lo suficientemente rápido para ponerse a mi espalda y encerrarme en sus brazos, lancé la cabeza hacia atrás golpeando su nariz y me giré levantando mi brazo para cortar su cabeza. Otro más vino por mí y pateé su entrepierna, cuando se dobló di una patada más en su barbilla lanzándolo al piso, entonces aproveché para acabar con el tercero, luego el que había derribado se lanzó por mí, salté sobre él quedando a su espalda. Rodeé su cuello con mi brazo y enterré las garras en su abdomen, lo empuje y en el proceso corté su cabeza, sentí unas garras clavarse en mi espalda muy cerca de mi cuello, en mi prisa no me había fijado que había un sexto demonio, maldije mi descuido y me alejé antes de que tuviera tiempo de acabar conmigo. Cuando me giré una baba negra salía de su boca, corrió en mi dirección y me quedé de pie esperando que estuviera lo suficiente cerca, apenas a unos centímetros de llegar a mí, me puse en cuclillas y clavé mis garras en su entrepierna, cayó de rodillas aullando de dolor, aproveché para tomarlo por el cabello y con un corte limpio acabé con él.

Miré a todos lados buscando los otros dos, pero me di cuenta de que Marcus se había encargado de ellos.

—Cuando quieras jugar al puto suicida, avísame y traigo mi lima para afilar mis garras mientras te observo jugarte la cabeza —Me gruñó pasando por mi lado.

Se subió en su motocicleta y se alejó, me quedé ahí viendo los cuerpos esparcidos, estuve a punto de morir, era la primera vez en siglos que realmente había sentido la muerte tan cerca. Mi teléfono sonó y en la pantalla aparecía el nombre de Alexy.

—¿Alguna novedad? —fue mi saludo.

—Ya sé donde está, digo, por si te interesa. —Mi corazón se aceleró, sabía que me estaba hablando de Dulce.

—¿Cómo? —pregunté aferrándome a la dirección de mi motocicleta.

—Hace un rato llamó a Alana, no le dio un lugar preciso, solo mencionó que está en Brookings trabajando en una cafetería, por cierto, le pidió que no le dijera a nadie, supongo que con eso se refería a ti. —Una sonrisa tonta se dibujó en mis labios, al diablo las consecuencias, al diablo todo.

—Gracias, hermano.

—¿Qué harás? —preguntó y la respuesta fue simple.

—¿Tu qué crees?

—Creo que eres un hombre inteligente —dijo y cortó.

Por fin sentía que podía respirar, hasta ese momento no me había dado cuenta de cuanto necesitaba a Dulce a mi lado, era hora de ir a buscar a mi mujer y traerla de regreso a casa.

—¿Brookings? ¿En serio? Mujer, sí que querías ir lejos. —hablaba conmigo mismo mientras pensaba cual sería mi siguiente plan, tenía al menos seis horas de viaje por delante y una motocicleta no era la mejor opción, de pronto una luz se encendió, conduje tarareando y planeando todo lo que iba a decirle a mi Dulce para convencerla de regresar conmigo. Si tenía que arrodillarme y suplicar su perdón, iba a hacerlo.

Llegué al lujoso edificio donde vivía McKenna, el estacionamiento estaba lleno de autos, ¿Cómo mierda sabría cual era el suyo? Reí cuando se me ocurrió una forma de averiguarlo, tomé el teléfono y esperé, al segundo timbre respondió.

—¿Qué quieres vikingo? —cuestionó en su marcado acento escocés.

—Nada importante, solo quería hablar de autos.

—¿Estas drogado? —Su pregunta me hizo reír.

—No seas imbécil, no podemos drogarnos, ¿lo recuerdas?

—Bueno entonces estás demente, solo así me explico que me llames solo para hablarme de vehículos.

—Es que, sé que tú tienes un gusto exquisito para estos, así que quería saber qué tipo de auto tienes.

—¿Y por qué quieres saberlo? —Comenzaba a cabrearme con el maldito escocés, ¿por qué era tan complicado sacarle cualquier información?

—Tal vez quiera comprar uno igual. —Lo escuché reír al otro lado de la línea.

—Olvídalo, vikingo, ni, aunque trabajes por el resto de tu vida podrás ahorrar lo suficiente como para comprarte uno como el mío. —Esta información me ayudó para descartar los menos lujosos.

—He tenido siglos para ahorrar lo suficiente ¿sabes? —comenté tranquilo mientras repasaba los vehículos más llamativos del lugar.

—El mío no es cualquier auto, tiene un revestimiento blindado, además los vidrios tintados los mandé a hacer especialmente para cualquier emergencia, en caso de quedarme afuera en medio del día. —Mientras lo escuchaba mi mirada se centró en una enorme camioneta negra, que sobresalía en medio de los demás. ¡Bingo!

—¿Sabes qué? Tienes razón, nunca me compraría uno como el tuyo, seguro habrás escuchado lo que dicen de los hombres que poseen autos grandes, que los tienen para compensar alguna otra cosa que tengan pequeña.

—Qué te jodan —gruñó antes de colgar, me encaminé hasta el llamativo vehículo, busqué en las herramientas que guardaba en el pequeño cajón de la parte trasera de mi moto, hasta dar con una navaja. Luego con un poco de esfuerzo logré abrir la puerta, rebusqué en la guantera hasta que di con unas llaves, también había un bloc de notas y un bolígrafo que parecía ser de oro con el nombre de McKenna grabado, puto cabrón. Deposité mi chaqueta en el asiento del pasajero y escribí una pequeña nota que pegué en la dirección de mi motocicleta.

“Cuidala hasta que regrese, si encuentro un solo rasguño cortaré tu

cabeza”

Durante varias horas conduje más ansioso de lo que había estado en mucho tiempo, pensé en todas las formas que usaría para convencer a Ángela de regresar, finalmente llegué a la conclusión que si no quería volver conmigo la llevaría a la fuerza, nada me importaba. A pesar de que conduje rompiendo los límites de velocidad no logré llegar antes del amanecer, aún faltaba una hora para arribar a Brookings y la mañana estaba próxima a hacer su aparición, así que decidí detenerme en un destartalado motel de carretera. Había varios camiones estacionados en el parqueadero, y reí de pensar cuan fuera de lugar se veía el auto de McKenna, esperaba realmente que a nadie se le ocurriera robarlo, o bueno, más bien volver a robarlo, ya que técnicamente yo lo robé primero.

Empujé la puerta de la recepción, que sonó como si se tratara de una casa abandonada de aquellas que aparecen en las películas de terror. Una mujer se encontraba detrás del mostrador, parecía tener unos treinta y cinco más o menos, vestía una blusa escotada y tanto maquillaje, que me pregunté si este hacía que te confundieras con su edad. En cuanto me vio, abrió los ojos y luego se enderezó sonriéndome de forma coqueta, estaba acostumbrado al efecto que causaba en las mujeres, especialmente en las humanas para quienes la belleza de nuestra raza resultaba deslumbrante.

—¿Puedo ayudarte en algo, guapo? —preguntó tomando un mechón de su cabello y envolviéndolo en su dedo.

—Quiero una habitación.

—¿Solo una habitación? —volvió a cuestionar mirándome de arriba abajo, le di una mirada afilada esperando que entendiera el mensaje, aquel que decía «no me interesas».

—Solo eso y que nadie me moleste.

Tomé la llave que me tendió y me encaminé hacia la habitación que me asignó, me aseguré de que las cortinas estuvieran corridas y me senté en una silla a esperar que llegara la noche. Nunca me imaginé que esta tarea se hiciera tan larga y tediosa, estaba ansioso por continuar mi camino y llegar hasta mi Dulce. Mi teléfono sonó, lo saqué del bolsillo trasero y vi que se trataba de Marcus.

—Alexy me dijo que fuiste a buscar a la chica. —No me extrañaba que no saludara, nunca lo hacía, sin embargo, comprendía bien el significado de su llamada, quería asegurarse de que estaba bien.

—Así es, planeo llevarla de regreso conmigo.

—¿Estás bien solo?

—Lo estoy.

—Entonces buena suerte. —Colgó sin despedirse, cosa que tampoco era inusual en él. Todos habíamos aprendido a vivir con su carácter, y también habíamos aprendido a conocerlo lo suficiente para saber que sus escuetas conversaciones, eran suficientes para demostrarnos que siempre podríamos contar con su apoyo, sin importar la situación en la que nos encontráramos. Seguía con el teléfono en la mano cuando este volvió a sonar, esta vez fue el nombre de McKenna el que apareció en la pantalla, hice una mueca.

—Te mataré, juro que cortaré tu maldita cabeza —fue lo primero que dijo cuando respondí.

—Tranquilo, Highlander.

—¡Y una mierda! Te llevaste mi puto auto —gruñó furioso.

—Era una emergencia.

—Al demonio con tus emergencias, ¿qué emergencia puede tener un andrajoso como tú en un auto de lujo?

—No te pases, McKenna, además los pordioseros, también tenemos derecho a viajar con clase de vez en cuando.

—Que te jodan cabrón, quiero mi auto de regreso ahora mismo. —Me recosté en la silla y apoyé los pies sobre la mesa en una pose relajada, el escocés era bastante dramático.

—Lo siento, pero no es posible.

—¿Cómo que no es posible? No me hagas ir por ti.

—No estoy en el bar, estoy en Oregón. —Se quedó un momento en silencio y luego explotó de nuevo.

—Hijo de puta, ¿qué haces en Oregón?

—Vine a buscar a mi mujer y ya deja el drama, pareces una puta urraca, cuando pueda te lo devuelvo.

—Vaya, así que fue lo bastante inteligente para huir de ti, creo que ella me agrada.

—Vete al infierno —dije molesto y lo escuché reír.

—Tal vez tú quieras acompañarme cuando tu mujer te dé una patada en el culo y se niegue a regresar contigo, quiero mi auto de vuelta sano y salvo. — Luego de esto colgó, el escocés estaba totalmente equivocado, Dulce no se iba a negar, haría lo que fuera para convencerla.

Varias horas después me sentía como un león enjaulado, había recorrido cada metro cuadrado de la habitación, yendo de un lado a otro, me negué a acostarme en la sucia cama, ni siquiera quería pensar todo lo que había ahí. Las sábanas, que alguna vez debieron ser blancas ahora tenían un color amarillento, llamaron a la puerta y abrí sabiendo que, si fuese alguien que quisiera acabar conmigo, no se habría tomado la molestia de tocar. Ahí se encontraba la mujer de la recepción, con un corto y ajustado vestido de un espantoso color verde que hacía que mis ojos dolieran, apoyó una mano en el marco de la puerta y la otra en su cintura en lo que supuse que quería que pareciera una pose seductora, enseguida me envaré. La miré de forma displicente, esperando que captara el mensaje de que no quería nada de lo que ella pudiera ofrecerme.

—No saliste en todo el día, y me preguntaba si no querías comer algo. — Mientras hablaba la mano apoyada en su cintura subió y se acarició el centro de los pechos con un dedo—. O ¿tal vez un poco de compañía? Mi turno terminó, así que estoy libre. —Eso nunca iba a pasar.

—Escucha, mujer, voy a dejarte algo claro, no quiero que me molesten, no quiero comer y definitivamente no quiero que vengas a ofrecerte.

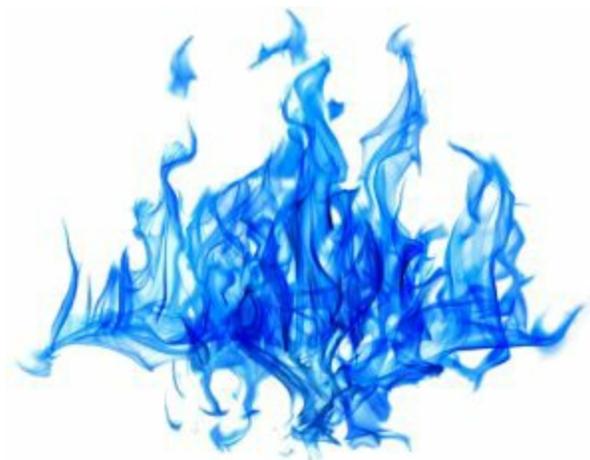
Sin esperar a que dijera nada más, cerré la puerta en su cara y continué con mi caminata, miré mi teléfono para ver la hora, cinco de la tarde. Puto sol estaba tardando en ocultarse, en estos momentos odiaba la maldición o lo que sea que nos impedía ver en la luz. La última hora por fin terminó, y a las seis y treinta salí disparado del tugurio aquel, afortunadamente el auto de McKenna había sobrevivido, así que me puse en marcha.

—Voy por ti mi Dulce, así tenga que buscar en cada cafetería de la maldita ciudad, levantaré cada piedra del lugar para encontrarte.

Llevaba tres horas recorriendo Brookings, había entrado a cada cafetería que encontré en mi camino, me preocupaba que tuviera que esperar un día más, sin embargo, la suerte por fin estaba de mi lado. Mientras deambulaba por las calles un colorido local llamó mi atención, en la parte superior había un letrero que decía, **La Dulce Gertrude**, estacioné el auto y caminé hasta la entrada, no necesité entrar, por el ventanal que daba a la calle la vi. Mi hermosa Dulce limpiaba una mesa, tenía la cabeza baja y parecía concentrada en su trabajo, recorrí el lugar con la mirada y me enfoqué en un chico, él estaba mirando a mi mujer con lo que parecía un claro interés.

—Olvídalo, humano —dije hablando conmigo mismo. Me aparté cuando vi a una chica aproximarse a la puerta, esta se despidió y se fue con un hombre que aguardaba por ella. Era hora de poner mi plan en marcha, me alejé de la cafetería y esperé a que Dulce saliera, todo el tiempo me mantuve en las sombras, confiando en que no notara mi presencia, hasta que fuera lo suficiente tarde como para escapar de mí.

ÁNGELA



Terminé de limpiar la última mesa, era feliz con mi trabajo, los primeros días me había costado acostumbrarme, pero afortunadamente Charles y Diane, los otros chicos que trabajaban ahí habían sido muy compasivos y me enseñaron como hacerlo todo, eso sumado a la amabilidad de Gertrude, hicieron que me sintiera aceptada.

—Los veo mañana —gritó Diane despidiéndose con la mano, su novio la esperaba en la puerta.

—Hasta mañana —respondimos Charles y yo al mismo tiempo, di un último vistazo para asegurarme que todo estaba en orden. Gertrude tuvo que salir más temprano, para cumplir un encargo y nos dejó a nosotros la tarea de cerrar.

—¿Puedo acompañarte a tu casa? —preguntó Charles sorprendiéndome.

—No es necesario, no tienes que molestarte —dije tomando mi bolso.

—No es molestia, en realidad me gustaría hacerlo, así tenemos tiempo de charlar un poco, aquí con todo el ajetreo es complicado.

Me miró con una sonrisa esperanzada, era un chico agradable, podría decirse que atractivo, apenas unos centímetros más alto que yo y con un cuerpo delgado, tenía el cabello marrón un poco largo y desordenado y unos bonitos ojos azules, no pude evitar compararlo con Tarek, ellos eran como el día y la noche. Tarek era más que atractivo, él era hermoso, casi como un ser mitológico de aquellos que te hechizaban con su belleza, para luego arrastrarte al infierno, y era eso precisamente lo que había hecho conmigo, hechizarme para después dejarme sumida en una profunda oscuridad. Mi corazón aún dolía cada vez que pensaba en cómo me despreció después de hacerme el amor.

—Está bien, vamos. —Esperaba que no se hiciera ilusiones conmigo, lo único que podría ofrecerle era mi amistad.

Salimos a la calle y el viento fresco nos recibió agitando mi cabello que estaba recogido en una coleta alta, comenzamos a caminar despacio hablando de trivialidades, quería que se mantuviera de ese modo, así que cada vez que intentaba cambiar de tema yo regresaba a uno sin importancia.

—Así que... ¿Piensas quedarte a vivir mucho tiempo con Gertrude? —preguntó mientras daba una patada a una pequeña piedra.

—Espero que no, ella es muy buena y no quiero abusar de su confianza, estoy ahorrando todo lo que pueda a ver si pronto tengo lo suficiente para buscar un lugar y vivir por mi cuenta.

—Me gusta que trabajes con nosotros ¿sabes? Diane a veces no es muy agradable, sin embargo, tú eres diferente, sabes cómo tratar a las personas, me gustas mucho —esto último lo dijo acariciando mi mano con sus dedos, la aparté rápidamente y me crucé de brazos—. Por eso me preguntaba si te gustaría salir conmigo, ya sabes, como una cita. —Mi corazón se aceleró, nunca había ido a una y no quería hacerlo ahora, no con él. Me miraba aguardando la respuesta con las manos en los bolsillos, abrí la boca para rechazarlo, pero algo llamó su atención y se detuvo, cuando me giré para ver qué pasaba, estuve a punto de salir corriendo.

—Creo que ella no puede ir a ningún lado contigo —respondió una voz firme en mi lugar. Charles se puso nervioso, su cuerpo se quedó rígido, lo

entendía perfectamente, había visto hombres más grandes y más rudos que él apartarse del camino de Tarek atemorizados, aunque le admiré que intentó disimularlo.

—Amigo, no traemos nada, si quieres nuestro dinero te lo daremos, pero no es mucho —dijo Charles, lo miré y luego puse los ojos en blanco.

—¿De verdad piensas que tienes algo que me interese? —le preguntó Tarek apoyado en la pared con gesto despreocupado. Vestía con unos jeans desgastados con rotos en las rodillas, una camiseta negra ajustada que marcaba sus músculos y dejaba al descubierto parte del tatuaje que tenía en su brazo, una de sus botas estaba apoyada en la pared y sus ojos lanzaban dagas a mi acompañante—. Largo, necesito hablar con Dulce.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó Charles conmocionado, antes de que pudiera responder, él lo hizo por mí.

—Soy su hombre —habló con un gesto de suficiencia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté molesta por su afirmación.

—Ya te lo dije Dulce, quiero hablar contigo.

—Mi nombre es Ángela, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me llames así? —Ignoró mi reclamo y me tendió la mano.

—Vamos. —En su tono de voz había algo que se parecía mucho a una orden, y eso me hizo enfadar aun más.

—No iré contigo a ningún lado. —Se separó de la pared y se irguió en toda su estatura.

—Dile a tu amigo que se vaya. —Ahora se veía amenazador.

—Olvídalo, no la dejaré sola contigo, eres un tipo peligroso.

—¿Qué parte de es mi mujer, no entendiste? —Siseó en su dirección, mi acompañante retrocedió ante el ataque de furia— No sabes cuan peligroso puedo ser —le dijo a Charles acercándose, recordé al hombre del bar, era mucho más alto y más musculoso que mi amigo, sin embargo, Tarek lo levantó del piso como si estuviera hecho de trapo, no tenía oportunidad.

—Vete, Charles, estaré bien. —Le pedí poniendo una mano en su hombro.

—Pero... —lo interrumpí antes de que pudiera terminar con su protesta.

—Él no me hará daño, vete. —Miró de Tarek a mí un momento dudando, y finalmente se dio por vencido y comenzó a alejarse.

—¡Eres un imbécil! —le grité en cuanto nos quedamos solos.

—¿Qué te dije con eso de mejorar tus insultos? —preguntó con una sonrisa torcida.

—Vete a la mierda —le respondí furiosa.

—Vaya, eso está mejor, no te ganarás el premio al mejor insulto del año, pero es una mejora.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté cambiando de tema.

—Nunca habrá forma de que te escondas de mí Ángela —me respondió en tono solemne.

—¿Qué quieres? —interrogué volviendo a cruzarme de brazos, el viento soplaba más fuerte y comenzaba a hacer frío.

—Te quiero a ti, mi Dulce —dijo acercándose, retrocedí desconcertada por su afirmación, no comprendía el significado de sus palabras.

—Hace una semana atrás no parecías quererme —respondí recordando la última vez que lo había visto.

—Aquello no fue lo que parecía —se defendió, reí sin ganas.

—¿O sea que no fue cierto que me dejaras desnuda en tu cama, para irte con otra? Vaya, pues sí que tengo imaginación —comenté sarcástica

—Me refiero a que no estaba interesado en ella. —Bajó la mirada al piso —. Solo quería alejarte.

—¿Por qué? —pregunté sin saber si estaba segura de querer conocer la respuesta, un gesto de dolor se dibujó en su rostro y el azul de sus ojos perdió el brillo.

—Por favor, ven conmigo y permíteme explicártelo. —Al menos ahora no me lo estaba ordenando y tal vez fue su cambio de actitud, o mi estúpido corazón que se derretía por él, pero terminé aceptando. Asentí y cuando me tendió la mano dudé en tomarla o no, finalmente no me dio tiempo de elegir, porque se acercó y la tomó—. Ven mi Dulce, hay una historia que tienes que conocer.

Lo seguí en silencio esperando encontrarme con su motocicleta aparcada en algún lugar, pero me sorprendió que me condujera hasta un auto bastante lujoso.

—¿De dónde sacaste esto? Por favor no me digas que lo robaste. —bufó y luego movió la cabeza negando.

—¿Qué les pasa a ti y a tu amigo? ¿Acaso me ves cara de ladrón? —Me sentí avergonzada por haberlo acusado, mis mejillas se pusieron calientes y me retorcí las manos.

—Lo lamento, no era mi intención —traté de disculparme, pero entonces una risa brotó de sus labios.

—En realidad esta vez sí lo robé, pero prometo devolverlo —dijo acariciándome la mejilla con el dorso de su mano, me tapé la boca sin poder creer lo que acababa de decir.

—Robar es un delito ¿lo sabías? —acusé imaginando como nos esposaban y nos metían en una patrulla de policía. Me miró como si fuera una niña pequeña.

—Mi Dulce, no tienes que preocuparte tanto, no me atraparé la policía, además, no creo que el dueño sea tan imbécil para llamarlos. —Acepté subirme con él, sin estar muy convencida de no terminar tras las rejas.

Condujo saliendo de la ciudad, en un cruce se desvió por un sendero que nos llevó hasta un pequeño acantilado, detuvo al auto y luego lo rodeó para ayudarme a bajar, el viento soplaba con más fuerza, así que sujeté mi suéter y me abracé, sentí algo pesado y me giré, Tarek me estaba poniendo su chaqueta de cuero. Me ayudó a meter las manos por las mangas, pero eran tan grandes, que quedaban escondidas y llegaban mas debajo de mi trasero. Aspiré su olor, uno que nunca había percibido antes, era una fragancia amaderada, olía a él.

Miré al horizonte, la luna iluminaba el inmenso mar y el ruido de las olas golpeando las rocas era tranquilizador, mi corazón estaba agitado temiendo el momento en que escuchara lo que tuviera que decirme. Nos quedamos en un silencio, que ninguno se atrevía a romper y no quería ser yo quien lo hiciera, él me había llevado a ese lugar con un propósito, así que dejaría que hablara. Un momento después, lo escuché soltar un profundo suspiro.

—Esto no es sencillo —dijo finalmente rompiendo el silencio—. Me costó mucho trabajo llegar aquí.

—Comprendo —dije, segura de que no me hablaba de haber llegado a la ciudad, si no a ese momento en que por fin abriría su corazón para mí. Levanté la cabeza para mirarlo y sus ojos estaban fijos en el oscuro cielo, que se perdía en el infinito mezclándose con el mar.

—Hace mucho tiempo estuve casado. —Esto me sorprendió por dos motivos, uno, saber que hubo una mujer importante en su vida y dos, que dijera que fue hace mucho tiempo atrás. Nunca le había preguntado su edad, pero no parecía tener más de treinta, así que tuvo que haberse casado muy joven—. En aquel entonces vivía en mi país, Noruega. —Cerró los ojos como si recordar aquello le doliera más de lo que sus palabras podían expresar, me pregunté si esa mujer aún vivía allá y si él todavía la amaba, y era esa la razón por la que no había un espacio para mí en su corazón, esperé en silencio a que continuara—. Agot y yo nos amábamos, teníamos dos hijos Unne y Bjarne —habló de sus hijos en pasado y cuando comprendí el significado de esto, mi corazón se apretó de dolor—, además ella estaba embarazada. —Vi el brillo de las lágrimas en sus ojos y no lo soporté más, me acerqué y puse una mano sobre su brazo.

—¿Qué pasó? ¿Dónde están ellos ahora? —pregunté, aunque en mi corazón conocía la respuesta, tanto dolor solo podría significar una cosa.

—Ellos fueron asesinados —respondió en un susurro—. Una mañana, mientras estábamos reunidos, un grupo de hombres llegó hasta nuestro hogar, me atacaron y yo no pude hacer nada, los asesinaron mientras yo me encontraba imposibilitado para ayudarlos. —Me tapé la boca, mientras un sollozo escapaba de mis labios. Imaginé lo que tuvo que haber sido para él perderlos a todos de una forma tan cruel.

—Tarek, lo siento mucho. —Me puse de frente y lo rodeé con mis brazos queriendo darle algún tipo de consuelo, apoyé la cara en su pecho y sus brazos me acunaron, lloré un poco más y él me dejó hacerlo, en ese momento su dolor era el mío, lo amaba y quería borrar todo aquello, pero sabía que era una herida que nunca iba a curarse.

—No quiero perderte, Dulce, no quiero que te alejes de mí, pero temo no ser lo suficientemente fuerte para protegerte. Si te perdiera de la misma forma

que lo hice con ellos no podría soportarlo. —Sus palabras hicieron eco en mi cabeza. ¿Quería decir que de alguna forma yo le importaba? Me aparté para mirarlo a los ojos y en sus profundidades vi temor, pero también había anhelo.

—Déjame cuidarte —dije levantando mi mano para acariciar su rostro—. Déjame curar tu corazón. —Cerró los ojos y sostuvo mi mano en su mejilla con la suya.

—No creo ser lo suficientemente bueno, pero te quiero para mí y eso me convierte en el cabrón más egoísta del mundo.

—Te amo, Tarek. —Abrió los ojos y los enfocó en mí, no esperaba que me respondiera y no me importaba, por ello me sorprendió cuando lo hizo.

—También te amo, mi Dulce, te amo tanto que estoy dispuesto a arriesgar lo que queda de mi alma solo para tenerte. —Se inclinó y me levantó para tomar mi boca con la suya. Rodeé su cintura con mis piernas mientras lo besaba desesperadamente, me aferré a su cabello y abrí mis labios para permitir el acceso a su lengua. Caminó hasta sentarme en el capó del auto y prácticamente me arrancó la chaqueta dejándola caer al piso, separó mis piernas y se acomodó en medio de ellas, metí mis manos por debajo de su camiseta y comencé a acariciar su torso, gruñó en mis labios y llevó las suyas a mis pechos para estrujarlos. La ropa comenzaba a estorbarme, lo quería piel con piel, afortunadamente él lo comprendió y se deshizo de mi blusa y sostén, se inclinó para tomar un pezón en su boca, jadeé cuando sentí un ligero mordisco y luego su lengua acariciándolo, finalmente lo succionó con fuerza. Me arqueé buscando más de su contacto, sus manos se peleaban con el broche de mi pantalón, cuando por fin logró su propósito, comenzó a sacarlo llevándose mis bragas con él, levanté el trasero para ayudarlo con su tarea y sentí el frío del metal en mis nalgas. Mi ropa quedó olvidada en algún lugar, él se apartó para mirarme y me pregunté, qué aspecto tendría completamente desnuda y sentada en el capó de un auto.

—Maldición, eres lo más bonito que he visto.

Apenas terminó de hablar se sacó su camiseta y la lanzó a algún lugar, luego rápidamente desabrochó sus pantalones y se los quitó, abrí la boca y una corriente de anticipación se instaló en la parte baja de mi estómago. Sentí la humedad entre mis piernas aumentar, Tarek era el hombre más hermoso que alguna vez vi, tenía un cuerpo bien formado, los músculos de su vientre se

marcaban, bajé la mirada hasta llegar a su miembro, en ese momento me di cuenta de que era enorme. Ya lo había tenido dentro de mí, así que sabía que cabía, aunque, no estaba muy segura de como eso era posible, se acercó a mí en un andar casi felino y esperaba que me besara, pero en cambio, se arrodilló y separó mis piernas, su respiración me causó un ligero temblor, besó la cara interna de mis muslos y esto hizo que mi piel se erizara. Lentamente fue trazando un camino hasta llegar a mi centro, entonces sentí su lengua y el primer estremecimiento de placer me invadió, dejé caer la cabeza hacia atrás y enfoqué la mirada en el cielo estrellado, por un momento pensé en las criaturas celestiales y me las imaginé siendo testigos silenciosos de mi momento de entrega. Siempre me habían enseñado que el sexo era inadecuado, pero estaba convencida de que en este instante era más que correcto, dos dedos se colaron en mi interior y mordí mis labios para evitar que se escapara un grito. Estos se movieron en círculos, Tarek pasó su mano libre por detrás de mis caderas para sostenerme, mientras su lengua seguía con su exquisita tortura, mordisqueó suavemente mi clítoris y esta vez no pude evitar el gemido que se escapó.

—Sabes tan malditamente dulce, me pasaría el resto de mi vida solo saboreándote. —Sus palabras iban directo a mi centro, casi como si su mente y mi cuerpo estuviesen conectados.

Chupó y mordió mi botón al tiempo que sus dedos encontraban un punto sensible, un millón de luces parecieron explotar frente a mí, fui presa de un potente orgasmo que me encontró gritando su nombre. Se puso de pie y tomó mi cara entre sus manos para besarme, apoyé mis manos en su pecho y lo acaricié mientras recibía su lengua en mi boca, probando mi propio sabor. Me levantó y me depositó en el piso, luego me giró para que mi espalda quedara contra su pecho.

—Apoya las manos en el auto. —Obedecí de inmediato, me incliné y puse las palmas sobre el capó, sentí sus manos acariciar mis nalgas y luego sus dedos recorrieron mi centro—. Estás tan mojada, se va a sentir tan bien estar dentro de ti —susurró mordisqueando mi cuello, separó mis piernas y sentí su miembro ubicarse en mi entrada, despacio comenzó a entrar, hasta que estuvo profundamente enterrado en mi interior, se quedó quieto sin hacer ningún movimiento y comencé a impacientarme, deseaba más, necesitaba más.

—Tarek —jadeé moviendo mi trasero, urgiéndolo a moverse también.

—Calma mi amor, vamos despacio.

—Maldición no quiero despacio, quiero que te muevas. —Lo escuché reír y quise girar la cabeza, pero en ese momento sus manos acunaron mis pechos, haciéndome olvidar de lo demás.

—Parece que mi pequeña Dulce por fin está aprendiendo mis lecciones.

No sabía a qué se refería y no me importaba mucho, cuando por fin comenzó a moverse me sentí aliviada, entraba y salía de mi cuerpo con movimientos rápidos, mientras sus manos estrujaban mis pechos. Tomó mis pezones en sus dedos y los retorció causándome un doloroso placer, sin dejar de moverse, sentí su boca repartiendo besos en mi espalda y su lengua trazar las líneas de mis cicatrices, estas eran un poco más claras que el tono normal de mi piel. Se sentía como si estuviera en todas partes de mi cuerpo y amaba eso, como me envolvía, una de sus manos abandonó mi pecho y fue directo a mi centro para masajear mi clítoris, lo apretó entre sus dedos y luego los movió en círculos sin dejar de embestirme, mi cabeza cayó hacia adelante. El exquisito placer me tenía totalmente consumida, sentí el remolino que se formaba nuevamente y me dejé ir, la explosión de millones de estrellas se formó una vez más. Un momento después lo escuché gruñir y sentí el líquido caliente llenándome.

—¿Estás bien? —preguntó besando mi hombro sin separarse aún de mí, estaba más que bien, me sentía eufórica.

—Estoy muy bien —respondí con una sonrisa. Se separó lentamente y sentí el vacío cuando abandonó mi cuerpo, enseguida me giré para tenerlo de frente, me levantó para besarme y aproveché para enredar mis piernas en sus caderas, no me importaba estar desnuda al aire libre, ni siquiera pensé en que alguien pudiera vernos.

—Creo que es hora de irnos, nos queda un largo camino hasta llegar a casa —me dijo mirándome, pero sin soltarme. Su mano puso un mechón de cabello que se había soltado de la coleta, detrás de mi oreja.

—Estás dando por hecho que voy a regresar contigo —dije queriendo medir su reacción.

—Demonios, Dulce, así tenga que llevarte atada lo haré. Vendrás conmigo, eres mi mujer y estarás donde yo esté. —Escucharlo decir que era su mujer me llenó de orgullo, nunca imaginé que alguien como él podría amarme, pero tal

vez viví demasiado tiempo siendo subyugada por mi padre y por ello no había aprendido, que merecía que alguien me amara.

—Está bien, si lo pides así tan amablemente iré contigo, al fin del mundo si quieres —comenté besándolo de nuevo, sus manos acariciaron mi trasero desnudo, me moví friccionando mi centro contra su vientre.

—Mujer, es mejor que dejes de hacer eso, si no, nos quedaremos aquí un buen rato y no quiero estar fuera cuando salga el sol. —Lo miré extrañada, pero antes de que pudiera preguntar me depositó sobre mis pies y comenzó a buscar nuestra ropa, asumí que lo decía porque durante el día alguien podría vernos fácilmente, así que lo dejé pasar, abrió el auto y rebuscó algo en la guantera, un momento después regresó, en su mano traía algunos pañuelos desechables.

—Separa las piernas —pidió acercándolos a mí.

—¿Siempre harás eso? —pregunté haciendo lo que me pedía para permitirle limpiarme.

—Siempre cuidaré de ti, eso no lo dudas. —Terminado su trabajo se giró para buscar mi ropa, lo vi encontrarla y traerla, pensé que me la pasaría, pero en cambio se arrodilló y me ayudó a poner las bragas y luego los jeans, finalmente me puso la blusa. Fruncí el ceño ante la falta de mi sostén.

—Creo que faltó una parte —dije señalando lo obvio.

—Lo siento cariño, creo que tu sostén decidió suicidarse y cayó en las rocas —bromeó señalando a su espalda donde se encontraba el acantilado. En su prisa por desvestirme lo había lanzado con mucha fuerza—. Aunque si me lo preguntas, me gusta más que no lo tengas, eso me da un mayor acceso a tus pechos, que por cierto debo decir, me vuelven loco. —Mientras hablaba sus manos se colaron por debajo de mi suéter acariciándolos.

—Supongo que esa es tu excusa para que no te reclame el haberlo perdido —comenté tratando de sonar acusadora, pero fallándome miserablemente cuando se me escapó una sonrisa.

—No necesito excusa para romper o tirar tu ropa, cuando te quiera desnuda te tendré desnuda —me dio un último beso y procedió a vestirse él también—. Me gusta como brillan tus ojos luego de que te hago el amor —comentó dándome un dulce beso en la nariz, le sonreí y estaba a punto de

atraerlo para besarlo en la boca cuando lo sentí tensarse, su postura rígida me dijo que algo no estaba bien, me asusté pensando que se había arrepentido y de nuevo iba a rechazarme. —¡Jodido infierno! Necesito que entres al auto y pongas el seguro.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté mirando hacia todos lados queriendo descubrir la razón de su cambio.

—Por favor no preguntes, no hay tiempo para dar explicaciones, solo entra. —Ignoré sus palabras y seguí buscando el peligro—. Dulce mírame —dijo tomando mi rostro con sus manos—. Prométeme que veas lo que veas no olvidarás que solo soy el hombre que te ama. ¿Entiendes? —pidió con una súplica pintada en sus ojos—. Te lo explicaré todo después. —Entonces se inclinó y tomó mis labios para un profundo beso, luego sin más me apartó y se giró quedando de espaldas a mí, fue en ese momento que los vi. Dos figuras emergieron como sombras en la oscuridad, nosotros nos encontrábamos frente a los faros del auto así que éramos plenamente visibles, pero ellos solo eran manchas borrosas.

Los recién llegados comenzaron a acercarse lentamente, Tarek apretó los puños, cuando estaban apenas a unos metros uno de ellos habló.

—No queremos problemas contigo, Demonials. —Esa palabra me confundió mucho, nunca la había escuchado antes—. Solo queremos a la chica, él la quiere de regreso.

—Si pretenden llevarse a mi mujer, tendrán que matarme primero y les advierto que nunca he perdido una batalla. —Me sentía en alguna especie de película extraña, con palabras que solo había visto en libros y la televisión. ¿A qué se refería con la batalla? ¿Quién me quería? Estaba tan asustada que mis piernas se paralizaron—. ¡Dulce, al auto ahora! —ordenó con voz fuerte, esto me hizo reaccionar y rápidamente corrí al interior del vehículo poniendo los seguros como me lo había dicho, lo vi quitarse la camiseta y lanzarla sobre el capó.

Los faros seguían iluminándolo y permitió que viera claramente lo que sucedió a continuación frente a mis ojos y como si estuviera en un sueño, Tarek cambió. De pronto, de su espalda brotaron unas impresionantes alas de color negro, abrí mucho los ojos pensando que tal vez era producto de mi imaginación perturbada, entonces lo vi, unos cuernos sobresalían de su frente y

sus manos se convirtieron en garras, no tuve tiempo de salir de mi asombro cuando él se lanzó contra los extraños personajes, al alejarse de la luz hizo que mi visión fuera poca. Me pegué al vidrio tratando de ver lo que estaba pasando, pero solo alcancé a distinguir una masa de cuerpos, mi preocupación se disipó un poco cuando vi por fin a Tarek levantarse, uno de los hombres lo atacó y él se levantó en el aire, lo único que pude pensar fue, que en serio podía volar, una idea tonta teniendo en cuenta las circunstancias, pero igual me maravilló. Extendió sus brazos hacia uno de sus contrincantes con una rapidez sorprendente, no comprendí lo que pasaba hasta que algo golpeó el parabrisas y cayó lejos, dejando una mancha de sangre, grité y me pegué al asiento, miré por la ventana y no los vi, mi corazón se aceleró y comencé a moverme por todos lados tratando de encontrarlos. De nuevo grité cuando algo se estampo con fuerza en mi lado de la ventana, unas plumas negras cayeron en varias direcciones, Tarek empujó al otro sujeto y lo alejó de él, luego le rodeó el cuello con un brazo, me quedé con la mirada fija en la escena sin atreverme a apartar mis ojos, temía que pudiera lastimarlo, pero eso definitivamente no iba a suceder, una de sus garras cortó de forma ágil la cabeza de la criatura con la que luchaba, parecía algo que había hecho muchas veces, fue entonces que comprendí que era lo que había golpeado el parabrisas antes.

Me quedé clavada en mi sitio sin atreverme siquiera a respirar, esperé que él se dirigiera al auto, en cambio caminó hasta el acantilado, lo vi pasar frente a los faros y la luz que lo iluminó momentáneamente, me mostró que estaba cubierto de sangre. Un nudo se formó en mi garganta cuando pensé que estaba herido, me apresuré a salir del auto, iba a correr a su lado, pero me detuve cuando lo vi desplegar sus alas y caer en picada, apenas un minuto después apareció de nuevo, caminó en mi dirección y solo esperé ahí de pie sin saber qué hacer, cuando llegó hasta donde me encontraba, tomó su camiseta y se la puso sin mirarme.

—Sube —ordenó una vez que estaba acomodado en el asiento del conductor, sin decir una sola palabra me senté a su lado, lo miré de reojo, vi su cabello y su rostro goteando agua, así que comprendí que había ido a lavarse. Hice un disimulado repaso, pero no vi ninguna herida.

Comenzó a conducir sin dirigirme la palabra y yo tampoco me atreví a hacerlo, aún no salía del asombro y todavía no estaba muy segura de no encontrarme en alguna clase de sueño. Entonces, vi que no estaba regresando a la ciudad, sino que tomó el camino contrario, rumbo a San Francisco.

—Mis cosas, todo está en casa de Gertrude, tengo que ir por ellas. —Negó sin aminorar la velocidad.

—Lo siento, no hay tiempo, cuando llegemos te compraré ropa nueva.

—Pero... —Me interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Ángela, por favor, te prometo que te compro luego, ahora necesito llegar al bar lo antes posible. —La urgencia en su voz hizo que me olvidara de mis pertenencias y me quedé en silencio. Pasados unos minutos volvió a hablar.

—El tipo, el que se quería casar contigo...

—¿Te refieres al hermano Garry? —pregunté sin saber porque sacaba a colación el tema.

—¿Su nombre es Garry?

—Así es, Garry Gibson. —Asintió sin apartar la vista de la carretera.

—¿Cómo lo conociste? —demandó girando tan rápido en una curva, que tuve que sostenerme para no quedar aplastada contra la ventana.

—¿A qué vienen tantas preguntas sobre él? —cuestioné confusa.

—¡Maldición, Ángela! Solo responde. —Le lancé una mirada de enojo, pero estaba atento a la vía, así que no se dio cuenta.

—No estoy segura, solo apareció en la iglesia un día, y entonces comenzó a hacerse amigo de mi padre.

—¿Alguna vez lo viste durante el día? —Esa sí que era una pregunta extraña, entonces recordé que en realidad nunca lo había visto antes del anochecer.

—No realmente, solo iba a la iglesia o a casa de mis padres durante las noches, pero eso no tiene nada de particular, después de todo es un hombre rico, supongo que trabaja mucho ¿no? —En lugar de responder dio un golpe al volante.

—¡Hijo de puta! —Me sobresalte ante su ataque de furia—. ¿Cómo es físicamente? —Comenzaba a sentirme como si estuviese en una sala de interrogatorio, pensé un momento en el hermano Garry y comencé a descubrirlo, casi esperaba que sacara alguna libreta e hiciera un retrato hablado.

—Es como de tu estatura, tiene los ojos y el cabello negro, las chicas de la iglesia piensan que es muy guapo. —No supe porque mencioné eso, solo lo dije sin pensar. Lo vi arrugar la frente.

—¿A ti te parece guapo? —preguntó fijando su mirada en mí por primera vez desde que comenzó a interrogarme, arrugué la nariz y negué.

—No, él... —Medité si decirle la idea que había tenido desde el primer momento en que vi al hermano Garry, pero me preocupaba que pensara que estaba paranoica.

—¿Él qué, Dulce? —Su tono molesto se suavizó y volvió a usar el apodo.

—Bueno, es que... es que siempre he pensando que hay algo siniestro en ese hombre. —Regresó su atención a la vía.

—No estás equivocada en tus impresiones, el sujeto es un demonio. —Lo miré sin comprender.

—¿Te refieres a que es una mala persona? —Una pequeña risa brotó de sus labios.

—No, Dulce, literalmente, es un demonio. —Abrí la boca asustada sin poder creerlo. ¿Los demonios podían estar en la tierra y mezclarse con los humanos como si fueran uno más? Iba a hacerle la pregunta, pero entonces recordé que hacía unos minutos lo había visto convertirse en algo, que estaba completamente convencida no era humano, así que la respuesta vino sola, sí que podían.

Condujo tan rápido que el viaje que me llevó ocho horas en autobús, él lo hizo en apenas seis, llegamos al bar casi a la madrugada, cuando por fin se detuvo frente a la puerta trasera lo escuché soltar un suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto. ¿Qué si estaba bien? ¿Lo estaba? Vi al hombre que amaba convertirse en una extraña criatura, ¿Qué podría responder a eso?— Lo lamento, debí decirte lo que era antes de tocarte y sobre todo de jurarte amor.

¿Y qué se supone que eres? Tuve ganas de preguntar, pero temía demasiado la respuesta.

No respondí, las palabras aún se negaban a abandonar mi boca, así que

solo abrí la puerta y salí, por alguna razón me sentí tranquila de estar de regreso, los días lejos habían sido buenos, pero incluso con la amabilidad de Gertrude y los chicos de la cafetería sentía que ese no era mi lugar. Tarek se paró a mi lado y luego me hizo un gesto para que lo siguiera, caminamos hasta la entrada, él abrió y se hizo a un lado para dejarme pasar, lo hice tratando de no rozarlo, el pasillo estaba silencioso, seguramente los demás no se habían percatado de nuestra llegada, fuimos hacia el área de las habitaciones y cuando intenté abrir la puerta de la habitación que había ocupado en mi antigua estancia me detuvo.

—¿Vas a seguir sin hablarme? —preguntó. Por fin me atreví a mirarlo y vi un brillo de dolor en sus ojos.

—No sé qué decir —respondí finalmente.

—¡Ángela, regresaste! —gritó Alana corriendo para abrazarme, su euforia me contagió y reí con ella feliz por estar de vuelta. Detrás se encontraba su esposo, quien me observó sin ninguna expresión, pero entonces una pequeña sonrisa apareció en sus labios, era la primera vez que lo veía sonreír, se la devolví.

—Chica rubia, por favor cuida a Dulce, voy a hablar con Alexy y luego regreso. —Quise detenerlo y decirle que lamentaba mi mala actitud, pero no pude, simplemente lo vi alejarse.

—Vamos —dijo Alana tomándome de la mano—, tenemos mucho que conversar, tienes qué contarme que pasó en estos días que estuviste fuera, Tarek estaba hecho un loco porque te fuiste, Alexy estaba preocupado por él. —Mientras hablaba me arrastró hasta la habitación de Tarek y no a la mía, dejé que lo hiciera y la seguí en silencio, cuando abrió la puerta su olor inundó mis fosas nasales, todo en esa estancia olía a él, miré la cama y recordé la primera vez que me hizo el amor ahí mismo, tantos recuerdos de aquella noche donde fui tan feliz al estar en sus brazos y también el dolor que sentí cuando me rechazó, sacudí la cabeza queriendo apartarlo, tenía algo más importante en mente.

—¿Tu lo sabías? —interrogué deteniéndome a un lado de la cama.

—¿Qué si sabía qué? —preguntó ella con una mirada confundida.

—¿Sabías lo que es Tarek? Eso... —Pensé un momento como decirlo, pero en mi cabeza aun no tenía mucho sentido— Eso de las alas y los cuernos.

—Cuando comprendió mi pregunta abrió la boca y la cerró de nuevo, luego la volvió a abrir.

—¿Te refieres a que es un *Demonials*? ¿Él te lo dijo? —*Demonials*, era la segunda vez que escuchaba aquella palabra y seguía sin tener ningún significado.

—Lo vi, él no me lo dijo, estábamos... —Decidí no decirle lo que hacíamos y salté a la siguiente información—. Estábamos en un lugar y entonces llegaron dos hombres o al menos lo parecían, Tarek se transformó en... en eso, hubo una lucha, él... él cortó sus cabezas —Decirlo en voz alta lo hacía aún más irreal, temí que hubiese imaginado todo, pero entonces Alana asintió.

—Ven, vamos a sentarnos. —Ambas lo hicimos en el borde de la cama, esperaba que ella pudiera sacarme de todas las dudas que seguían dando vueltas en mi cabeza—. Sí, lo sabía —aceptó tomando mi mano en las suyas— Alexy, Marcus, Cam e incluso las mujeres que trabajan aquí lo son.

—¿Y que se supone que son? —pregunté comenzando a exasperarme, ella lo pensó un momento como buscando las palabras adecuadas para decirlo.

—Creo que esto no hay forma de explicarlo que sea muy sencilla, así que lo haré de la forma simple, los *Demonials* son una raza, mitad ángel y mitad demonio. —Eso tenía sentido, si pensaba en las alas y los cuernos.

—Entonces de verdad no son humanos. —Esto salió más como afirmación que como pregunta.

—¿Acaso importa? —interrogó mi amiga soltando mis manos y alejándose — Ángela, toda mi vida viví rodeada de humanos que no fueron buenos conmigo. Mis padres me abandonaron, en los hogares de acogida me maltrataron y mi amiga Cassy me vendió para que fuera asesinada solo porque estaba obsesionada con la idea de tener a Alexy para ella. Cuando llegué aquí ellos me aceptaron y me protegieron, Alexy me demuestra su amor cada día y yo lo amo con todo mi corazón. —Sus palabras por fin comenzaron a penetrar la nebulosa que había en mi mente, comprendí que era cierto, al igual que Alana los humanos que me rodeaban pocas veces fueron buenos conmigo, incluso mis propios padres la mayor parte del tiempo me trataron mal, la miré y en sus ojos vi una especie de súplica, me pedía que no los juzgara.

—No, no me importa —dije quitándome un gran peso de encima, era

cierto, nada importaba porque amaba a Tarek. No al hombre ni a la criatura extraña, lo amaba a él.

—No sabes cuanto me alegra escuchar eso, nadie te amará más que Tarek, ningún humano. —Sonreí por la emoción que escuchar aquello me causaba, él me amaba al igual que yo.

—Lo sé. —Nos quedamos en silencio, pero aún sentía curiosidad—. Cuéntame un poco más —pedí y ella muy feliz accedió. Nos sentamos una al lado de la otra, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas estiradas a lo largo de la cama.

—No sé mucho, solo lo que mi Alexy me cuenta, según sé, ellos han vivido durante miles de años mezclados entre los humanos, según la historia provienen de la unión de un ángel y un demonio, estos se enamoraron, aunque su amor fue castigado y a ella la condenaron a vivir en las tinieblas, lo malo fue que esta maldición alcanzó a toda su descendencia. Es por ello que siempre tendrán que vivir en la oscuridad.

—¿A qué te refieres con que siempre tendrán que vivir en la oscuridad? —pregunté girando la cabeza para mirarla.

—Ellos no pueden ver durante el día —respondió con una sombra de tristeza—. El sol nubla sus ojos hasta dejarlos completamente ciegos. —Sentí que mi pecho se oprimía y una imagen de Tarek vino a mi cabeza.

—Santo cielo, aquella vez cuando salimos de la iglesia Tarek se aferraba a mi mano y caminaba despacio, en aquel momento me dijo que estaba mareado. —Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordarlo caminar con las manos extendidas usándolas como una especie de escudo.

—Estaba ciego, si tú no lo hubieses traído a casa se habría quedado perdido y en peligro.

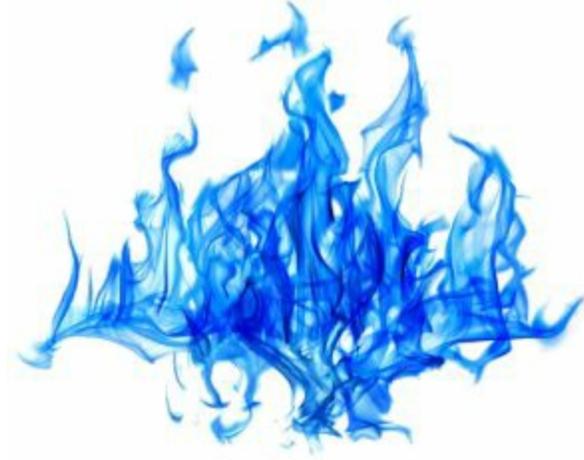
—Yo no lo sabía —dije dejando salir un sollozo.

—No tenías porque saberlo, aun así, lo ayudaste.

—No me imagino lo que significa tener que vivir así —comenté.

—Ni yo, a pesar del tiempo que llevo compartiendo con ellos, todavía me cuesta pensar lo que es vivir siempre en la oscuridad.

Luego de aquella conversación, Alana se despidió dejándome sola, tenía muchas cosas que pensar, seguía dándole vueltas a todo lo que había descubierto, eran demasiadas para asimilar.

TAREK

En cuanto cerramos la puerta de la oficina maldije en todos los idiomas que conocía.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Alexy sentándose detrás de su escritorio, Marcus se quedó de pie apoyado en la pared.

—El maldito hijo de puta, el tal Grigore, todo este tiempo estuvo en nuestras narices y no nos dimos cuenta. —Levantó una ceja confundido.

—¿A qué te refieres?

—El tipo con el que el padre de Ángela quería que se case, no es otro que el bastardo hermano de Razvan. —Marcus se separó de la pared y caminó hasta situarse a mi lado.

—¿Estás seguro? —preguntó con una mirada sombría.

—Lo estoy, nos detuvimos en el camino y dos demonios nos atacaron, ellos la querían a ella, dijeron que él la quería de regreso.

—Hijo de puta —dijo Alexy poniéndose de pie y comenzando a caminar por la habitación—. ¿Pero por qué ella? —Negué sin saber la respuesta.

—No lo sé, pero seguro como el infierno que descubriré cuáles son sus intenciones con mi mujer.

—Tenemos que tener a Ángela vigilada —propuso Marcus—. Si es cierto que su interés se limita a ella, seguramente está buscando la forma de sacarla de aquí.

—Este lugar se está volviendo peligroso, Alexy —dije mirándolo para que comprendiera la gravedad del asunto—. Tienes que llevar a tu mujer a otro lado. —Él negó y luego se acercó para apoyar las palmas de las manos sobre el escritorio enfocando su mirada en mí.

—Si me la llevo tendré que irme con ella, eso significa dejarlos a Marcus y a ti solos para enfrentarse a él, no sabemos cuántos demonios tenga bajo su mando y no es momento de dividirnos, lo que tenemos que hacer es que, a partir de ahora, nuestras mujeres no estarán solas en ningún momento y no les permitiremos salir al bar. —Asentí, pero no estaba seguro de que esa fuera la mejor opción, yo mismo estaba pensando correr lo más lejos posible con mi Dulce y ocultarla de cualquier peligro. Pasé mis manos por mi cabello sintiéndome frustrado.

—Tenemos que contactar a McKenna y preguntarle si ya tiene alguna información —dije alargando la mano hacia mi bolsillo para buscar mi teléfono.

—Es mejor que vayas con Ángela, no tenía muy buena cara cuando llegaron, yo me encargaré de hablar con McKenna —comentó Alexy y dejó salir un resoplido.

—Me vio convertirme en un monstruo sin que tuviera tiempo de explicarle lo que soy, créeme, yo tampoco tendría buena cara si estuviera en su lugar. — Lo vi hacer una mueca.

—Seguro te va a entender, Alana lo hizo.

—Espero que lo haga, si no voy a tener que atarla y obligarla a que se quede conmigo, no puedo permitir que se vaya y menos ahora que el hijo de puta está tras sus pasos.

Me despedí de ellos y me fui a mi habitación, antes de abrir la puerta pude escuchar el ruido que hacía la ducha, me senté en el borde de la cama y apoyé los codos en las rodillas sin saber qué hacer, tenía que convencerla de que se quedara. Una imagen de ella rechazándome, apareció en mi mente y me sorprendió el dolor que sentí en el pecho, no podía perderla, así tuviera que arrodillarme y suplicarle que se quedara lo haría, no esperaba que me amara después de descubrir lo que era, pero tenía que lograr protegerla al menos hasta que acabara con Grigore, luego si quería la dejaría ir, aunque eso me rompiera totalmente. La puerta del baño se abrió y ella salió llevando una de mis camisetas, maldición esa imagen hizo que me pusiera duro, pero no era momento para pensar en tenerla, aunque era lo único que se me ocurría que quería hacer.

—Voy a darme una ducha —dije levantándome, ella asintió y se alejó dejándome pasar, la vi bajar la cabeza y apreté mis manos en puños, estas picaban por tocarla, quería decirle que sin importar nada la amaba, y suplicarle que me amara ella también. Me alejé y me desvestí sin molestarme en cerrar la puerta, por costumbre no lo hacía, corrí la cortina y abrí el grifo. La lluvia cálida cayó sobre mí, me bañé de prisa, no quería alargar más la charla que me esperaba, tomé una toalla y me sequé, entonces me di cuenta de que no había llevado nada para ponerme, estar desnudo no era la mejor forma para tener una conversación importante. Envolví la toalla en mi cintura y salí, la vi sentada en la esquina inferior de la cama con la mirada puesta en el piso, caminé hasta llegar a su lado y luego me puse en cuclillas frente a ella.

—Dulce ... —El apodo salió de mis labios casi en un susurro, por fin sus ojos se encontraron con los míos, no me había mirado directamente desde que me vio cambiar de forma y eso me dolía, me destrozaba pensar que le resultaba tan repulsivo, que ni siquiera quisiera mirarme—. Lo lamento, lamento haberte tocado sin antes prepararte para que supieras lo que era, pero no esperes que me arrepienta de haberlo hecho, tú eres lo único bueno que me ha pasado en muchos siglos. —Me miró un momento ladeando la cabeza y me sorprendió no ver en sus ojos rechazo, era simplemente ella, la mirada limpia y pura de mi Dulce. Levantó su mano y acunó mi mejilla, giré la cabeza y besé su palma.

—¿Sabes? —Comenzó a hablar sin apartarse de mi toque— Mi padre siempre me dijo que era fea, que debería sentirme agradecida de que algún hombre quisiera casarse conmigo a pesar de mi falta de belleza. —Cerré los

ojos para contener la furia que esas palabras me provocaban, no era momento para que los viera ponerse rojos—. Pero entonces tú viste más allá. —Los abrí de nuevo y la miré directamente queriendo que mis palabras fueran claras.

—Dulce, tú eres hermosa, para mí no hay mujer más hermosa ni la habrá. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Nadie además de mi prima se preocupó nunca por mí, pero entonces tú, a pesar de que en ocasiones me alejabas aún seguías cuidándome y preocupándote, fuiste amable sin conocerme, cuando las personas que me engendraron y debieron tratarme bien nunca lo hicieron.

—Lamento tanto que tuvieras que pasar por toda esa mierda. —Odiaba recordar las cicatrices que marcaban su suave piel, odié cada una de ellas cuando las vi y odié al mal nacido que las puso allí.

—Siempre me enseñaron que el amor estaba condicionado, si era buena, si hacía lo que los demás querían, si me portaba bien y decía mis oraciones —En su hermoso rostro apareció una sombra de tristeza—, pero entonces comprendí que nada de eso era cierto, que en algún lugar hay un Ser Supremo que nos ama sin condiciones. Que él no ve lo bueno o lo malo en nosotros, simplemente nos ama porque no hay nada más que amor en él, él te puso en mi camino. Esa es la razón —dijo y la miré confundido pensando que me había perdido algo de la conversación, su mano acarició mi rostro y de nuevo cerré los ojos dejándola hacerlo, uno de sus dedos recorrió mis cejas y continuó un pequeño sendero por mi nariz, para finalmente llegar a mis labios—. Esa es la razón por la cual te amo —dijo y mis parpados se abrieron, no podía creer que acababa de decir que me amaba, a pesar de todo— Te amo Tarek y no me importa si tienes alas y cuernos o una cola de mono, te amo porque el amor no debe tener condiciones. —Una sonrisa boba apareció en mis labios y mi pecho se hinchó, por fin el aire regresó a mis pulmones, me levanté rápidamente y la besé recostándola en la cama, sus piernas se envolvieron en mi cintura y mi miembro comenzó a despertar.

—Te amo, Ángela, no imaginas cuanto.

—Me gusta más cuando me llamas Dulce —confesó, una de mis manos se deslizó por debajo de la camiseta para estrujar sus pechos.

—Te necesito —dije con mi boca pegada a la suya, rompí la camiseta y la lancé lejos de nosotros

—¿Acaso tienes una fijación con romper la ropa? Esa camiseta me gustaba —me regañó frunciendo el ceño.

—Tengo muchas como esas, amor, te las doy todas si quieres, ahora solo necesito estar dentro de mi mujer. —Besé su cuello mientras mi mano acariciaba sus pechos.

—Espera —dijo apoyando mis palmas en mi pecho y apartándome, me tensé pensando que tal vez había ido muy rápido, una cosa era que me amara y otra que estuviera dispuesta a hacer el amor conmigo luego de lo que había visto, comencé a alejarme y estaba a punto de disculparme cuando vi su sonrisa.

—¿Podemos jugar? —preguntó confundíndome.

—¿Jugar? —La miré apoyándome en un codo.

—Sí, como la primera vez que estuve en tu cama. —Por fin comprendí lo que quería decir.

—Así que mi chica traviesa quiere que la ate de nuevo. —Sonrió negando, fruncí el ceño, ¿si no era eso a lo que se refería?

—En realidad —habló empujándome para que quedara acostado de espaldas— quiero atarte yo a ti. —Me quedé viéndola mientras se acercaba a la mesa de noche y sacaba las esposas y el pañuelo para vendar mis ojos, luego se sentó a horcajadas sobre mis caderas, nunca le había permitido a ninguna de mis amantes atarme, no me sometía a nadie, pero esta no era cualquiera, era la mujer que amaba, la dueña absoluta de mi corazón. Sonriendo levanté los brazos hacia la cabecera de la cama y dejé que me pusiera las esposas, estas no eran realmente una atadura, al menos no para mi fuerza, si ejercía una mínima presión podía romperlas, pero me quedé quieto y le permití hacer lo que quería, luego con mucha delicadeza ató el pañuelo cubriendo mis ojos. Sentí sus dedos acariciar mi pecho y una corriente eléctrica me recorrió, luego el roce de sus labios en mi cuello, nunca había experimentando nada parecido, estaba más duro de lo que alguna vez estuve. Estos comenzaron un sendero de besos descendente, en el camino lamió mi pezón mientras sus manos acariciaban mis costados, siguió bajando y mi respiración se aceleró cuando comprendí sus intenciones, su lengua se detuvo en mi ombligo, pero no se quedó ahí mucho tiempo, dejé escapar un gruñido cuando por fin sus pequeñas manos rodearon mi erección. Era obvia su

inexperiencia, pero no por eso resultaba menos placentero, acarició mi miembro de arriba a abajo, y finalmente su cálida lengua me lamió desde la base hasta la punta.

—¡Maldición, Dulce! —Me obligué a permanecer con mis manos en su sitio, aunque moría por ponerlas sobre ella.

—¿Eso te gusta? —preguntó lamiéndolo nuevamente.

—Más que gustarme —respondí cuando lo cogió completamente dentro de su boca, esta subía y bajaba sobre mí arañándola un poco con sus dientes, estaba a punto de perderlo, lo sentía tan cerca, ella no se detuvo y siguió tomándome. Sentí su palma acariciar mis testículos y eso fue todo, levanté mis caderas enterrándome más en su calidez, incapaz de resistir un momento más rompí las esposas y me quité la venda, apoyé un codo en la cama y levanté el otro brazo para sostener su cabeza en mi mano, mientras penetraba su boca tratando de no ser rudo. Sus hermosos ojos se enfocaron en los míos, estos ardían de pasión, dejé caer la cabeza hacia atrás rompiendo el contacto visual, estaba a punto de terminar y lo haría en su garganta si no me apartaba, la idea era bastante tentadora, pero no estaba seguro de que le resultara agradable. Intenté alejarme, pero sus manos se aferraron a mis piernas clavándome las uñas, no quería dejarme ir, esto fue como una señal, embestí varias veces más hasta que mi cuerpo se vio presa del más intenso orgasmo. El líquido caliente salió disparado, la miré calculando su reacción, la vi cerrar los ojos y lamer hasta la última gota, luego se alejó y me miró con una sonrisa, santo cielo amaba a esa mujer, me incliné para tomarla y la puse de espaldas en la cama acomodándome sobre ella—. Suficiente de juegos, ahora necesito estar dentro de ti.

—Entonces hazlo —dijo separando sus piernas. Me apoderé de su boca mientras lentamente la penetraba.

Le hice el amor varias veces más, durante el resto del día la mantuve encerrada en nuestra habitación, en algún momento Alana llevó una bandeja con comida y la dejó en la puerta, la noche llegó más pronto de lo que hubiese querido, era hora de ir a ver a McKenna.

—Dulce —llamé besando su cabello, ella se encontraba profundamente dormida con la cabeza apoyada en mi pecho y una de sus piernas entrelazada con las mías, aprecié su cuerpo desnudo y de nuevo estaba listo para tomarla,

pero estaba seguro de que se sentía adolorida—. Dulce, despierta —volví a llamar, esta vez se removió y sus párpados se abrieron.

—¿Ya amaneció? —preguntó refregándose los ojos.

—En realidad ya anocheció, es hora de levantarse, vamos a comer algo, luego tengo que salir.

—¿A dónde vamos? —Todavía estaba adormilada, así que la besé para despertarla completamente.

—No vamos, cariño, yo iré a devolver el auto y a conseguirte algo de ropa, tú vas a quedarte con Alana. —Asintió y luego se levantó para dirigirse al baño, la seguí y nos duchamos juntos, lavé su cuerpo despacio, acariciando sus pechos y su centro suave, su espalda estaba apoyada en mi pecho, mientras hacía esto la besé, comenzaba a ponerme duro, ella empujó su trasero en mi dirección.

—Tarek. —Mi nombre salió de sus labios como una súplica, así que la giré y la levanté para que rodeara mi cintura con sus piernas y me enterré profundamente en su interior, apoderándome de su boca introduje mi lengua, al tiempo que la suya hacía lo propio enredándose con la mía, la embestí con fuerza mientras el agua caliente caía sobre nosotros. La ducha duró más tiempo del que esperaba, pero definitivamente había sido la mejor de mi vida.

Salimos y a falta de ropa tuvo que ponerse otra de mis camisetas y uno de mis bóxers, estos le quedaban enormes, me burlé ganándome una mirada enfurruñada de su parte. Cuando llegamos a la cocina los demás estaban ahí, todos la saludaron de forma amable, especialmente Alana y Cam quien le guiñó un ojo.

—Deja de coquetear con mi mujer —le dije dándole un golpe en la parte trasera de la cabeza.

—No puedes culparme por tener un encanto natural —se quejó enfocando su atención de nuevo en su plato. Esta vez era Alexy quien cocinaba, su mujer solo ayudaba a servir. La comida tenía muy buen aspecto y estaba hambriento.

—¿Por fin dejaste de intentar envenenarme? —pregunté mirando a Alana, ella se encogió de hombros.

—No sé por qué te quejas, no es como si pudieras morir de todos modos —respondió depositando una bandeja con verduras sobre la mesa.

—Esperen —casi gritó Ángela, eso nos paralizó a todos quienes la miramos sin comprender su reacción—¿No puedes morir? —preguntó mirándome directamente—. Se refiere a ¿nunca? —En su rostro había un gesto de horror.

—¿Debería sentirme ofendido por tu obvia contrariedad al saber sobre mi vida eterna? —demandé sin entender lo que estaba sucediendo.

—Santo cielo, santo cielo —dijo poniéndose de pie como un resorte— ¡Oh, santo cielo! —comenzó a dar vueltas de un lado a otro repitiendo la misma palabra todo el tiempo.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó Marcus, negué tan perdido como él.

—Que me condenen si lo sé —respondí.

—Tú nunca vas a morir —dijo por fin deteniéndose para mirarme— hablaste de siglos, lo que quiere decir que te ves igual desde hace mucho tiempo. —Asentí—. Entonces, algún día yo seré como Gertrude, ella tiene sesenta y cinco años ¿saben? y Charles tiene veinticinco. —Todos nos miramos unos a otros, mi cabeza comenzaba a dar vueltas—. Sería como si ellos tuviesen una relación.

—¿Dulce? —llamé tendiéndole la mano, pero se alejó y retomó su paseo en círculos.

—Parece que ella esperaba poder deshacerse de ti pronto —se burló Cam ganándose una mirada amenazadora por mi parte.

—No puedo creer, ustedes son unos idiotas, no entienden nada —intervino Alana.

—Por favor ilumíname porque no tengo ni puta idea de lo que está pasando —dije sin apartar la mirada de mi mujer.

—Sencillo, Ángela cree que en unos años ella será vieja y tú te verás, justo igual que ahora. —No pude evitar reír cuando por fin me quedó clara su preocupación.

—Dulce, cariño ven aquí eso no va a pasar.

—Claro que no —volvió a hablar Alana—, aunque confieso que la entiendo, yo me sentí igual antes de que Alexy me explicara que si estábamos

unidos eso no iba a pasar. De todos modos, si algún día fuera vieja...

—Que no lo serás —intervino Alexy.

—Que no lo seré —concordó—. Faltaría mucho para eso, así que no te preocupes Ángela, si ustedes están unidos nunca serás vieja. —Ella se detuvo y me miró nuevamente.

—¿Lo estamos? —preguntó con un gesto esperanzado, sentí las miradas de todos sobre mí, tragué el nudo en mi garganta pues sabía que me iban a reprochar mi respuesta.

—No, no lo estamos —respondí, ella asintió y se acercó para sentarse.

—Comprendo.

—No, no lo comprendes, no estamos unidos, aún. —No me respondió y no sabía cómo arreglar aquello.

—¿Qué tal si terminamos de comer y luego vamos al bar un rato? —propuso Alexy rescatándome, le di una mirada de agradecimiento, pero en sus ojos había acusación.

Cuando terminamos nos despedimos de las chicas, besé a mi mujer y salí con mis hermanos, en el pasillo Alexy rompió el silencio.

—¿Así que no te uniste a ella por...? —dejó la pregunta en el aire.

—No es lo que estás pensando, por supuesto que quiero unirme a Dulce.

—¿Entonces? —preguntó Marcus.

—Bueno, es solo que, ya saben, ella siempre ha vivido en la iglesia, así que supuse que querría algo parecido a una boda humana, por eso quiero hacerlo a su manera, pero para eso necesito librarme primero de las amenazas que la acechan. —Mis hermanos asintieron en acuerdo.

—Sería bueno que se lo explicaras, parecía un poco herida —comentó Alexy y no pude más que estar de acuerdo. Odiaba que ella pensara que no era lo suficiente importante para mí, cuando realmente era toda mi vida.

Nos sentamos en nuestra mesa habitual, y di un repaso por el lugar para asegurarme de que no había ninguna amenaza cerca, comenzaba a sentirme paranoico, mi mirada se cruzó con la de Morgan quien me hizo un saludo con la cabeza y luego se giró para hablar con Corine, parecía que habían

comenzado algún tipo de relación, últimamente el sujeto y ella pasaban mucho tiempo juntos, tal vez lo estuviese juzgando mal y no fuera tan malo.

—Seguimos sin tener ningún dato sobre el hermano de Razvan y eso nos está retrasando en nuestro verdadero objetivo —comentó Alexy.

—En realidad yo ahora tengo dos objetivos —dije pensando en el bastardo que había asesinado a mi familia y ahora estaba tras mi mujer—. Creo que es hora de ir a buscar a McKenna y devolverle su auto, ¿me acompañas? —pregunté a Marcus, quien asintió y se puso de pie.

—Yo me quedaré cuidando de las chicas —propuso Alexy, me fui sintiéndome más tranquilo de saber que él mantendría a Dulce a salvo por mí.

Cuando llegamos al edificio de McKenna este apareció de la nada como si nos esperara, antes de darme tiempo a reaccionar, su puño se estampó en mi cara.

—¿Qué demonios? —dije llevándome la mano a mi nariz que sangraba.

—No vuelvas a robar mi auto, bastardo.

—Oye, mide tus palabras, para tu información sí conocí a mi padre. Él y mi madre estaban unidos. —La broma no le hizo ninguna gracia y pasando por mi lado se dedicó a inspeccionar su vehículo—. Ya, no exageres, es un puto auto, ni que fuera tu fuente de la vida.

—Vete a la mierda, ahora toma tu chatarra vieja y lárgate —comentó refiriéndose a mi motocicleta.

—En realidad necesitaba un último favor —dije mientras abría el baúl de herramientas y buscaba mi camiseta de repuesto para limpiar la sangre de mi nariz.

—¿Qué te hace pensar que haré algo por ti?

—Que en el fondo sé que eres un buen tipo —respondí con una enorme sonrisa.

—¿Piensas que esa basura de discurso va a funcionar?

—Vamos, solo necesito de tus conocimientos sobre moda. —Me miró con las cejas levantadas—. Tengo que comprar ropa para mi mujer y reconozco

que no sé una mierda sobre eso.

—¿Y supones que yo si debo saberlo? —bufó girándose para continuar con la inspección de su auto.

—Bueno, no soy yo el que viste a la última moda. —Me miró sopesando mis palabras entonces fue cuando escuché el rugido que hizo la motocicleta de Marcus al encenderse.

—¿Oye, a dónde vas? —pregunté.

—Olvídalo, yo no haré eso, es una puta mala idea, no quiero pensar en la imagen que daremos los tres comprando ropa de chica —dijo comenzando a retroceder.

—Se supone que eres mi hermano —le recliné señalándolo con el dedo.

—Sí, pero mis lazos filiales no alcanzan hasta allá. —Fue lo último que dijo antes de alejarse a toda velocidad.

—Cabrón —refunfuñé, luego miré de nuevo a McKenna, esperando que no huyera también.

—Está bien, lo haré, pero que conste que me debes una bien grande. —Comenzó a caminar hacia su auto y me hizo un gesto para que lo siguiera. —Moldoveanu habló conmigo —dijo mientras comenzaba a conducir—. Me dijo que Grigore está detrás de tu mujer.

—Así es, el hijo de puta tiene algún interés en ella, ¿todavía no tienes ninguna información?

—Nada concreto, pero logré descubrir algunos datos interesantes, entre los archivos de Razvan encontré varios que se hallaban encriptados, pude acceder a algunos que resultaron ser los planos del edificio que amablemente hice volar por los aires. Lo curioso es que había un sector que yo no conocía y que parece de vital importancia para Razvan, ya que lo mantuvo oculto, este está conectado por un pasadizo a un edificio que está en la calle de enfrente. Lo que tengo que hacer es lograr encontrar la forma de entrar sin ser descubierto, ya que según los planos se encuentra bajo la superficie a unos veinte pies de profundidad y se trata de una especie de bóveda.

—Tal vez nosotros podemos ir contigo.

—Les avisaré cuando encuentre la forma de acceder, es hora de descubrir

los secretos ocultos de Razvan.

En cuanto llegamos al lugar supe que Marcus tenía razón, esta era una muy mala idea, miré a todos los locales de ropa y ni siquiera me imaginaba entrando a uno de ellos.

—Entremos ahí —dijo McKenna señalando uno a nuestra izquierda, me quedé un poco rezagado sopesando seriamente si huir y dejar que Dulce usara mis camisetas todo el tiempo, de todos modos, me gustaba verla con ellas, así que no parecía tan malo, entonces recordé su cara cuando tuvo que salir de la habitación vestida así, y supe que no estaría de acuerdo conmigo.

Entramos y una mujer se nos acercó, su mirada reflejaba la fascinación por nuestra presencia, sus ojos iban de uno a otro como si estuviese en un partido de tenis.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó poniéndose las manos en las caderas.

—Necesito ropa para mi mujer —respondí antes de que comenzara a ponerse coqueta.

—Claro, entiendo, ¿y cómo es ella? —inquirió ladeando la cabeza y luego dirigiendo su atención a McKenna, tal vez pensando que él si estaba libre.

—Es hermosa —contesté con la voz cargada de orgullo, McKenna rió y me dio una palmada en el hombro.

—No seas imbécil, creo que se refiere a su talla no a su aspecto.

—¿Hay tallas para eso? —pregunté confundido, la chica comenzaba a mirarnos como si estuviéramos locos, lo que me sorprendió fue ver que el brillo de interés en sus ojos seguía presente.

—Solo dile su estatura y si es delgada o no —me sugirió él, lo pensé un momento y luego miré a la chica.

—Es más o menos de tu estatura, pero más delgada. —Ella frunció el ceño con molestia, aunque no sabía qué la enojó y luego se alejó.

—Creo que acabas de decirle que está gorda —comentó el escocés.

Cuando por fin logré conseguir lo que parecía ropa decente, que consistían

en algunos jeans y suéteres salí huyendo de la tienda, luego de que su enojo se pasó la chica decidió que podía volver a coquetear, se pasó todo el tiempo tocando mi brazo de forma accidental, incluso se ofreció a darme su número, el cual rechacé amablemente.

—Ahora solo falta ropa interior —dije mirando las bolsas en mis manos.

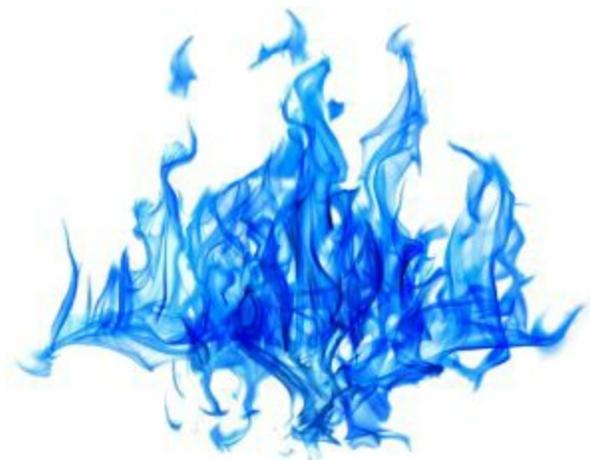
—¡Oh no! Eso no lo haré. No iré contigo a comprar ropa interior de chica, prefiero regresar con Razvan y ser su esclavo algunos siglos más. —Esa pequeña información dejada escapar al azar, me dijo más de McKenna de lo que había conocido hasta ese momento, por fin comprendía que no había estado con Razvan por voluntad propia, pero entonces también supe que había algo detrás de todo aquello, se necesitaban más que simples cadenas para doblegar al escocés. Podía oler un guerrero a kilómetros y definitivamente debajo de su apariencia refinada y sus buenos modales, este lo era.

—Claro que no irás, no pienso enseñarte lo que solo yo puedo ver —dije sin mencionar nada de su desliz.

—Entonces te espero en el auto, si en media hora no llevas tu culo ahí, tendrás que regresar volando. —Reí imaginando la cara de los humanos que de pronto vieran lo que parecía un enorme pájaro surcando los cielos.

Cuando regresé al bar, Dulce ya se encontraba dormida, así que me desvestí en silencio y luego me metí bajo las sábanas atrayéndola a mis brazos.

ÁNGELA



Los días pasaban y cada vez me sentía más feliz, ahora tenía una nueva familia y todos eran agradables, mis charlas con Alana eran divertidas y a veces Cam se juntaba a nosotras, la sombra de la negativa de Tarek a unirse conmigo aún se cernía sobre mí, pero evitaba pensar en ello, sabía que había perdido una esposa, así que no podía culparlo por no querer comprometerse de esa forma de nuevo. Mis momentos favoritos era cuando me hacía el amor, me acariciaba como si mi cuerpo se tratara de un templo al cual debía adorar, no me pasó desapercibido tampoco que nunca me dejaban sola, él me seguía a todos lados como una sombra y cuando tenía que salir lo hacía con Alexy o Marcus, nunca los dos al mismo tiempo, uno de ellos se quedaba vigilándome.

Caminé con Tarek detrás, era como una especie de escudo protector, cuando por fin alcancé la salida respiré aliviada, no me gustaba mucho

mezclarme con el mar de personas que a diario visitaban el bar, miré al chico frente a mí sin comprender nada. Cuando Jade me informó que mi primo Steven me buscaba, me quedé confusa pues estaba segura de no tener ningún primo y menos uno que se vistiera como él, usaba unos jeans desgastados que eran al menos tres tallas más grandes y una camiseta que le colgaba hasta la mitad de sus piernas, su cabeza se encontraba cubierta por una gorra.

—Hola —saludé sin atreverme a acercarme. ¿Y si era una trampa y mi padre envió a alguien por mí? Comencé a retroceder cuando el chico levantó la cabeza y me encontré con unos ojos demasiado familiares.

—Hola chica —respondió sonriente, abrí los ojos y la miré de nuevo sin poder creer lo que veía.

—¿S...? —Antes de que pudiera hablar se lanzó y me dio un abrazo.

—Prima, que gusto verte. —Recordé que Tarek estaba justo detrás de mí.

—Santo cielo. ¿Qué haces aquí y con esa ropa?

—Te sorprendí ¿eh? —preguntó dirigiendo una mirada a mi compañero, quien permanecía en silencio, entonces me di cuenta de que ella no quería que él supiera quién era.

—¿Qué tal si entramos y hablamos? —propuse retrocediendo hasta chocar con el pecho de Tarek, levanté la cabeza y vi que miraba a Skye con curiosidad—. Esto... él es mi primo.

—Hola —saludó ella con la mano, en un gesto demasiado femenino, él asintió y nos guió al interior.

—Podemos sentarnos en aquella mesa. —Señalé una que se encontraba vacía. Cuando llegamos allí, tomé el brazo de Tarek, necesitaba hablar a solas con mi prima. —¿Podrías dejarme sola con él? —pregunté y me miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —Su renuencia de dejarme era obvia, después de todo en los últimos días se había convertido en mi sombra.

—Porque hace mucho que no veía a mi primo y quiero hablar con él. —Estudió a Skye queriendo asegurarse de que no era una amenaza, luego asintió y se alejó.

—Santo cielo, ese hombre está loco por ti —dijo ella mirándolo, entonces

se quitó la gorra que cubría su cabeza.

—¿Qué le hiciste a tu cabello? —pregunté alargando la mano para pasarla por los cortos mechones, se encogió de hombros antes de responder.

—Pensé que así el disfraz sería más real. —Estaba totalmente desconcertada, no entendía qué sucedía, así que la tomé de la mano y la empuje para que se sentara.

—Vamos, tienes que contarme que está pasando. —La urgí y luego me senté frente a ella, en todo momento sentí los ojos de Tarek sobre mí, giré la cabeza y le sonreí. Él me devolvió la sonrisa y me lanzó un beso.

—Vaya, parece que vas a derretirte en cualquier momento. —Las palabras de mi prima me sacaron de mi nebulosa romántica.

—Bien, dime qué está pasando. —Apoyó los codos en la mesa mientras miraba todo fascinada.

—Este lugar es realmente fantástico.

—Skye, no te desvíes del tema, dime que pasó. —Dejó escapar un suspiro exasperado.

—Tu padre pretende casarme con el hermano Peter, lo recuerdas, ¿verdad? Ese que podría ser mi abuelo, que ha tenido cuatro esposas y tiene diez hijos. —Hice una mueca, por supuesto que lo recordaba, el hombre era un perverso, se la pasaba intentando tocar a las chicas de la iglesia, era lo más desagradable que había visto.

—No puedo creer que papá hiciera eso —comenté con tristeza.

—Cualquiera pensaría que a estas alturas ya conocerías sus alcances —respondió con sarcasmo.

—Lo lamento —me disculpé tomando sus manos por encima de la mesa y dándole un suave apretón—, pero eso no explica por qué estás vestida de chico.

—Cuando me negué el tío me golpeó y decidió adelantar la boda, así que se celebraría el domingo, parece que el hermano Peter prometió darle una importante donación para la iglesia a cambio de la boda. —Sentí mi estómago revolverse, Skye prácticamente había sido vendida.

—Eso es en dos días —susurré.

—Así es, por eso escapé y me vestí así, porque sé bien que aquí le será más difícil encontrarme. —Asentí en acuerdo—. Ángela, necesito que me ayudes.

—Por supuesto, puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. —Ella negó.

—No me refiero a ese tipo de ayuda, no quiero ser una carga, pero sí necesito conseguir un trabajo, así podré ahorrar algo de dinero para irme lejos.

—¿Irte a donde? —pregunté preocupada.

—A donde sea que tu padre no pueda encontrarme. —Cuando dijo aquello me hizo pensar que detrás de sus palabras había más que el lío con la boda.

—No tienes que irte. —Me miró un momento y en sus ojos pude ver una sombra de desesperación.

—Ángela, tú tienes un hombre que te ama y te protegerá de todo, incluso del pastor White, pero yo estoy sola. —Sus palabras estaban llenas de tristeza y mi corazón dolió por ella, era cierto, con la muerte de sus padres, Skye había perdido no solo a su familia sino también su libertad y la posibilidad de decidir su propia vida, cuando fue enviada a vivir en mi casa, bajo el dominio de mi padre.

—Me tienes a mí —dije sintiéndome culpable por haberla abandonado y no llevarla conmigo cuando huí, la dejé sola cuando más me necesitó.

—Sé que lo hago y te lo agradezco, pero es momento de aprender a defenderme por mí misma. —Asentí, aunque sin estar muy segura.

—¿Hay algo que pueda hacer? —le pregunté queriendo compensar un poco mi falta.

—De hecho, sí —respondió sonriendo—. ¿Qué tal si me ayudas a que me contraten aquí? —Abrí la boca, pero ninguna palabra salió de ella, miré a mi alrededor, los hombres bebiendo, parejas manoseándose y mujeres casi desnudas bailando sobre una barra.

—¿Aquí? —pregunté con voz insegura, yo misma seguía sin adaptarme del todo al lugar y solo de pensar en mi prima teniendo que tratar con los hombres

que frecuentaban el bar me dio escalofrío—. No creo que sea buena idea, nunca permitiré que atiendas a esos borrachos y ni hablar de desnudarte y bailar sobre la barra. —Ella rio y la fulminé con la mirada, a mí no me parecía gracioso.

—Obviamente no pensaba desnudarme, me vería muy ridícula al lado de esas mujeres, ¿de dónde las sacan? Parecen modelos de alguna pasarela. — Miré a las chicas que se paseaban por entre los clientes llevando bandejas y me pregunté lo mismo, Alana y yo no encajábamos mucho con ellas.

—No estoy segura —respondí haciendo mala cara.

—Bueno, por si lo olvidaste vine vestida de chico, así que planeo conseguir un empleo de muchacho —comentó como si estuviera resolviendo el misterio de la humanidad—. Si trabajo aquí podemos estar juntas. —Eso me tranquilizó, era cierto, vestida de chico no corría mucho peligro y yo podía tener un ojo sobre ella.

—Está bien, vamos a hablar con Tarek y sus amigos. —Ella tomó mi mano y detuvo mi avance.

—Recuerda que no puedes decirles que soy mujer.

—¿Ni siquiera a Tarek? —pregunté insegura, no me gustaba mentirle.

—Por favor, Ángela, —rogó poniéndome cara de cachorro herido— te prometo que no causaré problemas, pero si les dices que soy mujer ellos no me van a contratar. —Dejé salir un largo suspiro, sabía que era una mala idea, pero se lo debía, así que asentí en acuerdo.

—Pero que conste que esto no me gusta —advertí señalándola con el dedo, me sonrió feliz y luego nos encaminamos a la mesa donde se encontraban Tarek, Marcus y Alexy, a este último era a quien debía convencer, Tarek no me negaría nada que le pidiera, pero tratar con el marido de Alana era otra cosa.

—Hola —saludé y los tres se giraron para mirarme.

—Aquí está mi hermosa Dulce —dijo Tarek sentándose en su regazo mientras tomaba mi boca en un profundo beso, amaba a ese hombre con cada célula de mi cuerpo, escuché un carraspeo y me aparté para ver a mi prima mirándome con una ceja levantada, le di una sonrisa de disculpa, pero cuando estaba en brazos de mi Tarek todo lo demás desaparecía. Intenté ponerme de

pie, pero unos fuertes brazos me lo impidieron, así que opté por recostarme en su pecho, sentí que besó mi cabeza y giré mi cara para darle un beso en el cuello, luego regresé mi atención a Skye.

—Lo siento, quiero presentarles a... —Intenté decirlo, pero había olvidado por completo preguntarle que nombre usaría.

—¿Qué tal chicos? —saludó fingiendo voz de hombre, los tres lo miraron ante el uso de la palabra, creo que nadie más les había dicho así alguna vez, comencé a preocuparme de que lo hubiese arruinado, Tarek jugueteaba con mi mano sin decir nada—. Soy Steven, el primo de Ángela.

—Sí, eso, mi primo Steven —Alexy la estudió un momento y luego le tendió la mano, por un momento pensé que mi prima se amedrentaría, pero me sorprendió cuando se la estrechó con una sonrisa, sin embargo, no se me escapó la mueca de dolor que hizo por el fuerte apretón, Marcus como siempre indiferente solo le hizo un ligero asentimiento de cabeza y finalmente llegó el turno de Tarek.

—Hey “chico” —dijo acentuando la palabra—, un gusto saludarte de nuevo —le dio un ligero golpe en el hombro, o al menos era ligero para él, aunque mi prima estuvo a punto de caer al piso, luego se masajeó el lugar disimuladamente.

—Verán, Steven necesita un empleo y me preguntaba si tal vez ustedes lo podrían contratar aquí. —Los tres se miraron en una especie de conversación silenciosa.

—¿Qué sabes hacer? —interrogó Alexy.

—Puedo hacer cualquier cosa señor —respondió ella sin titubear, él pareció dudar un momento y comenzaba a pensar que se negaría. Retuve el aliento en espera de su respuesta y supe que mi prima hacía lo mismo, pues movía su rodilla de forma nerviosa, finalmente Tarek intervino.

—Podría ayudar a Cam en la bodega —propuso y sentí deseos de besarlo, Alexy echó un vistazo a Marcus quien se encogió de hombros y luego a Tarek quien sonrió y me dio un corto beso.

—Está bien, puedes quedarte. —Mi prima dio un pequeño grito de alegría y luego se recompuso.

—Se lo agradezco mucho, señor, señores —corrigió, aplaudí feliz, iba a

tenerla cerca.

—Entonces voy a enseñarle un poco el lugar y a presentarle a Cameron y Alana —comenté con entusiasmo.

—Nada de enseñarle el bar —me advirtió Tarek— eso lo harás cuando esté vacío, no te quiero cerca de ninguno de esos borrachos, no deseo asesinar a nadie esta noche. —Asentí segura de que hablaba en serio cuando decía lo de matar a alguien, conocía su naturaleza lo suficiente para saber que era capaz de hacerlo.

—Entonces solo iremos a buscar a Cam y Alana.

—Ve, Dulce, en un rato te quiero en la habitación y sin nada de ropa —susurró en mi oído, haciéndome sonrojar, una imagen de lo que me esperaba se dibujó en mi mente y un cosquilleo de anticipación recorrió mi cuerpo. Me dio un último beso y finalmente me permitió ponerme de pie, tomé a mi prima de la mano y caminamos alejándonos, aunque seguía sintiendo su mirada en mi espalda, como un imán que me atraía me giré para verlo, sus ojos ardían de deseo.

—Por todos los santos, ¿de dónde sacan a esos hombres? No puedo creer la buena suerte que tienen tú y tu amiga —comentó abanicándose, reí porque yo aún seguía sin creerlo tampoco.

Caminamos por el pasillo y luego a la puerta que conducía al sótano y hacia las habitaciones.

—Esta será la tuya —dije abriendo la puerta de la antigua habitación que ocupé cuando llegué a vivir ahí, miró el interior durante un largo rato y su sonrisa me hizo saber que le gustaba.

—Es perfecta, creo que me gusta este lugar.

—Vamos, te presentaré a Alana. —Salimos rumbo a su habitación, pero no se encontraba allí, así que seguimos por el pasillo hasta la cocina, ella estaba revolviendo algo en un bol.

—Ven, tienes que probar mi nueva receta —dijo entregándome una cuchara, me acerque para probar y la vi lanzar una mirada especulativa en dirección a Skye.

—Te presento a mi primo Steven, va a trabajar aquí. —La observó

detenidamente con una ceja levantada.

—Con que Steven ¿eh? ¿Nuestros hombres ya conocieron a tu primo? —preguntó suspicaz.

—Claro, ellos mismos lo contrataron. —Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Y ellos te creyeron que eres un chico? —esta vez se dirigió a Skye, quien me miró en busca de ayuda.

—Por supuesto, ¿por qué no iban a creerlo? —preguntó mi prima a la defensiva.

—Porque es obvio que eres una chica.

—¿Qué? —casi gritamos las dos al mismo tiempo.

—No intenten engañarme —amenazó señalándonos con la cuchara de madera que tenía en la mano—. Soy chica y reconozco a las chicas y tú definitivamente eres una. —Un gesto de preocupación apareció en el rostro de mi prima—. Pero no te preocupes, no diré nada, si ellos fueron tan tontos para no notarlo, no seré yo quien los saque de su error. —Mi prima sonrió y sus hombros se relajaron.

—Te lo agradezco, por cierto, soy Skye.

—Un placer, Skye, bienvenida, es bueno tener nuevas amigas —dijo acercándose para abrazarla.

—Hora de presentarte a Cameron —comenté.

—¿Todavía no lo conoce? —preguntó Alana con entusiasmo— Eso tengo que verlo.

Se quitó el delantal y lo lanzó sobre la mesa, luego las tres salimos rumbo a la bodega en búsqueda de Cam.

—Hey, chicas —saludó este en cuanto nos vio entrar, mientras que levantaba una caja, se había quitado su camiseta, los músculos de su vientre se marcaban a la perfección, en sus brazos se podían apreciar una serie de tatuajes, al igual que en sus costillas.

—Hola, Cam, quería que conozcas a mi primo Steven, te ayudará aquí. —Él dejó la caja y fijó su mirada en mi prima.

—¿No estás un poco flacucho? —preguntó mirándola de arriba abajo— No creo que tengas fuerza para levantar las cajas, seguro te vas a romper un brazo al primer intento. —Esperé la respuesta de mi prima, pero esta nunca llegó, así que la miré sin comprender por qué no hablaba, estaba mirando a Cam con la boca abierta, le di un codazo para hacer que reaccionara.

—¿Ah? ¿Qué? —preguntó como si acabara de salir de un trance.

—¿Estás segura de que él está bien? Parece un poco despistado —dijo Cameron.

—Sí, a veces es un poco tonto, pero es buen chico —comenté poniendo una mano en su hombro, ella se sacudió y se enfrentó a él.

—No soy ningún tonto y claro que puedo levantar cajas, tal vez no sea un musculito como tú, pero soy fuerte. —Se cruzó de brazos y separó las piernas en lo que pretendía ser un gesto típico de los hombres.

—Parece que después de todo sí habla —se burló Cam—. Creo que me agradas, chico —le dio un golpe en el hombro que de nuevo estuvo a punto de derribar a mi prima—. Bienvenido, tengo que regresar a la barra, luego vengo para explicarte tu trabajo. —En cuanto terminó de hablar tomó su camiseta que se encontraba sobre una de las cajas y luego de ponérsela salió dejándonos solas, Skye se masajeó el hombro con una mueca de dolor.

—¿Qué les pasa a estos tipos y los golpes? —se quejó moviendo el brazo, Alana rió a carcajadas.

—No vuelvas a quedarte mirándolo con la boca abierta —advertí—, se supone que eres un chico.

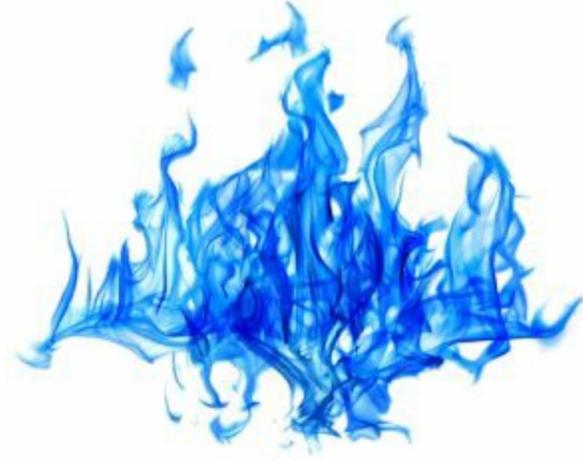
—Podría ser un chico gay —propuso Alana divertida.

—Si no querían que lo mirara con la boca abierta debieron advertirme con lo que me iba a encontrar —nos reprochó—, deberían tener un letrero en la puerta que diga: “*Ingrese bajo su propio riesgo, puede perder la cabeza o el corazón*”

Skye se adaptó pronto al bar, de hecho, parecía feliz de estar allí, lo que me hacía sentir más tranquila, a veces la escuchaba discutir con Cam, pero luego cuando él se giraba ella se quedaba viéndolo con una especie de anhelo

en sus ojos. Me preguntaba si no estaba realmente interesada en él, el problema era que Cam la seguía viendo como un chico, al igual que los demás, aún no comprendía cómo era que no se habían dado cuenta de la verdad.

TAREK



Reí en voz alta cuando vi a McKenna caminar en nuestra dirección con el ceño fruncido, el hombre parecía que tuviese un enorme letrero de neón en la frente que gritaba “*Cabrón con Dinero*”. Los clientes se giraban a mirarlo con curiosidad cuando este pasaba por su lado, aunque algunos fueron lo suficientemente inteligentes para darle solo un disimulado repaso, no había que confundirse, aun con su traje de miles de dólares el tipo se veía peligroso.

—Me siento como un puto mono de circo, todos me están mirando. —Reí con más fuerza.

—Eso es porque solo a un imbécil como tú, se le ocurriría entrar en un bar de moteros vestido con traje de diseño —respondí aún riendo, me lanzó una mirada asesina mientras se aflojaba la corbata.

—Necesito hablar con ustedes. ¿Hay un lugar menos ruidoso? —preguntó mirando en todas las direcciones, entonces de pronto su mirada se enfocó en la barra con abierta curiosidad, me giré para ver que había llamado su atención y

al único que vi fue a Cam, que iba de un lado a otro atendiendo clientes.

—¿Quién es el chico? —demandó sin apartar la mirada de él.

—Es mi hijo —respondió Alexy de forma cortante, McKenna apartó la mirada de Cam y la enfocó en mi hermano.

—No sabía que tuvieras un hijo. —Este se encogió de hombros.

—No tengo por qué hablarte de mi vida familiar. —El escocés sonrió y se metió las manos en el bolsillo.

—Yo creí que luego de salvar tu culo, seríamos como hermanos del alma, casi esperaba que llegaras a mi casa quejándote porque tu mujer te reprendió por no bajar la tapa del baño. —El aludido ignoró la broma y se puso de pie.

—Mejor vamos a la oficina, así puedes decirnos qué te trajo por aquí y vestido como si fueras a una fiesta de la realeza.

—Yo siempre me visto así —se quejó.

—Eso quiere decir que siempre te ves como payaso —me burlé, haciendo que incluso Marcus que pocas veces reía, mostrara una pequeña sonrisa al escuchar la broma. McKenna lo miró de forma reprobatoria.

—Me gustas más cuando estás en silencio ¿sabes? —le dijo, este se encogió de hombros.

—Parece que últimamente les gusto más a todos cuando guardo silencio, supongo que tengo que comenzar a hablar, así dejo de gustarles. —Pasó por el lado del escocés casi rozándolo, este negó y todos nos dirigimos a la oficina.

—Bien, Aidan, ¿qué tienes para decirnos? —preguntó Alexy una vez todos estuvimos acomodados.

—Estuve buscando en los archivos de Razvan, descubrí algo interesante. El bastardo siempre supo donde estaba su hermano, es más, lo estuvo siguiendo.

—Vaya, tu sí que eres efectivo buscando información —comenté y lo vi encogerse de hombros.

—De algo tenía que servir todos los siglos que pasé al lado del hijo de puta. —Aún no comprendía el motivo de su estadía con Razvan y lo expresé en voz alta.

—¿Por qué estabas con él si lo odias tanto? —pregunté suspicaz.

—Ese no es tu problema —respondió a la defensiva, esto me hizo pensar que sus motivos eran muy poderosos, pero él tenía razón, no era mi problema, así que lo dejé pasar y cambié de tema.

—¿Descubriste cuál es el propósito que tiene Grigore para estar en la iglesia del padre de mi mujer?

—Todavía no, pero tengo un buen plan.

—Eso me gustaría oírlo —comenté sentándome con los codos apoyados en las rodillas.

—Creo que tenemos que tener a alguien dentro de esa iglesia. —Sopesé un poco su propuesta, pero algo no encajaba.

—El padre de Ángela nos conoce a todos y aunque nunca te ha visto a ti, Grigore olerá un Demonials de kilómetros. —Él me miró con una sonrisa de suficiencia.

—Eso ya lo sé, es por eso que necesitamos que sea un humano. —Miré a mis hermanos y ambos tenían el mismo gesto que decía que estaban tan poco convencidos como yo de que funcionaría.

—¿Tienes algún candidato en mente? —pregunté, sabiendo que nosotros definitivamente no teníamos uno.

—De hecho, sí, lo hará Henry, mi mano derecha.

—¿Estás diciendo que vamos a confiarle una misión de vida o muerte a un humano? —cuestionó Alexy aún desconfiado.

—No a cualquier humano, conozco a Henry y sé que puedo confiar en él.

—No estoy muy seguro de confiar yo en él —dije con renuencia, era la seguridad de mi Dulce la que estaba en juego.

—¿Qué tiene de malo? Ustedes confían en sus esposas humanas ¿no? —Lo miré incrédulo por su comparación.

—No compares, McKenna, no es lo mismo, a menos que tú te estés metiendo en la cama con el tal Henry, en ese caso tal vez estemos en igualdad de condiciones.

—No seas imbécil, vikingo, Henry ha trabajado conmigo durante años y

antes de él lo hizo su padre. Sé que puedo confiarle mi vida. —Alexy me miró como esperando mi aprobación y en ese momento estaba dispuesto a jugarme todo por mantener a mi Dulce a salvo, incluso mi propia vida.

—Hagámoslo —dije esperando que esto funcionara.

De esa forma trazamos el plan que incluía enviar al tal Henry a la iglesia para que se convirtiera en una especie de espía, este llegaría con una buena historia, el del hombre alcohólico que su mujer abandonó y necesita la guía divina para reencontrar su camino.

—Algo no está cuadrando del todo —dije al final, no me parecía tarea sencilla que el hombre simplemente llegara de la nada—. Debe tener algo más, que llame el interés del padre de Ángela.

—¿Qué le interesa del tal Garry? O en este caso ¿de Grigore? —preguntó Alexy.

—No estoy seguro.

—¿Y si le preguntamos a tu mujer directamente? —propuso McKenna, no me agradaba la idea de involucrarla, pero era necesario saber de qué forma Grigore hacía que su padre estuviera de su lado. Asentí y salí de la oficina para ir a buscarla. La encontré charlando con su primo y Alana, ese chico era algo extraño, un poco delicado tal vez, un tanto amanerado.

—Dulce, cariño, ¿puedes venir conmigo un momento? —Ella se levantó de su sitio con una sonrisa y se acercó para rodear mi cintura con sus brazos.

—Yo voy contigo donde tú quieras —dijo recostando la cabeza en mi pecho, me incliné para depositar un beso en su cabello.

—Lo sé, y es por eso que te amo.

La tomé de la mano y la llevé de regreso a la oficina, en cuanto vio a los demás enseguida se tensó, a pesar de que había logrado adaptarse sabía que aún la intimidaban mis hermanos, especialmente Marcus quien era con el que menos hablaba y a McKenna nunca lo había visto.

—Gracias por venir, Ángela —le dijo Alexy de forma amable, ella asintió—. Él es Aidan McKenna. —Señaló al escocés quien le hizo un asentimiento de cabeza.

—Alana me habló de ti —dijo ella sorprendiendo al hombre—. Me

comentó que tú la ayudaste. —Él sonrió.

—¿Ella está bien? —preguntó refiriéndose a la mujer de mi hermano, sabía que Alana y el escocés ahora tenían una especie de amistad, desde que este la ayudó a salir de las garras de Razvan.

—Lo está —respondió Dulce, me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos, entonces se recostó en mí y puso sus brazos sobre los míos.

—Cariño, necesitamos que nos ayudes con algo —le dije y ella levantó el rostro para mirarme—, queremos que nos digas que tipo de relación tiene tu padre con Grigore.

—¿Grigore? —preguntó confundida.

—El hermano Garry —respondí.

—Ohh. —Miró de nuevo a mis hermanos y luego bajó la cabeza avergonzada—. Él le daba dinero, hacía grandes donaciones a la iglesia, pero... —Se detuvo con la mirada aún enfocada en el piso.

—Pero ¿qué? —pregunté acercándome para besar su rostro, quería infundirle confianza.

—Pero mi padre solía quedarse con la mayor parte del dinero de aquellas donaciones, incluso se quedaba con el que los demás feligreses entregaban como ofrenda.

—Cariño, mírame. —Tomé su barbilla para hacer que me mirara a los ojos—. Tú no tienes por qué avergonzarte de lo que él hacía, fue su decisión ser una mala persona y tú no eres así. —Me sonrió y la besé sin importarme que los demás estuviesen ahí. Un carraspeo nos sacó de nuestra burbuja, así que me separé de ella no sin antes darle un último beso.

—Te agradecemos mucho tu ayuda —dijo Alexy— ¿Tal vez haya algo más que puedas decirnos sobre Garry o Grigore? —Ella comenzó a negar, pero entonces se detuvo.

—Hay algo, aunque no sé si sea importante.

—Cualquier cosa que te parezca fuera de lo normal podría ser importante. —Ella lo pensó un momento, como si estuviera recordando algo.

—Bueno, Tarek dijo que ese hombre es un demonio, ¿a los demonios les

gustan los símbolos?

—¿Símbolos? ¿A qué símbolos te refieres, Dulce? —pregunté mirando a los demás que lucían expresiones igual de confusas.

—Aquella vez, mientras organizaba la boda que curiosamente no sabía que era la mía con ese sujeto —ironizó haciéndome apretar los puños al recordar que el maldito intentó quedarse con mi mujer—, me sorprendió que mi madre en lugar de flores, que es lo habitual que se usa en las bodas sacara cintas negras, además sobre el púlpito puso una especie de mantel negro y este tenía unos grabados, eran como símbolos muy extraños que yo nunca había visto. — Todos nos quedamos en silencio sopesando sus palabras, pero entonces McKenna pareció caer en cuenta de algo y comenzó a rebuscar en el bolsillo de su traje, extrajo su teléfono y luego de buscar algo en él, mostró la pantalla a Dulce.

—¿Cómo estos símbolos? —Ella observó la fotografía que él le enseñaba un momento y luego asintió varias veces.

—Esos mismos —respondió finalmente.

—¿Qué son? —pregunté ansioso.

—No estoy muy seguro —contestó buscando una serie de imágenes y enseñándolas—. Los descubrí en los archivos de Razvan, llevo algunos días tratando de descifrarlos, pero no he conseguido nada, parece alguna especie de escritura muy antigua, pero no pertenece a ningún idioma conocido.

—Mierda, algo más que agregar a nuestros problemas —me quejé.

—Es hora de irme, cuando tenga todo listo para enviar a Henry les avisaré.

—Vamos a necesitar una buena suma de dinero, esa será su carta de entrada a la iglesia, haciendo una buena donación logrará tener al padre de Dulce en el bolsillo. —Ya estaba haciendo cuentas en mi cabeza cuando el escocés me sorprendió.

—Yo me encargaré del dinero, por eso no se preocupen, los llamaré cuando tenga todo arreglado.

Dos días después, McKenna nos informó que el plan estaba en marcha, esa misma tarde su empleado Henry llegaría a la iglesia fingiendo ser un rico alcohólico, a quien su mujer había abandonado, cuando mencionó la suma que donaría a la iglesia me sorprendió. El hombre sí que sabía como gastar el dinero, era bueno que tuviera tanto. Fui a la habitación a buscar a mi mujer para contarle los últimos acontecimientos, cuando escuché los sonidos propios del vómito y me apresuré al baño, mi Dulce estaba arrodillada, pálida y con la frente perlada de sudor.

—Dulce, mi Dulce ¿estás bien? —pregunté tomándola en brazos para llevarla a la cama, completamente aterrado de que estuviera enferma.

—Lo estoy —respondió con una sonrisa—. Estoy más que bien. —Acababa de verla vomitando y no comprendía cómo eso era estar bien.

—¿Quieres que te lleve a algún hospital? —Odiaba no saber qué hacer, desde que nosotros no sufríamos de ninguna enfermedad no conocía nada sobre estas, me sentía inútil.

—No es necesario, ya sé lo que tengo —respondió con una tierna sonrisa, mientras levantó la mano para acariciar mi rostro.

—¿Lo sabes? —pregunté confuso— ¿Por qué no me habías dicho que estabas enferma? —Se sentó y tomó una de mis manos entre la suyas, luego recostó la cabeza en mi pecho.

—Creo que estoy embarazada. —Me levanté tan rápido que estuvo a punto de irse de bruces, la miré horrorizado negando con la cabeza.

—No, un bebé no, no no no... —Salí corriendo de la habitación mientras la escuchaba gritando mi nombre.

Me apresuré por el pasillo casi atropellando un trio que se prodigaba caricias, cuando llegué a la barra le pedí a Cam que me diera una botella de whisky, una vez la tuve en mis manos regresé y entré a la oficina de Alexy, este se encontraba con Marcus y ambos estaban enfrascados en alguna discusión, me dejé caer en el sofá y abrí la botella para comenzar a beber como si fuese agua.

—¿Maldición por qué mierda no puedo emborracharme? —me quejé

lanzando la botella, que se hizo añicos al estrellarse con la pared. Alexy se levantó de su lugar y caminó para sentarse a mi lado.

—¿Está todo bien? —preguntó, negué sin saber que decir, un nudo oprimía mi pecho, una imagen de Unne y Bjarne se había formado en mi cabeza en cuanto Ángela me habló del embarazo, sus pequeños cuerpos decapitados. Un fuerte dolor atenazó mi corazón, apreté ambos lados de mi cabeza queriendo alejar esa imagen, pero no se borraba, nunca se iba.

—¿Tarek que sucede? —interrogó Marcus, intenté hablar y decirles lo que pasaba, pero sentía algo aprisionando mi pecho. Negué y luego dejé salir una bocanada de aire.

—Dulce está embarazada —dije apoyando los codos en las rodillas y sosteniendo mi cabeza con las manos.

—¿Eso no es algo que te haga feliz? —pregunto Alexy. ¿Cómo responder a eso?

—No lo sé, maldición estoy muy asustado, tengo miedo de no poder protegerlos y perderlos como lo hice con Agot y mis hijos, no podría soportarlo. Dulce es mi vida y ahora esto, ¿cómo voy a protegerlos? —pregunté sintiéndome impotente, entonces sentí la mano de Alexy posarse en mi hombro y levanté la cabeza para mirarlo.

—¿Consideras que Marcus y yo somos culpables de las muertes de nuestros seres queridos? —Me sentí confuso por su pregunta, que en ese momento no tenía ningún sentido para mí.

—Por supuesto que no, tú eras apenas un niño y a Marcus y su familia los atacó un ejército, no había nada que ustedes pudieran hacer. —Me dio un ligero asentimiento.

—Eso es correcto, por ello tú no eres más culpable que nosotros, no había nada que pudieras hacer tampoco, eras tú solo con muchos de ellos, no puedes culparte por lo que pasó. —Miré de nuevo al piso sin estar seguro de que decir —Tarek, tu eres nuestro hermano, y ya no estás solo, nosotros estamos contigo y vamos a proteger a tu mujer y a tu hijo con nuestras vidas, como sé que harían ustedes con Alana, ya no somos una presa fácil.

—Ella es humana, ¿qué pasa si el bebé es más como yo? Ni siquiera sabía que pudiera embarazarse. —Un gesto de preocupación ensombreció el rostro

de Alexy, quien miró a Marcus.

—Eso es algo que no podremos saber aún, tal vez para ella el embarazo sea normal, las mujeres de nuestra raza gestan los bebés durante nueve meses igual que las humanas.

—Pero ellas son fuertes al igual que los niños, Dulce es frágil. ¿Qué, si no puede soportarlo? —Sentía que el aire abandonaba mis pulmones de solo pensar en la idea que mi Dulce muriera por mi descuido si no podría soportar llevar un bebé Demonials en su vientre.

—Creo que tienes que calmarte —aconsejó Marcus—. Ella necesita que seas fuerte, entiendo que estés asustado, pero no es momento de perder la razón.

—¿Asustado? —pregunté incrédulo— Maldición estoy aterrado, si la pierdo yo mismo me cortaré la cabeza.

—Eso lo tenemos claro, por tal motivo nos encargaremos de que nada suceda. ¿Qué te parece si mejor te felicitamos? Y luego nos preocupamos por lo que venga —comentó Alexy dándome una sonrisa, en ese momento respiré un poco mejor, el miedo no iba a irse, pero al menos tenía la certeza de poder apoyarme en ellos. Ambos me felicitaron y entonces me di cuenta de algo.

—Mierda, salí como loco y dejé a Dulce sola cuando apenas me dio la noticia.

—Yo propongo que le cortemos la cabeza nosotros por portarse como un cabrón con su mujer embarazada —dijo Marcus con un gesto de desaprobación, sabiendo que él tenía razón y merecía que me patearan el culo, me levanté y regresé corriendo a mi habitación.

Al abrir la puerta la encontré acostada en la cama dándome la espalda, tenía las rodillas pegadas a su pecho, en posición fetal, cerré tratando de no hacer ruido y caminé despacio hasta llegar a su lado, me puse en cuclillas y mi corazón se rompió cuando vi el rastro de lágrimas en sus ojos. Era un verdadero hijo de puta por haberla lastimado, acaricié su mejilla con el dorso de mi mano, abrió los ojos y su mirada brillante se enfocó en mí, estos estaban rojos e inflamados producto del llanto.

—Lo siento, perdóname mi Dulce —dije pegando mis labios a su frente—.

Lamento tanto haberme comportado como un imbécil, por favor no llores, mi corazón se rompe cuando te veo llorar.

—Tú no quieres al bebé. —Sollozó haciéndome sentir peor de lo que ya me sentía.

—No digas eso por favor, no lo digas nunca, tú eres mi vida y él es una parte tuya, por supuesto que lo amo, solo estoy muy asustado de perderte. — Me senté atrayéndola a mi regazo, sus brazos rodearon mi cuello y apoyó la cabeza en mi pecho, acaricié su espalda al tiempo que besaba su cabello.

—No nos vas a perder —habló levantando la cabeza para mirarme—. Siempre vamos a estar contigo. —Me incliné y tomé sus labios en los míos, estos se sentían tan cálidos y dulces, nunca me cansaría de besarla, era como si lo necesitara para mantenerme vivo, sin apartar mis labios de los suyos la recosté y me acomodé a su lado, pasé un brazo por debajo de su cabeza para que quedara apoyada en él, con el otro la atraje más hacia mí, mi mano comenzó una lenta caricia por su espalda y luego las caderas, hasta llegar a su vientre plano donde crecía mi bebé. “*Mi bebé*”, en ese momento una sensación de felicidad de apoderó de mí, me aparté y me senté bajo su atenta mirada, levanté su blusa para dejar al descubierto su vientre plano y luego bajé la cabeza para besarlo, ahí crecía una pequeña vida que ambos habíamos creado, terminé por quitarle la blusa y dejarla solo con su sujetador que un segundo después también estuvo fuera.

—Amo tus pechos —dije tomando uno de sus pezones en mi boca para succionar con fuerza, ella gimió y se arqueó acercándolo más a mí—. Creo que voy a disfrutarlos ya que, en unos pocos meses, alguien más lo hará por mí. —En ese momento una imagen suya amamantando a nuestro bebé se dibujó en mi mente haciendo que mi corazón se llenara de orgullo.

—Tal vez puedan compartirlos —comentó con voz entrecortada y sosteniendo mi cabeza para mantenerla en el lugar, mi mano se fue deslizando hasta colarse dentro de sus jeans y luego en su ropa interior, cuando por fin encontré el lugar que deseaba, mis dedos acariciaron su suave botón, uno se coló en su interior que se encontraba húmedo y resbaladizo—. Tarek por favor —dijo levantando sus caderas y empujando más hacia mi dedo.

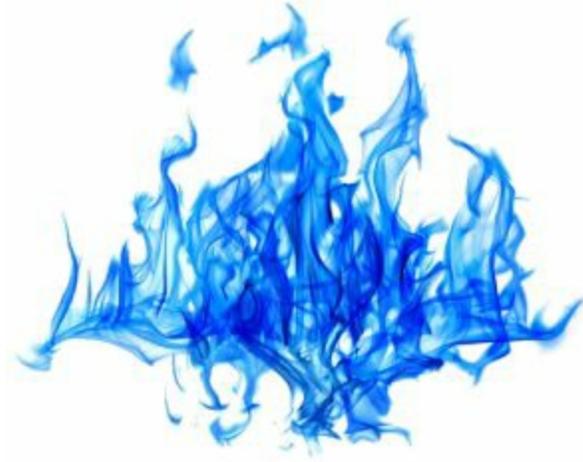
Me deshice de sus jeans tratando de no romperlos y luego me puse de pie para desnudarme yo también, la recosté y separé sus piernas, luego me incliné

para probarla, amaba hacerle el amor. Chupé su clítoris y se retorció gimiendo, y acercando sus caderas más a mí, introduje dos dedos y los moví en círculos hasta que encontré ese punto que la hacía enloquecer, seguí con mi tortura y cuando supe que estaba a punto de llegar al clímax, me aparté y me acomodé sobre ella. Separó más sus piernas dándome espacio y poco a poco fui entrando en su calidez, nuestras miradas se mantuvieron fijas la una de la otra, sus ojos brillaban con pasión, comencé a embestirla con fuerza, mientras sus manos se aferraban a mis hombros.

—Te amo —dijo mientras llegaba al éxtasis gritando mi nombre, un segundo después la seguí.

—También te amo, Dulce. —La besé y luego me giré para quedar de lado y no aplastarla, permanecemos unidos, solo disfrutando de la cercanía, poco a poco su respiración se fue acompasando hasta quedar profundamente dormida. Mientras velaba su sueño, el temor de perderla regresó, acaricié su vientre y rogué por tener la fuerza para protegerlos.

ÁNGELA



Levanté el pequeño suéter de color blanco para admirar como había quedado, de todas las cosas que me enseñó mi madre y que no había pensando poner en práctica, tejer era una de ellas, pero debía admitir que me encantaba hacerlo. Solo de imaginar a mi bebé llevándolo puesto me llenaba de emoción, un movimiento llamó mi atención y cuando levanté la cabeza Tarek se encontraba de pie en la puerta con la vista fija en la pequeña prenda. Sus ojos brillaban con emoción y algo parecido a la tristeza, mi corazón se encogió al recordar su historia, seguramente él pensaba en sus hijos, aquellos que no tuvo la oportunidad de ver crecer. Lentamente comenzó a acercarse hasta ponerse en cuclillas frente a mí, sin decir nada tomó la prenda de mis manos y la observó con amor.

—Es hermoso, él se verá muy guapo con esto —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo sabes que es un él y no una ella? —dije acariciando su mejilla, su mirada se apartó del suéter y se enfocó en mí, con el ceño fruncido.

—Porque si es una ella tendré que matar a todos los cabrones que se atrevan a mirar a mi niña. —Mi corazón se agitó y una sensación de felicidad me invadió, Tarek sería un buen padre, él amaría a nuestro hijo y por encima de todo, lo protegería.

—Él o ella será un bebé realmente afortunado, tendrá al mejor padre del mundo —dije inclinándome para besarlo.

—Y a la madre más hermosa y cariñosa que un niño pueda tener. —Tomó mi cara en sus manos y comenzó a besarme, rodeé su cuello con mis brazos para atraerlo más a mí, se alejó para luego ponerse de pie y sentarse en el sofá atrayéndome a su regazo. El beso continuó mientras su mano se colaba bajo mi blusa para acariciar mi vientre, esta subió un poco más hasta llegar a mis sensibles pechos que clamaban por su atención, estaba a punto de pedirle que me quitara la ropa y me hiciera el amor, cuando un golpe en la puerta hizo que nos alejáramos.

—Es hora de irnos —gritó Alexy al otro lado— McKenna nos está esperando.

—Maldición, que un hombre no pueda hacerle el amor a su mujer en paz —chilló de vuelta haciendo que me sonrojara—. Lo siento, Dulce, tengo que ir, el Highlander por fin parece que encontró la pista que necesitamos, te prometo que regresaré pronto, espérame desnuda.

—Solo espero que no haga mucho frío y termine congelándome —respondí con una sonrisa.

—No habrá tiempo de eso, regresaré lo más pronto posible. —Me puso de pie y se inclinó apoyándose en una de sus rodillas, levantó mi blusa y luego de darme un beso le habló al bebé—. Amiguito, tienes que cuidar a mamá por mí, sé un buen chico. —Cuando se puso de pie me dio un último beso de despedida.

—Te amo —dije aferrándome a sus labios.

—También te amo, no tardaré. —Lo vi irse, y entonces una sensación de fatalidad me embargó, sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo y me abracé tratando de calentarme, decidí dejar el tejido e ir a buscar a Alana, y proponerle que hiciéramos algo de comer, en ese momento no quería estar sola.

Mientras depositaba sobre la encimera los ingredientes que necesitábamos para la cena me di cuenta de que Alana parecía distraída, incluso noté una sombra de tristeza en su semblante.

—¿Está todo bien? —pregunté acercándome para poner mi mano en su hombro, ella negó y una lágrima brotó de sus ojos bajando por su mejilla.

—Hoy es el cumpleaños de Abby, al fin cumple dieciocho. Será libre, el problema es que aún no sé donde está. —Arrastré una silla para sentarme a su lado.

—Lamento que no hayamos podido hacer nada. —Se limpió las lágrimas y asintió.

—Lo sé, es solo que me siento muy frustrada, eso y que no puedo salir a buscarla, Alexy no me deja poner un pie fuera del bar. —Me sentí culpable de escucharla, sabía que eso se debía al hermano Garry, Tarek tenía miedo de que me encontrara, por eso también protegían a Alana, para evitar que saliera lastimada.

—Lo lamento mucho, todo es por mi causa. —Ella negó y me dio un abrazo.

—Claro que no, nada es tu culpa, es por el demente ese que te persigue, es por eso que tenemos que cuidar del bebé —dijo poniendo la palma de su mano sobre mi vientre, desde que se dieron cuenta del embarazo, todos me trataban como si fuera a romperme—. ¿Qué tal si mejor nos ponemos a cocinar? —preguntó cambiando su ánimo, nos levantamos y comenzamos la tarea.

—Creo que nos falta vino —comenté leyendo la receta— ¿Crees que haya en la bodega? —Ella hizo un gesto no muy convencida.

—La verdad no lo creo, aquí no son tan sofisticados, pero igual nada perdemos con averiguar, iré a ver si encuentro algo —propuso quitándose su delantal.

—Mientras voy a ir cortando los vegetales. —Tomé el cuchillo y comencé a cortar tarareando una canción, cuando de pronto sentí los bellos de mi nuca

erizarse, me giré despacio sin soltar el cuchillo y me encontré con una mirada que me paralizó—. ¿Necesitas algo? —pregunté al hombre que había visto apenas en una ocasión, pero cuyo rostro no había olvidado.

—Sí, te necesito a ti —respondió Morgan con una sonrisa malvada— Ángela es tu nombre ¿verdad?

—Así es y te aconsejo que te vayas, a Tarek no le gustará nada verte aquí. Ninguna persona puede ingresar sin autorización. —El hombre sonrió y comenzó a caminar rodeándome, apreté el cuchillo con fuerza dispuesta a defenderme.

—Él está tan preocupado buscando el peligro afuera, que no se dio cuenta que en realidad el peligro siempre estuvo frente a sus narices. —El temor se apoderó de mí, Tarek había salido con Alexy y Marcus, por lo general uno de ellos permanecía en el bar cuando los otros se iban, pero esta vez parecía un asunto de suma importancia y por ello salieron todos.

—No te entiendo —dije retrocediendo y chocando con el borde de la encimera, él rio enseñándome unos dientes blancos que resaltaban con el color de su piel oscura.

—Grigore está impaciente por verte. —El temor se convirtió en terror cuando escuché ese nombre.

—Aléjate de mí —dije amenazándolo con el cuchillo, el hombre dejó salir una carcajada.

—Me divierte que pienses que podrías lastimarme con eso. —Entonces comenzó a cambiar, vi sus ojos ponerse rojos como las llamas, de su frente brotaron cuernos y unas enormes alas, se desplegaron arrojando todo lo que había sobre la encimera con un estruendo. Ver a Tarek convertido era una cosa, ver a este hombre convertido y enseñándome unos afilados colmillos era otra bastante aterradora, aún así no bajé el cuchillo ni abandoné mi posición, tal vez no tuviera la fuerza para enfrentarlo, pero tampoco sería sumisa y permitiría que me llevara, sin al menos pelear.

—Me parece que te perdiste de lugar Morgan. —La voz que provenía de la puerta nos alertó a los dos, cuando miré en esa dirección me sorprendió ver a Jade ahí. Era Jade claro, pero tenía el mismo aspecto de Morgan, sus ojos brillaban y sus alas estaban extendidas, además también tenía cuernos, por alguna razón en ella esa apariencia se veía casi hermosa.

—Mi querida Jade, ¿ahora piensas jugar a la buena samaritana? —se burló él y ella gruñó.

—Al menos no soy una hija de puta como tú, que vende a los de su propia raza cuando estos le han dado cobijo.

—No te pongas dramática, además deberías agradecerme, si la humana no está el vikingo será solo para ti. —Ella bufó y comenzó a inclinarse adoptando una posición de ataque.

—Yo no quiero lo que no me pertenece, así que si piensas llevarte a su mujer tendrás que pasar sobre mi cadáver.

—Ohh, pues entonces será un gusto complacerte —dijo con una sonrisa malvada.

Apenas terminó de hablar se lanzó por ella, mientras tanto yo solo podía observar el espectáculo paralizada, cuando estaba a punto de alcanzarla, Jade se elevó, pero él hizo lo mismo y terminaron chocando con el techo. Miré a la puerta tratando de ver si podía llegar a ella, pero la pelea se desarrollaba muy cerca, no había forma de que pudiera salir, entonces recordé a Alana y recé para que no se le ocurriera regresar en ese momento. Jade empujó a Morgan quien voló por el aire y cayó sobre la mesa rompiéndola, este se levantó rápidamente y fue de nuevo por ella, logró derribarla y sentarse a horcajadas sobre su vientre, levantó sus garras y entonces comprendí lo que pasaría. Sin pensarlo corrí y con toda la fuerza que pude, clavé el cuchillo en su espalda, Morgan rugió de dolor y se giró en mi dirección, retrocedí y vi la furia en sus ojos cuando comenzó a venir por mí. Pensé que iba a matarme, pero Jade lo detuvo tomándolo por una de sus alas, con un movimiento rápido la cortó, un grito de dolor escapó de la boca del hombre quien dirigió su furia hacia mi salvadora, ella lo observaba con una sonrisa.

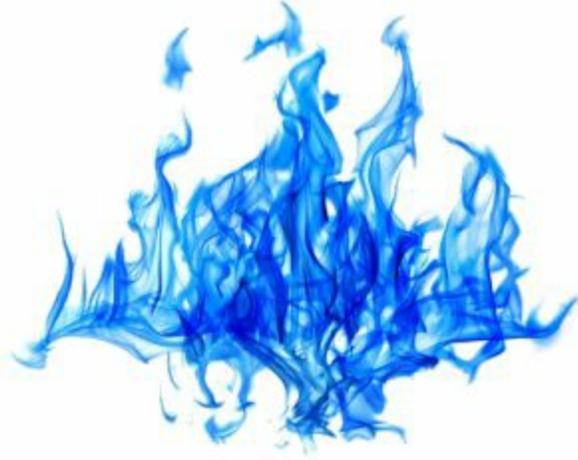
—Maldita puta, pagarás por esto. —Atacó de nuevo y ambos terminaron revolcándose en el piso en una lucha feroz, comencé a gritar pidiendo que vinieran a ayudar, pero nadie me escuchaba, entonces llegó el final, Morgan logró neutralizar a Jade rodeándola con sus piernas y brazos, me recordaba a una enorme boa constrictor. Busqué por todos lados algo que me sirviera como arma para ayudarla, pero no hubo tiempo. Cuando miré de nuevo, en sus ojos pude ver un gesto de disculpa, antes de que el hombre con una de sus garras cortara su cabeza. Me tapé la boca viendo con horror el cuerpo decapitado,

sentí mi estómago revolverse y un fuerte dolor oprimió mi pecho cuando comprendí que ella había muerto tratando de defenderme, comencé a llorar sosteniéndome de la encimera.

—Se acabó el juego, puta humana. —Morgan estaba sangrando y una de sus alas colgaba apenas de un pequeño trozo de carne, con furia la tomó y él mismo terminó de arrancarla—. Si no quieres terminar como ella, vendrás conmigo, a mí no me importa una mierda acabar contigo. —Asentí dispuesta a seguirlo, él no era un enemigo al que pudiera enfrentarme y tenía que pensar en mi hijo, regresó a su apariencia humana pero sus ojos no perdieron el color rojo. Me tomó el brazo con fuerza y me empujó haciendo que tropezara con el cuerpo de Jade, estuve a punto de caer de bruces, pero logré sostenerme de la pared, cuando pasé la miré pidiéndole perdón en silencio mientras lloraba por su sacrificio.

Morgan me sacó por la puerta trasera y me llevó hasta una camioneta donde me obligó a subir, luego ató mis manos y me puso una mordaza, cuando comenzó a alejarse del lugar y pasó por el frente del bar lloré con más fuerza preguntándome si alguna vez regresaría, afuera algunos de los clientes fumaban y se paseaban ignorantes de lo que me sucedía.

Al auto avanzaba y cuando comprendí que se estaba alejando de la ciudad mis esperanzas decayeron, la imagen de Jade siendo decapitada seguía dando vueltas en mi cabeza, nunca esperé que fuera precisamente ella quien tratara de ayudarme.

GRIGORI

Admiré las paredes de la cripta totalmente cubiertas de símbolos, preparé este lugar especialmente para llevar a cabo mi objetivo, cuando lo mandé a construir me aseguré de que se siguieran al pie de la letra mis indicaciones, nada podía fallar. Por fin los siglos de espera iban a terminar, mil años buscándola y al fin lo había conseguido, nada iba a detenerme ni siquiera el hombre que se estaba convirtiendo en una enorme piedra en mi zapato, me acerqué al nicho donde descansaba el pequeño cofre de madera, en su interior se encontraba la llave de mi poder, con regocijo lo abrí y acaricié la superficie rústica del antiguo texto, mi propio libro sagrado. Él guardaba todos los secretos oscuros, era para muchos, conocido como la puerta al infierno, yo lo llamaría la puerta a mi propio reino. Durante siglos recorrí el mundo buscándolo, llegué a creer que no era más que una estúpida leyenda, pero entonces, cuando ya había perdido toda esperanza lo hallé en un remoto pueblo de Italia, oculto en una abadía y custodiado por un grupo de monjes, cada uno de ellos perdió la vida cuando se negaron a entregarme el

preciado tesoro, recordar aquel momento era una especie de éxtasis, mientras su sangre cubría todo el lugar, yo por fin me apoderaba de mi botín.

«Maldito Tarek Arngeir, tú no vas a intervenir en mis planes, ya te destruí una vez y lo volveré a hacer con gusto», reí al recordar aquel día, cinco siglos atrás. Fui yo quien cortó la cabeza de su esposa, una sensación gratificante me recorrió al recordar el momento, ella lloró y suplicó por la vida de sus hijos, sin saber que en mí no había un solo gramo de compasión.

—¿Señor? —Me giré ante el llamado de Apollonius uno de mis más fieles servidores, este se encontraba en la puerta sin atreverse a cruzarla a menos que yo se lo permitiera, había logrado salir de las fauces del infierno, donde no era más que un demonio menor con pocas responsabilidades, por eso cuando le prometí lo que allí no lograría conseguir, el poder de dirigir el mundo, se convirtió en mi perro fiel. Esa era mi ventaja, mientras Razvan quiso reclutar a guerreros Demonials, yo fui más inteligente, mi ejercito estaba compuesto enteramente por demonios, seres viles, sedientos de sangre, incapaces de un acto noble—. Señor, Morgan acaba de llegar y trae la mujer con él. —“Señor”, mi palabra favorita, eso sería a partir de esta noche, el amo y señor del mundo, ni siquiera el mismísimo rey del infierno tendría tanto poder.

Salí de la cripta y él se hizo a un lado para dejarme pasar, al tiempo que bajaba la cabeza en señal de sumisión, subí las estrechas escaleras hasta llegar al interior de la iglesia, allí se encontraba ella, la mujer que sin saberlo me llevaría a la gloria absoluta, tenía las manos atadas y la boca cubierta por una mordaza, Morgan estaba justo detrás.

—Querida Ángela, que gusto me da verte. —Cuando escuchó mi voz, su cara se transformó y por primera vez vi en ella un gesto de odio, asentí en dirección al Demonials para que le quitara la mordaza.

—¿Para qué me trajiste aquí? —preguntó mirando hacia todos lados— No sigas pensando en tu absurda idea de casarnos, eso no va a pasar. —Reí ante su acto de valentía.

—Parece que tus modales han cambiado un poco últimamente, y no, no debes preocuparte, ya no es el matrimonio lo que me interesa de ti, de hecho, debo confesarte que esa nunca fue mi intención. —Sus ojos brillaron con furia.

—Estás loco. ¿Qué es lo que quieres? —gritó.

—Tu alma —respondí con una sonrisa, retrocedió chocando con el pecho de Morgan quien la detuvo, estaba a punto de dar la orden de que comenzaran a prepararla, cuando me di cuenta de algo, la pequeña llama no podía pasar desapercibida—. ¡Estás embarazada! —Negó tratando de soltarse del agarre de su captor—. Así que Arngeir puso su semilla en ti, sabía que te convertiste en su puta, pero no hasta que punto habían llegado sus encuentros amorosos.

—No te atrevas a ensuciar lo que hay entre Tarek y yo, él es el hombre que amo y el padre de mi hijo. —Defendió a su hombre con fiereza, y no me esperaba menos de ella, otra nueva ola de satisfacción me invadió cuando comprendí las ventajas de su estado.

—Ángela, Ángela, antes me eras útil, ahora tienes el doble de utilidad. ¿Qué hay más puro que el alma de un bebé? —Un gesto de horror se dibujó en su rostro cuando comprendió el significado de mis palabras.

—Tarek te matará si le haces daño a mi bebé. —No pude evitarlo, reí a carcajadas, el eco de estas resonó en toda la iglesia.

—Hace casi quinientos años, su esposa y sus hijos lloraron y suplicaron y él no estuvo ahí para defenderlos, ¿qué te hace pensar que ahora si lo hará contigo? —Una pequeña sonrisa de satisfacción apareció en sus labios sorprendiéndome.

—Que ahora tú no tienes un ejército y Tarek no está solo —respondió de manera desafiante. Sabía de los hombres que acompañaban a Arngeir, uno de ellos era el hijo de Razvan, también sabía que el imbécil de mi hermano trató de matar a su propio hijo y falló, pero yo no lo haría, acabaría con ellos, cada uno representaba un problema para mí, pero me encargaría de limpiar mi camino de posibles tropiezos.

—Me subestimas, mujer.

—No, tú los subestimas a ellos —dijo levantando el mentón con orgullo.

Hice un gesto a Apollonius quien la sujetó del brazo y se la llevó para prepararla para el ritual, faltaban pocas horas para que diera inicio a mi ascenso al poder.

—¿Cómo te fue? —pregunté a Morgan quien lucía molesto.

—Perdí una de mis alas en una lucha. —Enarqué las cejas preguntándome si lo habían descubierto.

—¿Cuál de los hombres te atacó? —Esperaba sinceramente que el Demonials se hubiese desecho de alguno, eso me ahorraba mucho trabajo, no era tonto y sabía que los tres eran guerreros poderosos, pero entonces negó y la decepción acudió a mí, era mucho esperar de un simple perro faldero que solo recogía las sobras que le arrojaran.

—Ellos no estaban, quien me atacó fue una de las hembras, tuve que acabar con ella. —Hice una mueca de disgusto.

—Por mí como si hubieses acabado con el antro completo, para lo que me importa, lo que realmente me sorprende es que una mujer lograra causarte tanto daño. —Sus ojos brillaron con furia.

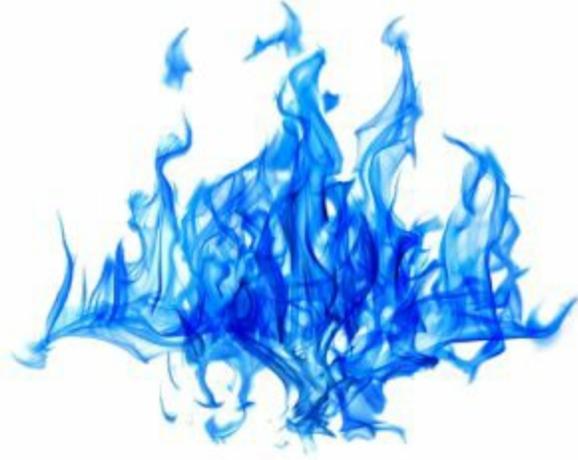
—Las mujeres de mi raza son tan fuertes como cualquier hombre, aunque eso tú deberías saberlo. ¿Acaso no fuiste un Demonials alguna vez? —Pensé en su pregunta, por supuesto que había nacido siendo un Demonials, pero en algún momento de mi vida había decidido que quería ser algo más, por ello renuncié a todo entregándome completamente al lado oscuro, aunque eso había sido tanto tiempo atrás que ya poco recordaba de mi vida pasada.

—Como quieras, igual no tiene importancia, lo que realmente importa es que ya no lo soy. —El Demonials me lanzó una mirada desafiante—. No me mires así Demonials, tú no eres mejor que yo, ¿acaso no acabas de traer una inocente para ser sacrificada?, eso sin contar que mataste a una de tus hembras en el proceso, sabes que en el fondo eres más parecido a mí de lo que quieres reconocer.

—Yo solo quiero lo que me prometiste —gruñó, su arrogancia comenzaba a molestarme.

—Lo tendrás —hice una pausa retándolo—. Cuando yo decida que es el momento.

Sin darle tiempo a decir nada más me alejé, tenía muchas cosas que preparar y no iba a perder mi tiempo con un bastardo que ya no me servía a mis propósitos, tendría suerte si le permitía vivir.

TAREK

—¿Estás seguro de que este es el lugar indicado? —pregunté a McKenna comenzando a perder la paciencia, llevábamos al menos dos horas en la vieja bodega tratando de hallar la forma de entrar al lugar, donde sospechábamos se escondían los secretos de Razvan.

—Ya te dije que sí, no creas que me tomé el trabajo de comprar esta pocilga solo para que no fuera el lugar correcto, estudié muy bien los planos, cuando descubrí que no había forma de ingresar por el antiguo edificio de Razvan, me tomé el tiempo de buscar algunos planos de la manzana completa, así tal vez hallaría otra forma de entrar. Fue como descubrí que en los años cincuenta estos dos edificios se conectaban mediante un túnel subterráneo, en alguna parte de esta pared debe de haber una puerta que fue sellada.

—Espero que tengas razón y no hayamos venido hasta aquí en vano, no me agrada nada haber dejado a mi mujer sola —comenté mientras seguía golpeando la pared, por fin llegué a un lugar donde los sonidos que hacía eran diferentes, seguí golpeando haciendo un rectángulo—. Creo que lo conseguí —

dije eufórico, los demás se acercaron y McKenna comprobó.

—Lo tienes vikingo, ahora hay que romper.

—Con gusto —dije y levanté la pierna, con una fuerte patada la pared se rompió y trozos de concreto se esparcieron por todos lados, al otro lado nos encontramos con un oscuro agujero. Fui el primero en ingresar al estrecho túnel, olía a moho y algunos pequeños bichos revoloteaban de un lado a otro, comenzamos a bajar por unas empinadas escaleras, caminé esquivando telarañas mientras los demás me seguían, era bueno que pudiera ver en la oscuridad, aún así esta era una tarea bastante desagradable. Habíamos avanzado unos cien metros, cuando nos topamos con una nueva pared—. Retrocedan —dije apoyando los brazos a los costados y levantando la pierna para patearla, al igual que la anterior esta cedió con suma facilidad, comencé a tirar los restos de concreto para que la abertura fuera más grande, esta vez nos encontramos en un pasillo más amplio y completamente más limpio, definitivamente estábamos en terreno de Razvan.

—Según los planos al final de este pasillo encontraremos una puerta —habló McKenna comenzando a caminar adelante, lo seguí y apenas habíamos dado unos pasos cuando dimos con ella, a un lado había un panel numérico, el escocés rápidamente digitó un código y la puerta se abrió.

—¿Cómo sabías la clave? —Me miró con una sonrisa de suficiencia.

—Hallé un archivo con algunos códigos, todo ellos abrían las puertas del edificio, excepto uno, así que no era difícil adivinar cuál de ellos abría esta puerta.

Entramos al pequeño recinto, donde había una serie de archivos.

—Parece que tenemos mucho trabajo —comentó Marcus paseándose por el lugar observando los archivadores.

—En realidad no, sé exactamente lo que buscamos —respondió McKenna.

—¿Y eso es? —pregunté deteniéndome frente a un pequeño arcón, que se encontraba sobre una mesa.

—Justo eso que estás viendo. —Lo miré sin comprender qué tenía que ver un baúl viejo, se acercó y rompió la cerradura, dentro había un libro antiguo con una cubierta de cuero.

—¿Qué es? —preguntó Alexy acercándose a nosotros.

—La respuesta a todas nuestras preguntas —respondió McKenna abriendo el libro, luego buscó su teléfono y abrió una imagen que nos enseñó para que comparáramos con las del libro.

—Son los símbolos de los que hablaba Ángela —dije tomando el libro de sus manos y estudiándolo con curiosidad.

—Así es —contestó tranquilo, seguía sin ver la utilidad del texto.

—Vinimos hasta aquí solo por un libro viejo.

—En realidad no es solo un libro viejo, aunque este no es el original sino una copia, se conoce como *La puerta al Infierno*, según las viejas leyendas dentro de este texto se encuentra el secreto para liberar todo el mal del mundo y quien lo haga será poseedor de un poder infinito, aparentemente Razvan tenía conocimiento de los propósitos de su hermano, pero lo subestimó lo suficiente como para pensar que el hombre no lograría alcanzarlos. Esta fue la razón por la que no se molestó en buscar el libro original cuando halló esta copia, o tal vez pensó que tendría tiempo suficiente para buscarlo él mismo, ya que la copia no es ni de lejos tan peligrosa como el otro.

—¿Y dónde está el original? —demandé comenzando a sospechar que no me gustaría la respuesta.

—Si mis instintos no me fallan, en manos de Grigore.

—Maldición, un loco con un arma mortal —me quejé.

—Eso no es todo —dijo el escocés mirándome con una mueca.

—No me digas que hay algo peor que eso. —El asintió, sentí la piel de mi cuello erizarse.

—Esa es la razón por la que quería a tu mujer —lo miré sin comprender— Necesita un alma pura que le sea entregada voluntariamente para completar el ritual. —Maldije y lancé el libro dispuesto a salir de ahí, pero entonces el sonido del teléfono de Alexy nos detuvo a todos, él lo tomó y me quedé paralizado escuchando toda la conversación.

—Alexy. —La voz llorosa de Alana prendió todas mis alarmas.

—Ángel, tranquila, ¿Qué está pasando? —preguntó mi hermano con voz

clamada.

—Ángela... —Sollozó —. Ella desapareció y... —Hizo otra pausa y dejó salir un nuevo sollozo, se escuchó el sonido del teléfono y luego la voz de Cameron.

—Tienen que venir rápido, creo que Morgan se llevó a Ángela y asesinó a Jade en el proceso. —Una maldición más fuerte escapó de mis labios y comencé a correr en busca de la salida, escuché los pasos de los otros detras, mi corazón latía desbocado.

—¿Quién demonios es Morgan? —preguntó McKenna siguiéndonos de cerca.

—Un hijo de puta que deseará no haber nacido cuando logre poner mis manos en él —respondí con furia al tiempo que alcanzaba mi motocicleta, la encendí y aceleré a toda velocidad.

Cuando llegamos al bar nos encontramos una escena totalmente abrumadora, afuera de la cocina Alana se encontraba de pie abrazada a Cam, mientras lloraba, Steven estaba a su lado con gesto de tristeza.

—¿Ángel? —Ante el llamado de Alexy, Alana se giró y corrió a sus brazos, él la levantó y la acunó como si se tratara de un bebé, mientras le susurraba palabras tranquilizadoras. Me acerqué a la puerta para ver con mis propios ojos, la batalla había sido sangrienta, casi todo estaba destruido, el cuerpo de Jade yacía en medio de un charco de sangre, un poco más lejos vi un ala, cuando inspeccioné el cadáver de la que alguna vez fue mi amiga, descubrí que no le pertenecía, las suyas estaban en su lugar.

—¿Qué pasó aquí? —pregunté apretando los puños, Cam se apresuró a responder.

—Lo lamento mucho, fue mi culpa, yo estaba en el bar y no me di cuenta de lo que estaba pasando —hizo una pausa, pero yo seguí con la mirada fija en Jade— Corine dice que vio a Morgan pasar al sector de habitaciones para los clientes, pero nunca lo vimos salir, creemos que Jade se enfrentó a él, para evitar que se llevara a Ángela. —Me incliné y apoyé una mano sobre el cuerpo.

—Siento mucho tu sacrificio —hablé estirándome para tomar la cabeza y

ponerla en su sitio—. Mi corazón duele por ti y espero que encuentres tu camino hacia la luz. —Extendí ambas manos sobre ella, sentí el calor llenándolas y en pocos segundos, este se encendió en llamas. Me giré para salir de nuevo, y entonces escuché a Alana hablar.

—Lo siento, no debí dejarla sola, yo fui a buscar el vino y me tardé mucho. —Vi a Alexy cerrar los ojos y supe que había llegado a la misma conclusión, si su mujer se hubiese encontrado con mi Dulce, seguramente habría corrido la misma suerte de Jade. Me acerqué hasta estar frente a ella.

—Chica rubia, no había nada que tú pudieras hacer, estar lejos en ese momento salvó tu vida, y estoy seguro de que eso era lo que Dulce quería —me incliné y besé su frente. —Voy a buscar a mi mujer.

—Nosotros vamos contigo —dijo Marcus y Alexy asintió pasando a Alana, a los brazos de Cam.

—Oigan. —McKenna entró en ese momento de forma apresurada— Henry acaba de llamarme, dice que escuchó al pastor White decir algo de ir a una nueva iglesia, lo está siguiendo.

—Maldición, tenemos que apurarnos. —El tiempo se estaba agotando, cada minuto que mi mujer pasaba en manos del hijo de puta de Grigore era un minuto más que se acercaba a su fin.

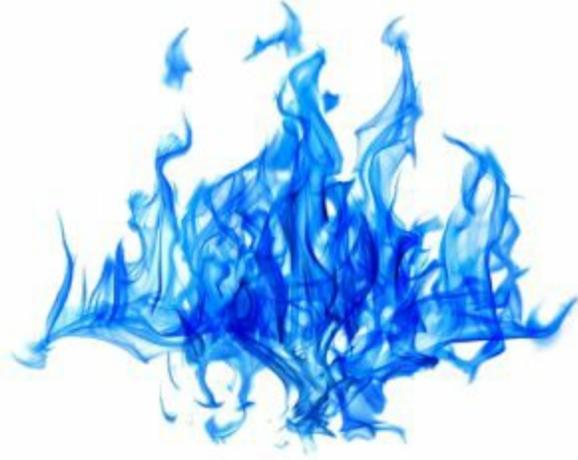
—¿Están hablando de mi tío? —preguntó Steven quien se había mantenido en silencio— ¿Se refieren a la iglesia que iba a construir el hermano Garry?

—¿Sabes dónde está? —demandé comenzando a recuperar la esperanza.

—No sé el sitio exacto, pero el tío alguna vez mencionó que estaba en las afueras de Carmel.

—Gracias, muchacho —dije revolviendo su cabello, salí corriendo sin esperar a los demás, subí en mi motocicleta y aceleré todo lo que pude—. Sé fuerte mi Dulce, cuida a nuestro bebé, voy por ti mi amor. —Comencé a hablar conmigo mismo, al tiempo que rogaba por llegar a tiempo.

ÁNGELA



Rogué en silencio pidiendo por la vida de mi hijo, era apenas un inocente y no merecía convertirse en el objetivo de un monstruo sediento de poder, lágrimas bañaban mi rostro, me encontraba recostada sobre una especie de tarima, mis manos y pies estaban atados, me habían puesto una túnica de color negro y me fijé que a mi alrededor, habían varios hombres vestidos con túnicas iguales a la mía, todos tenían estaturas similares y sus ojos eran totalmente negros, incluso la parte que debería ser blanca, parecían integrantes de alguna secta y yo el sacrificio que usarían en su ritual pagano.

La pequeña puerta de la cripta se abrió y dos personas más se unieron, abrí los ojos pensando que eran producto de mi imaginación, pero entonces se acercaron y comprobé que de hecho mis padres estaban ahí, vestidos con túnicas similares. Él con un gesto de suficiencia y ella como siempre, con la cabeza baja como una mascota que sigue a su amo.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté sintiéndome furiosa de verlos.

—¿Qué crees que hacemos? —demandó mi padre con el tono que siempre usaba para recordarme que era una tonta—. Asistimos a tu boda.

—Eres un enfermo, ¿acaso esto te parece una boda? —Comenzaba a sentir asco del hombre que me había engendrado, ¿cómo podía quedarse tan tranquilo y decir que asistía a mi boda cuando me encontraba atada de pies y manos como si fuera un cerdo listo para el sacrificio?

—Silencio, no te atrevas a hablarme así después de irte de la casa como una ramera, yo no voy a cuestionar la forma como el hermano Garry quiera hacer las cosas, agradece que te aceptó luego de que huyeras.

—Por supuesto que no vas a cuestionarlo, el dinero que te da es suficiente para acallar tu conciencia, que por cierto es más negra que esa túnica que llevas puesta. —Tan rápido que no pude reaccionar, me abofeteó con el dorso de su mano, sentí un fuerte dolor atravesar mi mandíbula.

—Pastor White, no es necesario emplear la fuerza —habló Grigore quien apareció en ese momento con un falso tono conciliador—. Estoy seguro de que Ángela desea esta unión tanto como yo. ¿No es así, cariño? —Su mano acarició el lugar donde mi padre me había golpeado y me alejé todo lo que las ataduras me permitían.

—Tú estás más loco que todos ellos. ¿Qué no te das cuenta que este sujeto es un demonio? —Grigore rió y mi padre lo siguió, parecía totalmente poseído, actuaba solo para agradar al hombre al que admiraba. Grigore se inclinó para susurrar en mi oído.

—No les digas a tus padres para que no se asusten, pero en realidad todos aquí somos demonios. —Una sonrisa malvada se dibujó en su rostro, comencé a repasar a uno por uno de los que se encontraban ahí, cada uno de ellos me miraba con burla—. Acompáñeme pastor, quiero enseñarle algo. —Los vi salir y uno de los encapuchados los siguió, me quedé sola con mi madre y los demás monstruos que me rodeaban, me sentía como si estuviera en medio de una jauría de lobos.

—Mamá, por favor ayúdame —supliqué en un último acto desesperado.

—Deja de actuar como si fueras una víctima Ángela, deberías estar agradecida de que el enviado divino te haya escogido —dijo en tono solemne.

—¿Enviado divino? —pregunté incrédula— ¿En serio crees que ese sujeto

viene del cielo para salvar tu alma perdida?

—Él afirmó que así lo era y nosotros le creemos.

—Estás loca, mamá, ese hombre es un demonio, ¿crees que si realmente viniera del cielo estaría haciendo tratos con mi padre? Tú y yo sabemos que se pudrirá en el infierno porque es una mala persona. —Me miró como si fuera una especie de bestia que estuviera a punto de atacarla.

—Él nos lo dijo, el mal te poseyó y ahora es él quien te domina. —Se alejó de mí levantando las manos como si tratara de protegerse de algo, bufé y comencé a negar con la cabeza.

—Madre, deja de hablar como una maldita fanática demente, van a asesinarme a mí y a mi bebé, a tu nieto. —Me sentía frustrada e impotente, era como si hablara con un muro de concreto, miró mi vientre con odio.

—El mal sembró su semilla dentro de ti.

—Aquí los únicos que tienen la semilla del demonio son ustedes —grité furiosa tratando de levantarme, pero las ataduras me lo impedían.

Se apartó de mí y se quedó en un rincón orando, de nuevo lloré, esta vez de furia, no lograba comprender cómo era que mis propios padres me estaban haciendo algo tan horrible, qué clase de monstruos me habían engendrado. Recé en silencio esperando que mis súplicas fueran escuchadas, me destrozaba el corazón pensar que de nuevo Tarek sufriera una pérdida tan dolorosa. Él no merecía algo así, tenía que hallar la forma de librarme de lo que sea que me esperaba en ese lugar.

No estaba muy segura de cuánto tiempo pasó hasta que Grigore regresó acompañado de mi padre y el otro hombre que lo seguía como un perro, se detuvieron a cuchichear sobre algo que no logré escuchar y luego todos tomaron posición haciendo un círculo a mi alrededor. Miró en dirección a mi madre, quien permanecía con la cabeza baja y las manos juntas y luego se acercó a mí con un gesto burlón.

—¿Sabes que la loca de tu madre de verdad piensa que soy una especie de enviado que va a salvar sus almas perdidas? —preguntó con burla, aunque había algo en lo que lamentablemente estaba de acuerdo con él, mi madre estaba completamente loca, lo miré negándome a responder y entonces continuó hablando—. Tu padre en cambio, no le interesa lo que yo sea, debo

reconocer que me agrada, es un hombre sin escrúpulos, consumido por la avaricia.

—Sí, muy parecido a ti —dije apretando los dientes con furia, él rió.

—Estás en lo cierto, muy parecido a mí, a él solo le importa su propio bienestar, ¿sabes que planea convertir esta iglesia en su propia secta? Una donde pueda hacer lo que quiera, incluso cometer incesto. —Lo miré sin comprender de que estaba hablando y mi confusión lo divirtió.

—Parece que tu prima no te lo contó ¿eh?

—¿Qué se supone que debería haberme contado? —Se inclinó como si fuera a decirme algún secreto.

—Que huyó de tu casa porque tu padre está completamente obsesionado con meterse entre sus piernas. —Un escalofrío recorrió mi cuerpo ante las desagradables palabras, recordé cuando Skye apareció en el bar y me dijo que huyó del matrimonio concertado con el hermano Peter, en aquel momento pensé que había algo más detrás de aquello, pero nunca me imaginé que fuera tan repugnante, el miserable dejó salir una carcajada ante mi gesto contrariado —. Tu madre lo encontró en la habitación de tu prima tratando de que se abriera de piernas para él y creo que ella no estaba colaborando mucho. — Aquello lo que quería decir era que estaba intentando violarla, tragué la bilis que subió por mi garganta, una vez más me sentí culpable por haberla dejado ahí sola, si él hubiese logrado cumplir su cometido nunca me lo habría perdonado—. ¿Ahora ves por qué me gusta tanto tu papi?

—Sí, porque es una basura igual que tú —escupí.

—Realmente me gusta mucho esta charla contigo, pero ya es hora, querida —me dijo con una sonrisa siniestra.

—Espero que te pudras en el infierno, maldito. —Nunca había experimentado verdadero odio por nadie, pero era inevitable no odiar al nefasto hombre que se alzaba sobre mí.

—No te preocupes, pretendo convertirlo en mi morada —se burló, se alejó hasta una esquina donde había dispuesta una mesa con varios accesorios y regresó con un pequeño frasco en su mano que me enseñó cuando estuvo de nuevo a mi lado—. ¿Sabías que para que un demonio tome el alma de un humano, este tiene que entregársela voluntariamente? —interrogó caminando a

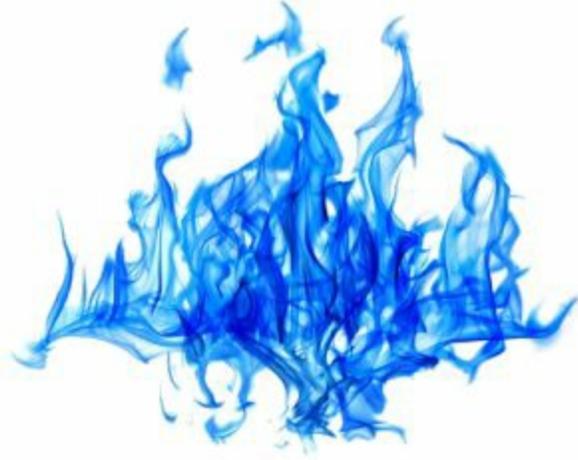
mi alrededor—. Lo que nadie aclaró es que no se pueda usar un poco de coacción, ahora, Ángela, como sé que contigo no puede ser por las buenas, entonces será por las malas. —Levantó el frasco acercándolo a mi cara, la giré tratando de apartarme, pero su mano me sostuvo con fuerza haciendo tanta presión que pensé que rompería mi mandíbula. El dolor se extendió por todo mi rostro y dejé escapar un gemido, entonces aprovechó para vaciar el contenido en mi garganta, luego tapó mi nariz y mi boca para obligarme a tragarlo, sentí que me ahogaba y tragué como pude, cuando apartó su mano tosí con fuerza sintiendo el sabor del líquido amargo.

Poco a poco mi cuerpo comenzó a quedarse laxo, intentaba moverme, pero parecía que pesaba toneladas, escuché la voz de Grigore que parecía estar muy lejana.

—Ángela, esta es la forma en la que lograré obtener de ti lo que quiera. ¿Estas dispuesta a dármelo? —Sus palabras sonaban confusas, pero asentí, el mundo parecía girar y comenzaba a marearme, cerré los ojos queriendo que se detuviera, cuando los abrí de nuevo giraba aún más rápido, miré a mi alrededor y por alguna extraña razón todos parecían deformarse, sus cabezas se veían grandes en comparación con su cuerpo.

—Solo quiero que se detenga por favor, voy a vomitar —dije y volví a cerrar los ojos.

—Se detendrá, seguro que lo hará. —Escuché decir a Grigore—. La droga está haciendo efecto, en pocos minutos podemos comenzar.

TAREK

Nos detuvimos cuando vimos un auto estacionado a un lado del camino, enseguida me puse en guardia, pero entonces McKenna se bajó del suyo y se acercó al otro, de este salió un hombre de aproximadamente cuarenta y cinco años, vestido con un traje oscuro, bajé de mi moto y me acerqué a ellos seguido por Alexy y Marcus.

—Señores, este es Henry, mi mano derecha. —Lo presentó el escocés, saludé con un asentimiento que el hombre correspondió.

—¿Qué pasó? —pregunté escaneando la oscuridad.

—Me detuve aquí para no llamar la atención —respondió Henry—. Los demonios podrían escuchar el auto si me acerco demasiado, pero estuve inspeccionando el lugar, la iglesia esta a casi un kilómetro de aquí.

—¿Para qué mierda construirían una iglesia en medio de la nada? —preguntó Marcus mirando en todas las direcciones donde no había más que árboles y arbustos.

—Para trazar un plan macabro sin que nadie lo sepa —respondí—. Creo que es mejor dejar las motocicletas y el auto aquí, hora de usar nuestras alas, tenemos que llegar sin que nos noten.

—Estoy de acuerdo con el vikingo —comentó McKenna, luego se dirigió a su empleado—: Henry, aquí termina tu trabajo, te agradezco mucho tu ayuda, pero esto es peligroso para un humano, es mejor que te vayas.

—¿Está seguro, señor? —cuestionó el hombre, quien observaba al escocés como un padre lo hace con un hijo, a pesar de que este debía ser un montón de siglos más viejo que él.

—Lo estoy, Henry, vete ahora mismo. —El hombre asintió y luego se encaminó a su vehículo y se alejó del lugar.

—Hora de ir por mi mujer —dije quitándome la camiseta y lanzándola al piso, en un segundo había cambiado de forma, desplegué mis alas y me elevé en el aire, pocas veces hacíamos esto de volar en trayectos largos, en la ciudad era difícil hacerlo, era una suerte que estuviéramos tan alejados de la civilización para que no llamáramos la atención. Aterricé justo sobre el techo de la iglesia, escuché el ruido de unas alas batirse a mi espalda y giré la cabeza para ver que era Alexy quien se había unido a mí.

—Marcus y McKenna están detrás —susurró, asentí y me acerqué al borde del techo para inspeccionar, abajo se podían distinguir las figuras de al menos diez demonios que parecía que custodiaban el lugar.

—Llegó el momento de cortar cabezas —dije y me lancé sobre ellos, al primero lo tomé desprevenido y rápidamente logré decapitarlo, Alexy hizo lo propio con el suyo, luego vi a Marcus y McKenna quienes salieron de los matorrales atacando a dos más, el factor sorpresa se acabó, pero seis demonios no eran contrincantes para nosotros cuatro, en pocos segundos estaban fuera.

Entramos rápidamente a la iglesia y allí nos esperaba un grupo más, al frente se encontraba Morgan quien tenía su apariencia de Demonials, sonreí cuando vi que le faltaba un ala.

—Déjame el hijo de puta a mí —comentó Alexy furioso—. Le enseñaré que nadie jode en mi bar.

—Todo tuyo, hermano, haz que le duela mucho —respondí dándole una

palmada en el hombro.

—Eso no lo dudes. —Lo vi lanzarse por Morgan y de un tajo cortó su brazo, comprendí que cumpliría su palabra de hacerlo sufrir cuando no fue directamente por su cabeza, mi hermano le cobraría al hombre la muerte de Jade. Vi a Marcus cargar contra un demonio y acabarlo en pocos segundos, entonces se desató la verdadera lucha, de todas las direcciones aparecían como ratas que salen de las alcantarillas en una inundación.

—¿Qué diablos, cómo se multiplican tan rápido? —pregunté a nadie en particular cuando dos me atacaron al mismo tiempo, tomé sus cabezas estrellándolas una con otra, con tanta fuerza que estas se rompieron, cayeron al piso aún vivos y me incliné para terminar mi trabajo, no perdí tiempo y me levanté de nuevo, en ese momento vi a Marcus luchando y otro demonio saltó sobre su espalda aferrándose a su cuello, rápidamente me elevé por el aire aterrizando detrás de ellos, tomé a la sanguijuela por el cabello y corté su cabeza apartándolo de mi amigo.

—Te debo una —dijo y regresó a la lucha, yo hice lo mismo, comenzaba a preocuparme. Grigore no se veía por ningún lado, entonces vi un demonio de pie frente a una pequeña puerta como si la estuviera custodiando, me abrí camino en medio de los cuerpos esparcidos, cortando las cabezas de los que se atrevieran a cruzarse conmigo, hasta llegar a él.

Me gruñó enseñándome los dientes y yo hice lo mismo, comenzamos a girar en círculos midiendo al oponente.

—Demonials, tú no eres rival para mí —comentó enseñándome los dientes, la usual baba negra y espesa salía de su boca, inundando todo de un desagradable olor a azufre.

—Una sanguijuela arrogante —me burlé.

—Yo soy Apollonius, nacido de lo más oscuro del infierno. —Su voz parecía un eco.

—Parece que estás lejos de casa, pero no te preocupes yo te ayudaré a regresar de nuevo. —Seguí burlándome hasta que decidí atacarlo, me lancé sobre él derribándolo al piso, me dio un fuerte golpe en el costado y logró alejarme, pero no por mucho tiempo, enseguida regresé al ataque, lo empujé con fuerza derribándolo sobre el púlpito de la iglesia que terminó hecho añicos. Los jarrones con flores se estrellaron con el piso en un gran estruendo,

cuando intentó levantarse, corté la parte de atrás de una de sus rodillas haciendo que perdiera el impulso, cayó apoyado en la rodilla sana y lo empujé para que quedara acostado bocabajo poniendo una de mis botas en su espalda —. No me importa si saliste del mismísimo infierno, nadie jode conmigo, maldito. —Corté su cabeza antes de que tuviera tiempo de recomponerse.

Miré a mi alrededor y los demás ya casi habían terminando el trabajo, solo quedaba un demonio que luchaba con McKenna, pero este no tenía oportunidad, nunca había visto luchar al escocés, pero debía admitir que era tan sanguinario como yo, parecía que jugaba con su víctima, negué y corrí hacia la puerta que el tal Apollonius custodiaba, era una estructura de madera muy gruesa, pero nada iba a impedirme que llegara a mi Dulce. Me lancé con fuerza golpeándola con el hombro, las bisagras sonaron, pero no se desprendió, cargué de nuevo con más fuerza y esta vez comenzó a ceder, un nuevo intento y por fin logré derribarla, el maldito Grigore lo había hecho bien.

Bajé rápidamente por unas estrechas escaleras que llevaban a una especie de cripta.

—Dilo, Ángela, repite las palabras. —Su voz sonaba apurada, sabía que yo estaba cerca.

—Tarek. —La de ella en cambio sonaba débil, maldije y me lancé al interior dispuesto a acabar con todos los que se encontraban allí. Grigore estaba sobre mi Dulce sosteniendo una daga en la mano mientras le hacía un corte en la palma, en la otra mano sostenía el libro del que habló McKenna, me elevé y lo estampé contra la pared alejándolo de ella.

—Hijo de puta, vas a pagar por haberme quitado a mi familia y ahora tratar de quitarme a mi mujer y a mi hijo. —La furia de siglos contenida hizo su aparición. Él se zafó de mi agarre lanzándome por el aire, sentí un fuerte dolor cuando me estrellé con la pared contraria, lo ignoré y me recompuse de nuevo, por el rabillo del ojo vi a Alexy sacando a Ángela, entonces me quedé tranquilo, solo estábamos él y yo.

—No sabes cómo gritó tu mujer cuando la destripé, lloró y suplicó por sus hijos. —La ira hervía en mi interior—. Ah, y los niños, el dulce sonido de sus gritos, aún puedo saborearlo.

De nuevo corrí en su dirección, sintiendo que mi cuerpo ardía en llamas,

nada iba a detenerme, uno de nosotros no saldría vivo de este lugar y me aseguraría que fuera él. Lo derribé al piso y sentí una de sus garras clavarse en mi estómago, sin embargo, aquello no me detuvo, había acumulado suficiente odio en esos siglos para convertirlos en mi fuerza, levanté mi brazo con mis garras listas para cortar su miserable cabeza, pero logró apartarse a tiempo y me llevé uno de sus cuernos en el intento, se puso de pie con el rostro cubierto de sangre.

—Nunca podrás deshacer lo que hice —me dijo de forma burlona.

—Tal vez no, pero sí puedo limpiar el mundo de una basura como tú.

Arremetí contra él apresándolo contra la pared, uno de mis brazos aprisionando su cuello, con el otro enterré mis garras en su pecho y arranqué su negro corazón, un aullido de dolor escapó de su garganta.

—Suerte en tu paseo por el infierno —dije antes de cortar su cabeza.

Me aparté jadeando y sosteniendo mi vientre que dolía y sangraba, por fin respiré tranquilo, una parte de mi venganza estaba terminada.

Comencé a caminar para salir de ahí, cuando me fijé en las dos personas que se encontraban en un rincón, una mujer que no estaba seguro de quien era, estaba de rodillas repitiendo una letanía incoherente.

—En su vientre carga la semilla del mal —decía una y otra vez, meciéndose adelante y atrás, a su lado se encontraba el padre de Ángela, así que no fue difícil atar cabos, la mujer debía ser su madre.

—Cállate ya, mujer —gritó él y con la daga que había estado en poder de Grigore cuando entré cortó su garganta silenciándola definitivamente, ni siquiera hice el intento de detenerlo, luego se giró en mi dirección con una mirada de loco—. Acabaré contigo —dijo amenazándome con el arma, lo observé con burla.

—Creo que tú también tienes una deuda conmigo humano. —Caminé hasta estar cerca de él y lo levanté del suelo tomándolo por el cuello, la daga cayó al piso haciendo un ruido sordo—. Nunca más volverás a hacer daño a mi mujer, hijo de puta. —Me miró con ojos desorbitados.

—Yo... no...—No le di tiempo a que me dijera nada más, no me importaba lo que tuviera que decirme, con fuerza lo lancé contra la pared, sentí los huesos de su cuerpo romperse y cayó al piso con los ojos abiertos, un

hilo de sangre comenzó a brotar de su boca.

Mi mirada fue directo al libro olvidado en el piso y me incliné para tomarlo, sentí la fuerza maligna que poseía, aquel texto contenía todos los secretos más oscuros, en las manos equivocadas podría convertirse en una bomba de tiempo. Abrí la palma de la mano sobre él y dejé que el calor se expandiera por ella, iba a destruirlo, pero entonces una corriente eléctrica salió del este, liberando una fuerte descarga, lo dejé caer y sacudí mi brazo. Mala idea, lo tomé de nuevo y por fin salí de ese infierno, los demás se encontraban rodeando a mi Dulce, corrí en su dirección y me arrodillé en el piso para tomarla en mis brazos, tenía los ojos cerrados pero su corazón latía rápidamente.

—Dulce, cariño estoy aquí, vine por ti —dije besándola en los labios, vi la pequeña venda en su mano y supe que uno de mis hermanos había curado la herida que hizo Grigore.

—Parce que está drogada —comentó Alexy.

—Encontré esto —comenté tendiéndole el libro, él lo estudió un momento.

—Hay demasiada maldad aquí, creo que es mejor destruirlo.

—No creo que se pueda, ya lo intenté —aseguré al tiempo que me ponía de pie con Ángela en brazos.

—Saquemos a tu mujer de aquí y luego veremos qué hacer con esa cosa.

Asentí y comencé a caminar acunándola como si fuera un bebé, mi Dulce estaba a salvo, había logrado llegar a tiempo, me aferré a ella agradeciendo haberlo conseguido.

—¿Qué haremos con este lugar? —pregunté una vez que estuvimos fuera.

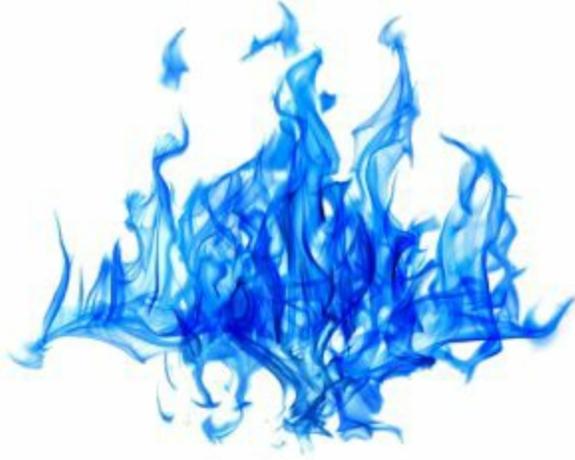
—No se preocupen por eso, Henry y yo nos encargaremos mañana, un poco de explosivos y no quedará nada —comentó McKenna.

—¿Qué pasa contigo y los incendios? —demandó Marcus frunciendo el ceño— Siempre que te veo la cosa termina en alguna explosión.

—¿Qué quieres que te diga? Soy un hombre explosivo —respondió el aludido con una sonrisa.

—Yo más bien pienso que eres un puto pirómano —afirmé alejándome.

ÁNGELA



Alana saltaba de alegría como si estuviéramos en la mañana de Nochebuena, parecía que todo había regresado a la normalidad, al menos por un tiempo, había sobrevivido y también mi hijo, llevé la palma de mi mano a mi vientre para acariciarlo, estaba profundamente agradecida por tener una segunda oportunidad. Pensé en mis padres y me dolió reconocer que sus muertes no me afectaron tanto, al menos no la de mi padre, una persona como él no merecía estar libre por el mundo.

—No puedo creer que vayamos a tener una boda —comentó Alana aplaudiendo, y dando vueltas emocionada.

—¿No se supone que necesitamos un cura para eso? —preguntó Skye, terminando de maquillarme.

—No, nosotros no necesitamos uno de esos, nuestras bodas son diferentes ya lo veras —le respondió Alana, yo tampoco estaba muy segura de cómo

funcionaba eso de la boda Demonials, pero ella ya estaba casada con Alexy, así que tenía más experiencia.

—Estoy muy nerviosa —dije mirándome al espejo mientras ellas ponían mas flores en mi cabello, miré mi sencillo vestido de color blanco, con el corsé ajustado y unos delgados tirantes, la falda caía lisa hasta el piso.

Mi prima y mi amiga habían peinado mi cabello con bucles y luego agregaron pequeñas flores blancas, en mis manos sostenía un ramo de lirios blancos. Alana lucía un bonito vestido azul marino de tirantes, con una falda amplia que le llegaba hasta las rodillas y unos zapatos bajos, su cabello caía suelto por su espalda, Skye tenía su típico atuendo de chico, jeans y una camiseta amplia, no comprendía cómo era que después de tanto tiempo de estar ahí, los hombres no se habían dando cuenta de que en realidad era mujer. La boda sería en el bar y los únicos invitados eran Alana y Alexy, Marcus, Cameron y Skye, y por supuesto Aidan, a quien le debía mucho, quisimos que fuera algo familiar. Me gustaba esa palabra, familia, ellos lo eran ahora y nunca me había sentido más amada.

—Hora de salir, no queremos que Tarek se impaciente y venga a buscarte, vamos —dijo Alana tomándome de la mano.

—¿Se supone que como soy tu único pariente hombre debo entregarte en el altar? —preguntó Skye con un gesto de horror, provocando nuestra risa.

—Creo que por esta vez y teniendo en cuenta que no hay altar iré sola —respondí en tono tranquilizador.

Caminamos hacia el bar que no se abriría esa noche, estaba nerviosa y mis manos temblaban, Alana me dio un suave apretón para tranquilizarme y cuando por fin llegamos, mi corazón comenzó a latir rápidamente. Tarek me esperaba frente a un improvisado altar, vestía totalmente de negro, con pantalones de cuero y camiseta negra, unas botas de combate completaban su atuendo, una sonrisa se dibujó en su rostro y caminó hasta llegar a mi lado.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida, Dulce —comentó besándome, me sentía en una especie de sueño, por fin tenía la vida que siempre había soñado.

A nuestro alrededor se encontraban los demás, nuestra familia que parecía

crecer, Alexy abrazaba a Alana, Marcus se encontraba de pie con los brazos cruzados, no sonreía, pero por primera vez sus ojos no tenían esa mirada fría que siempre veía en ellos, Cam como siempre sonriente, Skye vestida con su atuendo de chico, pero con lágrimas en los ojos que delataban su naturaleza sensible y Aidan quien me sonrió, guiñándome un ojo y ganándose una mirada severa por parte de mi futuro esposo.

Tarek y yo nos pusimos uno frente al otro, él tomó mis manos y mirándome a los ojos comenzó a pronunciar las palabras que nos unirían para siempre.

—Mi Amada Dulce, te entrego mi alma para que se una a la tuya y sean una sola por toda la eternidad. —Una lágrima de felicidad bajó por mi mejilla y él se inclinó para besarla.

—Mi amado Tarek, te entrego mi alma para que se una a la tuya y sean una sola por toda la eternidad.

Me tomó en sus brazos y me levantó del suelo para besarme, rodeó su cuello con los míos y le devolví el beso, a nuestro alrededor los demás aplaudían, cuando me depositó en el piso nuevamente Alana corrió para abrazarme.

—¿Eso fue todo? —preguntó Skye—. Tardamos más tiempo vistiéndonos —se quejó.

—Calla, enano —la reprendió Cam dándole un golpe en el hombro.

—¡Auch! ¿Qué pasa con ustedes y los golpes? —Ella le lanzó una mirada de molestia mientras se masajeaba el lugar.

—Deja de llorar como niña —se burló él, reí del intercambio que se había vuelto algo habitual en ellos.

—Es hora de irnos —susurró Tarek en mi oído, levanté la cabeza para mirarlo asombrada.

—Pensé que celebraríamos con los demás —dije mirando al resto.

—No, ellos pueden celebrar solos, tengo algo que mostrarte.

Nos despedimos y luego me llevó hasta su motocicleta, una vez que estuvimos listos comenzó nuestro viaje, no sabía exactamente a dónde nos

dirigíamos, pero no me importaba siempre y cuando fuera con él. Era de noche, así que se me dificultaba reconocer los lugares por los que íbamos pasando, pero más o menos una media hora después, la motocicleta comenzó a adentrarse en un pequeño bosque, Tarek siguió un sendero y entonces se detuvo frente a una pequeña cabaña de madera, se bajó primero y luego me ayudó a mí.

—¿De quién es este lugar? —pregunté mirando alrededor y centrando la vista en un impresionante lago.

—Es mío, lo compré hace un tiempo, aunque vengo pocas veces, es muy silencioso, —dijo haciéndome pensar que estar en silencio le traía malos recuerdos— pero ahora ya no lo estará, cuando nazca el bebé seguro él querrá jugar por aquí —comentó con una sonrisa.

—¿Viviremos aquí? —pregunté emocionada.

—Lo haremos, Dulce, tal vez no ahora, pero cuando sea lo suficientemente seguro podremos vivir aquí. —Sabía que el peligro aún no terminaba, todavía quedaba aquel hombre que todos mencionaban, el tal Razvan.

—Esperaré ansiosa a que llegue ese día —dije abrazándolo.

—Vamos, tienes que conocer el interior.

Subimos por unas escaleras de piedra que conducían al porche, abrió la puerta y me incliné para ver el interior, este era acogedor, adornado con muebles de madera rústica, una chimenea de piedra ocupaba el centro de la sala, caminé inspeccionando el lugar del cual ya me sentía enamorada. Tenía dos habitaciones, una de ellas con una cama grande cubierta por una colcha de colores, esta se encontraba frente a una puerta corrediza y cuando me acerqué, me di cuenta que llevaba a un pequeño balcón, desde allí se podía apreciar perfectamente el lago, seguramente durante el día esa sería una vista impresionante, entonces recordé que Tarek nunca podría verlo y mi corazón se apretó con tristeza.

—Puedo ver la tristeza en tus ojos cariño y sé lo que estas pensando, pero ver un lago no es tan importante como tenerte a ti, tú eres mi mejor regalo.

—Te amo —dije mirándolo a los ojos—. Gracias por tanto amor.

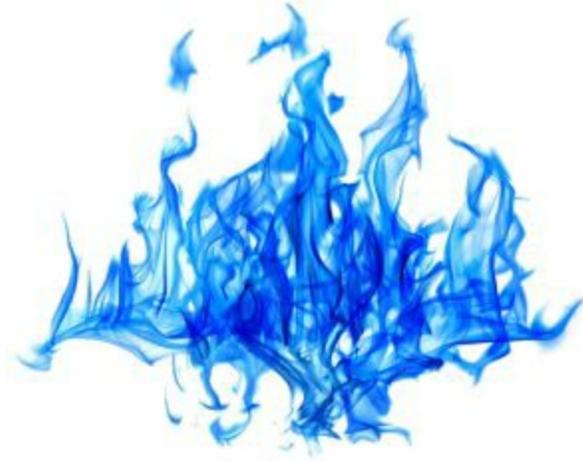
—Nunca será suficiente —dijo besándome, luego me levantó y me llevó a la cama donde comenzó a desnudarme, en pocos minutos ambos gemíamos de

placer.

En ese momento comprendí que no habría nunca más religión que el acto de amar a alguien con todo tu corazón.

Epílogo

TAREK



Era la noche de Navidad, no era una fecha a la que le hubiese dado importancia antes, pero Ángela y Alana insistieron en celebrarlo y como éramos incapaces de negarles nada, terminamos decorando un ridículo árbol con luces de colores, las chicas cocinaban la cena mientras nosotros adornábamos el bar, que permanecía cerrado para los clientes.

—No puedo creer que estemos haciendo esta mierda —se quejó Alexy con mala cara, mientras ponía un pequeño ángel en la punta del pino que habíamos comprado, este se inclinó y él maldijo, luego volvió a situarlo en la posición correcta, mientras luchaba con la pequeña figura, hizo mucha presión rompiendo su cabeza. Lo vi mirarla con una mueca y luego la lanzó sobre su hombro, volviendo a situar el muñeco decapitado en su lugar.

—¿Eso que escucho son villancicos? —preguntó Marcus, refiriéndose a la suave música que salía por los parlantes— Por favor, que alguien me asesine ya mismo y acabe con mi miseria. —Permanecía sentado en una mesa

negándose a ayudar, mientras lanzaba miradas asesinas, yo habría querido hacer lo mismo, pero negarle algo a mi esposa era casi como cortar uno de mis brazos, así que de forma resignada seguí colgando luces en las paredes, mientras tarareaba la canción The Black Halo de Kamelot, tratando de apagar de mi cabeza el feo sonido de los villancicos.

—Hey hermanos, ¿alguien quiere una galleta? —gritó Cameron apareciendo por el pasillo con una bandeja en la mano, él parecía ser el único animado con la celebración.

—¿Tienen cianuro? —gruñó Marcus, Cam lo miró sin comprender su pregunta y luego se encogió de hombros.

—No, pero tienen chispas de chocolate y están sabrosas, de todos modos, no es como si el cianuro fuera a matarte. —Depositó la bandeja sobre la mesa y tomó una para comenzar a comerla.

—Entonces no, lo único que deseo en este momento es la muerte, espero que esa música espantosa que está sonando, haga explotar mi cabeza de una maldita vez y acabe con mi miserable existencia.

Negué riendo de su cara de angustia, parecía que en lugar de estar celebrando la Navidad estuviéramos preparándonos para ser sacrificados. Las puertas se abrieron de improviso y McKenna entró, como si fuera el dueño del lugar.

—¿Qué mierda? No puedo creer que no me hayan invitado y yo que pensé que ya éramos hermanos del alma o algo así —comentó dejándose caer al lado de un hurraño Marcus.

—Yo no soy tu hermano —le gruñó.

—Les recordaré eso la próxima vez que necesiten que ayude a salvar sus mal agradecidos culos. —Las risas de las chicas se escucharon y un momento después aparecieron, cada una llevaba una bandeja con comida que depositaron en una mesa.

—Aidan, que bueno que viniste —dijo Dulce con una sonrisa, apreté los puños, sin comprender por qué mi mujer sonreía al Highlander.

—Gracias a ti y a Alana por invitarme, es bueno que no se les hayan pegado los malos modales de sus maridos —comentó mirándonos serio.

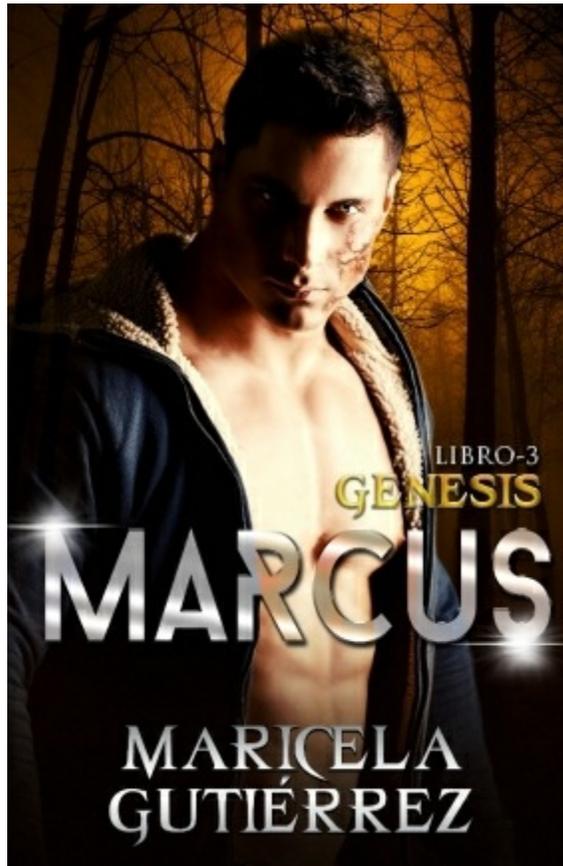
—¿Desde cuándo eres amigo de mi mujer? —gruñí dispuesto a matarlo.

—Desde que ella sí aprecia y agradece mi ayuda —afirmó y se levantó para tomar una galleta y comenzar a mordisquearla igual que había hecho Cam, cuando sus ojos se encontraron con el hermano pequeño de Alexy lo estudió con interés, entonces recordé la primera vez que lo vio en el bar y enseguida preguntó quién era, lo observaba como si le recordara a alguien. Cam, inocente de su escrutinio comenzó a bromear con Steven, despeinando el cabello del chico, quien golpeó su hombro y luego hizo un gesto de dolor mientras sacudía la mano.

Todos formábamos una extraña y muy disfuncional familia, aun así, éramos felices, mi amada Dulce se acercó sonriendo, traía puesto un largo vestido de color rosa que permitía ver su pequeño vientre, que apenas comenzaba a crecer, cada vez que la veía mi corazón se agitaba como si quisiera salirse de mi pecho. Pensé que nunca más sentiría algo parecido, pero ahí estaba ella demostrándome que siempre había una nueva oportunidad, cuando la tuve suficiente cerca la atraje a mí para besarla, y transmitirle todo ese amor que albergaba en mi corazón, ella rodeó mi cintura con sus brazos y sentí a mi bebé moverse, una sonrisa escapó de sus labios y luego me susurró un te amo.

El ambiente festivo llenó el lugar, todos reíamos y contábamos historias, por un tiempo olvidamos el mundo exterior, fingimos que no existía, miré a cada uno de mis hermanos, Alexy abrazaba y besaba a su esposa, Cam y Steven se hacían bromas, Marcus se encontraba un poco más alejado comiendo en silencio y finalmente Aidan, el hombre que terminó colándose en nuestras vidas y poco a poco se iba convirtiendo en uno más de nosotros, incluso había abandonado sus trajes caros para vestirse de forma más sencilla, con jeans y un suéter gris. Me concentré en el ahora, sabiendo que el futuro aún nos deparaba muchos conflictos, que mientras nuestro peor enemigo todavía viviera solo teníamos una tregua, pero estaba dispuesto a disfrutar de ella.

PRÓXIMAMENTE



Marcus es un hombre marcado por la tragedia, cuando la maldad llegó a su vida arrasando con todo a su paso y llevándose con ella lo que él más amaba, lo único que le quedó fueron profundas cicatrices y una infinita sed de venganza. Durante siglos no ha sido más que una sombra que se oculta bajo una apariencia huraña. Pero ¿qué pasa cuando a su vida llegue alguien capaz de ver más allá de sus heridas?

Emily ha vivido siempre sumida en el silencio, pero esto le ha servido para aprender a escuchar el lenguaje de los sentimientos, cuando en su camino se cruza un ser que tiene la apariencia de un animal herido, ella no dejará

pasar la oportunidad de sanarlo, pues quien mejor que alguien que está igual de roto para comprender el dolor.

AGRADECIMIENTOS

Cuando comencé a escribir mi primer libro nunca pensé que escribiría un segundo, un tercero y mucho menos un quinto, por ello ahora que por fin plasmé la última palabra de Tarek que será mi quinto libro publicado, no puedo más que agradecer siempre a Dios, quien me ha guiado a través de este camino donde he tenido grandes satisfacciones, porque cada historia que termino es un logro más.

A mi familia, por su inagotable fuente de apoyo, de consejos y de ánimo para continuar.

A mis queridas amigas Del Club, China Yanly y Rotze Mardini, porque en medio de risas y bromas, me dan ese empujón que necesito cada vez que siento que el camino se hace difícil.

A mi querida Mile Bluett por sus consejos, por las charlas divertidas que compartimos, donde hablamos de nuestros personajes como si fueran reales.

A Cecilia Pérez por su excelente trabajo, por su dedicación y apoyo incondicional.

A quienes leen mis historias y han hecho posible que llegara hasta aquí, nunca terminaré de agradecer por ello, porque me han enseñado que es posible soñar y que los sueños se cumplen.

SOBRE LA AUTORA



Maricela Gutiérrez Bonilla nació en Trujillo, un pequeño pueblo ubicado al norte del departamento del Valle, Colombia. A los ocho años se mudó con su familia a la ciudad de Cali, donde vivió la mayor parte de su vida. Estudió una carrera técnica en Administración y Finanzas, y, después de casarse, se trasladó a Ecuador, donde reside actualmente con su esposo y su hija.

Desarrolló su amor por la literatura desde muy niña y pasó por diferentes géneros, pero no fue hasta que llegó a sus manos *María*, una novela publicada en 1867 por el escritor vallecaucano Jorge Isaacs, que descubrió su pasión por la novela romántica. A partir de ese momento se convirtió en una ávida lectora de este género. Escribió algunos relatos cortos que nunca pensó en publicar, hasta que decidió darle vida a una historia de esas que tanto le gustaban, de esta forma nació *Abre tus alas*, su primer libro. Posteriormente, publicó otras historias como *Lo que oculta tu alma* y *Más allá del horizonte*. En este momento se encuentra trabajando en su más reciente proyecto, una serie de corte paranormal llamada *Génesis* que estará compuesta por un total de cinco volúmenes.